

LA GUERRA AL HORROR

II

WARNING:
PLEASE DO
NOT FEED THE
ZOMBIES

DANGER
ZOMBIE
ZONE



REGRESO DE LA AMENAZA
NO MUERTA

NATHAN ALLEN

Créditos

La Guerra al Horror II: Regreso de la Amenaza No Muerta
(versión gratuita en español. Prohibida su venta)

Traducción y Edición: Artifacts, octubre 2020.

Diseño de Portada: Artifacts. Imágenes tomadas de Max Pixel bajo licencia CC0.

Publicada en artifacts.webcindario.com

__oOo__

Obra Original: **The War On Horror II: Return of the Undead Menace**

Copyright © 2019 de **Nathan Allen**. Todos los derechos reservados.

[@NathanAWrites](https://twitter.com/NathanAWrites)

Publicada gratuitamente en [Smashwords](https://www.smashwords.com).

Licencia Creative Commons

Muchísimas gracias a **Nathan Allen** por autorizar esta traducción al español y por compartir con el mundo **La Guerra al Horror II: Regreso de la Amenaza No Muerta** bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto de la sección de Créditos de este eBook.

Licencia CC-BY-NC-SA

Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia. Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Otras del Autor

Todas las siguientes obras están disponibles para descarga gratuita en inglés ([Smashwords](#)) o en castellano ([Artifacs Libros](#)).

- El Ciclo de Violencia (2015, The Cycle of Violence)
- La Buena Huella (2015, The Fine Print)
- La Guerra al Horror: Cuentos de una Sociedad Post-Zombi (2015, The War on Horror: Tales From A Post-Zombie Society)
- Todos contra Todos (2016, All Against All)
- Chapuza de Hollywood (2017, Hollywood Hack Job)
- La Guerra al Horror II: Regreso de la Amenaza No Muerta (2019, The War on Horror II: Return Of The Undead Menace)
- El Declive de la Moralidad y el Impacto de la Violencia en los Medios sobre Mentes Impresionables en una Sociedad Post-Zombi (2020, The Decline of Morality and Impact of Violent Media on Impressionable Minds in a Post-Zombie Society)

LA GUERRA AL HORROR II

Regreso de la Amenaza No Muerta

por

Nathan Allen

Capítulo 1

Jack Houston acababa de sentarse en su asiento cuando un correo electrónico lo alertó de una inesperada ganancia.

"¿Qué te parece esto?" dijo con su cara hirsuta mostrando una amplia sonrisa. "Parece que puedo ser apto para un pago de compensación debido a una pérdida de ingresos causada por seres no muertos. Lo único que tengo que hacer para reclamar mi derecho es pulsar en este enlace que me han enviado."

Miles estaba sentado delante y no dijo nada. No estaba seguro de si Houston esperaba una respuesta o si solo estaba pensando en voz alta. Optó por lo seguro con una reacción no verbal: sonrisa de complicidad y leve alzado de cejas.

Luego se frotó la palma y abrió y cerró la mano un par de veces. Aún le dolían los dedos por el apretón que le había pulverizado los huesos en el saludo un minuto antes. El jefe de Z-Pro era el tipo de persona que llenaba una habitación, en todos los sentidos. Un oso de hombre de voz retumbante y personalidad a juego.

"¿Crees que cae alguien alguna vez en estas estafas?" Dijo Houston.

"Supongo que un pequeño porcentaje lo hace," dijo Miles. "Si lo envían a un millón de personas, solo necesitarían unas cuantas respuestas para que valga su tiempo."

"Ey, ¿sabes lo que debería hacer? Debería responder y timarles." Houston soltó una risa jadeante que se tornó una carcajada aguda. "Les diré que he tenido pérdidas en el negocio durante los últimos cinco años debido a unos gastos relacionados con los muertos vivientes."

Miles se echó a reír, en parte porque la idea de que los no muertos habían afectado negativamente los intereses comerciales de Jack Houston era absurda (Z-Pro era la única empresa de gestión y control de no muertos que quedaba en el país y los zombis habían hecho millonario a Houston) y en parte porque estaba en una

entrevista de trabajo y no sería prudente no reírse de las bromas del posible jefe.

El dedo de Houston picoteó el teclado para borrar el correo electrónico. Su atención se volvió hacia Miles. "Basta de juegos y diversión. Hablemos de negocios, ¿de acuerdo?"

Revisó el revoltijo de papeles y diversos documentos que tenía delante. El escritorio, como el resto de la oficina, estaba tan desordenado y descuidado como el hombre cuyo nombre estaba en la puerta. Las papeleras se desbordaban con la basura de un mes, los estantes crujían bajo el peso de viejos manuales y archivos, y los restos de un sándwich a medio comer yacían abandonados en el alféizar de la ventana. Un olor a humedad y a sudor corporal flotaba en el aire. Houston era lo opuesto al anterior jefe de Miles; Steve no tenía un pelo ni un clip fuera de sitio.

Houston descubrió el currículum bajo una guía de carreras de coches y una de las muchas tazas de café desechables que había esparcidas sobre el escritorio. Se acomodó en el asiento hasta que se sintió a gusto, luego pasó el dedo índice por el texto mientras leía rápidamente la primera página. Estaba haciendo lo que todos los jefes hacían en las entrevistas de trabajo: examinar puntos clave como si estuviera tan presionado por el tiempo que no hubiera tenido dos minutos para leerlo todo antes.

Un silencio incómodo llenó la habitación. El único sonido ahora era el tic-tac del reloj de pared y la respiración inusualmente fuerte de Jack Houston. Resoplaba como si acabara de subir diez tramos de escaleras.

Las dos tupidas orugas que descansaban sobre sus ojos se dispararon. "¿Llevaste tu propio negocio?"

"Uh, sí. Eso es," dijo Miles. "Un amigo y yo. Lo llevamos durante unos años hasta que lo vendimos."

"Bien hecho," dijo Houston con un tono que Miles no pudo decidir si era alentador o condescendiente. "Eso muestra verdadera iniciativa."

Otro silencio. Una corriente de aire le rozó la nuca. Venía de una ventana que no se había cerrado bien.

“Ah. Veo que estuviste en Rito Muerto antes de eso.

El tragó. "Estuve allí unos dos años."

Esperaba que Jack Houston no detectara el temblor nervioso en su voz. Había alterado ligeramente las fechas de su historial laboral para adelantar la fecha de finalización un año. La disolución de Rito Muerto había sido un asunto complicado, y pensó que era mejor evitar el tipo de preguntas que surgirían inevitablemente si decía la verdad. Apostaba a que Houston no hiciera ninguna llamada telefónica para verificar esas fechas. En cualquier caso, era poco probable que pudiera verificarlo aunque quisiera: el negocio ya no existía, por lo que no quedaba nadie con quien contactar. Sintió que estaba en terreno seguro con esa mentira.

"Probablemente fue una decisión inteligente salir cuando lo hiciste," dijo Houston. "Los dos tipos que manejaban el garito, Steve y Adam... no sé si sabías algo sobre ellos."

"No los conocí en realidad," dijo Miles. Otra mentira. Ya que había llegado tan lejos, bien podía seguir.

"Bueno, supongo que eran muchachos bastante simpáticos, pero eran bastante despistados cuando se trataba de dirigir un negocio. Tampoco sabían nada sobre la industria de GCNM. Acumularon enormes deudas, por valor de cientos de miles de dólares. Fueron sorprendidos infringiendo la ley y luego desaparecieron de la faz de la tierra, una vez que todo fue demasiado para ellos. Terminaron debiendo dinero por toda la ciudad."

"¿Oh, en serio?" Dijo Miles. Habló como si estuviera escuchando esto por primera vez.

"Tampoco fueron un caso aislado. Ni por asomo. La industria atrajo su parte de estafadores, especialmente en los primeros días. Mucha gente solo quiere ganar dinero rápido. Aunque las cosas han cambiado mucho desde entonces. Mejores regulaciones, menos de «libertad para todos». Al menos comparado con lo que era. Todos

los *cowboys* y operadores shonky han sido cerrados."

Houston pasó a la página siguiente y leyó un poco más. Miles notó una gran gota de sudor que se abría paso por la mitad de la frente, a pesar del clima fresco fuera, la falta de calefacción dentro y el hecho de que Houston no llevaba nada más pesado que una camisa de poliéster de manga corta.

"Es extraño que tú y yo nunca nos hayamos cruzado antes," continuó. "Gran parte de mi personal se inició en Rito Muerto. Debes de haber escapado antes de que yo tuviera la oportunidad de reclutarte."

Miles respondió con una sonrisa tensa. En realidad, aquel no era su primer encuentro cara a cara con Jack Houston. Se habían encontrado una vez en un pub hacía unos años. Había sido la noche en que Houston había tratado de apartarlo de Rito Muerto ofreciéndole un trabajo con Z-Pro. La noche en que Miles, alimentado por el tipo de bravuconería y certeza que solo media docena de chupitos de whisky podía proporcionar, le había rechazado rotunda y groseramente. Para su suerte, Houston probablemente había estado igual de ebrio en aquella ocasión particular y ahora parecía no tener ningún recuerdo de esa noche.

"Y dime." Houston dejó caer el currículum sobre el escritorio. Evaluó a Miles con sus ojos brillantes. "Es obvio que tienes experiencia y, con solo mirar tu historial laboral, estoy seguro de que estás más que calificado para este empleo. Pero dime con tus palabras por qué eres el candidato que deberíamos seleccionar para este puesto. ¿Por qué serías la mejor opción para Z-Pro?"

En cuanto escuchó la pregunta, todas las sinapsis de su cerebro dejaron de funcionar y todas las respuestas que había pasado ensayando los últimos días desaparecieron. ¿Por qué era mejor para Z-Pro? Más concretamente, ¿por qué quería trabajar para ellos? Cuando dejó la industria hace años, había asumido que sería para siempre. En lo que a él respectaba, aquel capítulo de su vida estaba acabado. Daba gracias por haber escapado relativamente ileso. Otros no habían tenido tanta suerte. Pero ahora aquí estaba, haciendo algo que nunca había pensado que haría, intentando regresar a un trabajo y a una vida que había dejado atrás hacía

mucho tiempo.

Silenció las dudados voces que le pitaban en la mente, respiró hondo y recitó una respuesta con tanto entusiasmo forzado como era posible fingir. Habló de su pasión por la industria y de su firme creencia en ayudar a las personas y cumplir con su deber cívico. Hizo hincapié en su deseo de trabajar para una organización respetada con potencial para el avance profesional a largo plazo. Todo el vapor caliente habitual solía salir a borbotones en una entrevista de trabajo. Cosas que sonaban bien, pero que en esencia no tenían sentido.

Lo cual era exactamente lo que Jack Houston quería escuchar, a juzgar por la forma en que asentía con la cabeza al ritmo de todo lo que se decía, pero Miles podía sentir que su alma se alejaba cada vez más con cada palabra que escapaba de su boca.

Capítulo 2

El título del video era *Cabeza de un Nota Aplastada por Zombie*. Le acompañaba una advertencia de contenido extremo. Devon Spooner se cuestionó si quería ver algo así. Su primo le había enviado el enlace. Hizo clic en la miniatura y esperó a que se cargara.

Vio los primeros quince segundos antes de apagarlo. Se arrepintió de haberlo visto. Hubo un tiempo en el que buscaba en la web los videos de zombis más horribles y depravados que podía encontrar, pero ya no. Había tenido algunas malas experiencias con no muertos desde entonces. Después de ver las cosas que había visto, ya no eran tan divertidos.

El vídeo cumplía con lo que el título prometía. Algún idiota se había aventurado demasiado cerca de un zombi rabioso y había acabado con el cráneo abierto como un huevo de Pascua. Debería haberlo pensado mejor antes de hacer clic en las cosas que le enviaba su primo. El tío no estaba bien de la cabeza.

Llamaron a la puerta. Cerró el portátil y se puso una camiseta.

No esperaba visitas hoy y sus clientes sabían que nunca se aparecería sin previo aviso. Comprobó que su bate de béisbol estuviera al alcance. No pensaba que lo iba a necesitar, pero se sentía más seguro sabiendo que lo tenía cerca.

Colocó el ojo en la mirilla. Una chica joven, probablemente a finales de la adolescencia, esperaba en la puerta. Él no la conocía, aunque le parecía vagamente familiar.

"¿Si?" Dijo él. Trató de transmitir una especie de rudeza beligerante.

"Um... estoy buscando a Devon." dijo la chica. "Devon Spooner. ¿Eres tu?"

"Eso depende de quién pregunte."

"M...mi nombre es Brianna." Su voz era temblorosa, sus palabras

salían con relucencia. "Brianna Goodman. Vivo a unas unos bloques de aquí. En Fountaineer Parade. Frente al parque."

El nombre no le sonaba de nada. Aún no sabía qué esperar de eso. "¿Es eso cierto?" Dijo él.

Estudió a la chica por la mirilla. No parecía particularmente amenazante, y si alguien estaba planeando destriparle, era poco probable que llamara a la puerta primero. Pero también sabía que había que tener mucho cuidado, especialmente con la cantidad de efectivo que guardaba en casa. En el momento en que bajara la guardia, se podría encontrar boca abajo en el suelo con el pie de alguien pisándole la nuca. Y si él fuese a robar a alguien, enviar a una bonita joven para entrar y bajar las defensas sería una buena forma de hacerlo.

Pero algo le decía que esta chica era genuina. Parecía especialmente nerviosa y abatida. Movía los ojos de un lado a otro y su rostro se contraía con temblores involuntarios. Si todo eso era fingido, era una actuación impresionante.

"Por favor... ¿puedes dejarme entrar?" Dijo ella.

"De acuerdo. Voy a abrir la puerta, pero no intentes nada raro. Nada de movimientos bruscos y mantén las manos donde yo pueda verlas en todo momento. ¿Entendido?"

Ella asintió rápidamente para mostrar que lo entendía. Devon liberó los seguros.

Brianna forzó una sonrisa de gratitud al entrar y le siguió hasta el salón.

"Bueno, Brianna Goodman." Él se sentó en el sofá. "¿Qué puedo hacer por ti?"

La chica se quedó avergonzada cerca de la entrada del salón. Buscó un lugar para sentarse. Las sillas estaban llenas de viejas cajas de pizza, latas vacías y otros trastos. El único asiento disponible estaba en el sofá, al lado de Devon. Ella eligió permanecer de pie.

"Estoy aquí porque..."

Ella flaqueó, las palabras no querían salir. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo.

"Es sobre mi padre... sucedió la semana pasada. Notamos que tenía un corte feo en el brazo... muy mala pinta, como si se hubiera infectado la herida. Nos dijo que se había caído de la moto. No sé por qué dijo eso. Tal vez estaba avergonzado o en fase de negación. Le dijimos que tenía que ir a un médico, pero... ¿sabes?, creo que él pensaba que, si ignoraba aquello, desaparecería solo..."

Devon asintió. "Sé a lo que te refieres. Algunos no quieren ir al médico a menos que estén a punto de que se les caigan los dedos de los pies."

Brianna quedó en silencio un rato antes de continuar.

"Nos despertamos en medio de la noche y descubrimos que era un no muerto." Su voz se quebró mientras contenía las lágrimas. "Hemos analizado las opciones de tratamiento, pero todo es muy caro. Su seguro no lo cubre y nos es imposible pagarlo nosotros. No tenemos nada que vender. Vivimos en una casa alquilada, por lo que no podemos sacar una segunda hipoteca. No sé qué vamos a hacer. Eres nuestra única esperanza."

"De acuerdo," dijo Devon con el tono de lo que él creía que era una persona compasiva. "Tal vez pueda ayudarte. Espera aquí, ahora vuelvo."

Consideró ofrecer algún tipo de gesto reconfortante, como una palmadita en el hombro o quizá incluso un abrazo, pero le preocupaba parecer demasiado atrevido. En cambio, fue a buscar un bote de *Mountain Dew* del refrigerador antes de retirarse a su dormitorio.

Se arrancó de encima la camiseta y la tiró al suelo. Llevaba inutilizable desde hacía cuatro días al menos. Se empapó el pecho con una generosa aplicación de spray desodorante y añadió otra ráfaga por si no si se había duchado ese día. Se colgó al cuello la cadena de oro (la que tenía el colgante en forma de Uzi con diamantes incrustados) y se puso una camiseta limpia. Era su nueva camiseta de *Metallica*, la que tenía la serpiente de *The Black Album*.

"¿Para quién te estás vistiendo?"

La voz lo sobresaltó. Se dio la vuelta. Oh, no. Ella seguía aquí, en su cama. La bestia psicópata con la que había intentado romper sin éxito durante los últimos tres meses. Supuso que se había marchado hacía horas. Era más difícil despegarse de esta pava que de una enfermedad venérea.

"¿No tienes que estar en alguna parte?" le dijo él. "Son las dos de la tarde."

Había un montón de ropa sucia en un rincón de la habitación. Devon la apartó con el pie. Se puso a cuatro patas y retiró una sección de alfombra.

"¿Con quién estabas hablando ahí fuera?" dijo la mujer entre un bostezo.

"Con nadie." Jesús, estaba horrible recién levantada y sobria.

Él levantó una tabla suelta del suelo y metió la manos en el suelo. Sacó una caja de zapatos marrón.

"No sonaba como nadie," dijo ella.

"Es nadie de quien tengas que preocuparte, ¿de acuerdo? Solo un cliente. Vuelve a dormir."

"Aclárate. ¿Quieres que me vaya o quieres que me vuelva a dormir?"

"Cualquiera. Ambas. Lo que sea que no me moleste cuando estoy haciendo negocios."

Volvió a colocar la tabla del suelo en su lugar y movió la alfombra por encima. Cerró la puerta del dormitorio al salir.

Brianna estaba donde él la había dejado, rígida junto a su estante de Blu-Rays como con miedo de moverse. El bote de *Mountain Dew* seguía sin abrir frente a ella.

"Vale, ¿habéis asegurado a tu padre?" dijo Devon, volviendo a su voz comprensiva.

Brianna asintió. "Conseguimos atarle. Está en el cobertizo de las herramientas que hay al fondo del patio."

"Eso está bien. Es la parte más importante. ¿Cuánto hace que pasó todo esto?"

"Hizo la transición, um... cuatro, no, hace cinco días."

"Cinco días, no debería ser un problema. Su material orgánico aún estará en condiciones bastante decentes. No habrá demasiada descomposición. Si lo dejas demasiado tiempo, a veces necesitan trasplantes de órganos y tejidos. Probablemente necesite una transfusión de sangre, pero eso se arregla fácilmente."

Quitó la tapa de la caja de zapatos. Dentro había varias cajitas blancas más pequeñas, cada una con una docena de viales transparentes.

"Lo primero que tendrás que hacer es ponerle una vía intravenosa. Tienes que darle una gran dosis de Nembutal para sedarlo. Eso lo pondrá en coma inducido. Una vez hecho eso, hay que inyectarle un vial de Zaracaína-9, tres veces al día."

Sostuvo un frasco de 10 ml entre el pulgar y el índice.

"Esto es Zaracaína-9, y esto es lo que destruye la infección. Con uno de estos tres veces al día, en unas dos semanas estará listo para volver a la vida. Eso lo haces con una inyección de adrenalina y una serie de descargas de desfibrilador."

Buscó un bolígrafo a su alrededor. Encontró uno entre los cojines del sofá. Arrancó un trozo de papel de un menú de comida para llevar.

"Esa parte la hace un profesional médico, pero conozco a un tipo que puede hacerlo por unos cien pavos." Garabateó un número en el papel. "Tiene su propio dispositivo casero. Que es básicamente una batería de coche conectada a un condensador con dos almohadillas, pero el resultado final es el mismo. El cuerpo vuelve a la vida con una descarga y los órganos comienzan a funcionar de nuevo."

Escribió un segundo número debajo del primero.

"Y este es el número del tipo que puede hacer las transfusiones. Probablemente necesitarás tres o cuatro las dos primeras semanas. Tiene una decente provisión de todos los grupos sanguíneos a la venta. Te cobra menos si puedes encontrar tú la sangre, si llevas a alguien con el grupo compatible."

Le entregó el papel a Brianna.

"Tu padre saldrá del coma dentro de cuatro a cinco días. Después tienes que mantener una dosis constante de Zaracaína-9. Una inyección por la mañana y otra por la noche durante los primeros tres meses, después solo una al día. Por cierto, toda esta información está disponible en Internet. Te enviaré un enlace a esa página con todas las dosis e instrucciones paso a paso para que no tengas que memori..."

La boca de Devon dejó de hablar a mitad de frase cuando él se perdió en sus pensamientos. Había algo extrañamente familiar en Brianna. No sabía qué era, pero no podía dejar de pensar en ello. Creyó haberla reconocido al verla por primera vez. Había supuesto entonces que debía de haberse cruzado con ella por el barrio alguna vez. Pero había otra cosa. No solo la reconocía, la conocía. Había una historia común de alguna manera. Eran sus maneras y la forma en que ella hablaba. La forma en que se enredaba el pelo en el dedo medio y se mordía el labio inferior entre las frases. Eso producía una extraña sensación de déjà vu, como si se hubieran conocido en una vida anterior.

"Perdona, ¿cómo dijiste que te llamabas?" le dijo él.

"Um, ¿Brianna?" Habló como si no estuviera segura de que esa fuera la respuesta correcta. "¿Brianna Goodman?"

Goodman. Un apellido que él había escuchado antes, pero no desde hacía mucho tiempo. Recuerdos distantes se recolocaron en los recovecos de su cerebro. Se encendió una bombilla.

"¿Eres pariente de Alison Goodman?" dijo él.

"Um, ¿sí? Es mi madre."

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Devon. Era eso. "Sabía que te conocía de algo."

"¿Qué, la conoces?"

"Sí, en realidad... sí. Es decir, la conocí. Más o menos. Aunque no la he visto en años."

Devon había conocido a la madre de Brianna cuando él era más joven. Ambos habían asistido a la misma escuela secundaria, aunque este era un hecho que dudó de divulgar en ese momento, pues trataba de ocultarle a Brianna su verdadera edad.

Alison Goodman había ido dos años por delante de él en el *Golden Hill High*, así como varios escalones más arriba en la jerarquía social de la escuela. La última vez que la había visto había sido justo antes de que ella dejara de ir a la edad de diecisiete. Nunca se dio una razón oficial para tan repentina desaparición, pero con la avidez de la chica por la crema de cacahuete y los sándwiches de *Cheetos*, los múltiples incidentes reportados de vómitos en público y un vientre que se expandía visiblemente cada día; no había resultado muy difícil saber lo que había pasado.

Diecisiete años y medio después, el desliz adolescente de Alison estaba en su salón jugueteando con su brazalete y dando golpecitos con el pie compulsivamente. Era casi una réplica de su madre a la misma edad, solo que con un aro en la nariz, mechas púrpura y una cintura mucho más delgada. Él no sabía para quién estaba ella comprando la medicación, pero ciertamente no era su padre. Al menos no su padre biológico. Nadie había descubierto quién había dejado embarazada a Alison Goodman tantos años atrás. Se decía que ni siquiera Alison estaba cien por ciento segura de la paternidad. Se rumoreaba que había varios candidatos, desde el dueño de un club nocturno casado de treinta y ocho años hasta el maestro de arte de la escuela y el bajista de una banda de nu-metal en gira. En cualquier caso, el culpable no se había molestado en quedarse para ayudar con el cuidado del hijo. Brianna probablemente iba a comprar la medicación para el tipo con quien su madre estaría liada ahora y le había dicho a Devon que era su padre solo para apelar a su empatía.

Devon soltó una risita y negó con la cabeza. "El mundo es un pañuelo, ¿eh?"

"Supongo que sí," ella se encogió de hombros.

"Bueno, he tenido que subir un poco los precios." Devon volvió al modo negocios y habló con voz profesional. "Triste pero inevitable. Pasar estas cosillas por la aduana se ha convertido en un completo dolor de cabeza. Lo están buscando mucho en las fronteras."

"Entiendo," dijo ella.

"Pues, con eso en mente, puedo ofrecerte esto hoy por seiscientos cincuenta."

La boca de Brianna se abrió un centímetro. Miró a Devon tratando de averiguar si le estaba gastando una broma cruel. El proceso de regeneración era prohibitivamente caro. La medicación le habría costado cerca de treinta mil dólares si hubiera pasado por los canales oficiales. Él se lo estaba ofreciendo por una pequeña fracción de ese precio.

"¿Seiscientos cincuenta? ¿Quieres decir seiscientos cincuenta... dólares?"

"Ajá."

"¿Y eso es para... eso hace...?"

"Eso cubre todo lo que vas a necesitar para la regeneración inicial, además de suficiente Zaracaína-9 para tres o cuatro semanas después. Puedes volver a por más cuando lo necesites."

Brianna se apresuró a buscar el dinero. Le temblaban las manos mientras contaba los billetes. "Honestamente... no sabes lo que esto significa para nosotros. No sé si vamos a poder agradecértelo nunca."

"No tienes que agradecerme nada. Me gusta ayudar a alguien cuando necesita que le echen una mano. Y me enfurece ver a estas grandes corporaciones explotando a personas desesperadas y vulnerables. Esa es la razón principal por la que hago esto."

Él mantuvo una cara seria mientras decía esto. Devon estaba en esto por el dinero y nada más.

Brianna le entregó el dinero en efectivo y se metió el paquete en la mochila. Él le dio su número de teléfono y le dijo que llamara si había algún problema. Ella se lo agradeció a Devon varias veces más antes de irse.

Él regresó al salón y abrió su ordenador portátil. Se conectó a un sitio de póquer en línea. Había prometido que no volvería a hacer esto después de apostar una parte considerable de sus ahorros un par de meses atrás, pero pensó que unas cuantas manos rápidas no le vendrían mal. Estaba de buen humor y se sentía afortunado. Su corazonada quedó justificada quince minutos después cuando se encontró con ochocientos dólares de beneficio.

La transacción de hoy había rentado solo una pequeña ganancia. El verdadero dinero vendría mediante negocios repetidos. Brianna tendría que volver para las recargas y los precios subirían gradualmente: problemas de suministro imprevistos, dinero peligroso, inflación o alguna otra razón inventada. Ella no tendría más remedio que seguir comprando a través de él, una y otra vez, mientras el anciano necesitara los medicamentos. Él era el único en el área que lo vendía, por lo que ella no podía hacer negocios en otra parte. Y si ella tenía problemas para conseguir el dinero en efectivo, bueno, estaba seguro de que ambos podrían llegar a algún tipo de acuerdo.

Durante años, el devastador y aparentemente incurable contagio conocido como zombismo había destruido vidas inocentes y sumido al mundo en un estado de caos. La magnitud de la epidemia era desconcertante, abría un camino de destrucción e inducía un pánico masivo a una escala nunca vista desde la gripe española un siglo antes. Más de sesenta millones de personas se habían visto afectadas desde el surgimiento inicial en Alemania, antes de extenderse por Europa y más allá en cuestión de días. La amenaza disminuyó después de aquellas tumultuosas primeras semanas, pero para entonces el mundo se había alterado irreversiblemente.

A pesar de tener algunas de las mentes científicas más importantes trabajando juntas para estudiar el contagio, nadie sabía nada al

respecto. Esto no se comportaba como una enfermedad típica, un virus o una plaga. No se parecía a nada que hubieran encontrado: era una cepa mutante creada por el hombre que no encajaba cómodamente en ninguna categoría preexistente. Aunque la existencia del zombismo y el potencial de brotes a gran escala se conocían desde hacía décadas, los biólogos y epidemiólogos aún sabían lo que era y mucho menos cómo tratarlo. Se le dio eventualmente el título oficial de patógeno BNBO-511:17, aunque la mayoría seguía refiriéndose a él simplemente como "la infección." La transmisión se producía a través de la sangre y la saliva, que generalmente se producía después de que un portador infectado hundiera sus dientes en la carne del no infectado. Seguía a esto un breve período de incubación, tras el cual la víctima se transformaba en un salvaje peligroso y hambriento.

Seguía habiendo un debate sobre si los seres humanos infectados debían clasificarse como vivos o como muertos. Algunas de las características mostradas coincidían con las de los fallecidos: principalmente ausencia de pulso cardíaco y actividad cerebral limitada. Pero también mostraban varios rasgos que no se encontraban comúnmente en los muertos, siendo los movimientos agresivos y un apetito insaciable por la carne humana los ejemplos más obvios. Eventualmente fueron clasificados como no muertos, ni vivos ni muertos, sino atrapados en un estado de limbo, habitando ambos estados simultáneamente.

Los militares se desplegaron en esas primeras semanas para reunir a las hordas de infectados. Una vez que eso se hubo resuelto, tenían que averiguar qué hacer con ellos. Muchos creían que los no muertos debían ser sacrificados, tanto por razones compasivas como para evitar una mayor propagación de la infección, pero esto se encontró con una fuerte oposición. Las familias y los amigos de los seres no muertos se opusieron a la matanza de sus seres queridos, especialmente porque aún se movían y se comportaban de una manera parecida a la vida. Se formó un movimiento de base que hacía campaña por la protección y exigía que los no muertos fuesen tratados con humanidad.

Los diversos gobiernos y organismos mundiales llegaron eventualmente a un compromiso por el cual cualquier humano

infectado sería puesto en cuarentena y retenido por un período de tiempo indefinido con la esperanza de que se encontrara una forma de revertir la condición. Se introdujo la Ley Nacional para Poner Fin a la Violencia contra los Muertos (NEVADA), que prohibía a los civiles causar daños innecesarios a cualquier ser no muerto.

Si bien el público aceptó estas medidas en un inicio, el apoyo se desvaneció pronto en cuanto aumentaron los costes asociados con la captura y el alojamiento de los no muertos. Hubo una animosidad creciente, ayudada en gran parte por los alarmantes medios de comunicación y oportunistas políticos que buscaban explotar la tragedia para su propio beneficio. Un número significativo de personas consideraba todo el proceso como una pérdida de dinero, mientras que otros afirmaban que al no sacarlos de su miseria estaban prolongando el sufrimiento de los no muertos. El consenso fue que era poco probable que se encontrara una cura alguna vez y que simplemente se estaba retrasando lo inevitable.

Pero contra todo pronóstico, se produjo un avance sorprendente cuando Zaracaína-9 llegó al mercado por cortesía de Fármacos Elixia. El fármaco fue aclamado como el mayor logro médico del siglo XXI, un hito científico comparable al mapeo del ADN, la cura para la polio y el descubrimiento de la penicilina.

Algunos calificaron Zaracaína-9 como una cura milagrosa, pero esto era inexacto, pues el medicamento no eliminaba por completo la infección. Operaba para suprimir la mayoría de los síntomas debilitantes y devolvía al paciente a un estado de salud similar al que experimentaba antes de la infección. Si bien continuaban persistiendo algunas secuelas, permitía a los pacientes controlar su enfermedad y disfrutar de una calidad de vida razonable.

Estaba lejos de ser perfecto y quedaba mucho trabajo por hacer para desarrollar una cura permanente, pero después de años de terror por aquel malicioso e insoluble azote, el mundo por fin veía un rayo de esperanza.

Capítulo 3

Una serie de emociones en conflicto revolotearon dentro de la cabeza de Miles durante el viaje a casa desde Z-Pro. No sabía lo que debía sentir al respecto. La entrevista había salido bien, que él supiera, estaba tranquilo con las respuestas que había dado y le parecía que a Jack Houston le habían gustado (si es que el apretón de manos triturahuesos y dislocahombros que le había dado servía de indicación). Pero aún así, ¿de verdad quería el empleo? Necesitaba el empleo o necesitaba un ingreso regular y, después de casi un año sin trabajo, no veía la hora de evitar el estigma asociado con el paro de larga duración. Pero no en gestión y control de no muertos. Todo menos eso.

Tres años atrás, poco después del colapso de Rito Muerto, él y Felix habían comenzado su propio negocio. Felix había usado el tiempo en Rito Muerto para idear un pequeño catálogo de inventos e innovaciones que podrían utilizarse en el campo de GCNM. Había creado un puñado de productos listos para su uso, junto con bocetos y planos para varios otros. Fue Miles a quien se le ocurrió la idea de utilizar su paga de Rito Muerto para desarrollar y comercializar estos productos a gran escala.

Su éxito había sido casi inmediato y obtuvieron ganancias en los primeros seis meses. Consiguieron contratos para abastecer a varias agencias gubernamentales, tanto a nivel local como mundial, y pronto contrataron personal adicional para satisfacer la demanda. Había requerido muchas horas, altos niveles de estrés y una inclinada curva de aprendizaje, pero a Miles le había encantado estar allí. Comparado con lo que había tenido que afrontar en su trabajo anterior, esto había sido un paseo por el parque. La empresa no implicaba toda la disfunción y el caos que habían empañado los últimos meses en Rito Muerto. La amenaza de la bancarrota no se había cernido constantemente sobre sus cabezas, y en ningún momento nadie había tenido una experiencia cercana a la muerte. Miles se habría contentado con seguir así en el futuro previsible.

Sin embargo, Félix había tenido otras ideas. Después de un par de

años, la rutina diaria de administrar el negocio le había cansado y había agotado su creatividad. Se encontraba con menos tiempo para jugar en su taller y desarrollar nuevas ideas, que era lo que realmente le gustaba hacer más que cualquier otra cosa. También había tenido la previsión de que la demanda de sus productos probablemente iba a disminuir más pronto que tarde. Las poblaciones de no muertos habían alcanzado su punto máximo y se había pronosticado una fuerte disminución para los próximos años. Era probable que los recientes avances en los tratamientos para combatir la infección redujeran aún más estas cifras. Había llegado el mejor momento para vender. Los dos habían llevado el negocio tan lejos como habían podido por su cuenta y había llegado la hora de entregar las riendas a otra persona. Miles se había resistido a la idea al principio, pero pronto se dio cuenta de que los números no mentían. Si querían el mejor precio, tenían que conseguirlo mientras la plancha estuviera caliente.

El negocio fue comprado por un conglomerado alemán y Miles recibió el cincuenta por ciento del pago, recaudando más de siete veces su inversión original. Pensaba que Félix estaba siendo demasiado generoso al aceptar dividir las ganancias en partes iguales, especialmente porque Félix podía tomar la mayor parte del crédito por su éxito, mientras que él manejaba principalmente tareas administrativas y de pedidos básicos. Se sintió culpable por aceptar más de lo que merecía, aunque no lo bastante culpable como para sugerir que recibiera una parte menor. Cualquier culpa residual que pudiera haber tenido desapareció muy pronto en cuanto los nuevos propietarios volvieron a contratar a Felix para unirse a su división de I+D de productos, con un salario considerable de seis cifras para acompañarlo. Miles usó su dinero para tomarse un merecido descanso.

Para empezar, disfrutaba de su tiempo libre. Los fondos habían sido suficientes para permitirle relajarse ahora y considerar sus opciones para el futuro. No necesitaba apresurarse a decidir nada todavía. No es que fuese rico precisamente, pero vivía cómodo y, por primera vez en años, estaba libre de todos compromisos y responsabilidades. La hipoteca se había resuelto y su hermana Shae se había ido a la universidad. El dinero no duraría para siempre, pero era un buen colchón. Lo extendió aún más al mudarse a un apartamento más

pequeño y alquilar la casa para generar ingresos adicionales.

Pero los meses pasaron volando muy rápido y vio que eventualmente tendría que buscar un empleo normal. Todavía no había que entrar en pánico, pero sus vacaciones indefinidas ya habían hecho una pequeña mella en sus ahorros. Sus años de dificultades financieras aún estaban frescos en su mente, cuando él existía de nómina a nómina y el miedo a perder la casa colgaba como la espada de Damocles sobre su cabeza. Ese era un período de su vida que no deseaba revivir. En cualquier caso, tenía que encontrar algo para llenar los días, aunque solo fuera para mantener su propia cordura y sentido de autoestima. No hacía falta que fuese el empleo de sus sueños. Cualquier cosa serviría. Solicitó docenas de puestos y pidió a sus amigos y excompañeros de trabajo que le informaran sobre posibles pistas, pero no recibió respuesta de nadie.

El mes pasado se habían enterado de que Z-Pro estaba contratando personal. De ordinario no lo habría considerado viable. Después de todo lo que había pasado en Rito Muerto, un trabajo que casi le había costado la vida, esta era la última avenida que debía considerar. Pero en ese momento, por razones que aún no comprendía del todo, pensó en regresar a la industria de GCNM. Quizá eso tenía algo que ver con el hecho de que solo faltaba un mes para su vigésimo séptimo cumpleaños y había estado pensando mucho en lo que eso significaba para él. Las infinitas posibilidades de la juventud se alejaban y el mundo ya no era su ostra. Tenía que hacer frente a la realidad: tenía muy pocas habilidades de mercado, sus opciones disminuían con cada año que pasaba y no estaba en condiciones de ser selectivo sobre el tipo de trabajo que quisiera o no quisiera hacer. Solicitó el trabajo antes de tener la oportunidad de convencerse de lo contrario.

Llegó a casa poco después de las cuatro de la tarde. Su nuevo alojamiento estaba lejos de ser glamoroso y resultaba un poco estrecho, especialmente después de pasar la mayor parte de su vida en una espaciosa casa de tres habitaciones con un gran patio trasero, pero eso no le importaba demasiado. El alquiler era razonable, la casa estaba cerca de la ciudad y (lo más importante de todo) podía permitirse vivir allí solo. Después de años de estar

atrapado en aquel manicomio con internos yendo y viniendo a todas horas y sin tener un momento de paz, esto era una bendición. Algunas personas ansiaban la compañía de otras, pero él sabía que pasaría algún tiempo antes de que se cansara de vivir solo.

El resto de su velada lo pasó viendo vídeos de YouTube de actuaciones en vivo de raras bandas desconocidas que no había escuchado desde que era un adolescente. No era su intención perder horas frente al ordenador. Simplemente sucedió así. Comió un plato de cereales y media caja de galletas para cenar. La culpa apareció poco después. Hizo la promesa de que, a partir de mañana, intentaría vivir más como un adulto.

Se despertó de golpe a la mañana siguiente por el zumbido de su teléfono a unos centímetros de su oído. Lanzó un brazo y lo sacó de un manotazo del cajón junto a la cama.

Abrió los ojos con fuerza. La luz del día asomaba tras las cortinas. Su despertador le dijo que eran casi las nueve. Nunca dormía hasta tan tarde.

Sentía la garganta como papel de lija y la almohada estaba fría y húmeda. Había tenido ese sueño de nuevo en el que estaba atrapado en la parte trasera del Range Rover. Carne podrida presionaba el vidrio. Brazos muertos arañaban ventanillas llenas de finas grietas, segundos antes de romperlas. Le habían abandonado en un pueblecito en mitad de la nada, sin que nadie supiera dónde estaba. El sueño había sido tan vívido que casi tuvo que examinarse a sí mismo para ver si tenía marcas de mordeduras. El sueño le había atormentado de forma intermitente durante los últimos años, aunque había pasado un tiempo desde la última vez. Pensó que tal vez lo había superado. No necesitaba un experto analista de sueños para saber lo que podría haber provocado tal siniestro regreso.

Esperó un momento para dejar que su mente se calmara antes de agacharse y levantar el teléfono del suelo.

Era un mensaje de Jack Houston. Le estaba ofreciendo el trabajo.

Una cabeza llena de dudas persistentes y un nudo en el estómago le habían impedido dormir más de unas pocas horas la noche anterior

al primer día del nuevo trabajo. Había intentado una y otra vez racionalizar sus acciones y convencerse a sí mismo de que no estaba cometiendo el mayor error de su vida. Que esto no era más que un arreglo temporal. Era un marcador de posición, algo para mantenerse ocupado hasta que se presentara una oportunidad mejor. Había evitado que aparecieran lagunas difíciles de explicar en su currículum y había aliviado algunas de las preocupaciones que tenía sobre el dinero. Por primera vez en su vida adulta estaba económicamente cómodo y prefería seguir así. Trabajar en un empleo curre le daría la motivación necesaria para encontrar algo que hacer más significativo en su vida. Pero no importaba cuántas veces se dijera esto a sí mismo, no era capaz de creerlo.

La mañana llegó en un parpadeo y se encontró entrando en el vestíbulo del edificio de Z-Pro, luchando contra las mariposas inducidas por el insomnio y un caso crónico de transpiración nerviosa.

"Soy Miles," consiguió gruñir a la mujer de recepción. Tragó saliva y se obligó a pronunciar las palabras que no quería decir: "Hoy empiezo a trabajar aquí."

La mujer levantó el auricular del teléfono y marcó un número. "Toma asiento. Estará alguien contigo pronto," dijo ella.

Miles se instaló en una de las sillas de plástico blanco alineadas en la pared, entre dos macetas artificiales. Un cartel colgaba delante, directamente en su línea de visión. Era un anuncio de servicio comunitario (que se había dejado allí desde el último Halloween) y advertía sobre los peligros de vestirse como seres no muertos durante las festividades de ese año. Había habido numerosos incidentes en años anteriores de alegres disfrazados que habían sido confundidos con zombis reales. Esto no solo había provocado una alarma innecesaria entre la comunidad, sino que también había ejercido una gran presión sobre los servicios de GCNM llamados con falsas alarmas. Peor aún, a menudo terminaba con tal persona disfrazada siendo atacada por miembros del público que habían creído estar en peligro.

Además de crear molestias, muchos consideraban que vestirse como un zombi era insensible e irrespetuoso con los exhumanos y los

supervivientes.

Un hombre mayor con una camisa a cuadros verde y blanca y gafas con montura metálica apareció unos minutos después. Se presentó como el Dr. Sloan, el oficial médico de la empresa. Llevó a Miles a una salita en el fondo del recibidor para someterse a su examen físico y médico previo al empleo. La prueba consistía en sencillos ejercicios de estiramiento y levantamiento para medir su fuerza y flexibilidad, así como exámenes de audición y vista para determinar si era apto para el trabajo. Era similar al que él había emprendido antes de comenzar a trabajar en Rito Muerto varios años atrás. La única diferencia ahora era que requería que presentara una muestra de sangre. El año pasado se habían introducido nuevas leyes que otorgaban a las empresas el derecho de examinar a todos los potenciales empleados para determinar si eran o habían sido no muertos. Cualquiera que devolvía una prueba positiva podía ser rechazado o despedido instantáneamente sin recursión legal.

Miles recibió un certificado de buena salud (pendiente de los resultados del análisis de sangre) y regresó a su asiento en el vestíbulo. La mujer en recepción le informó que el líder del equipo estaría con él en unos minutos.

Esos pocos minutos se extendieron a diez, luego a veinte, luego a treinta. Cuanto más esperaba, más divagaba su mente y más empezaba a cuestionarse lo que estaba haciendo allí. Ya se estaba arrepintiendo de su decisión. Al aceptar el empleo sintió que había retrocedido cinco años en la vida. Coqueteó con la idea de levantarse y salir por la puerta sin una explicación, salir sin más y sin mirar atrás. Pronto descartó esto como una idea estúpida; era un hombre adulto y no podía huir de cada situación difícil o desagradable que encontrara a lo largo de su vida. Pero, a medida que pasaban los minutos, la idea se volvía más atractiva. Podía marcharse y reírse después de todo ese episodio como un terrible error de juicio, antes de que recobrar el sentido.

Finalmente, después de cuarenta y cinco insoportables minutos, una puerta se abrió detrás de él y oyó una voz. "¿Michael?"

"Uh, Miles," dijo él.

Se levantó del asiento y mostró su mejor sonrisa falsa. Necesitó toda su fuerza de voluntad para mantener esa sonrisa en el sitio al encontrarse cara a cara con el nuevo líder de su equipo.

Oh, no. Ella no. Cualquiera menos ella.

"Lo siento, Miles," dijo ella tendiéndole la mano. "Encantada de conocerte. Soy Erin."

"Si. Lo sé."

Erin. Su colega de Rito Muerto y, antes de eso, su compañera de clase en la Escuela Secundaria Acacia Hills. Además de la humillación de haber regresado a la industria de GCNM, ahora estaría subordinado a su némesis de la escuela secundaria. Y justo cuando pensaba que esto no podía empeorar.

A pesar de sus dudas sobre el empleo en Z-Pro, ni una sola vez se le había pasado por la cabeza que podría encontrarse con personas que conocía. Debería haber salido corriendo por la puerta cuando tuvo la oportunidad.

"Mi reputación me precede, ¿verdad?" Dijo Erin con una carcajada.

"¿Tu...? Lo siento, ¿qué?"

"Lo que sea que hayas escuchado, no te creas una palabra. Menos del ochenta por ciento es cierto." Se dirigió hacia las puertas automáticas que conducían al área principal del edificio. El apresuró a seguirla. "Lo siento, llego tarde, por cierto. Mi prometido se partió un diente al intentar abrir una botella esta mañana y tuve que llevarle al dentista."

Ella rió de nuevo y Miles pronto supo lo que estaba sucediendo exactamente aquí. Una vez más, Miles había sido borrado de la memoria de Erin. Ambos habían asistido a la misma escuela secundaria durante seis años, pero cuando ella llegó por primera vez para trabajar en Rito Muerto, no parecía recordar haberle conocido nunca. Habían trabajado codo con codo durante otros dos años y ahora ella le hablaba como si fuera la primera vez que le veía. En lo que a ella respectaba, él era un completo extraño.

Se preguntó si él había cambiado tanto desde la última vez que se vieron. No lo creía, aunque probablemente no estaba en la mejor posición para juzgar. Erin era más o menos como él la recordaba. Tenía un nuevo peinado fucsia brillante y varios tatuajes más visibles, pero aparte de eso, era la misma. Seguía teniendo un volumen de voz que sugería que todos a su alrededor tenían problemas de audición. Y cada segunda oración sonaba como una pregunta. Una explicación más probable de la falta de reconocimiento era que Miles no era un tipo muy memorable.

"Aún no he tenido ocasión de ver su solicitud," dijo Erin. Pasó su tarjeta de acceso por un escáner para abrir una puerta. "Jack me dijo que ya has trabajado en GCNM antes."

"Sí, solía trabajar para Rito Muerto," dijo él.

Pensó que eso podría refrescarle la memoria, pero ella permaneció ajena. "Oh, yo también trabajé allí. Con Steve y Adam, ¿verdad? Muchos de nosotros en Z-Pro empezamos en Rito Muerto, de hecho. Kaylan, Nathaniel, Alex. Y Brock, mi prometido, también trabajó allí un tiempo. Debiste de haberte ido antes de que yo empezara."

"Correcto. Eso debe de ser."

Decidió dejarlo así. No había nada que ganar con sacar a la luz el pasado, aparte de una mayor incomodidad. Si Erin estaba convencida que se encontraban por primera vez, probablemente sería mejor que él le permitía creerlo.

"Bueno, voy a presentarte al resto del equipo," dijo Erin.

Le condujo por un pasillo hacia la zona principal de personal. La carrera de Miles como agente de GCNM se había reanudado oficialmente.

Capítulo 4

Las primeras horas del nuevo trabajo sirvieron como recordatorio de lo tedioso que podía ser el empleo de un agente de GCNM. Erin pasó unos veinte minutos mostrándole a Miles el lugar y presentándole a los otros miembros del equipo que estaban de servicio ese día. Todos eran sorprendentemente similares en apariencia: cabezas afeitadas, barbas vikingas, tatuajes en el cuello y ceño fruncido permanente. Después de eso, fue a la sala de descanso, donde se sentó y esperó a que llegara el trabajo.

La hora del almuerzo vino y se fue y Miles aún no había hecho más que ver la televisión y lamentar las elecciones que había hecho en la vida. Escuchó a Erin mientras le contaba todas las cosas divertidas que le habían sucedido durante sus días en Rito Muerto. Él se rió y fingió que no conocía estas historias, aunque en algunos casos había estado directamente involucrado en los incidentes que ella había descrito. También la escuchó mencionar a su prometido cuatro veces, en caso de que hubiera olvidado que ahora estaba comprometida.

El primer trabajo del día por fin llegó a eso de las 3:45 p.m. Este fue delegado a Brandon, un empleado cuyo única diferencia con todos los demás barbudos y tatuados de cabeza rapada era su tamaño de buey. Miles fue asignado para acompañarle al lugar.

Subieron a bordo del camión de la empresa. Brandon introdujo la dirección en el navegador por satélite y despegaron.

Al menos, los vehículos de Z-Pro eran más cómodos y modernos que las vibrantes cajas de sudor vomitadoras de monóxido de carbono en las que se había visto obligado a viajar en Rito Muerto. Este en particular era impresionante. Era la incorporación más reciente a su flota y rápidamente se había convertido en la más popular para que el personal realizara trabajos. Con su nevera, asientos de cuero, calefacción y refrigeración, y un sistema de sonido de última generación, era más parecido a un vehículo de lujo que a un camión de trabajo. La sección delantera tenía espacio para el conductor y

tres pasajeros, con un área en la parte trasera separada por una mampara de vidrio que podía contener hasta quince exhumanos. Era completamente blanco y con logotipos gigantes de Z-Pro pintados con aerógrafo en ambos lados.

El personal había bautizado este vehículo como el Tigre Blanco. El nombre se le había ocurrido a un ex empleado obsesionado con el ejército, inspirado en un tanque indestructible de una de sus películas de guerra favoritas. Miles tuvo que estar de acuerdo en que el nombre era apropiado: viajar delante era como cruzar las calles en un vehículo militar. Sospechaba que si otro coche chocaba lateralmente con ellos, apenas lo notarían.

La dirección estaba a unos diez minutos de distancia en un elegante barrio de clase media alta. Esto en sí mismo era inusual. Los avistamientos zombi en esta parte de la ciudad eran raros. Pasaron por delante de una tienda de antigüedades y un café, y entraron en una tranquila calle residencial.

“Parece que es cosa nuestra más adelante,” dijo Brandon.

Media docena de vehículos rodeaban una propiedad, unas casas cerca de la esquina. La mayoría eran coches de policía y había una ambulancia. Cinta amarilla de escena del crimen acordonaba la parte delantera.

Miles podía sentir que su pulso se aceleraba, y no eran solo los nervios del primer trabajo. La cantidad de coches de policía era señal segura de que esto era algo más que un trabajo de rutina de captura y recogida. Algo grave había ocurrido aquí.

El camión aparcó unas casas antes y ambos saltaron fuera del vehículo hacia la calle.

Algunos agentes de policía llamaban a las puertas de las casas vecinas para recoger declaraciones de los vecinos. Otros fotografiaban la escena. Dos paramédicos empujaban una bolsa para cadáveres sobre una camilla hacia la parte trasera de la ambulancia.

Al menos una persona estaba muerta. Esto explicaba la presencia policial.

Miles y Brandon cruzaron la calle. Dos policías montaban guardia frente a la propiedad. "¿Son los tíos de GCNM?" dijo el mayor de los dos.

Brandon asintió. "¿Cuántos hay para nosotros hoy?"

"Sólo uno," dijo el policía.

"O un poco menos de uno," dijo su socio. "Unos nueve décimos."

El policía más joven levantó la cinta amarilla para que pasaran Brandon y Miles. Fueron conducidos por un camino hasta el patio trasero.

"Por ahí." El policía mayor señaló la parte trasera de la propiedad. "Es todo vuestro. Buena suerte."

Brandon y Miles dieron dos pasos en esa dirección antes de detenerse por completo.

"Dios de Cielo," dijo Brandon al ver a su objetivo. "¿Qué diablos ha ocurrido aquí?"

El cadáver estaba apoyado en la valla trasera. Estaba erguido, ligeramente inclinado hacia adelante, y rodeado por una plaga de insectos. No había señales de movimiento.

Un ancho cepillo de escoba sobresalía por la mitad del torso, justo bajo el esternón. El resto de la escoba no era visible. Asumieron que el mango había empalado al exhumano, atravesándole todo el cuerpo y encajándose entre las tablas de la cerca. Eso era lo que mantenía en pie al zombi, que estaba clavado a la cerca como una octavilla en un tablón de anuncios.

Ambos avanzaron unos cautos pasos para ver más de cerca la extensión de las heridas.

El zombi tenía un corte de varios centímetros de profundidad en el cuello, mostrando destellos de tráquea y vértebras. La piel alrededor de la cara y cuello estaba carbonizada. Le habían arrancado el labio inferior y la mayor parte de la mejilla izquierda. Tenía la boca llena de dientes rotos. Su mandíbula colgaba varios centímetros más

abajo de lo normal, como un buzón con un pestillo roto. El globo ocular izquierdo sobresalía de la cuenca. La caja torácica estaba expuesta, mostrando órganos internos en rápida descomposición.

Brandon negó con la cabeza con disgusto. "¿Habías visto alguna vez algo así?"

Miles fue a hablar, pero el hedor lo golpeó tan pronto como abrió la boca. Había olvidado lo pútridas que podían oler estas cosas, especialmente aquellas que habían pasado horas cociéndose al sol. Necesitó dar un paso atrás para recomponerse y permitir que su estómago se asentara. Dio gracias de haberse saltado el almuerzo hoy. Probablemente también se saltaría la cena.

No sabía lo que había sucedido aquí, pero no era difícil de imaginar. Alguien, o probablemente un grupo de personas, había torturado a este zombi porque estaban aburridos o pensaban que sería divertido. A juzgar por la bolsa para cadáveres que Miles había visto cuando la cargaban en la ambulancia hacía unos minutos, el zombi había logrado dispensar cierta revancha.

Miles se había encontrado con algunas situaciones inquietantes durante su tiempo en Rito Muerto, cuando el sentimiento anti-zombi había estado en su apogeo, pero nunca algo tan impactante.

"¿Lo ha visto moverse alguien?" dijo Miles.

"No creo," dijo el policía más joven. "Yo no, al menos."

Brandon se acercó a unos metros. Lo estudió en busca de movimiento. El zombi permanecía perfectamente inmóvil, allí clavado como un repulsivo espantapájaros. Brandon le dio un suave golpe en el costado con el palo trampa. No hubo respuesta. Le empujó de nuevo más fuerte con el mismo resultado.

Luego le dio un golpe rápido en la cara. La cabeza del zombi se levantó bruscamente, este eructó un furioso aullido y se inclinó hacia adelante, agitando los brazos mientras trataba de arañar a Brandon. La escoba alojada en su sección media le impedía moverse más de un par de centímetros.

Miles se apartó asustado y se sintió avergonzado de inmediato. Miró a su alrededor para ver si alguien lo había notado. Parecía que no.

"Ah, qué decepcionante," dijo Brandon. "Tenía la esperanza de se lo hubieran cargado."

Regresó al camión para recoger dos juegos de ropa de trabajo protectora. Ni de coña se iban a acercar a esa cosa vistiendo solo ropa normal.

Se pusieron los trajes de polietileno desechables, las máscaras y los guantes de látex y emprendieron la delicada tarea de atar y sacar al zombi de la propiedad. No podían manejarlo como un no muerto normal. Estaba en un estado tan frágil que cualquier tratamiento brusco podía resultar en la caída de partes del cuerpo y el derrame de órganos internos. Eso solo prolongaría el proceso y nadie quería tener que limpiar aquello.

Brandon colocó las puntas del palo trampa alrededor del cuello del zombi. Tuvo cuidado de no empeorar la profunda herida. Miles le puso las bridas en las muñecas y le pasó la rejilla por la cara. Cerrar la boca de la mordaza requirió varios intentos debido a la mandíbula rota y deformada. Sacó la escoba de la cerca y la retiró con cuidado del abdomen del zombi. El mango salió lleno de una fina capa de pringue marrón verdusco.

"¿Te gusta el trabajo hasta ahora?" dijo Brandon con una sonrisa.

Miles tiró la escoba al suelo. "¿Qué crees que hacen con casos como este?" dijo él.

"¿Qué quieres decir?"

"Ya sabes, cuando el estado es tan grave que no se puede hacer nada por ellos. Como este tipo. Puede que haya un tratamiento disponible para ayudar a revertir los síntomas del zombismo, pero no estoy seguro de que puedan hacer gran cosa para arreglar el enorme agujero que tiene en el lateral del cuello."

Brandon hizo una pausa para considerar esto. "Nunca he pensado en eso. Para ser honesto, creo que es una de esas cosas que prefiero

no saber."

El zombi fue cargado en el área de contención en la parte trasera del camión. Brandon lo sujetó mientras Miles activaba las correas automáticas. Se intercambiaron pocas palabras durante la realización de esta tarea y en el viaje al centro de procesamiento.

Brandon era un conductor impaciente. Aceleraba el motor mientras esperaba que cambiaran los semáforos. Hacía sonar la bocina a los coches que circulaban uno al lado del otro en un tramo de dos carriles. Las señales de STOP eran tratadas como cortés sugerencia más que una directiva. Miles no sabía a qué venía tanta prisa. Ya no les pagaban por completar el trabajo más rápido. El acuerdo anterior, por el que se pagaba a las agencias de GCNM por cada no muerto capturado, había sido abolido. Z-Pro ahora recibía una cantidad fija anual por los servicios prestados.

Estaban a cinco minutos de su destino cuando Brandon habló.

"Hubo un trabajo que hicimos hace unos seis meses," comenzó. "Un zombi estaba pululando en mitad de una autopista, directo en el camino de un semirremolque. El vehículo chocó contra él a toda velocidad. Nosotro nos presentamos después y aquello era un desastre del demonio. Lo único que quedó fue un torso con una pierna y una cara destrozada. El resto estaba esparcido por unos doscientos metros de carretera. Pero el bicho seguía moviéndose y todo, así que no tuvimos más remedio que recogerlo todo con palas y llevarlo dentro."

"¿Sabes qué le pasó al zombi después?" Dijo Miles.

Brandon negó con la cabeza. "No tengo ni idea. Rezo al Señor todopoderoso para que mostraran un poco de misericordia y le sacaran de su miseria."

La policía pasó el resto del día investigando las circunstancias que rodeaban la mutilación del no muerto y la muerte de un civil ocurrida en la propiedad. Varios vecinos afirmaron haber presenciado a cuatro adolescentes usando música SlamCore para convencer al exhumano de ir al patio trasero de la casa. Un testigo dijo que el grupo parecía pasarlo muy bien burlándose de él, como

si lo estuvieran usando para su propia diversión. Las imágenes obtenidas de las cámaras de seguridad ubicadas directamente frente a la escena del crimen corroboraron estos relatos de testigos presenciales.

Lo que había sucedido dentro de la propiedad probablemente habría seguido siendo un misterio si uno de los adolescentes involucrados no hubiera filmado todo el incidente y publicado varios vídeos en Internet. En uno de los vídeos se podía ver y oír al grupo atormentando al no muerto lanzándole proyectiles y empujándolo con una escoba. En mitad de esto, parte del palo de la escoba se había partido y el mango roto se había usado para empalar al zombi en la cerca trasera.

Con el zombi ahora atascado en su lugar e incapaz de moverse, la situación se había intensificado rápidamente. Los adolescentes se habían filmado colocándole petardos M-80 en la boca y encendiendo la mecha. El resultado había sido un no muerto con la cara reventada por los aires.

Un intento fallido de replicar el truco había terminado con el zombi aferrado a uno del grupo y abriéndole la cabeza.

Una tormenta de fuego de los medios de comunicación estalló en cuanto estos vídeos se hicieron públicos. Hubo una indignación generalizada por un joven perdiendo la vida de una manera tan imprudente y fácilmente evitable, y se pidió a los tres supervivientes que enfrentaran cargos penales por el daño infligido al no muerto. A pesar de que la ley CADAVER llevaba vigente tres años desde el reemplazo de la ley NEVADA (los derechos de los propietarios de las casas ahora prevalecían sobre los de los no muertos), algo en este caso tocó la fibra sensible del público. Esto se debió en parte a las edades de los involucrados, todos tenían dieciséis o diecisiete años, pero sobre todo por el júbilo desenfrenado que habían sentido los adolescentes al atacar al zombi. Habían atraído al zombi a la propiedad con el único propósito de torturarlo. Parecían saber que la ley los protegía y que podían hacer lo que quisieran sin consecuencias. En los días y semanas que siguieron, las páginas de opinión se llenaron con un sinnúmero de artículos de opinión y editoriales que lamentaban el estado de la juventud actual, el impacto de los medios violentos en las

mentes de los jóvenes y la ruptura de la unidad familiar.

Todos los adolescentes supervivientes se escondieron poco después de que estallara la historia. La mayor parte de la crítica del público se dirigió hacia Tyson Mueller; quien, a pesar de haber visto a su mejor amigo morir de una manera horrible; había seguido filmando en lugar de prestar ayuda (tiempo que había invertido en subir las espeluznantes imágenes a su canal de YouTube). Los padres del adolescente fallecido buscaron asesoramiento legal para determinar si se podía iniciar una demanda civil contra los tres por el papel que habían desempeñado en la muerte de su hijo.

Sobre la cuestión de si deberían enfrentar cargos penales, la opinión estaba marcadamente dividida. Muchos creían que los jóvenes deberían ser acusados, alegando que su comportamiento era innecesariamente violento y sádico, y que se habían transgredido los límites de la decencia común y el buen gusto. Habían tenido mucho tiempo para alertar a un agente de GCNM, pero habían elegido comportarse de una manera antisocial. Se dijo que con las opciones de tratamiento ahora disponibles, junto con los muchos desarrollos positivos en esta área, no había razón para que nadie cometiera un acto de violencia contra un no muerto a menos que su propia seguridad inmediata estuviera siendo amenazada.

El bando contrario insistió en que no deberían ser acusados porque, de acuerdo con la ley CADAVER, tan pronto como el no muerto pone un pie en tierras privadas, los ocupantes estaban en su derecho de tomar medidas preventivas para defenderse, utilizando cualquier nivel de fuerza que consideraran apropiado. Las circunstancias de cómo había llegado el zombi allí eran irrelevantes y no correspondía a los tribunales llegar tan lejos. Condenar a los adolescentes sentaría un precedente peligroso y abriría las compuertas para casos futuros.

Antes de que la policía pudiera decidir qué medidas tomar, intervino el primer ministro Bernard Marlowe. Convocó a una rueda de prensa urgente, que fue retransmitida en directo por televisión.

“Cuando fui elegido, hice la promesa a los ciudadanos de esta gran nación de protegerles de la amenaza de los no muertos,” dijo al grupo de medios reunido. “Esta es una promesa que tengo plena

intención de cumplir. Así que permítanme decirles, de una vez por todas, que nadie será acusado jamás por defenderse de un no muerto en su propiedad. Recuerden estas palabras. Ningún ciudadano será acusado jamás por defenderse de un no muerto en su propiedad. Esta es una garantía inequívoca y sin excepciones. Es necesaria por el bien del país. Si comenzamos a convertir a inocentes ciudadanos respetuosos con la ley en criminales, corremos el riesgo de regresar al caos y la disfunción de la administración anterior, donde a las bestias de muerte zombi se les permitía su desenfreno y se les otorgaban más derechos que a los vivos. Eso nunca sucederá bajo mi supervisión."

La rueda de prensa duró dieciocho minutos. El primer ministro reiteró su promesa de que, mientras él siguiera siendo el líder del país, nadie enfrentaría condenas por lo que le sucediera a un exhumano en una propiedad privada. Declaró la victoria en la guerra al horror en curso, insistiendo en que el país estaba mucho más seguro ahora que cuando él había llegado al poder. Reiteró su creencia en la democracia y afirmó que era la gente la que gobernaba el país y no los no muertos.

Los miembros de la prensa gritaron sus preguntas, preguntando si era apropiado que un primer ministro interfiriera en un caso que aún estaba bajo investigación policial. Querían saber si colocar explosivos dentro de la boca de un exhumano constituía defensa propia y solicitaron estadísticas que respaldaran su afirmación de que el país era más seguro ahora que tres años atrás. Marlowe salió del escenario sin ofrecer ninguna respuesta.

Enmiendas se aprobaron con presteza en el parlamento en los días siguientes y las palabras de Marlowe se convirtieron en ley. Una semana después, el índice de aprobación del gobierno cayó otros dos puntos, descendiendo a un nuevo mínimo de treinta y cuatro.

Un informe publicado el mismo día que la encuesta mostró que los muertos vivientes eran ahora el decimocuarto problema más urgente que enfrenta el país en la actualidad, comparado al problema número uno de hacía unos años. Muchos comentaristas observaron que el debate había desaparecido y las pasiones ya no fueron tan inflamadas como antes. Los encuestados mencionaron el desempleo y los problemas económicos como su principal

preocupación, seguidos del medio ambiente. La corrupción en la política se había elevado al número tres.

El exhumano encontrado empalado en la cerca fue identificado más tarde como Matthew John LaSalle, de treinta y nueve años, desempleado.

El Sr. LaSalle se había convertido en no muerto quince meses después de un incidente ocurrido durante su carrera matutina. Se había encontrado con lo que inicialmente creyó ser un ciclista herido al lado de la carretera. Al prestar ayuda fue atacado y sufrió una pequeña abrasión en el antebrazo derecho. Hizo la transición varias horas después y fue trasladado al centro de procesamiento más cercano.

Después de pasar más de tres meses como no muerto, fue apto para someterse a la regeneración y retransformación a su estado pre-zombi.

Su tratamiento fue inicialmente exitoso pero, como era el caso de muchos reanimados, encontró numerosos obstáculos en sus intentos de reintegrarse a la sociedad. A pesar de tener doce años de experiencia como maestro de secundaria, no pudo conseguir empleo, pues su estado le impedía trabajar en un entorno que requiriera el contacto con jóvenes. Su falta de ingresos le dificultó cubrir los gastos médicos continuos. Le fue difícil encontrar una vivienda adecuada, y en las últimas semanas había dormido en un albergue de crisis gestionado por organizaciones benéficas. Se creía que había regresado a un estado de no muerto en los tres últimos días.

Capítulo 5

A pesar de todos sus esfuerzos, Miles no pudo evitar sentirse un poco cohibido mientras navegaba por las estrechas y sinuosas calles de aquel ultra exclusivo y ultra rico barrio en su Nissan Pulsar de ocho años y segunda mano. Le faltaban dos tapacubos y tenía un espejo retrovisor roto. Que él viera, el suyo era el único vehículo en la carretera que no era un Mercedes Benz, un BMW o un Bentley o alguna otra variación del lujo europeo que él solo podía poseer en sueños. Las propiedades por las que pasaba estaban todas ocultas tras muros de granito de tres metros y medio de altura y cubiertos de hiedra. Miles sentía la suspicaz mirada de los residentes mientras conducía, como si su relativa pobreza pudiera contagiarse o él fuese un ratero recorriendo el área en busca de posibles objetivos. Había visto a una anciana anotar los detalles de su matrícula.

Después de conducir en círculos y retroceder varias veces, por fin encontró el camino de la dirección. Se detuvo frente a las puertas de seguridad de hierro forjado con el nombre "Beechwood Heights" escrito en letras de un metro de alto. Bajó la ventanilla y pulsó el timbre. Las puertas se abrieron y el Nissan entró en la propiedad.

Enormes palmeras flanqueaban ambos lados del camino pavimentado. Un pequeño grupo de paisajistas se afanaba a su izquierda extendiendo horquillas de mantillo sobre los parterres de flores y atendiendo el perfectamente cuidado césped.

El camino de entrada siguió y siguió hasta que apareció a la vista una mansión del tamaño de un pequeño complejo turístico. Miles paró en un estacionamiento cerca y salió del coche. Elliott le estaba esperando en lo alto de los escalones.

"Por fin has llegado," dijo Elliott con una amplia sonrisa en el rostro.

"Seré honesto contigo, esta no es la casa más fácil de encontrar del mundo," dijo Miles. Decidió no revelar que había pasado tres veces por delante de las puertas de entrada antes de darse cuenta de que era esa la dirección que estaba buscando. "Sería útil que pusieras

algunas señales de dirección."

"¿Dirección? Tú ya has venido aquí antes, ¿no?"

Miles negó con la cabeza. "A esta casa no."

"¿En serio? Yo creía que sí."

"Probablemente estés pensando en tu última casa. Esa azul pálido. La de la piscina infinita y la cascada. Allí he estado un par de veces."

"Nop. Llevo casi seis meses sin vivir allí." Elliott miró al vacío por un momento. "¿De verdad ha pasado tanto tiempo?"

"Supongo que sí," se encogió de hombros. "¿Es que has vendido esa otra casa?"

"No, aún la tengo. Probablemente la venda eventualmente, ya que no la uso. Prefiero vivir en esta por ahora."

Miles echó un vistazo al coloso de estilo marroquí que tenía ante él. Era el tipo de vivienda que solo había visto en las pantallas de cine o en las satinadas páginas de revistas cumplidoras de deseos. Una casa tan grande que podría fácilmente perderse en ella. El sonido de las olas rompiendo en la distancia cercana proporcionaba el ambiente de fondo.

"No puedo decir que te culpe," dijo.

"Bueno, si esta es tu primera vez aquí, supongo que debería mostrarte los alrededores," dijo Elliott.

"Conduce el camino."

El recorrido de Elliott por la casa abarcó todas las características principales: las doce habitaciones, los diez baños, la casa de dos pisos para huéspedes, el gimnasio, el comedor acristalado, el cine, el área al aire libre a su propia playa privada. Señaló a sus vecinos famosos: el exitoso magnate de la música al lado y el cinco veces medallista de oro olímpico en la calle más adelante.

Siguieron con al garaje. Aquí era donde Elliott albergaba su flota de automóviles de lujo: Ferraris, Lamborghinis, Maybachs, Teslas. Su colección actualmente contaba con once y se estaba expandiendo a un ritmo de uno cada doce semanas.

Miles lo asimiló todo con una sensación de ojiplástico asombro. A pesar de que habían pasado casi tres años desde la inesperada y extraordinaria ganancia inesperada de Elliott, todavía no lo había aceptado del todo. En su mente, Elliott era alguien que nunca había mantenido un empleo más de seis meses y que vivía con una dieta de tallarines Ramen y pizzas congeladas. Su amigo detenido por la policía hacía unos años por intentar cobrar un cheque fraudulento que le habían enviado unos estafadores nigerianos, esa misma persona que ahora empleaba a un chef a tiempo completo y tenía un helipuerto en su propiedad.

El recorrido concluyó en el sótano casi una hora después.

"Acaban de terminar las reformas aquí," dijo Elliott mientras bajaban las escaleras. "Esta es mi nueva sala de ocio. Es donde paso el tiempo, principalmente."

Llegaron al último escalón y Miles vio cómo la habitación de fantasía de un chico de quince años cobraba vida. Había dos mesas de billar en el centro de la sala y una mesa de hockey de aire junto a estas. Una docena de antiguas máquinas arcade y de pinball se alineaban en una pared. Misceláneos de películas y deportes colgaban una al lado de la otra. Había una máquina de discos en la esquina, un bar en pleno funcionamiento y un televisor tamaño pantalla de cine. La sala parecía sacada de un video de hip hop o de *Cribs* [1].

Varios invitados ya se habían acercado. Un grupo de cinco se reclinaba sobre los muebles y otros cuatro participaban en una partida de fútbol intensamente competitiva. Miles nunca había visto a ninguna de estas personas.

Un hombre estaba sentado en un sillón de cuero negro, separado del resto del grupo. Llevaba gafas de sol oscuras y miraba en silencio el partido de fútbol en la televisión. Miles lo miró una segunda vez: se trataba de Blériot: DJ, productor y diseñador de moda francés

moderadamente famoso. Miles no sabía lo que estaba haciendo aquí ni cómo es que él y Elliott se conocían. No se ofrecieron presentaciones.

"No sé tú, pero yo estoy por tomarme una copa," dijo Elliott.

Se colocó detrás de la barra y tomó una jarra cuadrada del estante superior. Colocó dos vasos de cristal y vertió una pequeña cantidad del líquido marrón moscado en cada vaso.

"Toma. Prueba esto." Empujó uno de los vasos hacia Miles.

"¿Qué es esto?"

"Tú pruébalo."

Miles miró el reloj de la pared, detrás de Elliott. Eran las once y poco. "Un poco temprano para estar bebiendo, ¿no?"

"¿Qué nos importa? Hoy no tenemos que ir ninguna parte. Ni mañana tampoco."

Elliott tomó un sorbo de su vaso. Miles tuvo la clara impresión de que ese no era el primero del día.

"Si no te importa, creo que paso," dijo Miles apartando el vaso. Tenía que estar en el trabajo en unas horas, aunque ocultó esa información por el momento.

"Venga. tómate una copa solo," dijo Elliott. Le acercó el vaso con el codo.

"Gracias, pero preferiría no hacerlo."

"¿Llevamos meses sin vernos y ni siquiera vas a tomar un trago?"

Miles miró fijamente el vaso durante un momento. "Ya no bebo, Elliott."

"¿No bebes?"

"No."

"¿Desde cuando?"

"Desde, no lo sé, supongo que han pasado unos dos años y medio, tal vez tres."

"¿En serio?"

"Sí, en serio. Estaba en un punto en el que bebía demasiado y con demasiada frecuencia. Se estaba convirtiendo en un problema, así que decidí parar durante un tiempo. Y supongo que no he encontrado una razón para empezar de nuevo."

"Correcto." Elliott se quedó en silencio durante unos segundos. "Ya me lo habías dicho, ¿verdad?"

"Sí. Un par de veces."

"Lo siento, lo olvidé."

"No es importante," dijo Miles. Era importante, pero no quería hablar del tema.

"Bueno..." Elliott vertió el contenido del vaso en la jarra. "Quería que lo probaras porque este bourbon, en realidad es de mi propia marca."

"¿Qué? ¿Lo hiciste tú mismo?"

"Bueno, no. No lo hice yo. Se necesitan años para que un lote esté listo. Pero hay una pequeña boutique de etiqueta bourbon de la que había oído. Se llama Goya Líquido. Surgió la oportunidad de comprar el negocio y, no sé, creí que estaría chulo tener mi propia etiqueta de bourbon o algo así."

"¿Qué sabes tú sobre de llevar una empresa?"

Elliott despachó el comentario con un gesto de la mano. "Tengo gente que hace todo eso por mí."

Una fuerte ovación estalló desde el otro lado de la sala. Miles miró para ver a dos de los futbolistas saltando arriba y abajo con los brazos en alto en señal de triunfo. Los otros dos soltaban lo que

sonaba como una serie de improperios en francés y acusaciones de haber hecho trampa. Blériot les ladró algo y el grupo guardó silencio.

"No les hagas caso," dijo Elliott. "Oye, te prepararé una copa si quieres. Sé hacer mojitos de frambuesa. Creo que tengo todo lo que necesito."

"Te lo he dicho, ya no bebo," dijo Miles.

"Lo sé, lo haré sin ron."

Tomó un vaso alto del estante antes de que la oferta pudiera ser rechazada. Comenzó a recolectar los ingredientes necesarios y lo puso todo sobre el mostrador.

"Ah, sí, otra cosa que olvidé decirte," dijo Elliott. "Me han demandado."

"¿Qué? ¿Otra vez?" Dijo Miles.

"Ajá. Me acabo de enterar." Había una evidente falta de preocupación en la voz de Elliott. Otra demanda parecía no ser más que un inconveniente menor.

"¿Y quién es esta vez?"

"Adivina."

"No tengo ni idea. Pensé que todos los que querían demandarte ya lo habían hecho."

"Adivina. Apuesto a que no aciertas."

Miles se tomó un momento para considerar las posibilidades. "No sé. ¿Susan Pasakos?"

Elliott le lanzó una mirada divertida. "¿Susan Pasakos? ¿La anciana del grupo eclesíástico de mis padres?"

"No es tan vieja," dijo Miles.

"Tiene unos sesenta años."

"Yo no llamaría anciana a una persona de sesenta años. No es vieja. Todavía juega al tenis."

"Vale, pero ¿por qué iba ella a demandarme?"

"No lo sé. Dijiste que nunca lo adivinaría y, por alguna razón, ese fue el primer nombre que me vino a la cabeza."

"Honestamente, Miles, tu mente va a veces a lugares inusuales. No, es Trent."

"¿Trent?" Miles soltó una carcajada. "¿Me estás tomando el pelo?"

Trent había sido amigo de Elliott, aunque había pasado algún tiempo desde la última vez que hablaron. Esto se debió en parte al hecho de que Trent había pasado una parte significativa de los últimos años como no muerto y en parte porque había estado viendo a Amy, la entonces novia de Elliott, a sus espaldas.

"Mi abogado llamó hace un par de horas," dijo Elliott, colocando las frambuesas y las hojas de menta en el vaso, seguidas de la soda. "Me dijo que le acaban de entregar los papeles."

"¿Por qué iba a demandarte Trent?"

"Por la supuesta angustia que afirma haber sufrido a mis manos cuando le agredí."

"¿Te refieres a cuando él era un zombi?"

"Sí, cuando era un zombi. Yo no le había agredido antes. Ni desde tampoco."

"¿Cómo puede tener algún recuerdo del incidente?"

"Supongo que eso es lo que determinará el tribunal. El consenso general, según las personas que saben de estas cosas, es que no, no recordaría nada de esa época. Pero estoy seguro de que su equipo legal encontrará a algún charlatán con un título sacado por Internet que esté dispuesto a testificar que ha soportado un trauma

irreversible descubierto por su subconsciente. El tipo de trauma que solo se puede curar con un considerable acuerdo financiero."

Dejó caer un trozo de hielo en el vaso y colocó la bebida terminada delante de Miles, quien tomó un pequeño sorbo. Tenía un sabor terrible. Era demasiado dulce, pero Elliott se había tomado tantas molestias que no quiso decir nada.

"¿Y te está demandando a pesar de que le pagaste todo el tratamiento y de que, si no hubiese sido por ti, aún estaría languideciendo en un centro de detención en alguna parte?"

"Parece ingrato, ¿no?" Elliott sonrió, más por lo absurdo de la situación que por la diversión real. "Después de todo lo que hice por él. No lo sé, supongo que algún cazador de ambulancias lo convenció de que podía sacarme algo de dinero. Tal vez me niegue y pelee, tal vez no. Podría ser más barato y más fácil de resolver lanzarle un poco de efectivo para no tener que preocuparme más por eso."

"Tengo que decir que estoy sorprendido por lo indiferente que estás con todo esto," dijo Miles.

"Ey, ¿qué le voy a hacer? Esto es lo que ocurre cuando el dinero llega a tu vida. Todos intentan obtener su parte si creen que pueden."

"¿Y qué hay de Amy?"

Las palabras salieron de su boca antes de que Miles pudiera pensar en lo que estaba preguntando. Tan pronto como vio el cambio de cara de Elliott, supo que había tocado un nervio.

Además de pagar todos los gastos de Trent, Elliott también había cubierto los costes del tratamiento de regeneración de su exnovia, incluyendo las facturas médicas en curso. Él nunca había explicado por qué lo hacía y Miles nunca había preguntado. Podría haber sido algo de culpa persistente por cómo habían terminado las cosas entre ellos dos, y que esa fuese su forma de enmendar las cosas. O podía haber sido otra cosa.

"¿Que hay de ella?" Dijo Elliott con palabras mezcladas con tensión.

"¿Está involucrada en algo de... quiero decir, también has tenido noticias de ella?"

Elliott negó con la cabeza. "Um... no, yo... no sé nada."

Agarró un paño del fregadero y se ocupó de limpiar la barra, aunque esta estaba impecable. Claramente, este era un tema que estaba ansioso por evitar.

"Bueno," dijo Miles tratando de superar la incomodidad. "La razón por la que quería pasarme hoy es que vi a Steve y Adam, el otro..."

Fue interrumpido por un zumbido agudo. Elliott miró hacia la televisión. La esquina inferior derecha de la pantalla mostraba la transmisión de su cámara de seguridad. Una furgoneta de tráfico se había detenido frente a la puerta.

"Será una entrega. Espera, ahora vuelvo," dijo.

Elliott desapareció escaleras arriba y Miles esperó junto a la barra. Cogió el cuenco de nueces junto a él. Tenían un fuerte sabor rancio, como si estuviera comiendo polvo compactado, y se preguntó cuánto tiempo habían estado fuera. Bebió un poco más de su mojito virgen para quitarse el sabor.

Sus ojos se posaron en el bourbon a pocos metros de él.

Se acercó a la jarra, aún destapada. Hizo girar el líquido y captó una bocanada del aroma. Prácticamente podía saborearlo, incluso sin beber nada. La tentación estaba ahí. Esta era una prueba de su fuerza de voluntad, como la de todos los días. Durante los últimos años, cada día había sido una prueba de su fuerza de voluntad. Desde las expectativas sociales hasta la omnipresencia de la publicidad de licores, Miles no se percatado de lo profundamente arraigado que estaba el alcohol en la sociedad hasta que había intentado dejarlo.

El momento pasó y una sensación de calma se apoderó de él. Volvió a poner la tapa y devolvió la jarra al estante detrás de la barra. Tomó otro sorbo de su almibarado cóctel.

Elliott tenía dos paquetes en sus brazos cuando bajó las escaleras unos minutos más tarde. Agarró un cuchillo afilado del fregadero y cortó la cinta en el paquete más pequeño.

"¿Que es todo esto?" Dijo Miles.

"Solo un par de cosas que he pedido," dijo Elliott.

Rompió el envuelto papel marrón para mostrarle a Miles su compra: una caja de puros cubanos Montecristo liados a mano.

"Han volado directamente desde La Habana," dijo radiante de un orgullo desmesurado.

"Pero si tú no fumas," dijo Miles. "Recuerdo que me dijiste cuánto odiabas el olor a humo de cigarro."

"Lo odio, pero es bueno tenerlos a mano. Ya sabes, para ofrecer a los invitados después de una comida. Esa clase de cosas. Nadie los va a fumar dentro de casa."

Dejó la caja a un lado y pasó al paquete más grande. Cortó la envoltura de plástico y abrió las solapas. Era como un niño en la mañana de Navidad. Su mano desapareció entre los cacahuets de espuma y salió empuñando una pistola de época.

Miles dio un paso atrás. "Gua. Has comprado una pistola. Una pistola pedida por correo, por lo que parece."

"Esta no es cualquier pistola, ¿vale?" Dijo Elliott. "Esta pistola pertenecía nada menos que a Lee Harvey Oswald."

"¿Y por qué?"

"No es esa pistola. Obviamente. Esa no está a la venta, que yo sepa, y aunque lo estuviera, probablemente no podría permitírmela todavía. Pero esta era suya. Lee Harvey Oswald la llevaba encima."

Un sobre grande estaba pegado al lateral de la caja. Elliott lo abrió y sacó el certificado de autenticidad, verificando al dueño anterior del artículo.

"¿Quieres decir que fue propiedad de Lee Harvey Oswald?" dijo Miles inspeccionando el documento. "¿No de un tipo con el mismo nombre?"

"Créeme, me aseguré de que fuera el famoso o el infame, supongo. Esto es Seis Tiros Ruger Single, como los que usaban en los programas de *Bonanza* y *El Llanero Solitario*. Oswald era un gran fanático de los westerns de televisión. Aparentemente, era dueño de un montón de estas." Hizo un intento de girarlo alrededor de su dedo, pero no pudo engancharla bien. "No es tan fácil como parece en las películas, ¿verdad?"

"¿Dónde encontraste esto?" Dijo Miles.

"Existe esta una web que vende recuerdos muy extraños y esotéricos. Se encuentran cosas interesantes ahí. Y cosas muy raras también."

"¿Ah, sí? ¿Como qué?"

"Como recuerdos de escenas de muerte de celebridades o cualquier cosa que tenga que ver con famosos asesinos en serie. Cosas nazis. Esto despertó mi interés por alguna razón."

"Puede que sea una pregunta tonta, pero ¿por qué has querido comprar algo así?"

"Lo sé, es algo extraño en lo que tirar el dinero, ¿verdad?" Elliott dejó escapar una risa culpable. "No sé, pensé que quedaría bien montado y colgado detrás de la barra, eso es todo. Como un tema de conversación. Una pieza interesante de la historia."

"Un poco pequeño para colgar, ¿no?" Dijo Miles.

Elliott estudió el arma en su mano por un momento. "Sí, parecía más grande en la foto. Ahora no estoy seguro de qué haré con esto. Todavía funciona, o al menos el vendedor afirma que sí. No es que lo vaya a disparar. Probablemente debería quitarle el percutor."

Le ofreció el arma a Miles, quien se negó con un movimiento de cabeza.

"El caso es que lo que estaba a punto de decirte es que fui a ver a Steve y Adam el otro día," dijo Miles.

"¿Ah sí?" Elliott volvió a guardar el arma en su caja. "¿Como están?"

"Por eso, más o menos, he venido aquí hoy."

"¿Va todo bien? ¿Con Steve, quiero decir?"

"Oh, sí, todo va bien. Le va muy bien, considerando todo el asunto. La mayoría de las veces ni siquiera ves que le pasó algo malo."

"Eso es estupendo. Me alegra mucho saber eso," dijo Elliott.

"Pero aún están luchando. Financieramente, quiero decir. Es el nuevo negocio lo que están tratando de hacer despegar. Creo que el estrés está pasando factura."

"¿Steve y Adam han comenzado un nuevo negocio?"

Miles estaba a punto de decir algo, pero se contuvo. Le había contado a Elliott los planes de Steve y Adam en al menos tres ocasiones. Esto siempre entraba por un oído y salía por el otro. Una falta total de interés en la vida de otras personas parecía ser un efecto secundario de la riqueza extrema repentina.

"Van a abrir una nueva tienda de alimentos saludables," explicó. "Es una tienda que vende alimentos orgánicos, productos sin gluten, cosas para personas con alergias, suplementos para revitalizadores. Esa clase de cosas."

"Un poco cliché, ¿no? Dos homosexuales llevando una tienda de alimentos saludables de la nueva era."

Elliott se rió de su propia broma. Miles lo ignoró. "Lo han estado montando todo durante los últimos seis meses. Tienen un plan de negocios y una ubicación elegida y todo. Te envié todos los detalles hace unos meses."

"¿De verdad? No creo que lo haya recibido."

"Y debido a... ya sabes, al estado de Steve, así como todos los

problemas que tuvieron en Rito Muerto, están teniendo problemas para conseguir un préstamo bancario. Están usando sus propios ahorros, así que me preguntaba si no era mucho pedir..."

Elliott saltó antes de que Miles pudiera ir más lejos. "Oh, claro. Por supuesto. Me gustaría poder ayudar. Es lo menos que puedo hacer."

"Gracias. Ellos lo apreciarán mucho. Pero recuerda, no les digas que les estás dando el dinero. Diles que quieres invertir en el negocio."

"Claro claro. Seguro."

"Y tampoco menciones nada de esto. No me pidieron que viniera. Ellos no saben que estoy aquí."

"Lo que necesiten. Envíame los detalles de nuevo y lo resolveré a primera hora mañana por la mañana."

Miles se permitió relajarse ahora. Esa era la parte difícil. Puede que Elliott tuviera más dinero del que podría gastar en cien vidas, pero Miles seguía preocupado sobre lo de pedir limosnas, aunque fuese en nombre de otra persona. No quería tratar a Elliott como una especie de árbol de dinero interminable que podía podarse cada vez que hubiera problemas financieros.

Ya le había pedido prestada a Elliott una cantidad significativa de dinero poco después de la gran e inesperada fortuna. La había usado para pagar la hipoteca y cubrir la matrícula universitaria de Shae y otros gastos varios. Todavía no había reembolsado el préstamo. Cuando él y Félix vendieron el negocio, Elliott le dijo que no se preocupara por eso hasta que encontrara un nuevo empleo. Y aún no le había dicho a Elliott ni a nadie que ahora trabajaba para Z-Pro. Era un motivo de orgullo para Miles. Ya había suficientes personas *sableando* a Elliott y él no quería ser otra.

Se quedó en la casa unas horas más. No quería quedarse demasiado tiempo y tenía que prepararse para su turno, que comenzaba en unas pocas horas. Pero no parecía correcto aparecer por allí, pedir un favor y marcharse. Jugó algunas partidas de billar con Elliott y algunos de los otros allí. Miles sabía que era un jugador promedio, pero logró ganar un par de partidas debido al hecho de que era el

único que estaba sobrio.

La tarde avanzó. El equipo de fútbol de Blériot triunfó y el francés se volvió un poco más sociable. Él y su séquito se aventuraron a salir a la playa privada para patear una pelota en la arena y cantar cánticos de fútbol a toda voz.

Alrededor de las tres, algunos de los nuevos amigos de Elliott aparecieron sin previo aviso para unirse a la diversión. Miles no conocía a nadie, así que decidió que era un buen momento para marcharse. Se escabulló y regresó a su coche.

Capítulo 6

"Bueno, ¿qué opinas del trabajo hasta ahora?"

Miles no ofreció una respuesta inmediata. Mantuvo su enfoque firmemente en la carretera frente a él. Era viernes por la mañana, el último día de su primera semana en Z-Pro. Cinco días que parecían cinco meses. Estaba otra vez en el Tigre Blanco, dirigiéndose al primer trabajo del día. Brock, un agente de GCNM con el cuerpo de un luchador enjaulado y un corte de pelo de sargento (y quien también era el prometido al que Erin se refería con tanta frecuencia) estaba al volante esta vez.

¿Qué pensaba del trabajo hasta ahora? La pregunta de Brock rebotó dentro de su cabeza durante un tiempo. Volvía a trabajar en un empleo que odiaba; un empleo que casi lo había matado una vez. Su primer día había consistido en limpiar lo que habían dejado un grupo de psicópatas adolescentes tras ensartara a un zombi con el mango de una escoba y meterle petardos en la boca. Los días que siguieron no habían sido más agradables. Todavía no le había dicho a nadie que estaba trabajando allí. Todas las mañanas se despertaba preguntándose si hoy sería el día en que su vergonzoso secreto sería expuesto al mundo.

"Esta bien. Aún me estoy readaptando después de tanto tiempo," dijo.

"Te acostumbrarás pronto," dijo Brock.

"Si. Lo sé." Eso era lo que le preocupaba. No quería acostumbrarse.

Brock escaneó el dial de la radio hasta encontr una emisora tocando EDM palpitante. "Tú has estado en algunos trabajos con Brandon, ¿no?" dijo sobre los latidos palpitantes.

Miles asintió. "Creo que he trabajado con todos ya. Pero la mayoría de mis trabajos han sido con Brandon."

"¿Cuánto tiempo tardó antes en empezar a hablar mal de mí a mis

espaldas?"

"Um... ¿qué quieres decir?"

"¿Empezó en el primer trabajo o esperó un par de días?"

"Bueno, no estoy realmente seguro de lo que..." Miles se aclaró la garganta para ocultar su malestar. "Yo, um, no creo haberle oído..."

Brock soltó una carcajada. "Está bien, no tienes que responder. Sé que lo hace. Lo hace con todos. Con cada nuevo chico que contratamos, él intenta ponerlos en mi contra."

"¿Oh, en serio?"

Trató de sonar lo más neutral posible. Lo último que quería era quedar atrapado en medio de una disputa laboral en la primera semana de un empleo nuevo.

Debería haber adivinado que se estaba gestando tensión entre estos dos. En su primer día, cuando regresaban del centro de procesamiento, Brandon le había advertido a Miles que tuviera cuidado con Brock. No había dado ninguna razón específica, solo había dicho que era alguien en quien nunca se podía confiar. Dos días después, Brandon le había aconsejado que guardara los objetos de valor en la taquilla asignada. Afirmaba que las pertenencias personales de los empleados habían desaparecido en las últimas semanas y que, aunque nadie tenía pruebas por el momento, muchos consideraban a Brock como el principal sospechoso. También insinuó que Brock era propenso a cambios de humor salvajes y violentos, los cuales podían ser un efecto secundario del uso habitual de esteroides.

A juzgar por el imponente físico de Brock, Miles imaginó que podría haber algo de verdad en esto último. Era tan grande como Brandon más otro diez por ciento.

"Todo comenzó por una mujer," dijo Brock. "Gran sorpresa, ¿verdad?"

"¿Qué, te refieres a Erin?"

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, le preocupó haber sonado un poco incrédulo. En efecto, había expresado su sorpresa de que la prometida de Brock fuera digna de la pelea de dos hombres.

"Solían salir juntos, Brandon y Erin. Fue hace mucho tiempo. De hecho, estuvieron comprometidos un corto tiempo. Solo unas pocas semanas, y habían estado juntos durante unos dos meses antes de eso, por lo que no era como si tuvieran este romance épico. En pocas palabras, ella rompió con él y ahora está conmigo. Todos han seguido adelante con su vida, excepto Brandon."

"Ja," dijo Miles.

Si había algo que podía decir sobre Erin con cierto grado de certeza era que definitivamente ella tenía un tipo. Brandon, su exprometido, y Brock, su prometido actual, eran tan parecidos que fácilmente podrían pasar por hermanos. Ambos parecían soldados o luchadores aficionados, con cuellos tan gruesos como troncos de árbol y bronceados inusualmente oscuros. Ambos caminaban como si acabaran de bajarse de un largo viaje a caballo. Vestían idénticos y llevaban anillos gruesos y relojes de oro. A ambos les gustaba hablar sobre sus rutinas de ejercicio y dietas ricas en proteínas, a menudo con excesivo detalle. Miles ya había llamado a cada uno por el nombre equivocado al menos en dos ocasiones.

"Pues ya lo sabes," dijo Brock. "Cualquier cosa que Brandon diga sobre mí puede tomarse con un puñado de sal."

"Entendido," dijo Miles.

El camión giró en la siguiente intersección. El no muerto apareció a la vista un minuto después. Era un ejemplar de considerable tamaño, que entraba cómodamente en la categoría de orca. Su cabello era largo en la espalda y adelgazado en la parte delantera, y no llevaba puesto más que un holgado pantalón de chándal que amenazaban con caer hasta los tobillos en cualquier momento.

Estaba atrapado en medio de tres vehículos aparcados en formación triangular. Un grupo de residentes locales mantenía guardia hasta que llegara la ayuda.

"Mira a estos buenos ciudadanos respetuosos con la ley," dijo Brock. "La mayoría de la gente atropellaría al zombi y afirmarían que fue un accidente."

"Probablemente no han querido dañar los vehículos," dijo Miles.

El zombi hizo un torpe intento de trepar por encima de uno de los coches, pero la falta de movilidad y coordinación le dejaba con pocas posibilidades de escapar. Dado su tamaño, parecía que podría haber tenido problemas para salir incluso antes de convertirse en no muerto.

Un poco más arriba, un grupo de una docena de personas estaba congregado alrededor de una pequeña camioneta amarilla y tres sedanes último modelo. Los cuatro alrededor de la camioneta parecían ser parte de un equipo de rodaje y estaban descargando cámaras y otro equipo. Los otros ocho vestían atuendos profesionales y no parecían estar haciendo gran cosa.

"¿Que es eso? ¿Un equipo de reporteros?" Dijo Miles.

"Demasiada gente para un equipo de reporteros. Y demasiado bien vestidos." Brock se acercó y se detuvo en un espacio al lado de la carretera. "Ah, ya sé lo que es esto. Estos son coches del gobierno. Deben de estar sacando imágenes para uno de sus anuncios."

Un febril escalofrío recorrió a Miles en cuanto escuchó esto. Si pensaba que su situación no podía empeorar, tristemente estaba equivocado.

Desde que había asumido el cargo, el gobierno de Marlowe había gastado cientos de millones de dólares financiando una serie de anuncios. Insistieron en que estos eran anuncios de servicio público vitales, pero la mayoría los descartó como piezas de propaganda desvergonzadas y un desperdicio obscuro del dinero de los contribuyentes. Los anuncios, que detallaban los muchos logros de Bernard Marlowe en la guerra al horror, eran ineludibles. Salían hasta diez veces por hora en televisión, así como en vallas publicitarias electrónicas, en cines y eventos deportivos, en transporte público y en varias plataformas de redes sociales.

Ahora estaban recopilando imágenes para el próximo. Miles se sorprendió al notar que hoy podría ser el día en que su humillación privada se hiciera pública.

"¿De verdad tenemos que hacer esto?" Dijo con un ligero temblor en su voz.

"No es gran cosa," dijo Brock. "Ya pasamos por esto hace un par de meses, y es muy simple. Simplemente haces tu trabajo de normal y te filman mientras lo haces. La última vez nos pidieron que soltáramos al zombi y lo volviéramos a capturar para poder grabar desde diferentes ángulos. No es nada difícil. De hecho, es un poco divertido."

"Es que yo estoy..." Miles se atragantó con el aire. Podía sentir su cara y cuello ardiendo. Respiró hondo. "No estoy seguro de sentirme cómodo apareciendo en televisión, eso es todo."

"Lo harás bien. Graban toneladas de imágenes para estas cosas. Cientos de horas. Lo más probable es que ni siquiera las usen. Al menos no usaron las que me grabaron a mí."

"Está bien, entonces," dijo Miles. Las palabras de Brock no proporcionaron mucha tranquilidad.

Las puertas se abrieron y salieron del camión. Brock se acercó para hablar con el grupo mientras Miles quedó atrás para descargar el equipo.

Notó que, además del equipo de rodaje de cuatro hombres, se había enviado ocho personas en tres coches para supervisar el rodaje de hoy. Cada uno tenía su teléfono en una mano y una bebida caliente en la otra. Típico desperdicio del gobierno, pensó Miles para sí mismo. Ocho personas enviadas para hacer el trabajo que un par podían cubrir fácilmente.

Dejó el equipo en el suelo y se apoyó en el camión mientras esperaba que Brock regresara.

El zombi hizo otro intento de trepar por encima de los coches. Llegó a la mitad antes de que uno de los hombres que montaban guardia

le diera un fuerte empujón con un rastrillo de hojas de piscina. El zombi cayó de nuevo al suelo. La escena podría haber sido cómica si no fuese tan triste.

Una voz apareció por detrás. "¿Miles?"

Se dio la vuelta. Era una de las empleadas del gobierno. La voz le era familiar, pero el rostro tardó más en ubicarlo. La estaba viendo en un contexto completamente diferente a cómo la había conocido anteriormente. Pasaron un par de segundos antes de que su cerebro hiciera por fin la conexión.

"¿Clea?" dijo él.

Ella le sonrió. "Sabía que eras tú." Dijo ella.

Esta era la primera vez que veía a su antigua compañera de habitación en años. Parecía una persona completamente diferente. Su cabello, antaño trenzado y teñido, ahora estaba liso hasta los hombros, y había vuelto a su color rubio natural. Su ropa era elegante y ordenada, y sus *piercings* habían desaparecido. También parecía mayor y más adulta. Podía confundirse fácilmente con una maestra de escuela.

"Guao, ha pasado mucho tiempo," dijo Miles.

Ella avanzó un paso para saludarlo con un abrazo. Él se sintió un poco incómodo; nunca habían estado en términos de abrazos antes. Eran amigos, supuso, y en su mayoría se llevaban bien cuando habían vivido bajo el mismo techo, pero no eran exactamente cercanos.

"No esperaba verte aquí hoy," dijo él.

"Podría decir lo mismo de ti," dijo Clea.

"Sí, sí. Lo sé."

"¿Estás con Z-Pro ahora?"

"Estoy con Z-Pro ahora," asintió. "Solo es temporal, hasta que encuentre otra cosa."

Sus ojos se posaron en el suelo por un momento. Se sintió como si le hubieran pillado haciendo algo ilegal. Su malestar solo se alivió por el hecho de que Clea parecía tan mortificada como él por ser reconocido en estas circunstancias.

"Bueno, probablemente te estás preguntando qué estoy haciendo trabajando para el gobierno de Marlowe," dijo.

"Supongo que estás conspirando para derribarlos desde adentro," dijo Miles.

"Ja. Eso quisiera yo. No, esto es algo que me buscó Ameba. Perdón, me refiero a Sebastian. Lo preparó todo. Es dinero fácil y queda bien en el currículum, así que pensé en darle una oportunidad."

"Espera, ¿Ameba también trabaja para el gobierno?"

"Oh, si. Aunque ahora es Sebastian, no Ameba. Está intentando dejar atrás su pasado. Él está justo allí."

Ella asintió con la cabeza hacia el grupo de trajes. En el centro, una cabeza más alto que todos los demás, estaba Sebastian Devereaux. Su cambio de imagen era incluso más drástico que el de Clea. La última vez que Miles lo había visto, era un excéntrico travesti que se zambullía en los contenedores de basura en busca de comida y realizaba rutinas de girar fuego en el patio trasero. Ahora estaba bien afeitado, con un corte de pelo sensato y un traje a medida. Parecía respetable. Normal incluso. Dos adjetivos que nunca pensó que nadie aplicaría a Ameba.

"¿Ese es él?" Dijo Miles.

"Ese es él," dijo Clea.

"No puedo creer que sea el mismo."

"A mí a veces me cuesta creerlo también."

"Si hubiera pasado junto a él en la calle, no le habría reconocido."

"Sí, bueno, difícilmente podría presentarse en un empleo como este con medias de redecilla y un sombrero de bufón, ¿no?"

"¿Qué se ha hecho en las orejas?"

"¿Las orejas?"

"Sí, ¿no te acuerdas que tenía unos calibradores, esos grandes discos negros? Le habrían estirado los lóbulos de las orejas como locos. Ahora parecen normales. ¿Cómo ha ocurrido eso?"

"No sé. Nunca se me ocurrió preguntar."

"Debe de haberse sometido a una cirugía para arreglarlas."

"El caso es que Sebastian está bastante bien conectado en el parlamento. Trabaja como miembro del personal subalterno en el ministerio de su padre."

"Ah, claro." Miles había olvidado que Sebastian era en realidad el hijo de Lawrence Devereaux. Su padre era el Ministro Federal de Asuntos de los No Muertos y una de las figuras más poderosas e influyentes de la administración de Marlowe.

"No es un mal empleo, considerando todo el asunto. He tenido cosas peores. Siempre que no piense en lo vendida que soy, es tolerable."

"Supongo que todos tenemos que ganarnos la vida de alguna manera," dijo Miles.

"Eso es lo que no dejo de decirme. Estaría bien que una pudiera mantener su integridad, pero tengo préstamos de estudios. Que yo sepa, no aceptan la integridad como medio de pago."

Clea se encopó la boca con las manos mientras encendía un cigarrillo.

"¿Sabes cuál es mi puesto de trabajo?" dijo ella soplando una columna de humo. "Soy la asistente ejecutiva del ministro principal."

"Guau. Eso suena impresionante," dijo Miles.

"Lo sé. Suena impresionante, pero no tiene sentido. Solo soy una

humilde asistente. Mi trabajo consiste principalmente en buscar cafés y triturar archivos. Pero me dieron un título que suena importante por si tienen que despedirme."

"¿Por qué te iban a despedir?"

Ella miró a su alrededor para asegurarse de que ninguno de sus colegas estuviera al alcance del oído. "Es algo que han estado haciendo desde que fueron elegidos. Contratan a un grupo de graduados sin experiencia para este propósito específico, el de ser chivos expiatorios durante las emergencias. Somos básicamente su póliza de seguro. Si algo sale mal, si estalla un gran escándalo y alguien tiene que asumir la responsabilidad, ahí es donde entramos nosotros. Uno de nosotros acepta toda la responsabilidad y asume el cien por cien la culpa. Admitimos públicamente que actuamos por nuestra propia voluntad y que ningún ministro del gobierno tenía conocimiento previo de nuestras actividades. Con un poco de suerte, todo acaba sin inflingir demasiado daño."

"¿De verdad hacen eso? Sé que los políticos a veces pueden ser una pandilla de taimados, pero esto parece demasiado taimado incluso para ellos."

"Oh, no te haces idea. Todo departamento tiene al menos uno par de nosotros y no hacemos ningún trabajo real. No necesitas calificaciones especiales ni nada, así que, si te interesa, avísame y veré si Sebastian puede mover algunos hilos por ti."

"Lo tendré en cuenta," dijo Miles.

"Ey, ¿recuerdas esa historia de hace un par de meses sobre cómo los sorprendieron comprando "me gusta" para sus publicaciones en las redes sociales?"

Miles recordó haber oído algo al respecto. Se descubrió que la mayoría de los "me gusta" y de los comentarios positivos en la página oficial de Facebook del gobierno provenían de cuentas con sede en Manila y Nueva Delhi. Más tarde se reveló que los "me gusta" se habían comprado para que los anuncios de sus políticas parecieran más populares de lo que realmente eran. Un secretario de prensa de veintidós años admitió ser el responsable del plan y

ofreció su renuncia.

"Así que, el tipo que asumió la culpa, ¿no fue él quien estuvo detrás de eso?" dijo él.

"No, él no tuvo nada que ver con eso," dijo Clea. "No hacía nada más que recoger ropa de los ministros en la tintorería y anotar sus pedidos de almuerzo. Fue idea de Lawrence Devereaux desde el principio."

"Guao. Eso es brutal."

"Pero no te sientas triste por él. Cualquiera que tenga que irse en esas circunstancias recibe una paga decente, ya que podría pasar un tiempo antes de volver a ser empleable. Pero eso nos dan estos pomposos títulos de trabajo. Si despiden al «asistente ejecutivo del ministro principal», parece que despiden a alguien importante."

"En lugar de despedir a alguien que tritura archivos y va a por cafés."

Clea dejó caer su cigarrillo al suelo. "Exactamente."

Miles solo pudo negar con la cabeza. "¿Deberías estar contándome todo esto?"

"No, pero ¿qué van a hacer?" dijo ella aplastando la colilla con el zapato. "No pueden despedirme todavía."

Charlaron un poco más. Miles le preguntó por sus estudios. Ella le dijo que por fin había completado su Máster el año pasado. Clea preguntó por Shae. Él le habló sobre el curso de literatura inglesa que ella estaba estudiando y que él se había mudado de la vieja casa y había conseguido una casita propia. Ninguno de los dos mencionó las circunstancias que habían causado la mudanza de Clea hacía tres años y el drama que siguió a ello.

Brock regresó unos minutos después, justo cuando estaban cerca de agotar los temas de conversación. "Ya están preparados para que comencemos," dijo.

Capítulo 7

La limusina blindada de seis metros de longitud cobró velocidad mientras avanzaba por la carretera vacía de cuatro carriles, a diez minutos del estudio de televisión donde se filmaba el programa nocturno de actualidad *Nuestra Nación*. El vehículo era del tamaño de un autobús y podría haber acomodado fácilmente a una docena o más de personas, pero hoy el primer ministro solo tenía otros dos pasajeros para hacerle compañía. Uno era Lawrence Devereaux, el Ministro de Asuntos de los No Muertos y su asesor de mayor confianza dentro del gobierno. La otra era Rebekkah Barclay, Consultora de Nuevos Medios y Marca Dinámica de veintitrés años.

"Debe ser consciente de su postura y lenguaje corporal," le dijo Rebekkah al primer ministro. "Siéntese derecho e inclínese ligeramente hacia adelante cuando desee enfatizar un punto clave. Pero no se incline demasiado hacia adelante. Eso puede interpretarse como agresivo y autoritario, especialmente con una presentadora. Tampoco trate de que le vean bebiendo del vaso de agua, de lo contrario parecerá un acusado al que se le interroga en el tribunal. Si cree que está a punto de tener un ataque de tos, espere hasta que la presentadora haga una pregunta, porque la cámara estará enfocada en ella. Y recuerde hablar lenta y claramente cuando responda. No apesure las palabras." Hizo una pausa antes de repetir este último punto. "No apesure las palabras."

Bernard Marlowe lanzó una mirada a su colega ministerial. Lawrence Devereaux respondió alzando levemente las cejas, pero no dijo nada. No se necesitaban palabras, ambos estaban pensando lo mismo. Ambos se preguntaban de quién había sido la brillante idea de pagarle a esta mujer cinco mil dólares a la semana del dinero de los contribuyentes para asesorar al hombre más poderoso del país sobre cómo hacer algo que ya había hecho con éxito cientos de veces. Era difícil tomarse en serio mucho de lo que ella decía, especialmente cuando leía y respondía compulsivamente mensajes de texto mientras se dirigía a él.

Rebekkah había sido contratada para remodelar la imagen de

Marlowe y ampliar su atractivo, después de que los comentarios de sus grupos de enfoque demostraran una fuerte disminución en el apoyo al primer ministro entre las votantes mujeres más jóvenes. Había caído en todos los datos demográficos, pero esos dos en particular eran los más alarmantes. La juventud de hoy lo consideraba un multimillonario que miraba atrás y estaba fuera de contacto con la realidad, mientras que muchas mujeres le consideraban frío y abrasivo, y decían que emitía un mal rollo inquietante.

La entrevista de esta noche era la primera gran prueba de Rebekkah. Ella se había pasado semanas preparándolo para este momento, haciendo de todo, desde interrogarle sobre los detalles de la política hasta seleccionar el color de la corbata. Se decidió por el azul real con rayas rojas. Ella creía que esto le haría parecer fuerte y compasivo.

Mucho estaba en juego esta noche. Esta sería la primera aparición televisiva en horario de máxima audiencia de Marlowe en más de seis meses. Su única prensa reciente había sido con *La Tinta Diaria* y la radiotertulia, hablando con personas que sabía que le daría un paseo fácil y no le iban a desafiar respecto a nada de lo que tenía que decir. Sus asistentes le escudaban lo mejor que podían de los periodistas serios, principalmente debido a su tendencia a salirse del guión y a la alarmante regularidad con la metía la pata. Pero no podían mantenerle oculto para siempre, por mucho que quisieran. Su nueva política de reforma tributaria era un componente clave en su estrategia de reelección, lo que implicaba que necesitaban sacarle de la cueva para que él la presentara al público.

Se había programado una elección para finales de año y todas las encuestas apuntaban a un desastre total. Si esto sucedía, coronaría una de las implosiones más notables en la historia política moderna. El gobierno había llegado al poder tres años antes de forma aplastante. Su popularidad había aumentado aún más en los meses siguientes, solo para entrar en caída libre dramática casi con la misma rapidez. Bernard Marlowe tenía el dudoso honor de ser el primer ministro más popular y menos popular del siglo pasado. Todos esperaban que la entrevista de esta noche marcara un punto de inflexión. Una actuación sólida frente a una gran audiencia

televisiva podía proporcionar el impulso que necesitaban desesperadamente para iniciar su campaña de reelección.

"No se distraiga con comentarios improvisados," continuó Rebekkah. "Olivia Perry intentará incitarle a decir algo escandaloso. Eso es lo que hace, pero no muerda el anzuelo. Recuerde, está aquí para discutir la reforma fiscal, los recortes de presupuesto para las pequeñas y medianas empresas y los efectos de flujo de caja que estos traerán a la economía en general. De lo que no está aquí para hablar es de los números de las encuestas o de la especulación del liderazgo en curso."

"Yo diría que hay una gran posibilidad de que ambos temas se planteen en algún momento," dijo Devereaux.

"Sí, eso es probable. Pero si sucede, asegúrese de dar una respuesta sucinta, luego reorienta la conversación hacia la reforma tributaria. Algo parecido a «A los operadores de pequeñas empresas de este país no les importan los números de las encuestas. Les preocupa poder competir en un escenario global y pagar los salarios de su personal». No diga nada que pueda terminar como un titular en los periódicos de mañana."

La caravana a motor redujo la velocidad al acercarse a un semáforo. Un grupo de niños de doce y trece años en bicicleta vio pasar el convoy de vehículos mientras esperaban para cruzar la calle. Todos sus dedos medios subieron cuando descubrieron quién viajaba en la limusina.

"Aprecio la charla de ánimo de Rebekkah, pero Olivia Perry y yo hemos hablado muchas veces antes," dijo Marlowe. "Tenemos una buena relación. Nos llevamos bien."

"Sin embargo, no le ha entrevistado desde que se convirtió en primer ministro. Tuvo una carrera fácil en la oposición porque aún no había cometido ningún error. No espere que ella sea tan complaciente esta vez. Ella no tolerará los lemas para pegatinas de parachoques ni las respuestas evasivas. Y no siga hablando de los no muertos tampoco."

Marlowe miró a Rebekkah como si acabara de hacer comentarios

despectivos sobre su madre de ochenta y cuatro años. "¿Me estás pidiendo que no hable sobre el único tema responsable de mi elección?"

"Solo estoy señalando que los tiempos han cambiado. Nuestros análisis indican que los no muertos ya no son un problema en la mente del público. A decir verdad, la mayoría de la gente está harta de oírle hablar de eso."

Este mensaje fue reforzado una semana después de que Marlowe hiciera su declaración pública de que ningún propietario iba a enfrentar cargos criminales por cualquier cosa que le sucediera a un no muerto en una propiedad privada. Su postura audaz no logró ganar mucho apoyo en la comunidad fuera de su base oxidada. En cambio, fue ampliamente criticado por interferir en un asunto policial y enfureció a sus colegas por no consultar con ellos antes del anuncio.

"Entonces, ¿qué se supone que debe hacer si ella saca el tema?" Dijo Devereaux. "¿Negarse a responder a la pregunta?"

"Que reitere lo que ya sabemos," dijo Rebekkah. "Que diga que el historial del gobierno habla por sí mismo, que somos el partido con un historial comprobado de mantener el país a salvo, y luego siga a partir de ahí. Lo que no quiero que haga es exagerar la amenaza hasta proporciones absurdas o referirse a los muertos vivientes como «bestias de la muerte». Eso es un intento bastante transparente de incitar alarma. La gente se ha dado cuenta y parecerá usted desesperado."

La obsesión del primer ministro con los zombis y sus interminables advertencias sobre el peligro que representaban se habían convertido en una especie de broma. Un episodio reciente de un programa de noticias satírico presentó una recopilación de entrevistas en las que Marlowe dirigía cada tema de conversación a una perorata sobre los no muertos. En uno, comenzó a discutir sus planes para Navidad y lo que significaba la temporada festiva para él, que luego dio paso a un monólogo sobre su mayor dureza en los asuntos de los no muertos que sus oponentes. El vídeo había sido visto millones de veces, generando innumerables memes y parodias.

"La negatividad constante solo funciona en la oposición," dijo Rebekkah. "Cuando se está en el gobierno, ya no se tiene a nadie a quien culpar. Necesita presentarse como mejor primer ministro. La fanfarronería y la retórica solo le servirán hasta cierto punto."

Marlowe podía sentir que su presión sanguínea aumentaba cuanto más duraba el viaje. No era tanto el consejo que ella estaba dando. Tenía más que ver con su tono y entrega, y la forma en que se mostraba como una sabelotodo presumida. Decidió no perder más tiempo discutiendo sobre eso. Necesitaba conservar su energía para el evento principal.

La caravana giró en el terreno de la sede del estudio. La limusina atravesó las puertas y se detuvo frente al edificio principal. Un equipo de cámaras ya estaba listo y rodando. Rebekkah parecía horrorizada.

"¿Qué creen estas personas que están haciendo?" dijo ella.

"Probablemente sea solo material de metraje para el rollo B," dijo Devereaux.

"Oh, no. Nosotros no consentimos esto." Se acercó a la puerta. "Descubriré qué está pasando. No se mueva hasta que le avise de que está todo despejado."

"No te preocupes por eso. No pasa nada," dijo Marlowe, pero ella salió por la puerta en cuanto dejaron de moverse las ruedas de la limusina. La vio marchar hacia el operador de cámara, cubriendo la lente con la mano y gritando demandas para que todos cesaran de filmar de inmediato.

Buscó su maletín en el asiento frente a él. Tan pronto como se inclinó hacia adelante, una sacudida de dolor recorrió su columna vertebral. Hizo una mueca.

"¿El cuello todavía te da problemas?" Dijo Devereaux.

"Ajá." Marlowe presionó los dedos en el punto dolorido, entre los omóplatos. "Creo que está empeorando."

"Te lo he dicho mil veces, deberías ir a ese masajista terapéutico del

que te hablé."

Marlowe eligió una botella de agua de la mini nevera. "Y yo te he dicho mil veces que si quisiera las manos de un extraño por todo el cuerpo, usaría el transporte público."

Sacó un paquetito de analgésicos del maletín y se tragó dos con un sorbo de agua. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento, disfrutando de un breve momento de soledad dentro de su entorno herméticamente cerrado.

El vehículo había sido limpiado esa mañana. Un extraño olor químico flotaba en el aire.

"¿Puedo ofrecerte un consejo?" Dijo Devereaux.

"Adelante," dijo Marlowe con los ojos aún cerrados. "Parece que todo el mundo me dice lo que hacer últimamente."

"Sí, excepto que yo sé de lo que estoy hablando. Y quiero que olvides todo lo que Rebekkah te acaba de decir."

Marlowe exhaló una bocanada de aire. "No sé. Quizá ella tenga razón. Tal vez sea hora de un nuevo enfoque."

"No hablarás en serio, ¿verdad? Sabes que esta chica no tiene las calificaciones adecuadas. Solo la contrataron porque tiene un blog popular, o un vídeo-algo, o... lo que sea que la gente hace con Internet estos días."

No importaba cuántas veces se les explicara, Marlowe y Devereaux nunca entendían lo que hacía Rebekkah ni por qué la habían contratado, aparte de una vaga noción de que era para ayudarles a "aprovechar el espíritu de la época."

"Sé que algo de lo que dice puede parecer una locura," dijo Marlowe.

"¿Solo parecer una locura?"

"De acuerdo, la mayor parte. Pero no podemos seguir haciendo lo mismo una y otra vez y esperar que comience a funcionar."

Distraídamente jugueteó con los controles de la ventana, bajándolas y levantándolas mientras esperaba a que Rebekkah regresara. "Faltan menos de seis meses para las elecciones y acabamos de perder otra encuesta. ¡Otra! Estamos más atrasados ahora que nunca."

"Ignora las encuestas," dijo Devereaux. "No tienen sentido. Solo existen para llenar las columnas de los periódicos, y los periódicos solo existen para mantener cálidas a las personas sin hogar por la noche. La única encuesta de relevancia es la del día de las elecciones. Recuerda, cada vez que tienes una ventaja tan grande, como la que tuviste cuando llegaste a la oficina por primera vez, va inevitablemente seguida de una caída. Esa es la gravedad básica de la política. Lo que sube tiene que bajar."

"Entiendo todo eso. Es que parece que hemos estado bajando durante mucho tiempo. Empiezo a preguntarme si alguna vez se detendrá."

Devereaux se desabrochó el cinturón de seguridad. Se trasladó al asiento junto a Marlowe. "Déjame preguntarte algo. Fuiste elegido primer ministro con un récord del setenta y uno por ciento de los votos en las primarias, ¿verdadero o falso?"

"Hace otra vida, cierto."

"Y durante esa campaña, la campaña electoral más exitosa de la historia, debo agregar, ¿cuántos consultores de Nuevos Medios y Marca Dinámica contrataste para decirte cómo comportarse y qué color de corbata usar?"

"Cero."

"Precisamente. No necesitaste su ayuda entonces y no la necesitas ahora. Llegaste donde estás confiando en tus instintos. Lo único que ella hace es estresarte, meterse en tu cabeza y hacerte cuestionar. Está acumulando todo esto en algo más grande de lo que debe ser."

Marlowe miró por la ventana. Rebekkah estaba en medio de una animada discusión con el productor de la cadena y la cosa se estaba volviendo cada vez más acalorada.

"No es solo eso," dijo. "¿Qué hay de todas esas historias de un desafío de liderazgo? Sé que me dijiste que lo ignorara, pero cuando escuchas el mismo rumor una y otra vez tienes que preguntarte si podría haber algo de verdad en eso."

"Créeme, eso no es más que un grupo de periodistas desesperados inventando cosas para tratar de salvar su industria moribunda. Si sucediera algo, si hubiese alguna razón para preocuparse, yo lo sabría. En cuanto a la entrevista de esta noche, solo son dos viejos amigos poniéndose al día con una charla amistosa. Un anuncio gratuito de diez minutos en la televisión en horario de máxima audiencia para vender la nueva política fiscal."

Por primera vez hoy, Marlowe esbozó una sonrisa. "Probablemente tengas razón."

"Tengo razón," dijo Devereaux dándole a su jefe un golpe amistoso en el brazo. "Lo tienes chupado."

La puerta se abrió y Rebekkah asomó la cabeza. "Dijeron que querían filmar algo llamado metraje de rollo B," dijo ella.

Marlowe asintió. "De acuerdo entonces. Hagámoslo."

"No tiene que hacerlo, ¿sabe? Puedo ordenarles que se vayan si no se siente cómodo."

"No hay problema, Rebekkah. He hecho esto mil veces. Es una práctica estándar."

"Solo estoy pensando en la óptica, eso es todo. Estamos intentando volver a marcarle como un hombre del pueblo. No estoy segura de que su imagen saliendo de una limusina nos ayude en ese departamento."

Marlowe se abrochó la chaqueta del traje. "Creo que a estas alturas todo el país sabe que soy rico," dijo.

El zombi estaba enredado en una alambrada de espino cuando Brandon y Miles llegaron a la escena. Era una mujer de unos treinta y tantos años que vestía mallas negras, camiseta rosa brillante y zapatillas blancas recién salidas de la caja y que ahora estaban

salpicadas de manchas rojas de distintos tamaños. Profundos rasguños cruzaban sus brazos y sangre seca manchaba cuello y barbilla. Una pequeña herida a un lado del rostro había reclamado la parte inferior de su oreja. Parecía haber estado en su carrera matutina cuando fue atacada.

"¿Y qué dijo Brock sobre mí?" dijo Brandon mientras se acercaban a la exhumana.

"¿Brock?" Dijo Miles.

"Sí. El tipo con el que hiciste el trabajo esta mañana. ¿Me mencionó acaso?"

Miles actuó como si estuviera pensando un poco en ello mientras apuntaba las púas de palo trampa alrededor del cuello del zombi. "No, creo que no."

"¿Estás seguro de eso?"

"Estoy bastante seguro. ¿Por qué iba a estar hablando de ti?"

"Larga historia," dijo Brandon deslizándose las bridas por las muñecas del zombi. "Pero recuerda tener cuidado con él. Ese hombre tiene algunos problemas graves. Rezo por él, pero no anticipo su salvación pronto. No digas luego que no te he advertido."

"Debidamente anotado."

Brandon cerró la mordaza sobre la cara del zombi y se dispuso a desenredarlo de la cerca.

Cuanto más tiempo pasaba Miles con Brandon, más obvia se volvía su intensa fijación por Brock. Lo que primero había pensado que era un simple triángulo amoroso en el lugar de trabajo ahora parecía ser una obsesión más extraña y potencialmente volátil. En sus cinco días en el trabajo, Brandon se había referido a Brock en al menos una docena de ocasiones distintas.

También comenzaba a sospechar que las frecuentes referencias a Dios y Jesús y la oración de Brandon eran más que simples figuras retóricas. El tatuaje del crucifijo en su antebrazo y el versículo

bíblico entintado en su cuello parecían confirmar creencias religiosas profundamente arraigadas. Las emisoras de rock cristiano que escuchaba mientras viajaban hacia y desde los trabajos también eran una especie de pista. Parecía una combinación inusual; que alguien tan devoto también pudiera consumirse tanto por los celos y la venganza. Pensó que lo más inteligente que podía hacer sería mantenerse al margen.

Brandon dejó de intentar desenganchar al zombi y simplemente lo apartó del alambre de espino, rasgando gravemente la ropa. Miles sostuvo el palo trampa con ambas manos mientras guiaba al zombi hacia la parte trasera del camión. Esto no fue una tarea fácil, ya que la no muerta era particularmente luchadora y poco cooperativa. Miles trató de no dejar ver cuánto estaba luchando, especialmente porque la mujer tenía la mitad de su tamaño y había visto a Brandon maniobrar zombis mucho más grandes con el palo trampa a una mano.

El elevador hidráulico del camión bajó y Miles empujó al zombi sobre la plataforma. Se elevó hacia el área de espera y se trasladó a una de las bahías. Brandon accionó el interruptor y las correas automáticas la fijaron en su lugar.

Este era el segundo exhumano que habían recogido en espacio de veinte minutos. Habían estado atendiendo un trabajo unas calles más allá, operando para controlar a un no muerto de unos sesenta años, cuando llegó la llamada para alertarlos de que había otro zombi en el área.

El anciano fue encontrado con una pequeña cantidad de sangre alrededor de la boca. Sangre fresca, al parecer. Había una alta probabilidad de que víctima y atacante estuvieran uno al lado del otro en la parte trasera del camión.

Los dos pasajeros fueron transportados al centro de procesamiento. Brandon ayudó al personal del centro con la descarga, mientras Miles completaba la documentación pertinente en la oficina. Terminaron después de unos diez minutos.

"¿Que hora es?" dijo Brandon mientras se subía al volante.

"Son casi las tres," dijo Miles.

"Sí, bastante cerca." Brandon señaló la nevera del coche detrás de ellos. "Adelante, sírvete tú mismo."

Miles abrió la puerta del frigorífico. Dentro había una pequeña selección de bebidas alcohólicas frías. "¿Qué es esto?" dijo él.

"Esto es un viernes por la tarde en Z-Pro, amigo. Nuestro fin de semana comienza aquí." Le dio un codazo amistoso que Miles más bien sintió como un asalto leve. "Apuesto a que no teníais esto en Rito Muerto, ¿eh?"

"Oh, cierto."

Esto era algo que se había olvidado de Z-Pro. A esta gente le gustaba la fiesta. Mucho. Trabaja duro, juega duro era más que un lema no oficial para ellos. Era una forma de vida. Los relatos de sus hazañas eran legendarios y los viernes por la noche eran más o menos obligatorios para todo el personal.

Miles se asomó a la nevera en busca de un refresco o agua mineral. No vio ninguno.

Habían pasado casi tres años desde su último trago y no tenía ningún deseo de tirar eso a la basura solo para encajar en su nuevo entorno. O tal vez sí. Si era honesto consigo mismo, había una parte de él que quería hacer exactamente eso. Sería su recompensa por la disciplina y la moderación que había ejercido durante los últimos años, y por llegar hasta el final de la semana sin darse por vencido. Había tenido unas cuantas malas experiencias con el alcohol, pero había disfrutado de muchos buenos momentos. Además, ahora era una persona diferente. Era más maduro y confiaba en que podría disfrutar de un par de copas sin permitir que eso se adueñara de su vida.

Una oleada de sentido común le sacó del trance. Cerró la puerta del frigorífico antes de que pudiera hacer algo de lo que pudiera arrepintirse más tarde.

"Gracias, pero estoy bien por ahora," dijo.

"No te preocupes, hermano, a nadie le importa si tomas una copa o cinco un viernes por la tarde," dijo Brandon. "Está todo pagado. No saldrá de tu salario ni nada."

"De verdad, creo que paso," dijo esperando que Brandon aceptara esto y siguiera adelante.

"Si te preocupa que Jack se entere, créeme, a él no le importa. Probablemente ya esté borracho. Él empieza antes del almuerzo la mayoría de los viernes."

"Ya, pero yo, eh... no puedo beber nada en este momento. Órdenes del médico. Tuve esta infección de oído y todavía estoy tomando antibióticos."

"Ah. Vale. No hay problema." Brandon volvió a salir del asiento delantero. Corrió hacia el otro lado del camión. "Muévete. Puedes conducir de regreso. No tiene sentido que los dos estemos sobrios."

Capítulo 8

La criatura deforme que Bernard Marlowe vio en los monitores del estudio poco después de tomar asiento en el plató de *Nuestra Nación* mostraba poco parecido con la imagen que tenía de sí mismo en su cabeza. Era solo en momentos como este, cuando se vislumbraba inesperadamente a sí mismo, que se daba cuenta del verdadero precio que el trabajo le había cobrado. Su cara estaba tan roja e hinchada que parecía estar sufriendo una reacción alérgica. Su cabello lucía grandes parches de gris, a pesar de que se lo había teñido hacía dos semanas. Había envejecido veinte años en menos de tres. Parecía anciano. Las chicas maquilladas hicieron lo mejor que pudieron, empastando el producto y vaciando media lata de laca para el cabello, pero esto solo le dio una extraña apariencia estilo Madame Tussauds [2].

Su guardarropa también necesitaba urgentemente una mejora. Había estado negando su aumento de peso, pero la cámara no mentía. Sus trajes ya no eran de su talla, tenían bultos antiestéticos que sobresalían y botones que amenazaban con volar por la habitación si inhalaba demasiado rápido.

La presentadora del programa llegó al plató un minuto después. "Bienvenido de nuevo, primer ministro," dijo Olivia Perry saludándolo con una cálida sonrisa. "Es bueno verle de nuevo."

"Es bueno estar aquí, Olivia," dijo Marlowe tratando de sonar como si lo pensara.

"No estará demasiado nervioso, espero."

Él soltó una risa amistosa, aunque no sincera. "De ningún modo. Siempre estoy deseando poder hablar directamente con el público. Para ser totalmente honesto, es un alivio estar fuera del circo del parlamento durante unas horas."

Olivia se apartó un pelo suelto de la cara. Comprobó los monitores para asegurarse de que el pelo ya no estaba. A pesar de estar sentados a poca distancia el uno del otro, Marlowe notó que la

iluminación del estudio era mucho más halagadora para ella que para él. Parecía una princesa en una película de fantasía de gran presupuesto, mientras que él era el ogro deformado que ella mataría al final.

"Lástima lo de la encuesta de opinión," dijo Olivia barajando sus notas y colocando sus bolígrafos sobre su escritorio. Se refería a la encuesta publicada esa mañana que mostraba que el índice de aprobación del gobierno había caído aún más. "De verdad pensé que esta sería la que le daría una remontada."

"Ah, ya sabes cómo es la política. Una vez que un gobierno alcanza su punto máximo, como nosotros, pronto se produce una corrección natural." Estaba tratando de ignorarlo como si no fuera gran cosa, recitando una frase que había repetido muchas veces como medio de explicar su dramático descenso. "Le pasa a todo el mundo, independientemente del rendimiento."

"Estoy segura de que le irá bien," dijo. "Una vez que obtenga una mayor exposición, su suerte sin duda mejorará."

"Eso es con lo que contamos," dijo.

"Además, he oído que todavía es muy popular en las redes sociales."

Marlowe respondió con una sonrisa forzada. No sabía qué pensar de ese último comentario. Obviamente, era una referencia al llamado escándalo de pago por "me gusta" de hacía unos meses. Pero ¿era solo una broma amistosa o estaba ella tratando de sacarle del juego?

Antes de que tuviera tiempo de pensar más en ello, un productor les daba la cuenta atrás. Los títulos de apertura rodaron y estaban al aire. Olivia Perry comenzó su presentación.

"Han pasado casi tres años desde que Bernard Marlowe llegó al poder con una aplastante victoria electoral que encendió una mecha bajo el sistema. Su historia es bien conocida ahora: el forastero que se estrelló contra una escena política estancada en un momento en que un público nervioso exigía un liderazgo fuerte a raíz de la catástrofe global de no muertos. Su popularidad se disparó y, en un

momento dado, pareció casi infalible. Pero después de un período en el que parecía que nada podía salir mal para el primer ministro, ahora parece que nada puede salir bien. Con ministros del gabinete sorprendidos malversando fondos de los contribuyentes, acusaciones de conflicto de intereses, constantes luchas internas entre colegas, una serie de desastrosas encuestas de opinión y numerosas promesas electorales incumplidas, es seguro decir que la luna de miel ha terminado y un matrimonio tumultuoso está en marcha. Esta noche, para su primera entrevista televisiva en profundidad en seis meses, Bernard Marlowe se une a mí en directo en el estudio. Primer ministro, gracias por hablar con *Nuestra Nación*."

La cámara se centró en el rostro de Marlowe. Él estaba tratando de no parecer demasiado aturdido. Esa no era la presentación que había estado esperando. Lo que significaba que probablemente esta no sería el tipo de entrevista que esperaba. Pasaron unos segundos de aire muerto antes de que lograra unir algunas palabras.

"Es un placer estar contigo," dijo.

Apenas había terminado su oración cuando Olivia Perry se lanzó al modo de ataque.

"Primer ministro, sus críticos han descrito su gobierno como mal equipado para liderar y como uno que formula políticas basadas predominantemente en grupos focales," comenzó. "Otros le han acusado de tratar su posición como su propio feudo personal, usando el poder e influencia para repartir favores a sus amigos en el mundo empresarial a expensas de quienes le pusieron allí. Una cosa que es segura es que su popularidad continúa disminuyendo casi a diario. Entonces, con una elección en el horizonte, ¿qué le dice a la gente que mira desde casa y se pregunta si se merece un segundo mandato?"

Fue en ese momento cuando algo en el cerebro de Marlowe se rompió y descendió una niebla carmesí. Esta mujer no tenía ningún interés en discutir la política del gobierno o el estado de la nación. No quería hablar de reforma fiscal. Esto era una emboscada, simple y llanamente. Una descarada estratagema para generar polémica. Bueno, si ella quería pelea, iba a tenerla. Los guantes estaban fuera.

No se iba a quedar ahí sentado u aguantar aquello.

Rebekkah Barclay estaba sentada sola en un área de observación detrás del escenario. Una transmisión en vivo se reproducía en un monitor. La entrevista llevaba solo cuatro minutos, pero ella ya estaba haciendo una lluvia de ideas sobre estrategias de control de daños graves.

Sabía antes de asumir el trabajo, que rehabilitar la imagen de Bernard Marlowe no sería fácil, pero nunca esperó algo así. El primer ministro había hecho casi todo lo que ella le había pedido explícitamente que no hiciera. Era casi como si deliberadamente estuviera saboteando la entrevista simplemente para fastidiarla.

Tren Descarrilado no estaba ni cerca de describir lo que estaba sucediendo aquí. Este tren se había estrellado, los pasajeros heridos se estaban arrastrando sobre vidrios rotos y cadáveres para liberarse de los escombros, y ahora un avión jumbo había caído del cielo para aterrizar en el lugar del accidente. Todos los supervivientes y socorristas quedaron incinerados.

El plan era tan básico que cualquier simplón podría haberlo seguido: manténgase en el mensaje, no se desvíe del tema y no muerda el anzuelo cuando la presentadora trate de provocarle. Eso fue todo. Evidentemente, eso era demasiado de esperar. Ella no sabía si era el ego del hombre el culpable o su infinitesimal capacidad de atención, pero la facilidad con la que podía ser engañado para que dijera algo indisciplinado era asombrosa. Era una actuación tan inepta y tan petulante que se preguntó cómo se las había arreglado ese hombre para llegar tan lejos como había llegado.

Los millones de espectadores en casa presenciaban a un hombre atrapado en un campo de distorsión de la realidad. Escucharon múltiples referencias a la emergencia de los no muertos y repetidas advertencias de que un brote catastrófico de zombis era "no solo posible, sino probable" si no se tomaban medidas inmediatas. Produjo una serie de "hechos" que podrían refutarse fácilmente con una búsqueda en Google de cinco segundos. Cuando se le impugnó algunas de sus declaraciones más extravagantes, declaró que "no se dejaría limitar por la camisa de fuerza de la corrección política." Su

rostro estaba enrojeciendo y su maquillaje se estaba derritiendo. Gesticulaba salvajemente con las manos cada vez que luchaba por decir algo. Suministró a los comediantes y satíricos material incalculable para varias semanas.

Solo empeoró cuando pasó a su nuevo tema favorito: el constante sesgo mediático del que afirmaba ser víctima. Hasta ahora, se había referido dos veces a sí mismo como el primer ministro más injustamente difamado de la historia, declarando que era el objetivo de una campaña de difamación maliciosa y etiquetando a sus críticos como traidores que deberían rendir cuentas por el daño que infligían al país. Aquellos en la prensa, él creía, tenían una venganza personal contra él porque no podían soportar que alguien como él tuviera éxito. Rebekkah necesitó toda la fuerza de voluntad para no irrumpir en el estudio y taponarle la boca con las manos o echárselas a la garganta para evitar que dijera nada más.

Rezó para que la tortura terminara, pero esta fue implacable. El segmento parecía durar mucho más de lo acordado. Sin duda, había un productor en el auricular de Olivia Perry ordenándole que siguiera proporcionándole a Marlowe toda la cuerda que necesitara para ahorcarse. Sabían de la gran televisión que estaban consiguiendo y la iban a aprovechar al máximo. Esto estaba destinado a repetirse una y otra vez durante los próximos años.

Después de lo que le pareció un eón, por fin escuchó las palabras que había estado deseando escuchar: "Primer ministro, se nos acabó el tiempo. Gracias por hablar con *Nuestra Nación*."

Las luces del estudio se atenuaron y la cadena dio paso a una pausa comercial. Bernard Marlowe se arrancó el micrófono y salió furioso sin estrechar la mano de la presentadora.

Rebekkah no se movió durante unos minutos. Estaba en estado de shock. Llevaría mucho tiempo procesar todo lo que acababa de ver. Esto era más que una debacle. Además de ignorar cada una de sus directivas, Marlowe no había hecho ni una sola mención a los planes del gobierno para la reforma fiscal.

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Alzó la vista y vio a un joven interno con camisa azul y corbata.

"Um... ¿es usted la Sra. Barclay?" dijo él.

"Lo soy," suspiró Rebekkah.

"El señor Marlowe quería que le dijera que se marcha."

Rebekkah asintió. "Estaré allí ahora mismo."

"No, creo que quiso decir que se marcha en este momento. O probablemente ya se haya ido y que usted, eh, es posible que necesite encontrar otro medio de llegar a casa."

"Ah. Ya veo. Gracias."

El interno se desmaterializó rápidamente. Rebekkah se quedó mirando al suelo durante un período de tiempo indeterminado.

Luego sacó el teléfono y comenzó a redactar un mensaje de texto de renuncia. Renunciar quedaba mucho mejor que ser despedida.

Capítulo 9

La ventanilla del pasajero del Porsche Cayenne plateado bajó, Elliott se inclinó hacia adelante y dejó que el aire fresco de la noche le acariciara el rostro. Respiró hondo. *Priva* de primera, consecutivas madrugadas de fiesta y leve pérdida de sangre contribuían a la sensación de mareo y pérdida de equilibrio. El golpe de oxígeno le puso marginalmente sobrio.

Se reclinó en el asiento y se desabrochó el botón superior de la camisa. Esto le permitió respirar un poco mejor.

James Pridham le miró desde el asiento del conductor. "¿Como te sientes?"

"Estoy bien. Un poco mareado, pero sobreviviré," dijo.

"¿Qué tal la mano?"

Levantó la mano izquierda. Estaba envuelta en una venda blanca. Podía sentirla palpar.

"Ahora está bien. Sé que parecía mucha sangre, pero en realidad no duele tanto."

"¿No duele porque el corte no fue demasiado serio o porque todo ese alcohol ha adormecido el dolor?"

"Quizá un poco de ambos," dijo Elliott con una sonrisa.

James Pridham era Director Ejecutivo de Elixia, la empresa farmacéutica más grande del mundo. Él y Elliott no tenían mucho en común. Pridham era casi veinte años mayor que él, tenía educación de escuela privada con Máster en economía y se movía en círculos sociales que incluían multimillonarios y líderes mundiales, pero a pesar de estas diferencias, ambos se habían vuelto buenos amigos en los últimos años.

Los dos acababan de asistir a una exposición de arte y posterior

subasta. Elliott no sabía casi nada sobre arte, pero estaba ansioso por expandir sus horizontes y empaparse de algo de la cultura. La exposición era una muestra catálogo del trabajo de Erik Mackintosh, conocido como Genérico. Erik era un provocador artista callejero con obras audaces y satíricas. Las celebridades y coleccionistas serios se las estaban quitando de las manos prácticamente antes de que pudiera terminarlas.

Elliott no tenía intención de comprar nada esa noche. Su plan era entrar con la mente abierta, ver las obras expuestas, conocer gente nueva y, tal vez, aprender un par de cosas por el camino. Pero eso había sido antes de que tuviera la desgracia de cruzarse con un hombre llamado Richard Locraine y cometer el pecado irremediable de no saber quién era. Richard Locraine, pronto había sabido Elliott, era un mundialmente renombrado coleccionista, crítico y dueño de galeras. También era conocido por su ego colosal y su temperamento explosivo. Locraine ya estaba en un estado de ánimo combativo y antagónico al llegar, al parecer debido una confusión con su pase VIP. Por alguna razón, el hombre había decidido descargar sus frustraciones con Elliott y se había deleitado perversamente en sus burlas sobre su ingenuidad y limitado conocimiento del mundo del arte. Locraine se había quejado a todo el mundo dentro del radio auditivo sobre los ignorantes *faranduleros* que habían saltado a bordo este último vagón porque alguna estrella del pop había comprado una obra de Genérico y lo había publicado en Instagram. O porque alguna modelo llevaba una camiseta diseñada por Genérico para su última sesión de fotos de moda.

"En el momento en que los grandes sucios se presentan a estas cosas," había anunciado a la sala, "es cuando se sabe con certeza que un movimiento ha seguido su curso."

Elliott no había tenido ni idea de qué responder a esto. Ya se había sentido fuera de lugar y cohibido, casi luchando por encajar y sin saber realmente cómo comportarse en tal compañía. Había sido menospreciado por un borracho de cara roja que acababa de conocer. Pero no habría requerido mucho tiempo pensar en la réplica perfecta.

La subasta había comenzado a medianoche. La primera obra de

Genérico bajo el martillo había sido un lienzo con "᠎ON\$ÚMEM᠎" garabateado en rosa neón sobre un fondo negro. El subastador lo describió como un comentario irónico sobre la intersección del arte y el comercio en una sociedad capitalista, aunque para el ojo inexperto de Elliott parecía algo que cualquier estudiante de secundaria haría en diez minutos. Comenzó la puja y el precio subió pronto a \$270.000. Richard Locraine estaba a unos momentos de distancia de poseer la pieza cuando Elliott se la había robado con la puja ganadora. El martillo había caído y la obra de arte fue suya.

El cálido aplauso de la multitud le había imbuído entonces de un sentimiento de aceptación, pero eso no había sido nada comparado con la satisfacción de ver la inmundada mirada que recibió de Locraine. Eso había sido todo lo que él había necesitado para inspirarle a seguir adelante.

Locraine había pujado luego por la siguiente pieza a subasta. Elliott se había abalanzado en el último momento con una puja ganadora de \$390.000. El aplauso esta vez fue más fuerte y más entusiasta.

"No sé qué crees que estás haciendo aquí," había escupido Locraine a Elliott poco después de que este hubiese hecho su quinta compra de la noche. "Pero estas pujas son legalmente vinculantes. Si no puede pagar por ellas y si solo está aquí para hacer perder el tiempo a todo el mundo, la galería le llevará a los tribunales y perseguirán daños y perjuicios."

Elliott se había mofado con una sonrisa. Estaba disfrutando esto más de lo que pensaba. "Gracias por el consejo, veterano," había dicho. "Pero podría comprar esta colección entera si quisiera. Y ¿quién sabe? Quizá lo haga."

Él no había llegado tan lejos, pero sí había terminado arrebatándole otras tres obras antes de que el pomposo *cagabandurrias* se rindiera por fin y saliera furioso del disgusto. Ese había sido un momento de gran triunfo y Elliott se había sentido en la cima del mundo. No se le había ocurrido hasta mucho más tarde, cuando el zumbido se había disipado y se había recuperado un poco, que aquella había sido una victoria pírrica y que había gastado cerca de tres millones de dólares solo para fastidiar a un tipo que acababa de conocer y que probablemente nunca volvería a ver.

Pero en aquel momento había estado de humor para celebrarlo. Extraños se habían acercado a él para estrecharle la mano y felicitarle por su impecable gusto. Le habían asegurado que las obras eran inversiones sólidas y que probablemente se multiplicarían en valor en los próximos años. Las bebidas habían aparecido de la nada mientras todos habían clamado para presentar a aquel misterioso joven que había amenizado lo que podría haber sido un proceso de subasta bastante formal. Había sido el tipo más popular de la sala y no había querido que terminara la noche.

Desafortunadamente, esto había llegado a una conclusión abrupta al tropezar torpemente con un escalón y caer al suelo. Había extendido la mano (que en ese momento estaba sosteniendo una copa de champán) para frenar la caída. Pridham había decidió entonces que podría ser un buen momento para que Elliott diera por concluida la noche. Como Elliott no había estado en condiciones de conducir, lo había metido en su Porsche y le había sacado de allí.

Elliott retiró el vendaje para inspeccionar el corte. El sangrado parecía haberse detenido por fin.

"¿Estás seguro de que no quieres que te lleve a la sala de emergencias?" dijo Pridham.

"No, estaré bien," dijo Elliott. "No creo que necesite puntos. Y haré todo lo posible para no mancharte todo el coche."

"Eh, no importa si lo haces. Es de alquiler. Aunque si machas de sangre el Roadster, podría no ser tan comprensivo."

Pridham era el orgulloso propietario de un Jaguar clásico Roadster Tipo-E de la Serie 1.5 de 1968. Era uno de los únicos treinta en el mundo y la posesión material más preciada de Pridham. Elliott nunca lo había visto al natural, aunque había visto fotografías, pero estaba de acuerdo, parecía un vehículo asombroso.

"¿Por qué no sacaste el Roadster esta noche?" dijo él. "Si yo tuviera un coche así, no creo que condujera otra cosa."

"Eso es en realidad un punto delicado para mí en este momento,"

dijo Pridham.

"Oh. No sé si preguntar."

"No es nada malo. Es que hace un par de meses lo saqué a dar una vuelta un domingo por la mañana. Me paré en un semáforo en rojo cuando, de la nada, un anciano que conducía un Volvo, un Mr. Magoo [3] que nunca debería haber estado en la carretera en primer lugar, me chocha por detrás."

"Oh, no. Qué tragedia."

"En serio, no te creerías a este tipo. Tenía gafas de culo de baso tan gruesos como oreos y apenas llegaba a mirar por encima del volante. Era tan viejo que ni siquiera estoy seguro de que supiera que se había chocado con algo."

"¿Tan malo fue?"

"El daño no fue catastrófico, gracias a Dios, porque él no viajaba muy rápido. Solo una abolladora leve y no fue demasiado difícil de pulir. El único problema es que ahora el maletero no cierra bien. A veces, si lo golpeas se abre. Otras veces se abre solo. Creo que la broca del gancho dentro de la cerradura está doblada, rota o algo así. Y un vehículo como ese no puedes dejarlo en el taller de reparación del barrio para que lo arreglen, hay que enviarlo a especialistas y ellos tienen que importar las piezas de Europa. Es una pesadilla. Siempre que me lo devuelven, va bien durante unos días o algunas semanas y luego comienza a abrirse otra vez. Una vez que un automóvil ha tenido un accidente, aunque sea leve, nunca vuelve a ser el mismo."

Elliott negó con la cabeza con simpatía. "Los conductores de esa edad son una amenaza. No se les debería permitir salir a la carretera."

"¡Exactamente!" dijo Pridham. Este era un tema que claramente le apasionaba. "El gobierno tiene que cambiar las leyes. Como mínimo, deberían tener que volver a solicitar su permiso de conducir al cumplir los setenta."

El Porsche redujo la velocidad al girar a la izquierda. Elliott desplegó el vendaje, que ahora estaba teñido con grandes manchas rojas. Le sorprendió la cantidad de sangre que había salido de lo que parecía una herida bastante superficial.

"Asegúrate de deshacerte de eso correctamente, por cierto," dijo Pridham.

Elliott arrugó el vendaje en la mano. "Oh, sí. Lo tiraré en cuanto llegue a casa."

"No me refiero a eso. Quiero decir que tendrás que quemarlo."

"¿Quemarlo?"

"Sí, Elliott. Tu sangre es un bien extremadamente valioso, por si lo has olvidado. De hecho, toda la sangre que sale de tu cuerpo es técnicamente propiedad de Fármacos Elixxia. Pero tú estabas al corriente de eso, ¿no?"

"Bueno, yo no... yo no estaba..." Luchó por recordar lo que le habían dicho al firmar todos aquellos contratos. Su equipo legal había tratado de explicárselo todo en términos sencillos, simplificándolo y usando un lenguaje natural que él pudiera entender, pero había tantas cláusulas y condiciones que era demasiada información para retener.

"Elixxia tiene derechos de propiedad intelectual exclusivos sobre tu sangre," dijo Pridham. "Si uno de nuestros competidores tuviera en sus manos una muestra, podría ser enormemente perjudicial para nuestras futuras ganancias. Si ese vendaje cae en las manos equivocadas, existe una gran posibilidad de que te demanden."

"Claro, claro, me desharé de él en cuanto llegue a casa," dijo Elliott.

Pasaron unos incómodos segundos de silencio antes de que Pridham estallara con una carcajada. "Relájate, era una broma."

Elliott se echó a reír. "Ah. Ya lo sé. Yo también estaba bromeando," dijo de manera poco convincente. Se metió la venda en el bolsillo y desabrochó otro botón de la camisa. Notó que estaba sudando de repente.

"Pero aún así, es buena idea asegurarse de que te encargues de eso," dijo Pridham. "Sólo para prevenir. No creerías lo astutas que pueden ser algunas de las personas de nuestra industria."

Hacia tres años, Elliott había sido uno de los agentes de GCNM que habían trabajado en la comunidad rural de Villa Tumbas después de que el pueblo se inundara con miles de no muertos. Esa había sido una empresa peligrosa y altamente ilegal que se suponía que debía haber sido denunciada a las autoridades pertinentes. Rito Muerto había seguido adelante y lo había hecho por su cuenta de todos modos (habían estado en serios problemas financieros, y esperaban que la potencial ganancia inesperada los ayudara a salir del muy profundo agujero en el que se encontraban). No habían tardado mucho las cosas en salirse de control.

Durante el transcurso del trabajo, Elliott había sufrido una pequeña mordedura de zombi en el hombro derecho. Para la mayoría de las personas, esto hubiese causado la transformación en zombi en cuestión de horas, pero gracias a una combinación de suerte y una improbable serie de eventos, le había transformado en multimillonario.

Él no recordaba mucho de lo que había sucedido después de ser mordido, aparte de la aterradora comprensión de estar a punto de morir. Lo que sí recordaba era despertar en una cama de hospital dos meses después con el cuerpo severamente debilitado y la cabeza como un bulto de chicle. Le dijeron que no mostraba signos del patógeno BNBO-511:17. Milagrosamente había vencido la infección que había dejado perplejos a las mentes científicas más importantes del planeta y había abierto un agujero en la población mundial. El patógeno había causado la muerte, y luego la no muerte, en el cien por ciento de los casos registrados y sin embargo, Elliott la había vencido. Todo análisis de sangre había resultado limpio. No solo había quedado libre de la infección, en realidad Elliott era inmune.

Este sorprendente giro de los acontecimientos había dejado a los médicos rascándose la cabeza. Nadie había podido ni empezar a explicarlo. Elliott había quedado igualmente asombrado. De todas las personas a las que podría haberle sucedido esto, Elliott no tenía idea de por qué debía él ser tan afortunado mientras que todos los demás en su situación se enfrentaban a un destino tan cruel.

Pero con el tiempo, las piezas del rompecabezas habían encajado. Había recordado las semanas previas a Villa Tumbas, cuando había estado en paro y sin dinero. En ese tiempo había participado en dos ensayos clínicos para probar una posible vacuna. Estas dos dosis separadas de medicación experimental se combinaron para producir una reacción inesperada que combatía la infección. Pero había más. Faltaba el ingrediente crucial. Era algo que los médicos no habían podido identificar.

No fue hasta que recordó el incidente que ocurrió la noche antes de que comenzaran el trabajo de Villa Tumbas que todo encajó. Había salido de Rito Muerto después de pasar el día preparándose para el gran trabajo cuando había sido atacado por dos asaltantes no identificados. Le habían tirado al suelo y le habían pinchado con una jeringa llena de sangre de zombi. Hasta el día de hoy, la identidad de los hombres detrás del ataque seguía siendo un misterio. Él tenía sus propias sospechas privadas sobre quién habría podido ser, pero no había podido estar seguro. Lo más probable es que aquello hubiese ocurrido como represalia por su tan publicitado asalto a Trent y que las personas responsables podían haber estado relacionadas con uno de los grupos militantes pro-zombi, pero más allá de eso, no tenía pruebas sólidas.

El hecho debería haber sido una sentencia de muerte. La sangre infectada que contamina un cuerpo sano generalmente convierte a esa persona en un cadáver andante en cuestión de días. Pero a Elliott no le había pasado eso. En cambio, lo que había sucedido había sido que la pequeña cantidad de sangre contaminada había reaccionado al cóctel de medicamentos en su sistema y se había combinado para combatir la infección que había sufrido durante el mordisco. Pronto se hizo evidente que la sangre de Elliott era uno de los recursos más valiosos y buscados del planeta.

Su primer curso de acción al enterarse de esto había sido contratar los servicios de un abogado. Fue un movimiento cínico y se sintió un poco sucio al hacerlo, pero quería asegurarse de estar cubierto. Había oído historias de personas ingenuas que habían sido expulsadas de lo que era legítimamente suyo simplemente porque eran demasiado confiadas o carecían de la previsión para buscar asesoramiento legal de antemano, y él no quería cometer el mismo

error.

El Laboratorio Internacional de Biodefensa, una organización sin fines de lucro dirigida por el Dr. Martin Bishop, le había suplicado a Elliott que pusiera muestras de su sangre a disposición de sus investigadores. Cuanta más sangre resistente a las infecciones hubiera para estudiar y mayor número de científicos trabajando en colaboración, más rápido se podría encontrar una cura. Elliott creía que eso era lo correcto y responsable, y consideró hacerlo durante un rato. Pero antes de que tuviera la oportunidad de hacer algo tan altruista, su equipo legal intervino y organizó una reunión con representantes de las principales empresas farmacéuticas y bioquímicas del mundo. Pronto fue bombardeado con ofertas de riqueza obscena y opulencia interminable, que podrían ser todas suyas si renunciaba a un pequeño volumen de sus fluidos corporales. En el fondo, él había querido hacer lo correcto y honorable, pero una vez que estas promesas de riquezas increíbles aparecieron frente a él, no lo pudo resistir.

Terminó cediendo los derechos exclusivos a Fármacos Elixia, una empresa de tamaño medio que llevaba menos de una década en funcionamiento. Liderados por James Pridham, su nuevo y ambicioso CEO, hicieron todo lo posible en un esfuerzo por pillar su preciada firma. A cambio, Elliott recibió un pago por adelantado de diez millones de dólares, junto con opciones sobre acciones que lo convertían en el tercer accionista más grande de la compañía y pagos de regalías trimestrales en curso.

Elixia había convencido a Elliott de que podían desarrollar el nuevo tratamiento y ponerlo en el mercado más rápido que sus competidores. Durante las negociaciones, le aseguraron que harían todo lo posible para que cualquier producto fuera accesible para el mayor número posible de personas en todo el mundo. Elliott asintió a todo esto, pero en esa fase su mente estaba bien y verdaderamente ocupada con otros asuntos. Con la cantidad de dinero que estaba a punto de llegar, podrían haberle dicho que estaban planeando usar su sangre para producir un ejército de clones de Hitler y aún así habría estado de acuerdo con ello.

Zaracaína-9 fue lanzado al mundo menos de un año después y fue aclamado instantáneamente como un medicamento maravilloso.

Suprimía los peores efectos de la infección y sacaba a los pacientes de su estado zombi. El medicamento no estaba exento de inconvenientes; no era una cura permanente, su coste excesivo lo mantenía fuera del alcance de muchas personas de bajos ingresos, y si el paciente dejaba de tomar el medicamento, los síntomas reaparecían. Pero aún así daba esperanza para el futuro y Elixxia prometió que estaban dando grandes pasos en el desarrollo de un producto que fuese asequible y tuviese efectos duraderos.

El medicamento había estado en el mercado durante dos años y aún no había bajado de precio. En el mismo período, Elixxia había visto el precio de sus acciones, y el patrimonio neto de Elliott, aumentar trece veces, y la compañía había crecido hasta convertirse en la más grande de su sector. Protegieron agresivamente su producto, iniciando acciones legales contra cualquiera que intentara fabricar o desarrollar una versión del medicamento similar al suyo, y se rumoreaba que empleaban el uso de la fuerza cuando cerraban esos pícaros laboratorios que habían surgido por todo el globo.

Para Elliott, la emoción de tener riquezas casi infinitas se había desvanecido después de un tiempo. Hizo todo lo posible para disfrutar de su extraordinaria buena fortuna. Salía de compras y soltaba 50.000 dólares en la misma tienda. Viajaba en primera clase por todo el mundo e iba de vacaciones a lugares exóticos. Hizo adiciones regulares a su flota de automóviles de lujo en constante expansión. Todo esto le dio una breve descarga de dopamina, pero fue solo una sensación fugaz. No le permitiría olvidarse de las personas directamente afectadas por sus acciones: las personas obligadas a trabajar en dos o tres trabajos solo para cubrir los costes de la medicación; las familias que tenían que sacar una segunda hipoteca para pagar el tratamiento de un ser querido; los revividos que pedían limosna en las calles en un intento de reunir suficiente dinero para pagar su siguiente dosis y vivir para ver otro día. Elliott tenía tanto dinero que no sabía qué hacer con él, pero había creado una clase baja completamente nueva y había convertido a Elixxia en el cártel de la droga más poderoso del mundo.

Elliott había planteado el problema a James Pridham en varias ocasiones. Pridham estuvo de acuerdo en que el precio minorista actual de Zaracaína-9 era mucho más alto de lo que le gustaría que

fuera y le había asegurado que los costes bajarían eventualmente. Explicó que Elixia aún tenía que recuperar el dinero invertido en la etapa de investigación y desarrollo, y que podrían pasar cuatro o cinco años más antes de que la empresa obtuviera ganancias. Pridham atribuía la mayor parte de la culpa de los altos costes a los medicamentos no autorizados en circulación.

Elliott había intentado convencerse a sí mismo de no haber hecho nada malo y que la despiadada corporación era el verdadero villano en esto. Elixia le había engañado desde el principio. Le habían dicho todo lo que había querido oír para asegurar su firma y luego se habían echado atrás en sus garantías de un tratamiento accesible al mercado más amplio posible. Pero esa no era la historia completa. La verdad es que él solo había escuchado lo que quería escuchar. Si realmente hubiera querido que el medicamento fuese asequible, habría hecho lo que otros le habían pedido que hiciera y hubiera puesto su sangre a disposición de todos los investigadores para su estudio.

Ahora entregaba su dinero a cualquiera que se lo pidiera en un intento por aliviar su culpa crónica. No le importaba. Tenía más de lo que jamás podría gastar. El interés de sus inversiones por sí solo superaba con creces sus gastos mensuales. Había pagado todas las deudas de Rito Muerto (lo mínimo que podía hacer dado que él había sido responsable de una gran parte de ellas) y había cubierto los gastos de regeneración y tratamiento continuo de Steve. Había hecho donaciones a organizaciones benéficas y ayudado a todos los que conocía que habían atravesado tiempos difíciles. Un observador podría pensar que estaba tratando de hacer algo positivo con su buena suerte, pero Elliott sabía lo que en realidad hacía era intentar recomprar su conciencia.

Capítulo 10

Era sábado y temprano por la mañana. La lluvia de la noche anterior había desaparecido y los rayos del sol asomaban por un hueco en las nubes. Miles se detuvo en el camino de entrada de su antigua residencia. Esta era la casa en la que había vivido la mayor parte de su vida, pero ahora solo era el casero.

El lugar aún estaba decente, considerando todo lo pasado. El césped y los jardines estaban ahora mucho más ordenados; rara vez se había molestado en trabajar en ellos cuando vivía allí. Había tenido la suerte de encontrar inquilinos que cuidaban la casa y contribuían a su mantenimiento. Solo tuvo que mirar algunas de las otras casas de la calle para saber lo afortunado que era. Muchas parecían estar a punto de ser devorados por la abandonada vegetación.

Una figura apareció en su espejo retrovisor. Era un canoso cballero mayor con un bastón en la mano izquierda y una correa de perro en la derecha. El otro extremo de la correa estaba sujeto a un Rottweiler del tamaño de una mula. El perro era una fea bestia con gruesos hilos de baba que le colgaban a ambos lados de la boca. Le faltaban grandes parches de pelo por reyertas con otros perros.

El nombre del hombre era John Barrett. Era el residente más antiguo de la calle, así como el ser humano más amargado y miserable que Miles había tenido la desgracia de conocer. Era alguien para quien quejarse era tan natural como respirar. El mundo le había infligido un desfile interminable de injusticias y él nunca dudaba en compartir su punto de vista con cualquiera que entrara en su órbita. La leyenda decía que nadie le había visto sonreír nunca. El hombre tenía el ceño fruncido como una deformidad facial permanente.

Miles apartó la mano de la puerta. Iba a esperar un minuto antes de salir del coche. Había sido una mañana agradable hasta ahora y no quería arruinarla teniendo que hablar o interactuar con el cascarrabias del barrio.

Sus ojos siguieron a Barrett mientras este pasaba por detrás. No

parecía diferente de la última vez que lo había visto. De hecho, apenas había cambiado en los más de veinte años que lo conocía. Todavía vestía su uniforme diario de pantalón de pana color canela hasta la mitad del pecho y una chillona camisa de poliéster amarillo canario. Nunca se le veía con otra cosa, independientemente de la temporada. Cuando Miles era un adolescente, él y sus amigos solían especular sobre cómo podía haber sucedido eso. Decidieron que, a mediados de los setenta, Barrett se había encontrado con una compra al por mayor de pantalones marrones y camisas amarillas con grandes descuentos y el hombre había decidido que, desde ese día en adelante y hasta el día de su muerte, ese sería su *look* permanente.

El perro se detuvo en un poste de la luz para marcar su territorio. Barrett miraba a su alrededor mientras esperaba, echando una mirada ictérica a lo que le rodeaba. Una brisa despeinaba su cabello ralo, dándole el aspecto de un científico trastornado de dibujos animados.

Su mirada se posó en el coche. El perro terminó sus asuntos. Barrett cruzó la calle.

Miles recibió una descarga de pavor al ver que el anciano estaba yendo en su dirección. Se le bloquearon las extremidades. Quiso saltar y huir, pero no había tiempo. Quedó atrapado en dos decisiones, paralizado por la inacción. Ya era demasiado tarde.

Como último recurso, se llevó el teléfono al oído e inició una conversación imaginaria.

"Ajá. Bueno. Sip, claro. Eso suena genial," dijo a nadie en particular. Asintió y siguió mirando al frente, concentrándose en la puerta del garaje. Nunca había actuado antes, pero pensaba que transmitía una imitación aceptable.

Barrett y el perro entraron en su visión periférica. Fingió no darse cuenta. Esperaba que, si lo ignoraba el tiempo suficiente, se marcharía.

"Claro, puedo estar allí a las tres," dijo al teléfono.

"¡Ey! ¡Estrella de la tele!" Los artríticos nudillos de Barrett golpearon la ventana. Diminutas motas de saliva salpicaron el cristal.

Miles hizo una mueca. Solo ahora se percató de la tonta idea que había tenido. Debería haber sabido que su antiguo vecino no iba a desarrollar de repente las gracias sociales necesarias para no interrumpir a alguien en medio de una llamada telefónica. Ojalá hubiera confiado en sus instintos y hubiera saltado fuera del coche cuando había tenido la oportunidad.

"Voy a tener que llamarte en un momento," le dijo a la persona inexistente. Se guardó el teléfono en el bolsillo y puso su mejor cara. "¡Señor Barrett!" dijo saliendo del coche. "Cuánto tiempo sin verle."

"¿Eh?"

"He dicho que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos."

"¿Qué estás haciendo dejando que vivan alimañas en tu casa?" le bramó.

Otra de las peculiaridades de John Barrett era que solía soltarte cualquier cosa que le pasara por la cabeza, sin preámbulos ni contexto, en lugar de perder el tiempo con cortesías o charlas triviales sin sentido.

"Perdón, ¿alimañas?" Miles hizo todo lo posible por parecer confundido. También trató de ignorar al Rottweiler olisqueándole la pierna, comenzando por el tobillo y subiendo.

"Los que tienes viviendo allí." Un dedo torcido en una mano marchita apuntó en dirección a la casa de la infancia de Miles. "Las personas que viven en tu casa son portadores."

"¿En serio? ¿Está seguro de eso?"

"¿Eh?"

"He dicho que si está seguro de eso."

"¡Por supuesto que estoy seguro! ¡Lo consulté en el registro! Al menos dos de ellos son portadores. Quizá más. ¡Quizá todos lo sean! Eso no lo sabemos."

"Oh, lamento mucho eso." No estaba seguro de por qué se estaba disculpando con el hombre más rudo que había conocido, especialmente cuando no había hecho nada malo. "De veras, no tenía ni idea."

"¿Eh?"

"He dicho que no tenía idea de nada de eso. Esta es la primera vez que lo oigo."

"Estoy pagando para que vivan allí, ¿sabes?" Dijo Barrett.

"¿Está... pagando por ellos?"

El olfateo del Rottweiler se volvió más agresivo e invasivo. Trató de mantenerlo alejado con una mano, pero esto no hizo nada para desanimarlo. Vio que Barrett usaba un trozo de cordel viejo para pasearlo en lugar de gastarse seis dólares en una correa de perro normal.

"Sí, estoy pagando por ellos. ¡Tú, yo, todos nosotros! ¡Todos pagamos por ellos! Se les otorgan beneficios, se les entrega todo en bandeja de plata y el contribuyente paga la cuenta."

El hecho de que John Barrett solo haya tenido asociaciones fugaces con el empleo regular a lo largo de su vida laboral no logró calmar su rabia. Era una emisora de radio tertulias dentro de un hombre y que transmitía sus puntos de vista no solicitados y desquiciados al mundo en general.

"¡Una de cada dos casas en esta calle ahora tiene inmundos portadores viviendo en ellas!" él continuó. "Están convirtiendo este lugar en un país del tercer mundo. Estas personas vienen aquí, no trabajan, bajan los precios de las propiedades y nadie nos pregunta si lo queremos. Simplemente pasan página y dejan que suceda."

Hizo hincapié en cada argumento pinchando el aire con el bastón. Miles tuvo que inclinarse para conservar el ojo.

"Podrían ser peligrosos. Podrían estar propagando enfermedades. ¡Eso no lo sabemos!"

"Entiendo su preocupación. Veré lo que puedo hacer al respecto," dijo Miles.

"¿Eh?"

"He dicho que veré qué puedo hacer." Dio unos cortos pasos hacia la casa, haciendo un movimiento incremental para salir de la conversación, como si esta fuese una forma más educada de irse en lugar de simplemente alejarse. "La cuestión es que no estoy seguro de poder desalojarlos sin ningún motivo. Legalmente, quiero decir. Creo que todavía tienen derechos."

"Oh, por supuesto que tienen derechos," murmuró Barrett mientras el perro tiraba de la correa, babeando y jadeando en busca de aire mientras el cordel se le tensaba alrededor del cuello. El can había captado el olor de alguna feromona cercana o estaba intentando estrangularse para evitar tener que vivir con un misántropo tan insoportable. "¡Todos tienen derechos estos días! Los ocupantes ilegales tienen derechos, los criminales tienen derechos, las lesbianas tienen derechos. Dan limosnas a los parásitos y desviados que nunca han hecho nada para ayudar a nadie, y aquellos de nosotros que obedecemos la ley somos pisoteados una y otra vez."

Un conjunto de feos barrotes grises ahora oscurecía cada una de las tres ventanas que daban a la calle. Eran intimidantes y poco atractivos, y hacían que la casa pareciera un asilo o un centro de detención de menores, pero lamentablemente eran necesarios. En solo los últimos seis meses, Miles había pagado para reemplazar las ventanas rotas o agrietadas en tres ocasiones distintas. El vidrio irrompible era una opción y quedaba mejor estéticamente, pero también costaba mucho más de lo que quería gastar.

La casa estaba ahora ocupada por los Talleys, una familia numerosa de nueve. Había cuatro adultos y cinco niños de edades comprendidas entre los seis y los once años. Las condiciones eran un poco estrechas, aunque probablemente no era muy diferente de lo que Miles había soportado cuando vivía aquí con Clea y su interminable desfile de invitados.

En total, los Talley eran inquilinos modelo; una familia agradable y tranquila que nunca causaba problemas y siempre pagaba el alquiler a tiempo. Había una pareja casada, Warren y Claire, además de otras dos mujeres, Trisha y Elise. Eran las hermanas de Claire, ambas madres solteras, aunque nunca podía recordar qué hijo pertenecía a qué padres. Él no había preguntado, pero tuvo la impresión de que Trisha y Elise habían enviudado. Sus maridos, supuso, habían encontrado fallecimientos relacionados con los no muertos.

A pesar de que hacían todo lo posible para ocultarlo, era obvio que al menos dos de los adultos eran revividos: exzombis que se habían sometido a tratamiento para volver a un estado humano. Las señales eran bastante fáciles de detectar. Podía saberlo de Elise por el hecho de que nunca la habían visto sin la cara llena de maquillaje, algo que ella hacía para agregar algo de color a su tez pálida. Warren siempre usaba corbata, tapando lo que Miles asumía eran cicatrices allí donde le habían mordido.

Los arreglos de vida similares a este eran comunes entre los revividos. Los exzombis enfrentaron numerosos desafíos para encontrar una vivienda adecuada, en parte porque muchos estaban desempleados y sus opciones eran severamente limitadas, pero también porque los propietarios a menudo se mostraban reacios a alquilarles sus casas. Miles no tuvo ningún problema con eso, aunque no estaba en posición de ser selectivo sobre la elección del inquilino. Se trataba de una propiedad donde se había producido la violenta matanza de cuatro exhumanos, y eso había tenido un impacto significativo en la demanda.

Las limitaciones financieras también habían sido un factor en la decisión de los Talley de meter a nueve miembros de la familia en una casa de tres habitaciones, y solo Claire y Trisha aportaban ingresos. Los revividos a menudo luchaban por encontrar empleo y los trabajos que lograban encontrar solían ser poco calificados y mal pagados. El coste del tratamiento también consumía una gran parte de sus ingresos.

La animosidad hacia los revividos (o humanos revitalizados, como también se los llamaba) había sido un problema casi desde el momento en que el primer grupo de no muertos experimentó una

regeneración exitosa. Muchos los consideraban indignos de confianza, y todavía había un gran resentimiento por parte de aquellos que habían perdido a sus seres queridos en ataques de no muertos. Los revividos a menudo eran desviados para vivir en áreas de bajos ingresos donde pronto se formaban guetos y donde los precios de las propiedades se habían desplomado. Puede que ya no fueran zombies, pero muchos todavía les consideraban infrahumanos.

El gobierno de Marlowe estaba más que feliz de exacerbar tal situación, agradecido de tener un nuevo grupo minoritario para usar como saco de boxeo siempre que necesitaran desviar sus propios fallos. Habían establecido un registro en línea que detallaba los nombres y direcciones de todos los exzombis conocidos. Se había ordenado a los departamentos gubernamentales que dejaran de referirse a estas personas como "revividos" en sus comunicaciones y que utilizaran únicamente el deshumanizador término de "portadores." También habían hecho varios intentos de introducir leyes que impidiera a esta gente vivir cerca de las escuelas, así como el requisito de que todos los revividos estuvieran equipados con monitores de tobillo. Hasta ahora, no habían logrado que estas propuestas se aprobaran en el parlamento. Los grupos de libertades civiles y la Liga de Defensa de Exhumanos condenaban esto como una grave invasión de la privacidad, alegando que personas vulnerables e inocentes estaban siendo tratadas como criminales. Bernard Marlowe había rechazado estas preocupaciones y afirmado que el derecho del público a la seguridad era mucho más importante que los sentimientos heridos de una pequeña minoría.

Para la familia Talley, el registro en Internet implicaba que el acoso y la intimidación formaban ahora parte de su vida cotidiana. Además de la piedra ocasional que atravesaba la ventana, habían soportado llamadas telefónicas y cartas amenazadoras, abusos verbales de extraños en la calle y la casa había sido atacada con huevos.

El instalador guardó las herramientas en la parte trasera de su camión. "Eso debería servir," dijo. Le entregó a Miles la factura por el trabajo realizado. "¿Estás seguro de que no quieres barrotes en las

ventanas traseras también? Será más barato si los hago todos a la vez."

"Creo que esto servirá por ahora," dijo Miles.

Miró la factura. Llegaba a \$550. Se alegró de tener un ingreso regular para cubrir este tipo de gastos inesperados.

"Llámame si cambias de opinión," dijo el instalador mientras subía a la camioneta. "Tengo algunos trabajos más en el área hoy y mañana, así que estaré presente si me necesitas."

"Muy bien," dijo Miles.

Dio marcha atrás en el camino de entrada. Miles se acercó a cada ventana para zarandear rápidamente los barrotes y evaluar su solidez. Parecían lo bastante seguras. Llamó a la puerta principal para que Claire supiera que el trabajo estaba terminado.

"Gracias por organizar todo esto por nosotros," dijo Claire. "Una vez más, lamento mucho que la cosa haya tenido que llegar a esto."

"No necesitas disculparte," dijo.

"Lo sé, lo sé. Es que..." Se interrumpió por un momento. "De veras desearía que esto no fuese necesario."

"Ya. Yo también. Quizá también deberíamos pensar en instalar cámaras de seguridad."

"Oh, no esperaría que hicieras eso. Además, dudo que las cámaras de seguridad puedan disuadir a estas personas."

"Quizá no, pero podría ayudar a pillarlos la próxima vez que lo hagan."

Tan pronto como dijo esto, Miles lamentó su elección de palabras, hablando del próximo ataque como si fuese inevitable, hablando de facto en lugar de "SI." Él tampoco quería tener que pagar por las cámaras, pero veía lo mucho que el acoso en curso estaba afectando a toda la familia, aunque Claire hacía todo lo posible para poner cara de valiente.

"Lo tendremos en cuenta," dijo ella con una estoica sonrisa. "Esperemos que los barrotes ayuden en algo."

El sonido de niños gritando pronto la arrastró de vuelta al interior de la casa. Miles se quedó un poco más para solucionar algunos problemas menores. Tenía que cambiar la bombilla de la luz de seguridad y reemplazar algunos tornillos en una barandilla torcida. No era el manitas más competente, pero al menos tenía los conceptos básicos cubiertos.

Se dirigía de regreso a su coche cuando escuchó que alguien le llamaba. "¡Clive! ¿Eres tu?"

Miró por encima del hombro. Su vecina de ochenta y siete años estaba al otro lado de la cerca, avanzando poco a poco por el camino de entrada con la ayuda de un andador.

"Oh, hola, Sra. Jensen," dijo.

"Me alegra verte aquí, Clive," dijo, su voz era un poco más temblorosa que la última vez que habían hablado. "Ha pasado mucho tiempo desde que pasaste por aquí. Tienes que venir de visita más a menudo."

"Lo sé, lo sé," dijo Miles. "Es que he estado ocupado, eso es todo."

"Oh, no lo dudo. Especialmente ahora que eres una gran celebridad. Te debe resultar difícil encontrar tiempo para ti mismo."

Él asintió y fingió que lo que ella acababa de decir tenía sentido. Él sabía que la mente de la Sra. Jensen podía tomar algunos desvíos de vez en cuando, pero parecía que ahora empezaba a perder el control de la realidad. Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que ella tuviera que ir a un asilo de ancianos.

"Hago lo que puedo para arreglarme," dijo.

Miles se quedó para hablar unos minutos más. La Sra. Jensen lo puso al día sobre todos los chismes y sucesos en el vecindario: quién era nuevo en la calle, quién se había mudado, qué casas estaban causando problemas, qué residentes ponían la música demasiado fuerte durante la semana. Le contó que había visto a una mujer

entrar a escondidas en otra casa cuando su marido estaba en el trabajo, y le preguntó por la hermana de Miles y su esposa inexistente. Él le aseguró que ambas estaban bien.

Él se fue después de inventar una excusa sobre un compromiso urgente al que tenía que llegar. No quería quedarse en la antigua casa más tiempo del necesario. Los costes asociados con el mantenimiento del mantenimiento ya consumían una parte significativa del alquiler que recibía cada semana y no quería que consumiera la mayor parte de su tiempo libre también. Había estado pensando seriamente en vender la casa. Encontrar un comprador no sería fácil, especialmente ahora que el vecindario se estaba convirtiendo rápidamente en un gueto de revivificación, pero estaba considerando simplemente reducir las pérdidas y aceptar el precio que pudiera obtener por ella.

Llevaba sólo unos minutos en la carretera cuando, de la nada, se anunció una pensamiento de lo más peculiar.

La Sra. Jensen al verle se había referido a él como una celebridad. Eso en sí mismo no habría sido inusual (ella se encontraba en un mundo propio a menudo) de no ser por el hecho de que John Barrett le había saludado antes con un brusco «¡Ey! ¡Estrella de la tele!» Puede que eso no haya sido más que una extraña coincidencia. O puede haber sido algo completamente diferente.

"Oh, no," se dijo a sí mismo.

Una ola de pánico le invadió. El acelerador tocó el suelo.

Sintió una creciente náusea mientras hilaba dentro y fuera del tráfico. Se dijo a sí mismo que se calmara. No estaba seguro de lo que había sucedido. Quizá estaba exagerando. Había muchas posibilidades de que todo estuviera en su mente, y que no hubiera nada de qué preocuparse. Aún quedaba esperanza.

Pero no importa cuánto lo intentara, no podía pensar en una explicación alternativa para todo esto. Solo había un resultado probable. Lo único que más temía había sucedido.

Llegó a casa ocho minutos después. Irrumpió por la puerta y

encendió la televisión, pasó por los canales hasta que se encontró con uno que mostraba comerciales. Era un anuncio de cereales para el desayuno. El siguiente fue de un seguro médico, luego de café y luego otro de cereales para el desayuno. Luego volvió al programa. Miles cambió de canal. Un anuncio de champú. Esto era insoportable. La ansiedad le agujereaba el pecho. La peor parte era no saber.

Habían pasado varias semanas desde que el equipo de rodaje se había presentado en uno de sus trabajos para recoger imágenes del anuncio del gobierno. No había estado preocupado de eso, pues estaba seguro de que no iban a poder sacar nada útil de él. Había sido consciente de dónde estaba la cámara en todo momento durante el rodaje y se había asegurado de estar siempre fuera de plano o dando la espalda. Podían haberle filmado la nuca o una parte del brazo, pero nada más. Una vez que hubo terminado, había garabateado su nombre en una renuncia de derechos y no había pensado en ello ni un momento desde entonces. Hasta ahora.

Salió de su miseria media hora más tarde cuando el nuevo anuncio patrocinado por el gobierno apareció por fin en la pantalla. Vio las mismas imágenes que típicamente componían estas obras de propaganda: hombres y mujeres con uniformes del ejército patrullando el aire y el mar, policías amigables que ayudaban a los civiles cotidianos, oficiales de seguridad armados que sometían a un violento gamberro. La voz en off aseguraba al público espectador que Bernard Marlowe estaba trabajando incansablemente para mantener al país a salvo de toda amenaza insidiosa, viva y no muerta. Estaba construyendo un futuro mejor para la próxima generación a pesar de la oposición diaria que enfrentaba de grupos de intereses especiales y traicioneras redes de medios de comunicación.

El cameo de Miles se producía hacia el final del anuncio. Se le mostró sonriendo y riendo. Su rostro y su polo de Z-Pro eran claramente identificables y ocupaban el setenta por ciento de la pantalla. Un octavo de la cabeza de Clea también estaba filmado, aunque nadie podía saber que era ella.

Había mantenido su rostro oculto durante todo el rodaje, pero nada de eso había importado al final. No habían usado nada de aquel

metraje y le habían filmado mientras había estado hablando con Clea, completamente ajeno al hecho de que había una cámara apuntando hacia él. Su tiempo de pantalla total ascendía a menos de dos segundos, pero era suficiente. Su secreto había sido descubierto.

Capítulo 11

Sebastian Devereaux se apresuró a atravesar los pasillos vacíos del parlamento, moviéndose tan rápido como pudo sin derramar el grueso paquete de documentos en sus brazos. Más de sesenta informes tenían que estar en los escritorios de cada ministro del gobierno al amanecer y se le había asignado la poco envidiable tarea de imprimirlos, cotejarlos y distribuirlos todos antes de irse a dormir. Se había acostumbrado a este tipo de trato desde que empezó a trabajar aquí. Su padre era Lawrence Devereaux, el Ministro de Asuntos de los No Muertos y uno de los aliados más fiables del primer ministro, por lo que sus colegas habían hecho un esfuerzo especial adicional para asegurarse de que él se ganara su puesto y no recibiera un trato preferencial. Esto significaba que, tarde o temprano, toda tarea servil y laboriosa se abría paso en la cadena de mando hasta que finalmente llegaba a su bandeja de entrada. Él había aceptado esto sin demasiadas quejas, pero de vez en cuando podía resultar un poco cansino.

Un conserje, un afable trabajador inmigrante de casi cincuenta años, empujaba una pulidora de suelo por el pasillo. Estos días, solo el personal de limpieza se quedaba tan tarde como él. A estas alturas, la mayoría de ellos le llamaba por su nombre de pila.

"Tranquilo ahí, muchacho," dijo el conserje con su fuerte acento venezolano. "Acabo de poner una nueva capa. Si resbalas y te rompes el cuello, me harán responsable a mí."

"Me arriesgaré, Michel," dijo Sebastian mientras doblaba la esquina. "Como vaya más lento, todavía estaré aquí después de medianoche."

Llegó a la oficina del primer ministro. Bajó el picaporte de la puerta con el codo y realizó una especie de danza incómoda, apretando los informes contra el pecho y abriendo la puerta con el pie.

Entró y se congeló. Había alguien allí, cuando definitivamente no debería haber nadie. Estaban sentados en la silla del primer ministro, directamente bajo del retrato gigante de Bernard Marlowe que colgaba de la pared al fondo. En la poca luz, solo se veía su

silueta. Un suave resplandor de la pantalla de un ordenador portátil le iluminaba tenuemente el rostro.

La puerta se cerró de golpe detrás de él. Sebastian saltó un poco.

Volvió a mirar. Pensó que debía de estar imaginando cosas. No era un intruso, era el primer ministro de verdad, aún en su oficina a las diez de la noche en jueves. Esto era como avistar a *Bigfoot*. Bernard Marlowe nunca se quedaba hasta tarde. Según Sebastian había podido observar, apenas podía tolerar el lugar.

Un video se reproducía en el ordenador portátil. No podía ver la pantalla, pero el audio le resultaba demasiado familiar. Era la entrevista de la noche anterior en *Nuestra Nación* con Olivia Perry. Teniendo en cuenta lo feroz que había sido su evisceración y lo inepto que se había mostrado, eso parecía un ejercicio especialmente masoquista.

"Oh, lo siento, señor. Pensé que ya no hubiera nadie aquí," dijo Sebastian.

Marlowe no hizo nada para reconocer su presencia. Ni siquiera estaba seguro de que le hubiese escuchado. Tenía los ojos fijos en la pantalla. Sebastian cruzó la habitación de puntillas y deslizó suavemente una copia del informe sobre el escritorio, como intentando no despertar a un oso hibernando.

Pasó un momento de incomodidad mientras se reproducía la entrevista. El primer ministro estaba allí sentado mirándose a sí mismo ahogarse frente a una audiencia de millones en la televisión en directo. Sebastián permaneció mudo. Desde donde estaba, podía ver la pantalla en el reflejo de la vitrina justo detrás. El vídeo era de YouTube. Rezó para que Marlowe no se hubiera desplazado hacia abajo para leer los comentarios.

No pudo evitar sentir una pizca de simpatía por su jefe. Por lo que él sabía, cuando Marlowe lanzó por primera vez su campaña para convertirse en primer ministro, no tenía una idea real de lo que implicaba el trabajo. No sabía lo del horario de castigo, el escrutinio las 24 horas del día de cada una de sus palabras y acciones, y las críticas interminables que rodean su actuación. No había tenido en

cuenta el impacto que tendría en su estilo de vida jet-set ni que tendría que abandonar muchas de sus preciadas actividades extracurriculares. Si hubiera sabido todo esto de antemano, es dudoso que hubiera considerado presentarse a las elecciones. Resultó que ser primer ministro se parecía mucho a ser astronauta. Era algo que mucha gente decía que les encantaría hacer sin tener realmente idea de cuánto trabajo implicaba. Marlowe ya parecía nostálgico por los días embriagadores de la campaña electoral tres años antes, cuando su perfil se parecía más al de una megaestrella de Hollywood que al de un aspirante a político. Aquellos eran los días en que sus leales seguidores llenaban estadios enteros y en que él aparecía en la portada de casi todas las revistas y periódicos del país. La televisión, la radio y las redes sociales no se cansaban de él. Fue una de las personas más discutidas, debatidas y diseccionadas del planeta. Fue estimulante; era como un surfista de olas grandes en la cresta de un tsunami. Pero ese sería el punto culminante. Ganó y su vida había ido en una trayectoria descendente desde entonces.

Una imagen en particular quedó grabada en la memoria de Sebastian. Fue en la noche de las elecciones, momentos después de que se hizo evidente que Marlowe iba a ganar de forma aplastante. Estaba a punto de subir al podio para pronunciar su discurso de victoria ante una sala llena de seguidores extasiados. El ambiente era de júbilo desenfrenado. Y luego, por una fracción de segundo, una mirada de «ciervo ante los faros» cruzó su rostro. Era una mirada que le revelaba como abrumado y aterrorizado. No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo allí. Fue solo breve, pero estaba ahí. Era como Dustin Hoffman en la escena final de *El Graduado*; había conseguido lo que quería, lo único que había perseguido con fervor sociópata durante los últimos dos años, y ahora se preguntaba si lo quería de verdad. Era alguien que había anhelado el poder por el poder, por la sensación de prestigio de ocupar un cargo. No tenía ningún deseo real de hacer el trabajo real.

Sebastian estaba a punto de retroceder de puntillas cuando Marlowe habló.

"Mírala. Es patente y obvio lo que está haciendo. Está tratando de

hacerse un nombre."

Se congeló. No estaba seguro de si el primer ministro esperaba que respondiera. "Yo... ¿perdón?"

"Olivia Perry." Marlowe movió el portátil para mostrarle la pantalla a Sebastian. "Sus índices de audiencia se han desplomado un veinte por ciento en el último año y su contrato con la cadena va a vencer pronto. Sabe que se van a deshacer de ella si las cosas no mejoran, así que me ataca en un descarado intento de generar publicidad y salvar el empleo. Patético."

Sebastian asintió sin decir nada. Permaneció varado en el medio de la oficina, a medio camino entre el escritorio y la puerta, sin saber si quedarse o irse.

"Aunque lo hice bien, ¿no?" Dijo Marlowe.

"Uh..."

"En la entrevista de anoche. Me sostuve por mi cuenta. Di lo mejor que pude y no dejé que ella me venciera. ¿No estás de acuerdo?"

Sebastian pensó mucho antes de ofrecer una respuesta. El primer ministro había formulado la pregunta de una manera que implicaba que estaba buscando un refuerzo positivo, no la pura verdad. Marlowe y su equipo ya habrían visto la cobertura mediática del día, con comentaristas y expertos analizando cada faceta de la entrevista como si fuera la cinta de *Zapruder* [4]. Había visto a los caricaturistas políticos describiéndolo como *Chicken Little* [5], advirtiendo al mundo que el cielo estaba a punto de caer esta vez. Las repetidas predicciones de la desaparición electoral y la creciente especulación de un inminente desafío de liderazgo. Las burlas de sus oponentes de "Bernie de Un Mandato". En ese momento, solo quería que le dijeran que estaba haciendo un buen trabajo, a pesar de todas las evidencias disponibles de lo contrario.

"Creo que se manejó admirablemente," comenzó. "Olivia Perry le atacó con una agresiva línea de interrogatorio. De hecho, creo que la forma en que le habló fue bastante irrespetuosa. Pero no dejó que le afectara. Ella intentó todas sus maniobras periodísticas furtivas,

lanzando preguntas provocativas y usando palabras de comadreja para obtener una reacción, pero usted se negó a morder el anzuelo. Pareció un líder fuerte."

Tan pronto como dijo esto, escuchó el audio de Marlowe despotricando sobre sus críticos en Internet, describiéndolos como "ciberterroristas" especializados en "graffiti electrónico." Sebastian confió en que el primer ministro no le viera estremecerse.

"Así es," dijo Marlowe. "Así es. Fue la actuación sólida de un líder fuerte. La gente verá a través del sesgo de los medios. Saben para quién trabajo. Solo respondo ante el electorado. No tengo que responderle a una "ha sido" estrella de televisión con un hacha para moler."

Un insulto se había deslizado en la voz de Marlowe, como si su lengua aumentara de grosor cuanto más hablaba. Los ojos de Sebastian se posaron en la taza de "Mejor Papá Del Mundo» en el centro del escritorio. No sabía lo que contenía, pero si le preguntaran, diría que era algo un poco más fuerte que café. También confiaba en que si el primer ministro había estado bebiendo en el trabajo, no se trataba de un incidente aislado. Los susurros de su bebida habitual se habían vuelto tan fuertes en los últimos meses que era más o menos un secreto a voces. Muchos en el ministerio de alto rango del gobierno habían expresado en privado sus preocupaciones, creyendo que esto contribuía a sus habituales pasos en falso y sus numerosas e indisciplinadas declaraciones públicas.

También se creía que el alcohol había sido el catalizador del extraño correo electrónico que él había enviado una noche unas semanas atrás. En él describía su estrategia para derribar a un político de la oposición cuyo perfil había aumentado significativamente durante el año pasado, pero que también tenía una reputación por su ojo errante. El plan implicaba contratar a dos escoltas de clase alta para atraer al político a una habitación de hotel, filmar el encuentro posterior con cámaras ocultas, luego filtrar las imágenes en Internet y finalmente forzar su renuncia. El memorando estaba destinado únicamente a un grupo selecto de ministros del gobierno en los que Marlowe sabía que podía confiar, pero, en su estado de cansancio y emoción, lo había enviado por

error a todo el personal. Lawrence Devereaux había pasado el día siguiente junto a cada uno de los empleados en el edificio, haciéndoles borrar el correo electrónico para prevenir que llegara a la prensa.

Marlowe exhaló una bocanada de aire. "¿Qué está ocurriendo aquí, Sebastian?"

Otro silencio prolongado pasó lentamente. Sebastian deseaba poder estar en cualquier parte menos aquí. Abrió la boca, pero antes de que pudiera salir algo, Marlowe continuó hablando.

"Dos meses después de las elecciones obtuve un índice de aprobación de setenta y nueve. ¡Setenta y nueve! Eso fue un récord. Ahora es más de la mitad. Es que no lo entiendo. He hecho todo lo que prometí hacer cuando fui elegido. He puesto fin a la amenaza de los no muertos. He derogado la ley de NEVADA y he impulsado CADAVER. He fortalecido el país y lo he hecho más seguro para las generaciones futuras, pero nadie parece apreciarlo. ¿Qué más quiere esa gente de mí?"

Tomó otro sorbo de su taza y giró la silla para mirar a Sebastian. Esta era su invitación (o su orden) para hablar.

"Bueno... no creo que la caída sea del todo inesperada," dijo Sebastian. "Ningún líder tiene un índice de aprobación tan alto durante un período prolongado. Setenta y nueve fue extraordinario, sin precedentes, pero también insostenible. Es natural esperar un descenso en..."

Marlowe le hizo callar alzando una palma. "Sebastian, llevo oyendo el mismo discurso desde el año pasado. Cualquiera con un cerebro funcional puede ver que nuestros problemas son más profundos. Tú lo sabes, yo lo sé, todos lo saben, pero nadie parece querer reconocerlo." Levantó la taza en el aire y sacudió las últimas gotas dentro de la garganta. "Ahora, te he pedido tu opinión porque quería oír tu opinión. Si solo quisiera oír cosas agradables sobre mí, llamaría a uno de los muchos hombres del «SÍ» que tenemos merodeando por este lugar y le pediría consejo."

Sebastian se sintió desconcertado por esta inesperada franqueza del

primer ministro. Por un breve momento, la máscara había caído. Esta era la persona quien hablaba, no el político.

Repasó mentalmente las diversas críticas que había escuchado a otros decir sobre Marlowe: su estilo de liderazgo autocrático, su temperamento volcánico, su renuencia a escuchar consejos, el hecho de que culpaba a todos menos a sí mismo por sus fallos, su total falta de interés en hacer el trabajo para el que había sido elegido, antes de decidirse por una respuesta que no resultaría en su despido inmediato.

"Vale. Esta es mi opinión sobre lo que creo que está ocurriendo aquí."

Dejó la pila de informes en el suelo y acercó una silla. Se confirmaron sus sospechas sobre la bebida. Podía olerlo claramente, incluso desde una distancia de varios metros.

"El público tiene poca memoria," dijo. "Una vez que se resolvió el problema de los no muertos, todos lo olvidaron y siguieron adelante con sus vidas. Volvieron a quejarse de los otros problemas, como la congestión del tráfico y las tasas de interés y la baja velocidad de Internet. En todos los gobiernos existe esta actitud de «¿qué has hecho por mí últimamente?» Obtienes un breve período de gratitud y luego se termina."

Marlowe escuchó atentamente lo que decía Sebastian. "La gente no está muy preocupada por los problemas de los no muertos como antes."

"Me temo que no. El ciudadano medio no se queda sentado y dice: «¿No es genial que ya no tengamos que preocuparnos por esos molestos zombis?» Eso está todo en el pasado. Solo les importa lo que les afecta esta semana."

Marlowe intervino: "Entonces, lo que antes fue mi mayor fortaleza... ahora es inútil. ¿No es así?"

"Bueno, yo no diría que es inútil. Pero... " Se tomó un momento para considerar la mejor manera de expresar sus preocupaciones. "Es algo así como lo que dijeron sobre Winston Churchill después de

la Segunda Guerra Mundial."

Marlowe frunció el ceño y Sebastian se percató de su error. Era ampliamente sabido que el primer ministro tenía un conocimiento limitado de la historia política y casi ningún interés en expandir ese conocimiento. Si no aparecía en las páginas de *La Tinta Diaria* o en su cuenta de Twitter, era seguro asumir que el tema no estaba en su radar.

"¿Cuál, eh... a qué cita en particular sobre Churchill te refieres?"
Dijo Marlowe.

"Los historiadores creen que su carrera terminó efectivamente cuando llegó a su fin la Segunda Guerra Mundial. Pudo haber sido un líder sobresaliente durante una crisis y un genio estratégico cuando se trataba de luchar contra los nazis, pero una vez que terminó, estaba completamente perdido. Simplemente no pudo adaptarse a la rutina diaria de la vida política diaria. Y ahí es donde creo que está usted ahora. Usted es un primer ministro para tiempos de guerra en tiempos de paz. La guerra al horror ha terminado, lo que implica que las tácticas que funcionaron hace dos o tres años no funcionarán ahora. Si quiere tener éxito en el futuro, tendrá que adaptarse."

En cuanto terminó de hablar, a Sebastian le preocupó de haber sido demasiado directo con su evaluación. Todavía era relativamente nuevo en este puesto y no había dominado el arte de la respuesta diplomática, sin saber cuándo hablar con franqueza y cuándo endulzar las palabras. Exponer las deficiencias de su jefe de manera tan clara no era un célebre modo de avance profesional.

Pero Marlowe no pareció ofenderse. Por el contrario, parecía apreciar esa opinión sin filtro.

"¿Entonces estás diciendo que tenemos que reenfocar nuestros esfuerzos en lo que sea que la población en general se esté quejando en esta semana en particular?" dijo él.

"Me temo que sí, porque los zombis son noticia de ayer," dijo Sebastian. "¿Pero quién sabe? Quizá tengamos suerte. Siempre existe la posibilidad de que tengamos un segundo gran brote uno de

estos días."

Tras decirlo supo lo desagradables que sonaban sus palabras. La esperanza de otro brote de no muertos no era algo sobre lo que se debía bromear. Trató de disimularlo con una risa poco convincente, pero poco importaba ya. El primer ministro no parecía haberse dado cuenta.

"Eso sería ideal," dijo, cerrando el ordenador portátil cuando por fin terminó el vídeo. "Pero, lamentablemente, es poco probable que nos suceda."

Capítulo 12

Tuac tuac tuac.

Devon Spooner se despertó con la cabeza encajada dentro de un tornillo de carpintero. Alguien estaba cincelandó con un mazo y un cincel, una y otra vez. Sentía desplazado cada nervio de su cuerpo.

Era domingo por la mañana. Era inescrupulosamente temprano. El incesante golpeteo en la parte posterior de su cráneo era tan severo que era casi audible. Todo indicio de sensación se había desvanecido de su brazo derecho después de haberse quedado dormido sobre él. Intentó moverse en una posición más cómoda, pero el más mínimo movimiento enviaba destellos de dolor a una docena de áreas diferentes de su cuerpo. Tenía el labio superior hinchado y el codo izquierdo del tamaño de una bola de billar. Su cuello estaba tan rígido que apenas podía girar la cabeza.

Los destellos de la noche anterior le llegaban en fragmentos. Un concierto al que había asistido para una horrible banda de *speed metal* que se hacía llamar Carne Nórdica. Recordaba a un demasiado entusiasta matón de seguridad que le había sujetado en una presa de lucha y le había echado a la calle, a pesar de no haber hecho nada malo aparte de un poco de pelea y saludos *sieg heil* en la zona de baile. Un bar retro para mayores de 40 años en el que de alguna manera se había encontrado, antes de pasar a una fiesta en un almacén abandonado al otro lado de la ciudad. Eso había terminado con él arrojando botellas y piedras a la policía después de que haberlos llamados para irrumpir allí. ¿O había sido la fiesta antes del bar? El hedonismo había pasado un cuchillo de trinchar por su memoria y la cronología de anoche estaba toda revuelta. Esta era un tifón de sustancias ingeridas y malas elecciones de vida, y ahora él estaba pagando el precio.

Algo le presionaba la columna. Era redondo y duro. Como una rodilla. Sintió un aliento caliente en la nuca. Tenía compañía, pero no tenía idea de quién era. Se esforzó por pensar. Su mente era un vacío. Había entrado en modo supervivencia al reprimir sus peores

errores de la noche anterior. Probablemente eso era algo bueno. Cuanto más bebía, más flaqueaban sus facultades para tomar decisiones, y sus estándares caían en picado más rápido que un paracaidista con una mochila vacía.

¡Tuac! ¡Tuac!

Abrió los ojos de golpe y recuperó la plena conciencia. Los golpes no se limitaban al interior de su cabeza. Eran reales. Alguien, o algo, estaba fuera en la ventana de su dormitorio.

Se arrastró fuera de la cama y se abrió paso tanteando hasta el fondo de la habitación. Descorrió las cortinas. La luz del día inundó el cuarto y sus ojos. Todo se volvió blanco. Le llevó unos segundos parpadear para eliminar el dolor.

Sus pupilas se adaptaron. Vio el contorno de un cuerpo arañando la ventana.

Devon retrocedió y se tambaleó. Tropezó con una bota de tacón alto y aterrizó sobre el cóccix. Más dolor, en todas partes. El burro de pantano en su cama se dio la vuelta y gimió.

Los brazos de Devon buscaron algo con qué defenderse hasta que recordó que un cristal sólido le protegía de todo peligro inmediato.

Una voz amortiguada se filtró desde el otro lado de la ventana. "¿Hola? ¿Devon? ¿Estás ahí?"

Aquello hablaba. No era un zombi entonces. Desde aquel momento en Villa Tumbas hacía unos años (el trabajo en el que toda el pueblo había quedado sitiado por los no muertos y él había logrado escapar a duras penas) Devon había estado viendo zombis allí donde no había ninguno.

"¿Quién es?" consiguió gruñir.

Una forma redonda se apretó contra el cristal. Un rostro que intentaba mirar dentro. "Soy Carlos."

"¿Carlos?"

"Ya me conoces. Soy amigo de Jared Van Houten."

Se formó una imagen mental indistinta. Carlos. Carlos «Kil-no se qué». Kilmartin o Kilroy. Kilpatrick, tal vez. Un tipo al que había visto un par de veces, amigo del amigo de un socio. Le gustaba reírse de sus propios chistes y tenía la irritante costumbre de llamar a todo el mundo "perra."

"¿Qué quieres?" Dijo Devon.

"¿Puedes dejarme entrar, por favor?" Sus palabras eran apenas inteligibles, una mezcolanza de vocales y sonidos vagos.

La lengua de Devon presionó el labio superior. Le picaba y podía saborear sangre. "Ahora no es un buen momento, Carlos. Vuelve mas tarde."

"¡No puedo esperar hasta más tarde! ¡Necesito tu ayuda ahora!"

El fuerte aumento de volumen fue como una aguja de tejer atravesándole la sien. Cerró con fuerza los ojos y se pinzó con dos dedos el puente de la nariz. "Vale vale. Dame un segundo. Um... espera delante. Ahora voy."

Se quedó en el suelo otro minuto antes de reunir la energía de ponerse de pie.

Estaba a medio camino de la puerta cuando se vio en el espejo del pasillo y descubrió que iba completamente desnudo. Volvió atrás y se metió en los vaqueros de anoche. Los parches de humedad eran de lo más preocupante.

Abrió las cerraduras de la puerta delantera. "¿Por qué no llamas al timbre la próxima vez en lugar de golpear la ventana de mi cuarto?"

Carlos se abrió paso sin esperar a ser invitado. Tenía ambas manos metidas en los bolsillos. Su rostro goteaba humedad.

"Llamé al timbre y no respondías," dijo.

Devon cerró con pestillo la puerta. "¿Y qué quieres?"

"¿Para qué iba estar aquí?" Carlos sacó la mano derecha del bolsillo. Estaba envuelta en un viejo calcetín marrón. Manchas oscuras manchaban la tela. "Necesito algo de Zaracaína-9."

La visión de Devon se enfocó y el estado de Carlos se hizo evidente. Su piel era del color del moco, con venas oscuras cruzando cuello y rostro. La esclerótica de los ojos estaba más roja que blanca. Ahora todo encajaba en su lugar. Lo que inicialmente había confundido con una fuerte embriaguez eran, de hecho, las primeras etapas de la infección. Según su estimación, Carlos tenía menos de veinte minutos para recibir una inyección. Más tiempo y sería demasiado tarde.

"¿Cómo ha ocurrido?" Dijo Devon.

"No importa cómo ha ocurrido," espetó Carlos. "Solo necesito una inyección. Es algo urgente también, si no te importa."

Devon se trasladó al salón. Carlos lo siguió a unos pasos por detrás. "¿No hay que ser estúpido para que te muerdan estos días? ¿Te desmayaste en un banco del parque o algo así?"

"Si. Algo así. Ahora ¿quieres darte prisa y conseguirme la inyección?"

"Espera." Devon se detuvo. "Creo que sé lo que pasó. Viste a un zombi y trataste de robarle."

"¿Qué?"

"Eso es, ¿no? Atracaste a un zombi."

"No. ¡No! ¡Claro que no!"

"Robarle a alguien en su estado más vulnerable..." Devon negó con la cabeza con fingido disgusto. "Un exhumano pobre, inocente e indefenso. Algunos podrían decir que te lo merecías."

Las víctimas no muertas que se daban a conocer en público eran un blanco fácil para los ladrones oportunistas y, a menudo, les robaban el dinero y otros objetos de valor. Los enjuiciamientos eran raros, principalmente debido al período de tiempo transcurrido antes de

que se descubriera el crimen.

"No es eso es lo que pasó," dijo Carlos.

"Entonces, ¿de dónde has sacado el reloj?"

Un TAG Heuer plateado colgaba de la muñeca izquierda de Carlos. Él lo tapó instintivamente con la mano vendada. "Esto fue... esto es mío."

"¿Ah, si? ¿De dónde sacaste el dinero para un reloj así?"

"Fue un regalo. Me lo dio alguien por mi cumpleaños."

"¿Quién?"

"Un amigo. Nadie que conozcas."

"Venga ya, Carlos. He visto la gente con la que sales. ¿Cuál de ellos te regala relojes caros?"

"Acabo de decir que no le conoces."

"¿Él? Es un regalo extraño de un hombre a otro. Y, por cierto, es un reloj de señora."

"No, esto... lo tengo de..." El trauma de la lesión de Carlos, en combinación con su pánico creciente, significaba que apenas podía convertir sus palabras en una oración coherente, y mucho menos improvisar una historia de portada convincente para explicar su mal obtenido lucro. "¿Vas a... puedes darme esa droga ya?"

"Robar a los no muertos. Eso es un acto muy bajo. Básicamente a un paso del robo de tumbas."

"Por favor..." La voz de Carlos se quebró, como si estuviera al borde de las lágrimas. "No sé cuánto tiempo me queda."

"Está bien, está bien, aguanta." Devon se acomodó en el sofá. "Te conseguiré lo que necesitas. Pero primero tenemos que hablar del precio. Ahora son ciento ochenta."

"¿Qué? ¿Dólares?"

"No, Carlos, ciento ochenta rublos. Pues claro que son dólares."

"¿Ciento ochenta dólares por un solo *chute*?"

"Solo necesitas uno, ¿no?"

Carlos tosió asombrado. "No voy a pagar eso. Podría conseguirlo en una farmacia por menos de la mitad."

"Bueno, pues ve a una farmacia," Devon se encogió de hombros. "Por supuesto, una vez que te lo den es posible que tengan un par de preguntas: cómo te mordieron, qué estabas haciendo en ese momento, por qué no informaste, de dónde has sacado ese reloj. Esa clase de preguntas."

Se estiró en el sofá apoyando la cabeza en un apoyabrazos y los pies en el otro. Ahora se sentía mucho mejor. Siempre que había asuntos de los que hablar, se las arreglaba para drenar el lodo de la cabeza bastante rápido.

¡Pero Van Houten siempre te lo compra a ti! ¡Dijo que solo cobrabas diez pavos!"

"A él le cobro diez porque es un cliente habitual. Le conozco. A ti no te conozco más que conozco a la Hormiga Atómica. Podrías ser un policía o un informante encubierto que trabaja para Elixxia. Ya me estoy arriesgando solo por haberte dejado entrar en mi casa."

"Sí, claro. Como si alguien me fuese a dejar ser policía. Ni siquiera pude aprobar el noveno curso."

Devon cogió la taza de café del estante junto a su cabeza. "Ese es mi precio. Ciento ochenta. Lo tomas o lo dejas."

"¿Pero de dónde voy a sacar tanto dinero en tan poco tiempo?" Dijo Carlos.

"Ni lo sé ni me importa," dijo Devon.

Tomó un sorbo de la taza, justo cuando recordó que no había hecho

café esa mañana. La taza había estado en el estante durante al menos un día. Quizá dos. También existía una alta probabilidad de que se hubiera utilizado como cenicero en algún momento durante ese período. Discretamente depositó el repulsivo líquido frío en el lugar de donde provenía.

"Esto no está bien, ¿sabes?" La desesperación de Carlos iba en aumento. "No puedes echarme a la calle para morir. Es ilegal. O inmoral, o algo de eso."

Devon se tomó un momento para considerar la situación. "Bueno, ¿y qué llevas encima?"

Carlos buscó a tientas su billetera. Sacó un puñado de billetes pequeños. "Tengo como sesenta pavos."

Le tendió el dinero. Devon se inclinó hacia adelante. Cogió los billetes con la mano derecha y arrebató la cartera con la izquierda. La hora temprana y su sórdido estado hacían que los reflejos no fuesen muy buenos, pero aún así fue lo bastante rápido como para burlar a Carlos.

"¡Ey!" Dijo Carlos.

Devon abrió la billetera. "Odette Marie Hillman," dijo leyendo el permiso de conducir del interior. "Nacida el 8 de febrero de 1977. Donante de órganos registrada. Bueno, probablemente ya no lo sea."

"¡Devuélveme eso, perra!"

Carlos se abalanzó sobre la billetera. Devon le apartó con una mano. Era como luchar contra un niño pequeño.

"¿Te llevaste su dinero además del reloj?"

"No... no fue nada de eso."

"Apuesto a que seguiste robándole después de que te mordiera. ¿No es cierto?"

"Mira, tienes el dinero. Dame el chute antes de que sea demasiado tarde."

Devon se guardó los billetes en el bolsillo. Le lanzó la billetera vacía a Carlos. "El reloj," dijo.

"¿Qué pasa con él?"

"Lo quiero."

"¿En lugar del dinero?"

"No. Además del dinero."

"Pero ¿por qué...?"

La garganta de Carlos se cerró antes de que pudiera decir nada más. Su condición se estaba deteriorando y estaba perdiendo el control de su habla y habilidades motoras. El delirio se estaba apoderando rápidamente. Solo pronunciar sus palabras era todo un esfuerzo.

"¿Para qué quieres tú un reloj de señora?" logró decir.

"No importa para qué lo quiero. Lo quiero y punto. Si quieres la medicación y si quieres vivir para ver un mañana, tendrás que renunciar a él."

Carlos negó con la cabeza. "Ajá. Ni hablar. No te vas a quedar también el reloj. Tú ya... tienes todo el dinero. Eso es más que suficiente."

"Como quieras," Devon se encogió de hombros. Cogió un catálogo de correo basura del suelo y fingió hojearlo.

"Tú te... estás volviendo codicioso," dijo Carlos.

"Lo sé, pero ¿qué otra opción tienes? Siendo realistas, solo tienes dos opciones. La primera opción es que me des el reloj, un reloj que ni siquiera te pertenece, debo añadir, y yo te doy una inyección de Zaracaína-9 que te va a salvar la vida. La mayoría de la gente diría que esto es un trato justo."

Carlos se rascó el brazo. "¿Y cuál es la segunda opción?"

"La segunda opción es que espero a que te conviertas en zombi, que

supongo que no tardará mucho. En cuanto suceda eso, te romperé la cabeza con un bate de béisbol. Puesto que estás en mi propiedad, se me permitirá hacer eso legalmente. Y antes de llamar a Z-Pro para que te lleven al crematorio, te quitaré el reloj junto con cualquier otra cosa que lleves encima. En cualquier caso me quedo con ese reloj."

Devon se levantó del sofá y se dirigió a la cocina.

"Ey, me muero de hambre. ¿Quieres comer algo? dijo él.

Vació una caja de copos de maíz en un cuenco. Se agregaron siete cucharadas colmadas de azúcar para contrarrestar la leche que se había pasado unos días de la fecha. Mantuvo un ojo en Carlos mientras hacía esto, viéndole cada vez más angustiado. Era sólo cuestión de tiempo antes de que cediera. Tenía que hacerlo. No había ningún otro lugar adonde ir.

Regresó al sofá y comenzó a desayunar. Encendió la televisión. Ninguno de los dos habló durante algún tiempo.

"De acuerdo. Tú ganas, perra." Carlos se quitó el reloj y lo dejó con un golpe sobre la mesa de café. "Quédatelo. Ahora, ¿puedes traerme el chute?"

Devon sonrió mientras dejaba el cereal a un lado. "Ahora vuelvo," dijo deslizando el reloj en su bolsillo.

Sabía que debería sentirse culpable por aprovecharse de un hombre en su momento más desesperado, pero no lo sentía. Tampoco se sentía culpable por explotar a su propia gente para obtener beneficios económicos. Solo estaba haciendo lo que cualquier persona con un sentido de ambición haría en una situación similar. Había invertido dinero en este activo especulativo de Zaracaína-9 y ahora estaba maximizando el rendimiento. De igual forma que el monolito farmacéutico que había producido el producto, él había abrazado de todo corazón el sistema capitalista.

Además, tenía un buen sentido comercial. Si le entregaba el Zaracaína-9 al precio habitual, esa sería su única transacción con Carlos. A diferencia de sus clientes habituales, Carlos no iba a

volver, a menos que fuera lo bastante estúpido como para ser mordido por segunda vez. Tenía que expresar todo lo que podía de esta única transacción.

Abrió la puerta de su cuarto. La catástrofe de peróxido de anoche seguía donde la había dejado, en su cama, roncando como una cortadora de césped estropeada. Tenía que tener al menos cincuenta años. Devon sintió que la vergüenza lo abrumaba. Rezó para que nadie los viera salir juntos.

Retiró la alfombra y metió la mano en el suelo. Notó ligera la caja de viales. La abrió y descubrió que quedaban once. Él había sabido que se estaba agotando, pero creía que había más que once. Hizo una nota mental de llamar a Rizzo para hacer arreglos y recoger más suministros.

Capítulo 13

Cuanto más se alejaba el Tigre Blanco de la ciudad y entraba en las profundidades de los suburbios exteriores del Norte, más decrepito se volvía el paisaje que pasaba. Cada manzana tenía al menos una casa que no era más que un cascarón devastado por el fuego. Pilas de trastos sin recoger en las esquinas cada tres calles. Algunas viviendas parecían pasar por semi-habitables, pero la mayoría mostraba síntomas sinónimo de abandono: madera podrida, pintura descascarada, ventanas tapiadas, césped infestado de maleza. Algunas parecían estar a punto de colapsar con una fuerte racha de viento. Otras no se podía saber si estaban abandonadas o simplemente descuidadas. Aquí había otra antaño orgullosa comunidad que ahora era un vertedero para la clase de gente de las que el resto de la sociedad preferiría olvidarse.

Era media tarde de un martes y el día veintisiete desde el regreso de Miles a la industria de GCNM. Iba con Brandon en lo que sería su cuarto trabajo del día. Había estado inusualmente ocupado después de un par de semanas relativamente tranquilas.

La ventaja de este repentino aumento en la actividad fue que hizo que el día pasara mucho más rápido que cuando tenían que esperar a que avisaran de un trabajo. La desventaja era tener que pasar horas escuchando a Brandon quejarse sin parar sobre su jurado némesis. Había estado escuchando diferentes versiones de la misma historia durante el último mes: que si Brock era intrigante y engañoso, que si era un traidor que había cometido el pecado irremisible de mudarse con la chica de un amigo y que nunca te podías confiar de él en un empleo en el que tu compañero tenía que estar pendiente de ti en todo momento.

Miles no dijo mucho al principio. Se quedó allí en silencio y escuchó, y permitió que Brandon se desahogara con la esperanza de que eventualmente lo sacara todo de su sistema. Eso no parecía que iba a suceder pronto. En todo caso, cuanto más despotricaba, más enojado y animado se volvía. Miles decidió que tenía que decir algo.

"¿Puedo hacer una sugerencia?" dijo él.

"Adelante," dijo Brandon.

"No te lo tomes a mal, pero ¿no es hora de que sigas adelante con tu vida?"

Brandon lanzó una mirada de reojo en su dirección. "¿Qué quieres decir?"

"Pues que no creo que sea saludable permanecer colgado de alguien durante tanto tiempo. Sé que debe de ser doloroso, pero creo que sería mejor que aceptaras que todo ha acabado entre tú y Erin. Quiero decir, ahora está comprometida con Brock, ¿no? Ella ha seguido adelante. Quizá tú también deberías..."

"¿Estás diciendo que debería aguantar lo que Brock me hizo?"

"Estoy diciendo que al menos deberías considerar perdonarle. Tú sabes lo que dice la Biblia sobre el perdón, ¿no?"

"Dímelo tú. ¿Qué dice la Biblia sobre el perdón?"

"Bueno... no puedo citar un versículo directamente. Pero creo que el libro está a favor del concepto general."

Se acercó una rotonda. El pie de Brandon apenas se levantó del acelerador mientras giraban. "¿Sabes, Miles? No creo que esto sea asunto tuyo."

"Si no es asunto mío, ¿por qué no dejas de hablarme de eso?"

"Vale. Toma." Brandon echó mano a su teléfono en el bolsillo trasero. Pasó el dedo por la pantalla. "¿Quieres ver algo?"

"Um... mira la carretera, por favor."

Sostuvo el teléfono frente a la cara de Miles. "¿Parece esto que ella ha seguido adelante con su vida?"

Miles desvió la mirada de inmediato. "¡Guau! ¡Brandon, no quiero ver eso!"

"¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo?"

"No hay nada de malo, pero no creo que Erin aprecie que vayas enseñando a la gente fotos de esas. Y tampoco es apropiado hacerlo durante horas de trabajo."

"Pero esta no es una foto antigua. Me envió esto hace tres noches. ¿Qué te dice eso?"

"Yo... de veras no me siento cómodo discutiendo..."

"Yo creo que es bastante obvio que no ha tomado una decisión sobre Brock. Yo creo que lo está pensando mejor. ¿No estás de acuerdo?"

"Honestamente, no sabría decirte lo que eso significa." Estaba ansioso por dejar el tema y lamentó haberlo planteado en primer lugar.

No sabía cómo había sucedido, pero de alguna manera Brandon y Brock habían decidido que él sería su nuevo confidente. Siempre que se encontraba a solas con uno de ellos durante más de unos minutos, empezaban a descargar sus problemas personales encima él como si Miles fuese su terapeuta. A estas alturas ya era muy consciente de los sentimientos de Brandon con respecto a la decisión de Erin de dejarle por su antiguo amigo y colega de gimnasio. También lo sabía todo sobre las *movidas* en la relación de Brock; sobre lo celosa y autoritaria que podía ser Erin, que nunca confiaba en él cuando salía con los amigos, que siempre exigía saber dónde y con quién estaba... incluso cuánta deuda estaban acumulando en el período previo a su boda. Siempre que alguno de los dos comenzaba a hablar, Miles mostraba el menor interés posible confiando en que captaran la indirecta, pero nunca lo hacían.

Había una jauría de perros callejeros más adelante. El camión redujo la velocidad a medida que se acercaban. Un cubo de basura había sido derribado y los perros habían arrastrado una de las bolsas a la carretera. Seis o siete chuchos pulgosos revisaban ahora el contenido.

Brandon guardó el teléfono en el bolsillo. "Agh. ¿Te imaginas vivir en un lugar como este?"

Condujo rodeando la manada cuando esta se negó a apartarse del camino. Giraron la siguiente a la derecha y se metieron en un callejón sin salida.

La criatura ofensora había sido avistada cerca del final del callejón. Era un hombre alto y delgado de veintitantos años. Iba descalzo y vestido con ropa andrajosa. Daba vueltas por el callejón como un borracho de pueblo.

"Ahí está nuestro tipo," dijo Brandon.

Encontró un lugar para aparcar y tiró del freno de mano. Miles metió la mano en el hueco tras él en busca de la pértiga y la mochila del equipo. Tenía un pie fuera de la puerta cuando Brandon le detuvo.

"Espera un segundo," dijo agarrándole del brazo. "Creo que nuestro trabajo está a punto de volverse mucho más fácil."

Señaló con la cabeza hacia la última casa de la calle. Una cincuentona vestida con un albornoz de algodón estaba de pie al borde de su jardín. Un cigarrillo encendido le colgaba de la boca. En las manos tenía una pala del tamaño de un remo.

El zombi renqueaba despacio hacia ella, un lento paso a la vez. Permanecía ajeno al inminente peligro que representaba la mujer.

"¿Qué dices a que esperemos a que esto acabe?" dijo Brandon.

"¿Qué estas sugiriendo?" Dijo Miles.

"Sugiero que esperemos unos minutos a ver qué pasa."

"¿En serio? ¿Vas a quedarte aquí sentado y mirar?"

"Solo digo que sería mejor dejar que esos dos resuelvan sus diferencias por su cuenta, eso es todo."

Miles miró a Brandon para ver si estaba bromeando. Era obvio que

no lo estaba.

"Yo voy." Abrió la puerta y saltó del camión. "Tú también puedes venir si te apetece hacer tu trabajo."

"Venga, Miles. ¿No crees que hemos hecho bastante para todo el día? Nos merecemos un descanso."

La puerta se cerró de golpe. Miles colocó el palo trampa bajo el brazo y se apresuró a salir en dirección al zombi.

La ventanilla del camión bajó detrás de él. "¡Que Dios te acompañe, Miles!" oyó gritar a Brandon.

"Vete a la mierda, capullo," murmuró Miles para sí mismo.

El zombi se acercó más a la propiedad. Oyó el chillido ronco de cincuenta cigarrillos al día de la mujer mientras le indicaba al zombi que se acercara. "Venga. Así es. Solo unos pasitos más. Sigue así."

Miles empezó a trotar.

El zombi llegó a la franja natural. Cinco pasos más y estaría en la propiedad de la mujer. Una vez que cruzara ese umbral, no habría nada que Miles pudiera hacer para evitar que la mujer le aplastara el cráneo al no muerto. Aumentó el ritmo.

"Señora, soy un agente de GCNM," gritó Miles.

La mujer alzó la vista. Se protegió los ojos del sol. "¿Qué?"

"Trabajo en Z-Pro." Levantó el cordón alrededor del cuello para mostrar su identificación. "Puede bajar la pala."

"Oh, mira quién ez. Mira quién ha aparecido para zálvarme el día. El Mízter *Action Man* Importante de la TV."

Miles sintió la cara ardiendo. No era solo el sol de la tarde o el breve estallido de carrera. Ese maldito anuncio se estaba convirtiendo en la pesadilla de su existencia. Desde que sin saberlo se había convertido en la cara pública de la fuerte postura anti-

zombi del gobierno, no había pasado un día en el que no fuese reconocido al menos una vez. Los comentarios que recibía del público rara vez eran positivos.

"Sí, ese soy yo. Soy ese idiota de la televisión. Ahora, si pudiera hacerse a un lado y permitirnos hacer nuestro trabajo, mi colega y yo nos encargaremos de esto a partir de aquí."

"Mi colega y yo," dijo la mujer.

"Correcto correcto." Hizo una pausa para tomar algunas respiraciones profundas. Sabía que había pasado tiempo desde la última vez que se había dedicado al ejercicio físico, pero no había notado lo fuera de forma que estaba. "Por favor, regrese a su casa. Mi colega y yo tendremos todo esto bajo control en unos minutos."

"Ezcucha, chaval, ezto no ez azunto tuyo," dijo, sus dentaduras mal ajustadas producían un ceceo pronunciado. "¿Quién te ha dicho que vinieraz, por cierto?"

"Me temo que no tenemos esa información," dijo.

"Apuezto a que fue eza metomentodo del número treinta y ocho. Fue ella, ¿no? Ziempre ezta metiendo la nariz donde lo la llaman. Probablemente por ezo la dejó zu marido. Eze ze fue con eza buzcona del número once, ya lo creo que lo hizo."

"No sabemos quién hace las llamadas," dijo Miles. "Solo las atendemos cuando entran."

"Bueno, yo no he pedido vueztra ayuda y tampoco la neceesito," dijo amplificando su voz y dirigiendo sus palabras hacia la casa de la supuesta metomentodo. "Puedez irte por donde haz venido. Ya me eztaba ocupando yo de esto muy bien antez de que azomaraz la jeta."

Sopló una ráfaga de viento y la bata de la mujer se levantó hasta la cintura. Ella no parecía muy preocupada por preservar su dignidad, para gran mortificación de Miles.

El zombi estaba ahora a solo unos pasos del camino de entrada. También era mucho más joven de lo que Miles había supuesto al

principio; un renacuajo de no más de veinte años. Parecía del tipo que pasaba la mayor parte de su existencia pre-zombi en interiores, leyendo cómics y jugando a la X-box. Su rostro estaba lleno de cicatrices de acné, como si le hubieran descargado una escopeta de perdigones a corta distancia. Su tez pálida probablemente no era muy diferente ahora de lo que había sido en vida.

La mujer echó la pala hacia atrás, lista para batear.

"¡Señora!" dijo Miles empleando mucha más fuerza a la que estaba acostumbrado. "Voy a tener que insistir en que deje la pala y entre en su casa."

Miles avanzó otros dos pasos y maniobró en el espacio entre la mujer y el zombi. Miró de nuevo hacia el camión tratando de llamar la atención de Brandon y hacer que se acercara para echar una mano. Brandon o bien no le vio o decidió ignorarle.

"Conozco miz derechoz," dijo la mujer. "He vizto las noticiaz. La ley dice que puedo hacer lo que me plazca si una de ezaz miserablez bestiaz de muerte ze azerca a mi propiedad."

"Incorrecto. La ley establece explícitamente que si un agente de GCNM está presente y usted no está en peligro inmediato, debe hacerse a un lado y permitirle hacer su trabajo."

El zombi fue a por Miles. Él le empujó en el pecho con el extremo romo del palo trampa. Retrocedió unos pasos y continuó hablando sin perder el ritmo.

"Si obstaculiza, interfiere o impide de alguna forma que un agente haga su trabajo, será multadla, encarcelada o ambas."

No sabía cuánto de lo que decía era exacto. De hecho, estaba bastante seguro de que la mayoría no lo era, especialmente después de los eventos de las últimas semanas. Tan pronto como el primer ministro había garantizado públicamente que ningún propietario enfrentaría cargos criminales por atacar a un no muerto en su propiedad, sin importar las circunstancias, le daba a cada loco con rencor y a cada fanático con impulsos sádicos luz verde para hacer lo que quidieran con impunidad.

Pero debió de haber sonado bastante convincente o, al menos, hablado con suficiente autoridad para hacerla creer que lo que decía era cierto, porque la mujer tiró la pala al suelo y retrocedió.

"Puez date priza y zaca este zaco de ezcoria de aquí," dijo ella.

El Tigre Blanco se precipitaba por la autovía como si le hubieran cortado los frenos. Dentro del camión persistía una nociva sensación de incomodidad. Miles tamborileaba con el pulgar en el salpicadero por hacer algo. Brandon masticaba su cuarta barra de proteínas del día. El zombi amarrado en la parte de atrás dejaba escapar algún que otro murmullo. Nadie había pronunciado una palabra en los diez minutos que habían estado en la carretera.

La radio zumbaba a bajo volumen con alguna olvidable canción pop sonando por los altavoces. Esto no hacía nada para hacer el viaje más llevadero.

The radio droned at low volume, with some forgettable pop song rattling through the speakers. This did nothing to make the trip any more bearable.

"Sé que eres nuevo en este empleo, Miles," dijo Brandon cuando por fin rompió el silencio. "Pero déjame darte un consejo. Si alguna vez te encuentras en una situación en la que, por un lado, estás lidiando con una anciana chiflada blandiendo una herramienta pesada de jardinería y, por el otro, tienes un zombi desenfrenado que quiere morderte la cara, es buena idea no ponerte en medio de ambos. ¿Sabes?, solo para referencia futura."

"Trabajé en Rito Muerto durante tres años," dijo Miles.

"¿Qué?"

"Has dicho que soy nuevo en este empleo. Solo estoy indicando que he llevo en la industria más tiempo que tú."

"Bueno, lo que tú digas. No sé qué te enseñaron allí, pero en Z-Pro tenemos cuidado de no ponernos en peligro."

"No estuve en peligro real."

"Eso puedes pensar tú, pero cuando haces cosas así, sin tomar las precauciones necesarias, es cuando todo puede salir mal. A los agentes de GCNM aún los muerden de vez en cuando. Es raro, Dios no lo quiera que suba el arroyo, pero sucede. Cuando sucede, generalmente se debe a un descuido."

"¿Qué esperabas que hiciera?" Dijo Miles tratando de no mostrar su ira. Brandon estaba poniendo a prueba su paciencia. "¿Querías que me quedara al margen y mirando mientras ella le abría la cabeza? Noté que no fuiste de mucha ayuda."

"Venga ya. Ella no iba a abrirle la cabeza."

"¿En serio? Porque creo que dejó muy claras sus intenciones."

"¿Qué, con una pala que pesaba más que ella? Tenía como cien años y medía un metro veinte. Apenas podía levantar el chisme del suelo."

"Solo se necesitaba un golpe para causar una lesión grave."

"Y como he dicho, habría facilitado nuestro trabajo si lo hubiera hecho. Más sucio, sí, pero en última instancia, más seguro y más fácil."

La minivan frente a ellos frenó sin previo aviso. Brandon dio un volantazo hacia el carril adyacente. Estuvo a medio paso de barrer un escarabajo blanco. Pisó el acelerador sin prestar atención a la orquesta de bocinas que sonaba tras él.

"¿Y si hubiera mordido a la anciana?" Dijo Miles. "¿Has pensado en eso? ¿Cómo habría sido si un civil fuese atacado y nosotros no hubiéramos hecho nada para evitarlo?"

"Oye, si la hubiera mordido habría sido culpa suya. Nuestro trabajo es proteger al público de los no muertos. No podemos protegerlos de su propia estupidez."

"Pero nuestro trabajo es proteger a los no muertos de los justicieros medio seniles, ¿no?"

"Eso no lo sé. Ciertamente, no vale la pena ponernos en peligro para

proteger a un zombi. No nos pagan lo suficiente para eso."

Miles sintió un espasmo en el párpado izquierdo. Parpadeó un par de veces para intentar detener los espasmos. Era un síntoma de estrés. Estas cosas solían suceder siempre, pero no le había importado desde hacía años.

"Tal vez tengas una opinión diferente si fuese alguien de su propia familia," dijo. "Sobre con las opciones de tratamiento disponibles hoy en día. No hay excusa para dejar que eso suceda."

"Ja." Brandon bufó una carcajada. "Muy bueno."

"¿Qué quieres decir con muy bueno?"

"Mira dónde vive este tipo, Miles. Mira cómo va vestido. ¿De verdad crees que tiene dos mil dólares al mes para el tratamiento?"

"Eso no viene al caso. No podemos elegir a quién ayudamos en función de si parece que tiene una cobertura sanitaria adecuada."

"Claro, pero él ya era un resucitador. Están por todas partes en esta área. Mendigan en las calles y ocupan las casas abandonadas. Este tipo no fue mordido; se convirtió porque no pudo reunir suficiente dinero para pagar su medicación. No sé tú, pero si me dieran a elegir entre pudrirme en una prisión zombi por el resto de la eternidad y que alguien me sacara de mi miseria, aceptaría una pala en el cráneo cualquier día de la semana. "

El camión redujo la velocidad cuando se acercó un desvío. Brandon tocó la configuración de la radio para cambiar de emisora. Los oídos fueron asaltados con una cacofonía de guitarras de motosierra y cantos guturales de garganta. Brandon cambió de emisora.

"Te juro que alguien está jugando con mis ajustes preestablecidos," murmuró en voz baja.

Todas las mañanas durante las últimas dos semanas, Brock se había metido a escondidas en todos los vehículos de la compañía para reemplazar las estaciones de rock cristiano de Brandon por otras que tocaban los tipos de metal más impíos. Miles lo sabía, pero decidió guardárselo para sí mismo. Ya había suficiente animosidad

entre los dos amantes rivales. No veía sentido en echar más leña al fuego.

"Creo que tenemos la responsabilidad de proteger a los no muertos si podemos," dijo Miles en voz baja.

Brandon se metió el resto de la barra de proteína en la boca. "Aprenderás," dijo entre mascadas. "Tarde o temprano. Cuando hayas hecho algunos trabajos más y hayas visto cómo va esto de verdad, es posible que tengas una perspectiva diferente. El mundo ha cambiado desde la última vez que trabajaste en esto."

Miles decidió no desperdiciar su energía discutiendo. No había nada que pudiera decir para cambiar la opinión de Brandon. Giró la cara para mirar por la ventana, el borron de árboles y descampados que pasaban. No se habló más durante el resto del viaje. Solo hostilidad latente.

Quince minutos más tarde, el camión se detuvo en la puerta del centro de procesamiento. Una peñita de manifestantes estaba hoy en piquete. Tal vez veinte o veinticinco en total, y casi el mismo grupo que aparecía todos los días. No como las multitudes de cientos que se congregaban aquí hacía unos años. El grupo agitaba las pancartas y un joven entusiasta aporreaba un tambor, pero nadie reunía la energía necesaria para comenzar un canto.

La influencia de los grupos de protección de zombis había disminuido en los últimos años y ahora eran poco más que una preocupación marginal. El tema ya no estaba en la mente de la gente y las pasiones no estaban tan inflamadas como antes. Los derechos de los no muertos habían sido superados por otros movimientos más de moda y solo los más ardientes "cabezas muertas" seguían comprometidos con la causa.

Brandon mostró su acreditación de GCNM al guardia de turno. La puerta de la verja se levantó y el camión entró.

El joven no muerto fue descargado por la parte trasera del camión antes de ser llevado a los corrales de detención donde lo desnudarían, lo lavarían con manguera y lo vestirían con el mono naranja reglamentario. Se le asignaría un número de identificación,

se le bombearía el cuerpo con sangre artificial y le llenarían de anestesia hasta los globos oculares.

Miles empujó la tierra con su zapato junto a la camioneta mientras veía al zombi ser llevado por el personal del centro. Sintió una punzada de melancolía al admitir que, por mucho que odiara admitirlo, Brandon probablemente tenía razón. Las probabilidades de que este chaval recibiera el tratamiento que necesitaba para una vida normal eran prácticamente nulas. Nadie vendría a recogerlo. Él era un número ahora y se uniría a los otros millones como él en una de esas prisiones gigantes de no muertos construidas en lugares no revelados en algún lugar del desierto. Con toda probabilidad, esta sería la última vez que alguien volviera a verle.

Capítulo 14

Bernard Marlowe respiró lenta y profundamente. El aire cálido con olor a hierba cortada de finales de verano le llenó los pulmones. Relajó las extremidades y enderezó su postura. Hubo un momento de intenso enfoque y concentración como un láser, antes de que retirara su palo driver M2 A medida recién comprado y golpeará la pelota. Un crujido crujiente y satisfactorio surcó el aire cuando la cabeza del palo se conectó a ras del suelo con el punto dulce.

La Titulista Pro V1 blanca desapareció en el cielo azul brillante.

Con la semana que había soportado, una ronda de golf a un ritmo casual era justo lo que recetaba el médico. Necesitaba escabullirse por la tarde para olvidarse de las presiones asociadas con ser el hombre más poderoso del país. A pesar de lo que clamaban todos esos cuadrículados botones de la galería de prensa (esos que se burlaban constantemente de él por la cantidad de tiempo que pasaba en el campo de golf) como cualquier otro funcionario tenía derecho a un tiempo libre ocasional. Además, el día era demasiado agradable para quedar atrapado en el laberinto de pesadilla de pasillos beige y estériles oficinas que componían el parlamento, como una rata de laboratorio en una caja Skinner, siendo agredido verbalmente cada cinco minutos por bufones que le empujaban cámaras y micrófonos en la cara.

Su bola reapareció a los pocos segundos casi doscientos metros por la mitad de la pista.

"Buen tiro," dijo James Pridham, su compañero de golf del día. Era un cumplido teñido de envidia. "¿Sabe?, es gracioso. Cuando se convirtió en primer ministro, asumí que sufriría su juego como resultado. Pero podría terminar convirtiéndose en el primer líder de la historia en reducir su hándicap mientras está en el cargo."

Marlowe luchó por reprimir una sonrisa. Él y el director ejecutivo de Fármacos Elixia habían sido rivales de golf durante años y amigos durante décadas antes de eso. Este tipo de bromas era una característica común en sus partidas; un intento de disuadir a un

oponente metiéndose dentro de su cabeza y debajo de su piel. Esto podía haber sido un éxito social, una excusa para que dos viejos camaradas se pusieran al día, pero Pridham era un competidor tan feroz en el campo como lo era en la sala de juntas. Despreciaba perder, especialmente cuando las apuestas eran de diez mil dólares por hoyo, pero estaba terriblemente fuera de práctica y se había quedado varios golpes atrás. Los juegos mentales eran su mejor apuesta para ahorrar dinero y recuperar algo de respetabilidad.

"El golf es la mejor forma de aliviar el estrés," dijo Marlowe mientras los dos caminaban hacia su carrito. "Cuántas más horas dedico aquí, mejor me desempeño allá atrás. Considérelo una inversión en el futuro. El país necesita que su líder opere en su apogeo. Si mi hándicap mejora en el proceso, bueno, supongo que eso es un bonus."

Regresó el palo a su bolsa y se sentó detrás del volante del carro. Pridham se acomodó en el asiento junto a él. El motor se puso en marcha.

El Punto de Golf y Club de Campo Willoughby era el destino de golf preferido de Bernard Marlowe. Los enlaces no solo estaban entre los mejores con los que había jugado, sino que su ultra exclusividad y estricta seguridad significaban que podía disfrutar de un golpe sin prisas lejos de las miradas indiscretas del público y la prensa. Cuando Pridham había llamado ayer por la noche para preguntarle si quería acompañarlo para unos rápidos dieciocho hoyos, no dudó en subirse a su jet privado y volar al otro lado del país para aceptar la oferta.

"Es posible que ya lo hayas asumido, pero tenía un motivo oculto para invitarte aquí hoy," dijo Pridham mientras el carro avanzaba por la calle. "No fue solo una puesta al día social o para ayudar a aliviar el estrés. Esperaba discutir un tema que me preocupa mucho."

Marlowe gimió en voz baja. "No irás a mencionar todas esas pruebas obligatorias para conductores mayores de setenta, ¿verdad?"

"No, no es eso lo..."

"Porque, mira, lamento lo que le pasó a tu Jaguar. De verdad que lo siento. Pero no hay posibilidad de que eso suceda alguna vez. Los ancianos son el único grupo demográfico que todavía vota por mí en cantidades abrumadoras. Si pierdo su apoyo, mejor será que empiece a escribir mi discurso de concesión ahora mismo."

"No son las pruebas de permiso de conducir, aunque sigo pensando que es una ley que hay que estudiar. Pero hay otra cosa de lo que quiero hablarte. Tiene que ver con el azote de las drogas que se está apoderando de nuestras calles."

El carro se meció de un lado a otro al pasar por un terreno accidentado. "Oh. Ya veo. ¿Qué tienes en mente?" Dijo Marlowe.

"Estoy seguro de que no necesito decirte esto, pero ha sido un problema serio desde hace mucho tiempo y solo está empeorando. El año pasado se ha visto elevarse a niveles epidémicos. Está fuera de control. Todos los días, mientras conduzco al trabajo, veo a personas traficando drogas al aire libre. Ni siquiera intentan ocultarlo, como si no se avergonzaran de lo que están haciendo. Me revuelve el estómago. Es necesario hacer algo para detenerlo."

"No obtendrás ningún argumento de mi parte al respecto, Jim. La sociedad tiene un problema de drogas importante y ha sido así durante mucho tiempo. Créeme, el gobierno y las agencias policiales relevantes están haciendo todo lo posible para combatir esto. Pero hay que entender que el comercio de narcóticos es una industria tan gigantesca que es increíblemente difícil lograr avances significativos en..."

"Oh no, no me refería a las drogas ilícitas," interrumpió Pridham. "Eso no me preocupa."

Marlowe se había distraído con lo que pensó que podría ser un dron flotando en el cielo sobre él. Lo vigiló de cerca durante unos segundos, hasta que estuvo satisfecho de que era solo una gaviota. "Me tienes perdido. ¿De qué estamos hablando aquí?"

"Me refiero a los medicamentos recetados ilegalmente que están por todas partes. En concreto, el Zaracaína-9 no autorizado disponible en cada esquina. Hay toneladas de eso entrando en el país."

Toneladas literales. Es desenfrenado. Venden casi tanto de esas cosas en el mercado negro como nosotros en las farmacias."

"Ya veo. Me imagino que debe de ser frustrante."

"Maldita sea, es frustrante. Es la propiedad de mi empresa de la que esta gente se está beneficiando y nosotros no recibimos un centavo en compensación. Cada vez que un tacaño compra su medicamento en el distribuidor local de su barrio en lugar de hacerlo a través de los canales legales, está infringiendo la ley y estafando a nuestros accionistas. Esa gente me está metiendo las manos en el bolsillo y robándome el dinero."

Marlowe giró el volante y se detuvo junto a un árbol. "Estoy de acuerdo en que es una situación inaceptable," dijo. "No es ético ni moral. Pero no estoy seguro de qué esperas que yo haga al respecto."

"Para empezar, me gustaría ver una presencia policial más visible en las calles," dijo Pridham. "Quiero que se establezca un grupo de trabajo dedicado a atacar el comercio ilegal de medicamentos recetados. También quiero que arresten a cualquiera que venda Zaracaína-9 sin la debida autorización y quiero que la pena máxima de prisión aumente de seis meses a cinco años. Por encima de todo, quiero evitar que entre en el país en primer lugar. Eso significa aumentar el presupuesto para la seguridad fronteriza. Hacer cumplir controles más estrictos en las aduanas. Quiero más guardias llevando a cabo un mayor número de registros de cualquier cosa que parezca incluso un poco sospechosa. Esa es la única forma en que podemos vencer a estos parásitos. Cortarlos de raíz."

Marlowe respondió con una risita. "Yo solo soy el primer ministro, no un genio que concede deseos. No puedo chasquear los dedos y hacer que suceda todo eso."

"¿Me estás diciendo que no puedes pedir unos favorcillos para uno de tus mayores donantes electorales?"

"Oye, me encantaría ayudarte. Sabes que lo haría. Pero, siendo realistas, no puedo hacer todo eso. Ni nada de eso, tampoco. Aún no. No como están las cosas. El presupuesto está fuera de control, el

gasto se ha disparado a niveles catastróficos y el techo de la deuda está en su punto más alto. No podemos permitirnos ese derroche. El Tesoro nunca lo permitiría."

"¿Qué te importa lo que piense Hacienda? Eres el primer ministro, si no me equivoco. Tú mandas aquí, no un montón de burócratas *cuentagarbanzos*."

El dúo desembarcó del carrito de golf. Marlowe se tomó un momento para considerar su próximo palo. Sacó su hierro 8.

"Tienes que verlo desde mi perspectiva," dijo. "En este momento tengo un gran punto de mira pintado en la espalda. La oposición busca cualquier excusa para abatirme. La prensa está rebuscando en mi basura, tratando de desenterrar cualquier suciedad que puedan encontrar. Ya ni siquiera sé en quién puedo confiar en mi propio gabinete. Así que tenemos que ser inteligentes sobre cómo hacemos negocios a partir de ahora. Todo el mundo sabe que tú y yo somos amigos, y saben que Elixia es uno de los mayores donantes del gobierno. Si me ven haciendo favores especiales, me harán pedazos."

"Parece que eso no te ha detenido en el pasado," dijo Pridham.

"Claro, pero aquel fue un momento diferente. Nuestra popularidad estaba aumentando y podíamos salirnos con la nuestra. Ahora tenemos que tener mucho más cuidado. El próximo paso en falso podría ser el último."

Los primeros tres años del cargo de primer ministro de Bernard Marlowe se habían visto envueltos en una interminable serie de escándalos y controversias. Había habido acusaciones de nepotismo e informes de ministros que reclamaban gastos a los que no había derecho. Denuncias de soborno y revelaciones de vigilancia ilegal y escuchas telefónicas. Pagos secretos para encubrir denuncias de acoso sexual. Lo más dañino de todo fueron las numerosas promesas electorales incumplidas. Inicialmente, estos escándalos tuvieron poco impacto en su popularidad; su índice de aprobación había subido a niveles récord y el público estaba dispuesto a pasar por alto casi cualquier transgresión. Pero las indiscreciones aumentaron lentamente y se alcanzó un punto de inflexión inevitable. Al final,

fue la arrogancia lo que provocó su caída. Marlowe había estado en lo alto durante tanto tiempo que había comenzado a creer que era inexpugnable.

"No se trata de que el primer ministro le haga favores a uno de sus donantes," dijo Pridham. "Este es un problema de seguridad nacional. Hay una avalancha de medicamentos no autorizados que cruzan nuestras fronteras todos los días. Nadie sabe lo que es. Podría ser veneno, no lo sabemos. No estás haciendo esto para tus amigos o donantes. Lo estás haciendo por el bien del país."

"Ese puede ser el caso, pero este juego se trata de apariencias," dijo Marlowe. "Tal vez pueda considerarlo más adelante, pero tal como está, cuando mi índice de aprobación tiene un tres delante, no hay nada que pueda hacer. Lo siento. Tengo las manos atadas en esto."

Marlowe se acercó a su bola. Hizo un golpe corto hasta el *green*, y luego hundió un *putt* fácil para reclamar su segundo *birdie* en la ronda. Pridham pasó varios minutos buscando su pelota en la maleza. Dio tres golpes para salir de ella y terminó con un *doble bogey*.

Los últimos cuatro hoyos se completaron y ambos se retiraron a la casa del club para tomar unas copas y alardear después del partido. El entusiasmo inicial de Marlowe después de su amplia victoria (terminó con ochenta y dos, siete sobre par y un golpe menos de su mejor ronda) se desvaneció después de sus primeros seis o siete *gin tonics*. Cuanto más bebía, más oscuro se volvía su estado de ánimo. Como sucedía a menudo, el alcohol sacaba a relucir su lado taciturno. Pridham se dio cuenta de que todavía estaba hirviendo por su desastrosa actuación en la entrevista a principios de semana. Le dijo que no se preocupara por eso, que ella era solo una liviana periodista de un programa de televisión que nadie veía tratando de que la gente la tomara en serio, y que todos los demás ya lo habían olvidado. Esto no hizo nada para levantarle el ánimo.

Después de varios tragos más, Pridham emitió un cheque por \$140,000 para cubrir lo que había perdido en la partida de golf y hacerse cargo de la cuenta. Ambos se fueron poco después.

"¿Qué dirías si hubiera una manera de que yo te ayudara en las

urnas?" dijo Pridham.

Estaban en el aparcamiento. Pridham cargó sus palos en la parte trasera de su Jaguar de época mientras Marlowe esperaba que su limusina le llevara al aeropuerto.

"¿Qué quieres decir?" Dijo Marlowe.

"Dijiste que no puedes hacer nada por Elixia hasta que tu índice de aprobación vuelva a ser lo que era. Estoy diciendo, ¿y si yo pudiera hacer que eso sucediera?"

Marlowe miró dentro de la bolsa de golf de Pridham. "No escondes una varita mágica ahí dentro, ¿verdad?"

"No, pero podría tener algo aún mejor. Tengo una idea."

Guardó silencio por un momento. Marlowe le espoleó: "Estoy escuchando."

"Está bien, seré el primero en admitir que esto podría considerarse extremo." La voz de Pridham se había convertido en un susurro. "Y solo te lo digo porque confío en ti más que en mi propia esposa. Si no está interesado, no hay problema. Podemos irnos andando y fingir que esta conversación nunca ha tenido lugar. Pero esto es algo que creo que podría ser beneficioso para los dos."

Los hombros de Marlowe se hundieron y dejó escapar un suspiro débil. "Jimmy, estoy a seis meses de la aniquilación electoral. Para esta fecha del año que viene seré el primer primer ministro del país con un único mandato en más de medio siglo. En este momento, llevaría un tutú rosa y bailarían en la televisión nacional si pensara que eso pudiera mejorar mis posibilidades."

"A pesar de lo mucho que a todos nos encantaría ver eso." Pridham cerró el maletero. Este volvió a abrirse. Él lo cerró con más fuerza. Esta vez se mantuvo cerrado. "Maldito conductor idiota," murmuró para sí mismo.

"Bueno, oigamos esa idea," dijo Marlowe.

"Aquí no." Los ojos de Pridham se movieron de un lado a otro, como

si hubiera espías escondidos entre los arbustos. "Hablemos mejor en mi oficina. Haré que Sheradyn programe una reunión para la próxima semana."

Capítulo 15

Otro viernes por la noche significaba otra fiesta deslumbrante para que asistiera Elliott. Esta noche era el lanzamiento de una empresa emergente en la que había invertido parte de su dinero. El nombre de la empresa era Xyyx, y el lugar estaba abarrotado de jóvenes, glamorosos y ultra ricos. Atletas profesionales se mezclaban con las estrellas de *reality shows*, y los *friquis* de la tecnología se hacían fotos en el bar con Stephanie y Madison Marlowe, las hijas gemelas del primer ministro. Los modelos de pasarela habían sido contratados como "invitados de atmósfera y ambiente" para aumentar la ilusión de exclusividad. Representantes de marcas de lujo estaban disponibles para regalar obsequios con la esperanza de que sus productos se abrieran camino en los anuncios de Instagram de prestigio y en las instantáneas de los paparazzi.

Eran noches como esta las que hacían que Elliott reflexionara sobre el cambio radical que había experimentado su vida en tan poco tiempo. No hacía mucho tiempo vivía con sus padres y apenas podía reunir suficiente dinero para pagar el pasaje del autobús. Ahora tenía un patrimonio neto de nueve dígitos. A veces era una sensación vertiginosa, como si hubiera tropezado dentro de la vida de otra persona por error.

Desde algún lugar por encima de la música y el estruendo de la multitud, oyó que gritaban su nombre. "¡Ey! ¡Connors!"

La voz le resultó familiar de inmediato. Era de alguien a quien conocía bien. También alguien con quien preferiría no hablar esta noche si podía evitarlo. Fingió no haber oído y se movió discretamente en la dirección opuesta.

"¡Connors! ¡¡Connors!!" continuó la voz.

Él trató de escapar, pero la densidad de la multitud aumentaba a medida que avanzaba.

La puerta de la escalera estaba a poca distancia. Esta conducía al área principal de la fiesta en la planta de arriba, con los DJ y la

pista de baile. Si podía pasar, podría desaparecer fácilmente en la oscuridad y la multitud. Lo único que le impedía hacer esto era la veintena de personas apiñadas alrededor de la puerta, ajenas al cuello de botella que habían creado.

"Um, disculpe, ¿me dejan pasar a...?"

Una mano se aferró a su hombro. "¡Connors!"

La mano pertenecía a Preston Dumont, conocido por muchos como Preston la Peste. Preston era un joven empresario en ciernes notorio por acudir a este tipo de reuniones y arengar a los invitados. Albergaba grandes sueños y ambiciones empresariales, pero carecía de los fondos necesarios para hacer realidad esos sueños. Esto significaba que estaba siempre merodeando entre las personas que sí tenían dinero y les daba la tabarra para que invirtieran en su último gran plan.

Ambos se habían conocido unos seis meses atrás. La noche en que Preston le había convencido de que extendiera un cheque para invertir en esta nueva e innovadora aplicación de la que le había hablado. Elliott no había pensado mucho en ello. Le había parecido entonces algo que se suponía que la gente debía hacer cuando tenían mucho dinero. La consecuencia inesperada era que Preston ahora le acorralaba siempre que se cruzaba con él para acosarlo en busca de más efectivo de la misma manera que las organizaciones benéficas acosaban a las personas durante años después de haber hecho una donación.

"Oh, ey, Preston," dijo. "No sabía que ibas a estar aquí esta noche." Sabía que era algo extraño decirlo, dado que había sido Preston quien le había involucrado en Xyyx en primer lugar.

"¿Estás tratando de evitarme o algo así?" dijo Preston.

Elliott hizo todo lo posible por fingir inocencia. "¿Qué te hace pensar eso?"

"Te he llamado al menos cinco veces."

"¿Sí? ¿Cuándo?"

"¡Ahora mismo!"

"Eh. Probablemente no te oí. Hace bastante ruido aquí." No era tan ruidoso, pero Preston pareció creerlo.

"Oye, fiesta increíble, ¿verdad?" Estaba lo bastante cerca como para que Elliott pudiera oler la colonia perfumada con insecticida que Preston se había volcado encima y que a Elliott le hacía llorar los ojos. "¿Sabes que todo esto ha costado ochocientos de los grandes? Solo por ese hecho te dice todo lo que necesitas saber sobre Xyyx. No hay medias tintas con esta empresa. Los chicos que lo dirigen no tienen miedo de soñar a lo grande. Van a dejar su huella en el mundo."

"¿Gastaron ochocientos mil dólares solo en esta fiesta?" Dijo Elliott. Esa resultaba ser la cantidad exacta que él había invertido.

"Ya sabes lo que dicen, tienes que gastar dinero para ganar dinero."

"Claro, pero eso solo se aplica si el dinero se gasta en algo que genera ingresos, ¿no?"

Preston echó la cabeza hacia atrás y dio una carcajada. A Elliott no le constaba haber contado un chiste.

"¡Te preocupas demasiado! La preocupación es para los tímidos y poco ambiciosos. Si quieres crear algo espectacular, tienes que zambullirte de cabeza y al diablo con las consecuencias."

"Bien, bien, eso tiene sentido." En realidad, él ya no estaba escuchando. Intentaba descubrir la forma más eficaz de salir de la conversación. "Bueno, me alegro de verte de nuevo, pero..."

Preston le agarró por el antebrazo, casi como si hubiese leído la mente de Elliott. "Ey, ¿has pensado en mi propuesta?"

Esta era la razón por la que quería evitar a Preston esta noche. "Uh, mira, la cosa es que..."

"Elliott, tienes que darte prisa y subirte a bordo o te lo perderás. Créeme, esta es una oportunidad única en la vida."

"Lo entiendo completamente," dijo. Decidió no señalar que esta era la séptima oportunidad única en la vida que Preston le había presentado en el poco tiempo que se conocían. "Envía todos los detalles a mi asesor financiero. Lo examinará y te dirá lo que piensa."

"Ya se lo he enviado a su asesor."

"¿Qué? ¿Cuándo hiciste eso?"

"Hace dos semanas." Preston gritó las palabras en el oído de Elliott, a pesar de que podía escucharlo bien. "Hace al menos dos semanas."

"¿Hablas en serio?"

"¡Sí, hablo en serio! ¿No te lo ha mencionado todavía?"

"No me ha dicho nada." Elliott negó con la cabeza, haciendo una gran demostración de lo frustrado que estaba. "Se acabó. Tengo que despedir a este tipo. Se pasa de desesperante. Nunca me dice nada."

La última aventura lucrativa de Preston había implicado la compra de acres de tierra barata en lo que él creía que era la próxima gran área de crecimiento de la ciudad, donde se erigiría una serie de complejos que incorporaban centros comerciales, gimnasios, clubes nocturnos, restaurantes, apartamentos de lujo y demás. Era una empresa ambiciosa, especialmente para alguien que acababa de cumplir veinticuatro años, pero la confianza era lo único que a Preston Dumont nunca le había faltado. Ya había comprado y renovado varias casas, financiadas por su padre banquero de inversiones por y su madre ejecutiva minorista, que él vendió para obtener una buena ganancia. Creía que este corto tiempo en el mercado inmobiliario le había enseñado todo lo que necesitaba saber sobre cómo gastar 150 millones de dólares del dinero de otras personas para poner en marcha su carrera como magnate inmobiliario.

Pero mientras Preston tenía una cantidad infinita de confianza en sí mismo en sus proyectos comerciales, el resto de la gente era más difícil de convencer. El asesor financiero de Elliott era uno de tales escépticos. Este había echado un rápido vistazo a la propuesta antes

de pasarla por la trituradora. Le había dicho a Elliott que sería mejor que se fumara el dinero antes que dárselo a este tipo.

"¿Sabes lo que voy a hacer?" dijo Elliott sintiendo una oportunidad para escapar. "Voy a llamar a mi asesor ahora mismo y exigirle saber qué está pasando. No me importa que sea viernes por la noche. Esto es inaceptable."

Un curso de acción más obvio sería decirle a Preston que no estaba interesado, pero él nunca lo hacía. Era un recién llegado a toda esta escena. Todavía era un forastero, mientras que Preston era un conocedor, y necesitaba mantenerse en buenos términos si quería ganarse aceptación.

"Espera un segundo," dijo Preston.

El agarre alrededor del brazo de Elliott se volvió más firme. Ahora no había forma de que pudiera irse sin apartar la mano de Preston físicamente. Era una táctica que se sabía que él empleaba, aferrarse a sus objetivos y no soltarse jamás hasta recibir al menos un compromiso verbal de que recibiría el anticipo.

"Quiero presentarte a uno de mis otros inversores. Ya sabes, por si necesitas más convencimiento de la increíble oportunidad que es esta."

"No, de verdad, no es necesario que..."

"¡Venga!" dijo Preston. Le arrastró hacia un grupo que estaba de pie en semicírculo. Elliott no opuso resistencia. Pensó que sería más fácil aguantar y escabullirse una vez que Preston estuviera distraído.

Stephanie Marlowe era parte de este grupo. Preston pasó junto a ella hacia su novio, de pie junto a ella. Era un tipo alto y delgado con un traje azul marino de *Dolce y Gabanna*, con mechas rubias en el pelo. Con solo mirarlo, Elliott supo que el tipo nadaba en dinero. Todo en él gritaba riqueza heredada.

Preston le dio una palmada en el hombro a su amigo y dijo algo que Elliott no entendió. El inversor se dio la vuelta y saludó a Elliott con

una sonrisa. Le tendió la mano.

Hubo una sensación inmediata de reconocimiento. Elliott sabía que había conocido a esta persona antes, o al menos lo había visto en alguna parte. Sin embargo, no recordaba dónde. Se había cruzado en su camino con tanta gente durante los últimos dos años en eventos como este, gente con la que se encontraba un par de veces y que nunca los volvía a ver. Los nombres y los rostros se volvían borrosos después de un tiempo.

Alargó la mano para estrechar la mano del hombre. Solo entonces, en el momento exacto del contacto, su subconsciente arrojó un nombre. Sabía quién era. Preston lo confirmó un segundo después.

"Elliott Connors," dijo. "Quiero que conozcas a Fabián Turner."

Por un breve momento, la sangre se detuvo en las venas de Elliott. Estaba estrechando la mano de Fabián Turner.

Este era el tipo que se había colado en un centro de procesamiento y le había filmado agrediendo a Trent Zombie. Él era responsable de las escandalosas imágenes que habían llevado a Rito Muerto al borde de la bancarrota, obligándolos a aceptar el trabajo de Villa Tumbas. Del metraje que le había convertido en una de las personas más vilipendiadas del planeta durante un corto período de tiempo. A pesar de la inmensa influencia que había tenido en dar forma a la vida de Elliott, este era en realidad su primer encuentro cara a cara.

"Yo... creo que ya nos conocemos," fue todo lo que Elliott logró decir.

Fabián tardó un poco en darse cuenta. Elliott supo el momento exacto en que finalmente hizo clic en su cabeza. Fue cuando la sonrisa se desvaneció y un ligero temblor recorrió su mano. Fabián se retiró del apretón de manos como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

"¿Os conocéis el uno al otro?" dijo Preston.

"Nosotros, eh... nosotros..." Las palabras quedaron atrapadas en la

garganta de Fabián. "Nosotros... nosotros..."

"Tenemos amigos en común," dijo Elliott. "Aunque no creo que nunca nos hayan presentado debidamente."

"Ah, bueno, ¿qué te parece eso?" dijo Preston ajeno a la dolorosa incomodidad que hervía a fuego lento entre ellos. "Dos viejos amigos reconectando así es una señal de grandes cosas por venir. Los planetas se alinean, la fortuna nos sonrío. Esto estaba destinado a ser."

"Um, sí. Como dije, me comunicaré contigo," dijo Elliott. No quería más que alejarse lo más posible de allí, pero no podía encontrar la manera de hacerlo sin parecer que estaba huyendo.

"Claro que sí." Preston le dio una fuerte palmada en la espalda. "A menos que tengas un problema para ganar dinero."

Cogió un vaso al azar de la repisa detrás de él y lo sostuvo en el aire.

"Ey, todo el mundo, hay que celebrar la ocasión con un brindis. Recordad este momento porque en los años venideros recordaremos esta noche y... ey, ¿estás bien, Turner?"

"¿Hmm?" Dijo Fabián.

"No tienes buen aspecto. Estás aún más pálido de lo normal." Le dio un codazo a Elliott. "¿No está pálido?"

Era imposible no notar el cambio drástico en la apariencia de Fabián, incluso bajo esta luz. Tenía el rostro empapado de sudor y se había vuelto del tono de un cadáver.

"Yo... creo que tal vez ha sido algo que he comido," dijo Fabián. Sus ojos bajaron al suelo. "Necesito sentarme. Disculpadme."

Salió a trompicones en dirección al baño y desapareció de la vista.

Capítulo 16

Miles no quería admitirlo, pero estaba perdido. Llevaba deambulando arriba y abajo por ese mismo tramo de carretera durante casi una hora. Escribirse la dirección en la mano no había sido la idea más inteligente. La tinta se había emborronado y la luz por aquí era escasa. Siguió adelante calle arriba, se detuvo, volvió a mirarse la mano y luego caminó un poco más. Estaba demasiado avergonzado, además de ser demasiado terco, para llamar a Elliott y pedirle indicaciones.

Llegó a un paso de peatones. Miró a izquierda y derecha mientras esperaba que cambiara el semáforo. Buscó oír música o cualquier otra pista sobre dónde podría ser esa fiesta, pero solo oía el tráfico.

"Ey, hermano, ¿tienes algo de cambio?"

La voz le hizo saltar un poco. No se había fijado en el hombre hasta entonces. El tipo estaba sentado con las piernas cruzadas en un rincón oscuro de la calle, a no más de unos metros de donde él estaba. Tenía un aspecto horrible, casi inhumano. Estaba increíblemente delgado, como un huelguista a días de la muerte. Un harapiento saco de dormir era lo único que lo separaba del duro pavimento.

"Cualquier cosa que lleves encima, cualquier cosa," dijo el hombre. "Sería de gran ayuda."

"Yo, um, no llevo nada de cambio encima," dijo Miles. Ésta era su respuesta habitual cada vez que desconocidos le pedían dinero, pero en esta ocasión resultaba ser cierta. "Lo siento."

El hombre se puso en pie, lo cual requirió cierto esfuerzo. "Te conozco de alguna parte, ¿no?" dijo él.

"No, no creo."

Pudo verlo mejor una vez que el tipo dio un paso hacia la luz. Tenía ojeras en los ojos y la mayoría de los dientes se le habían caído. Su

piel tenía un tinte gris. Su rostro estaba moteado de llagas del tamaño de una moneda. No tenía uñas. Todos los signos de un resucitador sin acceso a la medicación adecuada.

"Sí, sí, estoy seguro de haberte visto antes." El hombre se acercó un paso más. Miles trató de no enojarse cuando invadió su espacio personal. "Tú eres el tipo de esos anuncios, ¿verdad?"

Este comentario casi lo hizo llorar. "¿Cómo es que has podido verlos?" dijo él.

"¿Cómo he podido no verlos? Están en las pantallas del metro. Los ponen cada dos carteles. Están por todas partes. Estoy harto de verlos, para ser honesto."

Miles asintió lentamente. "Sé exactamente cómo te sientes."

Siguió un silencio incómodo. Deseó que cambiara el semáforo para poder cruzar la calle y poner fin a este encuentro, pero este se negaba. El extraño permanecía donde estaba sin apartar los ojos de él.

"Así que, como estaba diciendo, si tienes algo," dijo el hombre. "Lo que puedas. Sería de gran ayuda."

En contra de su buen juicio, Miles se descubrió echando mano a su billetera. Sabía que se suponía que no debía dar limosna a las personas sin hogar; el municipio local solicitaba que la gente hiciera donaciones a las organizaciones benéficas, ya que no querían alentar la mendicidad. Pero este tipo estaba desesperado y ya sabía quién era Miles. Si lo ignoraba y se alejaba, probablemente le diría al mundo lo egoísta y despiadado que era el tipo de esos anuncios del gobierno.

Solo tenía billetes. Billetes grandes de veinte y de cincuenta. Pensó en entrar corriendo en una tienda para pedir cambio, pero en lugar de parecer egoísta, habría quedado increíblemente tacaño. Le entregó al hombre un billete de veinte.

"Oh, gracias señor," dijo el resucitador. "Gracias por su generosidad y por su continuo servicio a nuestro país."

"Ya, ya," dijo Miles. El semáforo cambió por fin y él pudo alejarse.

Con veinte dólares el tipo se compraría un par de dosis de medicamento en el mercado negro y la vida del extraño se prolongaría unos días más, pero eso solo estaba retrasando lo inevitable. Miles sabía que si alguna vez volvían a cruzarse, era muy probable que fuese a título profesional.

Pasó otra media hora antes de que por fin localizara la dirección. Era un edificio de ladrillos de cuatro pisos que durante los últimos años había sido una tienda de bicicletas, una empresa de contabilidad y un restaurante nepalí. Había estado desocupado y en ruinas en tiempos más recientes, donde luego se había convertido en un notorio lugar de reunión de drogadictos. Ahora lo habían limpiado y elegido para albergar la fiesta *Pop-up* de esta noche. *Pop-up*, por lo que él sabía, era un término de moda que solo significaba temporal.

Algunos rezagados y parásitos merodeaban por delante y había música proveniente del interior, pero no había una entrada obvia. Miles caminó de un lado a otro varias veces antes de divisar el estrecho callejón a un lado.

Dos hombres corpulentos vestidos de negro estaban a ambos lados de una puerta roja al final del callejón. Sus ojos se entornaron mientras Miles se acercaba. La mirada que recibía estaba lejos de ser acogedora.

"Estoy aquí para la fiesta Xyyx," dijo. "Mi nombre está en la lista de invitados."

Decir esas palabras en voz alta le hizo sentirse ridículo y un poquito especial.

El primer portero le echó un vistazo. Miles sintió que se emitía un silencioso veredicto sobre su atuendo. "No creo que lo estés," dijo. Su rostro permanecía estoico, pero hubo burla en su voz.

"No, en serio. Estoy aquí para la fiesta," insistió.

El otro hombre sacó una tablet. "Nombre," dijo en tono aburrido.

Miles se lo dijo, y el gorila pasó el dedo por la pantalla. Sus cejas se alzaron levemente al ver que su nombre estaba efectivamente en la lista. Su puño golpeó la puerta.

Se abrió unos segundos después y Miles subió por una estrecha escalera.

Por mucho que deseara esta noche, no era capaz de reunir el entusiasmo necesario. Supuso que en realidad no sería su escena. Solo había venido porque Elliott le había convencido, y solo había accedido porque no había podido pensar lo bastante rápido en una excusa. Aún así, intentó mantener la mente abierta. Sería una nueva experiencia y al menos lo sacaría de la casa esa noche.

Había evitado las fiestas y las situaciones sociales en general desde que había dejado de beber. No es que le preocupara ceder a la tentación, aunque ese pensamiento nunca estaba muy apartado de su mente. Tenía más que ver con el hecho de que todo era más agradable cuando tomaba unos tragos. El alcohol animaba su personalidad y le hacía divertido. El borracho y feliz Miles era mucho más popular que el aburrido y sobrio Miles. Reflexionando, entendía que de ahí provenía la mayor parte de sus problemas con la botella.

Pasó por otra puerta y llegó al área principal. En cuanto entró se sintió fuera de lugar. La habitación rebosaba riqueza y glamour, dos cosas de las que él definitivamente carecía. La mayoría de los invitados parecían haber salido directamente del yate de un multimillonario o de una sesión de fotos de moda. Se sentía tanto demasiado bien vestido como mal vestido. Hizo todo lo posible por actuar como si perteneciera allí, pero cuanto más trataba de encajar, más conspicuo se sentía.

Buscó a Elliott por la sala, pero no pudo verlo por ningún lado. Se movió entre la multitud, tratando de no sentir que tenía todos los ojos puestos en él.

Poco tiempo después de su llegada, se encontró hablando con alguien que dijo estar involucrado con Xyyx, la empresa responsable de la fiesta de esta noche. El tipo habló con la velocidad y la energía de un participante en una carrera, las

palabras salieron de él mientras bombardeaba a Miles con el argumento de venta de Xyyx.

“Han desarrollado esta nueva aplicación que facilita la inversión en empresas emergentes innovadoras y de vanguardia,” dijo. “No es necesario saber nada sobre las empresas o la industria. Ni siquiera necesitas dinero. Puedes comenzar con solo cien dólares. Simplemente indicas cuánto deseas invertir, la cantidad de empresas en las que deseas invertir ese dinero y el nivel de riesgo deseado. La aplicación se encarga del resto. Su algoritmo determina los mejores lugares para dirigir tu dinero. A partir de ahí, simplemente te sientas y observas cómo el próximo Facebook o Amazon te convierte en millonario.”

Luego pasó a sus propios planes para construir una serie de apartamentos de lujo y complejos de estilo de vida en una parte de la ciudad donde acababa de comprar un terreno. Era la idea más ridícula que Miles había escuchado en su vida, especialmente viniendo de alguien que parecía que debería estar en casa estudiando para sus exámenes de secundaria, pero este tipo estaba convencido de que este proyecto sería como construir tu propia planta de impresión de dinero. Miles hizo varios intentos de excusarse y, en cada uno, el tipo le agarraba del brazo y tiraba de él hacia atrás. Solo se le permitió irse una vez que el extraño supo que Miles no era rico y que no tenía nada con lo que contribuir a su proyecto.

Pasó otros veinte minutos vagando de una habitación a otra y de un piso a otro antes de que decidiera que había tenido suficiente. Había visto todo lo que esta fiesta tenía para ofrecer y ahora quería irse. Se abrió camino hacia la señal de salida y se sorprendió de encontrar la puerta sellada. La única salida era el camino por donde había entrado en la otra punta de la sala. Aquel lugar estaba a un cable deshilachado de distancia de múltiples muertes y demandas millonarias.

Estaba a medio camino cuando Elliott lo vio. Como era frecuente esos días, su amigo estaba completamente encajado y rodeado por los habituales parásitos oportunistas que se habían adherido como percebes en cuanto habían sabido cuánto valía. Elliott se alejó de sus nuevos amigos y se apresuró hacia él.

"¡Has venido!" dijo agarrando a Miles por el hombro.

"He venido," dijo Miles tratando de imitar el entusiasmo.

"Oh, tío, estaba empezando a pensar que no ibas a aparecer."

Elliott le puso al tanto de todo lo que se había perdido hasta ahora, diciéndole que era una fiesta increíble y tomando una ronda de bebidas del bar. Era un brebaje verde oscuro servido en una copa de cóctel. Uno fue puesto en la mano de Miles y él tuvo que explicar una vez más que ya no tocaba el alcohol antes de dejar la bebida a un lado.

A continuación, le arrastraron por la fiesta y le presentaron al cerebro detrás de aquella nueva empresa. La mayoría parecían arrogantes fanáticos de la tecnología que intentaban abrirse camino entre la gente *guay*. Miles notó lo desesperado que parecía que Elliott fuese aceptado en este nuevo mundo. Era difícil no sentir vergüenza por todo eso. Ahora parecía una persona completamente diferente. Tener tanto dinero siempre te arruinaba la cabeza y él esperaba que Elliott se volviera un poco loco por un tiempo, solo hasta sacar la novedad de su sistema, pero parecía haber sucedido lo contrario. Había desarrollado un gusto por el estilo de vida.

Miles toleró esto todo el tiempo que pudo con una sonrisa forzada, antes de decidirse a dar por terminada la noche.

"¡Pero si acabas de llegar!" dijo Elliott cuando le dijo que se iba.

"Lo sé. Es que no creo que esta sea mi escena," dijo.

"¿Que no es tu escena? ¿Qué significa eso?"

"No lo sé," se encogió de hombros. "Simplemente no es para mí, eso es todo. Ya hablaremos más tarde."

Hizo un movimiento para alejarse. Elliott le detuvo. "Espera, antes de que te vayas necesito preguntarte algo."

"Claro, ¿qué pasa?"

"Quiero saber por qué estás haciendo el trabajo de GCNM de

nuevo."

Esto lo pilló por sorpresa. No le había dicho a nadie una palabra sobre trabajar para Z-Pro. Solo Clea lo sabía, que él supiera, y él dudaba que Elliott lo hubiese oído de ella. Pero no pasó mucho tiempo para que se presentara una explicación más obvia.

"Viste el anuncio." Sintió morir una pequeña parte de sí mismo mientras decía esto.

Elliott negó con la cabeza, momentáneamente sin palabras. "Es que no lo entiendo. ¿Por qué se te iba a pasar por la cabeza siquiera volver a un empleo como ese?"

"No te preocupes, sólo es temporal," dijo empleando su justificación estándar. "Solo hasta que encuentre un trabajo mejor. Lo haré durante un mes o dos, y luego renunciaré."

"Pero ya sabes lo que pasó la última vez. ¿De verdad quieres arriesgarte a ponerte en peligro así?"

"Entiendo te preocupación, pero el trabajo es completamente seguro. Lo que sucedió con Rito Muerto nunca volverá a suceder. Nos volvimos codiciosos, nos pusimos en una situación imprudente y..." Dejó de hablar a mitad de la frase. Su atención estaba en el otro lado de la habitación. "¿Ese de allí es Fabián Turner?"

Elliott miró por encima del hombro. "Ah, sí. Fabián. También está aquí. Se ha cortado el pelo."

"Ha hecho mucho más que eso, por lo que parece. ¿Y está con Madison Marlowe?"

"No, esa es la otra hermana. Esa es Stephanie Marlowe. Están saliendo, creo."

"¿Fabián y la hija del primer ministro? Te lo juro, ya nada tiene sentido para mí."

"Pero escucha, si lo que necesitas es dinero, siempre te puedo ayudar," dijo Elliott.

"Sé que puedes, pero no necesito otro préstamo. Necesito un empleo. Llevo casi un año sin empleo y ya te debo un montón de dinero. No quiero pedir prestado más."

Elliott quitó importancia a eso con un gesto de la mano. "Por eso no tienes que preocuparte."

"Tarde o temprano tendré que preocuparme por eso. Si no empiezo a pagar pronto, pasarán décadas antes de que lo devuelva todo."

"No me refiero a eso. Me refiero a que no quiero que me devuelvas el dinero. Es tuyo. Puedes quedártelo."

"¿Pensé que habías dicho que era un préstamo?"

"Solo dije que era un préstamo para convencerte de que te lo quedaras. Venga ya, te conozco. Si hubiera dicho que quería darte el dinero, tú habrías objetado, yo habría insistido y todo se habría convertido en un problemón. Pensé que sería más fácil de esa forma."

"Mira, aprecio lo que estás tratando de hacer, pero tengo que arreglármelas por mi cuenta." Miles tuvo que aferrarse a cada pedazo de orgullo para resistirse a aceptar su oferta. "Necesito un empleo, no una limosna. No todos los problemas pueden resolverse tirándoles dinero."

"Oye, yo solo intento ayudar. Si no estás interesado, no pasa nada." Elliott bebió el resto de su cóctel de lodo verde. "Pero recuerda, no te obligué a aceptarlo ni nada."

"Te digo que quiero devolverte el dinero tan pronto como esté en condiciones de hacerlo."

"Y yo te digo que no necesito que lo hagas. En serio, no supone un problema para mí. Ahora tengo mucho dinero. Demasiado, si soy honesto. Pensé que lo correcto sería compartirlo con familiares y amigos que pudieran necesitarlo."

"¿Te refieres a lo que hiciste con Amy y Trent?" Dijo Miles.

No estaba muy seguro de dónde había venido ese comentario.

Simplemente lo soltó sin pensar. Era algo que había estado en su mente durante algún tiempo, pero nunca creyó ser tan directo como para soltarlo así. Ni siquiera podía usar el alcohol como excusa.

"¿Qué pasa con Amy y Trent?" Dijo Elliott, todo su comportamiento cambió en un instante.

Miles debatió en silencio si quería profundizar más en eso. Tenía una inclinación natural a evitar la confrontación, pero se estaba cansando de morderse la lengua. Había visto muchos cambios en Elliott en los últimos años y no siempre para mejor. Como amigo, sintió que tenía el deber de decir algo. Él era el único que podía hacerlo. Ninguno de sus otros amigos estaba dispuesto a decirle algo que quizá no quería escuchar.

"¿Por qué pagaste por sus gastos de regeneración y tratamiento?" dijo finalmente.

"No lo sé. Pensé que era lo correcto, supongo," dijo Elliott.

"Ajá. ¿No crees que hubo un elemento de venganza en lo que hiciste?"

"¿Crees que darle a alguien una segunda oportunidad en la vida es una venganza?"

"Pensaba más en la línea de ese viejo dicho, «vivir bien es la mejor venganza». Querías que Trent viera lo rico que eras y querías que Amy viera lo que se había perdido. Eso no podía suceder si eran zombis."

La boca de Elliott se abrió mientras iba a responder, pero lo reconsideró antes de que pudiera decir algo. Miró su vaso vacío por un momento. "¿Podemos hablar de otra cosa?" dijo en voz baja. "Esto es una fiesta. Deberíamos divertirnos."

Regresó al bar. Miles permaneció donde estaba. Hubo un ligero sentimiento de remordimiento, pero era necesario decirlo. Y lo más importante, Elliott necesitaba escucharlo.

Capítulo 17

Era la una y cuarto de la madrugada y, por increíbles que hubieran sido las últimas horas, la fiesta apenas comenzaba a cobrar vida.

Alrededor de las once, Elliott y un par de ingenieros de software de Xyyx se aventuraron a subir a la azotea del edificio donde pasaron media hora lanzando a la estratosfera cohetes en miniatura sorprendentemente poderosos. Poco antes de la medianoche, Elliott participó en una partida de póquer de alto riesgo. Ganó veinticinco de los grandes en diez minutos, solo para perderlo todo nuevamente dos minutos después. Poco después de eso, un rapero adolescente del que nunca había oído hablar, pero del que todos insistían que estaba incendiando Internet, se detuvo para realizar un enérgico concierto de veinte minutos que tuvo a la multitud en éxtasis. Se fue inmediatamente después, llevándose con él varias de las modelos de ambientación y atmósfera.

Miles no estaba presente para ver nada de esto. Se había marchado unos treinta minutos después de su llegada. Elliott había tratado de convencerle de que se quedara más tiempo, pero cuando le dio la espalda durante un minuto, él se había dirigido directamente a la salida.

Elliott mentiría si dijera que estaba decepcionado de verlo irse, especialmente porque su amigo parecía decidido a no pasar un buen rato. Tampoco era un incidente aislado. Parecía que siempre que intentaba incluir a Miles en su nueva vida, presentándole nuevas experiencias y nuevas personas, él miraba más allá de los aspectos positivos y encontraba algo o alguien de qué quejarse. Aquí estaba esta noche, en una fiesta a la que mucha gente levantaría felizmente un dedo para conseguir una invitación, y él no había hecho nada más que enfurruñarse. Siempre había sido un poco tenso, pero últimamente se había vuelto intolerable. Aún cuando Elliott había tratado de hacer lo correcto al ofrecer ayuda financiera, había encontrado una manera de darle la vuelta al asunto y hacerle sentir culpable por sugerirlo siquiera.

Miles había desarrollado algunos complejos serios acerca de todo el dinero que ahora tenía. Había sido así desde el principio. Hacía unos años, cuando le había dicho que estaba a punto de convertirse en millonario instantáneo, en lugar de alegrarse por él, su primera respuesta fue advertirle de todos los oportunistas que pulularían a su alrededor en cuanto se corriera la voz. Estas advertencias se hicieron más fuertes y frecuentes cuanto más aumentaba su patrimonio neto. Se refería como chupasangres y parásitos a las personas con las que él ahora andaba, lo cual parecía un poco falso dado que Miles había estado más que feliz de aceptar un préstamo de 80.000 dólares sin intereses hacía unos años. Un "préstamo" que él debía haber sabido que nunca se esperaba que fuera devuelto. Por supuesto, había emitido todos los ruidos correctos sobre querer pagarlo en cuanto pudiera, era su forma de diferenciarse de todos los demás gorriones que buscaban una limosna, pero en ningún momento había presionado el tema. Parecía feliz de continuar sin hacer un solo reembolso.

Luego había venido el comentario de antes. El de Amy y Trent, donde se daba a entender que había tenido algún tipo de motivo oculto al pagar los gastos médicos. Elliottt había estado un poco borracho en ese momento, por lo que el impacto de estas palabras no se había registrado de inmediato. No fue hasta más tarde que se asimilaron las implicaciones completas de lo que Miles estaba sugiriendo, y ahora podía pensar en ello poco más. Ese único comentario se le había quedado atascado en el cerebro como una piedra en el zapato, constantemente agravándolo e incapaz de ser eliminado sin importar lo que hiciera. Este era el clásico Miles; el comentario desechable pasivo-agresivo que sonaba inocuo pero que estaba diseñado para causar la máxima irritación.

Tenía que llegar al fondo de esto, aunque sólo fuera para tranquilizar su mente. Necesitaba demostrar que Miles estaba equivocado. Solo había una forma de resolver este problema.

Se escabulló de la fiesta y salió al balcón, cerrando la puerta corredera tras él. Estaba solo (o había creído que lo estaba) hasta advertir a Preston Dumont desplomado en un rincón. El tipo estaba muerto para el mundo, con una pequeña gota de vómito en la barbilla y una mucho más grande en la parte delantera de la

camisa. El resto estaba dentro y alrededor de la maceta junto a él. Preston a menudo tenía problemas para contener el licor.

Elliott sacó el teléfono y marcó el número de Amy antes de que pudiera convencerse de lo contrario.

Comenzó a tener dudas al oírlo sonar. Esto parecía una idea espectacularmente mala. Era una idea espectacularmente mala. No tenía ni idea de lo que le iba a decir. Pero alguna fuerza invisible le obligó a permanecer en la línea.

Sonó cuatro veces. Hubo un clic y luego una voz.

"¿Hola?"

Colgar sin hablar seguía siendo una opción.

"¿Amy?" se escuchó decir. Ya no era una opción.

"Sí. ¿Quién es?"

"Soy..." El interior de su garganta se hinchó como si hubiera entrado en un shock anafiláctico. Luchó por sacar algo. "Soy... es Elliott," logró decir.

No hubo respuesta. Eso era peor que una respuesta airada. El silencio se prolongó en lo que parecieron minutos. Revisó la pantalla para asegurarse de que la llamada no se hubiera interrumpido.

"¿Elliott?" dijo ella.

"Elliott Connors."

"Se que eres tú. No conozco a ningún otro Elliott."

"Oh, cierto." El tono de Amy era inescrutable. No podía saber si a ella le agradaba saber de él. "Oh, no, me acabo de dar cuenta de la hora que es. No te habré despertado, ¿verdad?"

"No, todavía estaba despierta. Tenía la televisión encendida. No podía dormir."

"Bueno. ¿Echan algo bueno?"

Hubo una pausa. "¿Algo bueno?"

"Sí, bueno, um..."

"¿Para eso has llamado? ¿Para ver lo que había en la televisión en medio de la noche?"

"No, yo..." Respiró hondo y pulsó el botón de reinicio en su cerebro. "Es que estaba pensando en ti. Hablamos de ti antes, Miles habló. Él te mencionó y se me ocurrió que habían pasado siglos desde la última vez que hablamos. Yo... supongo que solo quería ver cómo estabas."

Otro excruciante silencio.

"Bueno... estoy bien ahora," dijo, su voz se suavizó. "Varía, ¿sabes? Algunos días son mejores que otros. Pero estoy bien, considerando todas las cosas."

"Eso es estupendo. Es genial oír eso," dijo Elliott.

"¿Dónde estás?"

"¿Qué, ahora mismo?"

"Se oye musica. ¿Estás en una fiesta?"

"Ah, sí. Ya. Es para una nueva empresa de tecnología con la que estoy involucrado. No está muy bien, a decir verdad. Probablemente me iré pronto." No sabía por qué tenía que fingir que no se estaba divirtiendo. Ahora se estaba enfriando. El mejor curso de acción sería terminar la llamada antes de que realmente se pusiera en ridículo. "Lo siento, no quise molestarte ni nada. No debería haber llamado tan tarde. Hablo contigo más tarde."

"No, espera..." Amy quedó en silencio por un momento. "Quiero darte las gracias por lo que hiciste por mí. Con los gastos de regeneración y todo lo demás. No tienes idea de lo que eso significó para nosotros. Para mi familia, para todos, todos lo apreciamos mucho. De veras que lo aprecio."

"Oh. Oh, eso no fue nada. Me alegró poder ayudar," dijo él.

"Llevo con la intención de decirte esto desde el año pasado, pero... no estaba segura de si querías saber algo de mí."

"No, sí. Sí quiero. Yo estuve pensando en llamarte también después de tu tratamiento. Quería ver si estabas bien. Me preocupaba que pudieras haber tenido una idea equivocada al respecto."

"¿Una idea equivocada sobre qué?"

"Ya sabes, que te pagara el tratamiento. Pensé que podrías haber sospechado de mis motivos o algo así."

No había tenido la intención de plantear el tema tan temprano en la conversación. Su plan, si es que podía llamar a algo de aquello un plan, era rondar el tema y extraer delicadamente la información, pero eso estaba mucho más allá de sus capacidades actuales. En cambio, simplemente había soltado lo que tenía en mente.

"¿Tus motivos? ¿De qué estás hablando?"

"Yo sólo..." Se apoyó contra la barandilla del balcón y se frotó la frente. "No sé de qué estoy hablando. En realidad no he pensado en nada de esto. En lo de tú y yo, creo que estoy un poco borracho."

Amy rió. Era el tipo de risa profunda y gutural que a él le encantaba escuchar. "Pensé que ese podría ser el caso, pero tampoco te iba a decir nada."

Elliott también logró reír. "Pensé que estaba haciendo un buen trabajo ocultándolo."

"Me llamas desde una fiesta a la una y media de la mañana. Eso es una especie de confesión."

"Ah, ya. Supongo que sí."

"¿Y dijiste que Miles está allí también?"

"Estuvo aquí, pero se fue hace un tiempo. Esto no era mucho su escena, al parecer."

"No, no suena mucho a eso."

Ambos rieron al mismo tiempo y a Elliott le invadió una enorme sensación de alivio. Ella no estaba enojada. Estaba contenta de que él hubiera llamado. No tenía nada de qué preocuparse. Todo había estado en su cabeza. Más concretamente, Miles estaba muy equivocado con su comentario. Pagar por su tratamiento había sido lo correcto.

Una ovación llegaba del interior de la fiesta. Elliott dio la vuelta para ver a Madison Marlowe realizando su rutina ahora obligatoria de baile de mesa. Tenía una audiencia cautiva de empleados varones de Xyyx, la mayoría de los cuales la filmaban con sus teléfonos. El director ejecutivo de Xyyx, un joven de veintidós años que había abandonado la universidad, lanzaba billetes de cien dólares al aire como si fuesen confeti. Madison estaba a un tacón de distancia de una dolorosa caída al suelo.

Experimentó una especie de epifanía al ver cómo se desarrollaba todo esto. Decidió que esta tampoco era realmente su escena. Ya no quería estar aquí con esta gente. Preferiría estar con Amy.

Capítulo 18

Miles no esperaba quedarse demasiado tiempo en Z-Pro. Después de todo, era solo un trabajo temporal. Cuatro a seis semanas como máximo. Así que fue una sorpresa para él despertarse una mañana y descubrir que habían pasado tres meses desde su primer día. Había caído en una cómoda rutina, su vida ahora seguía un patrón predecible trabajo-casa-comer-dormir que hacía que los días pasaran bastante rápido.

Había suficiente variedad en su trabajo para mantener sus niveles de interés flotando marginalmente por encima del mínimo indispensable. Algunos días asistía a cuatro incidentes antes del almuerzo. Otras veces podían pasar dos o tres días en los que no hacía más que intentar superar su puntuación más alta en el Tetris. La mayoría de las llamadas eran tan sencillas que podía hacerlas en piloto automático sin apenas tener que pensar en lo que estaba haciendo. Al final de cada día, salía por la puerta en el momento en que terminaba su turno y nunca se quedaba para socializar con sus colegas. Seguía poniendo excusas de por qué no podía quedarse con ellos cuando llegaban a los bares, hasta que finalmente dejaron de invitarle.

Su saldo bancario comenzó a acumular fondos. Por primera vez en años tenía ingresos disponibles y, a diferencia de su jefe anterior, se le pagaba a tiempo todas las semanas.

Su vigésimo séptimo cumpleaños llegó y se fue con poca fanfarria.

En ese tiempo había ideado algo parecido a un plan de vida. Iba a pasar otros seis a doce meses haciendo el trabajo de GCNM de primera línea. Después de eso, buscaría en serio un empleo de detrás de un escritorio. Definitivamente no quería estar en las calles persiguiendo zombis callejeros cuando tuviera treinta años. Siempre surgían oportunidades en la oficina en torno a Z-Pro, por lo que no creía que fuese un objetivo que le costara mucho alcanzar. El personal aquí era ascendido sobre la base de la longevidad en lugar de la capacidad, y cualquier persona que permaneciera en la

empresa durante más de dos años se consideraba automáticamente con el potencial de gestión.

Puede que no fuese la vida y carrera que había imaginado cuando era más joven, pero cuanto mayor se hacía, más se daba cuenta de que muy pocas personas ven sus sueños hechos realidad.

Gracias al anuncio en el que tenía un papel protagonista, todos sus amigos ahora sabían que estaba trabajando para Z-Pro. Su hermana Shae le había llamado para gritarle y decirle lo idiota que era por aceptar este trabajo. Felix, Adam y muchos otros se pusieron en contacto para expresar preocupaciones similares. Él hizo todo lo posible para asegurarles a todos que no corría peligro y que lo que había sucedido en Rito Muerto nunca podría volver a suceder.

No había hablado con Elliott desde la noche de la fiesta Xyyx. Habían intercambiado algunos mensajes de texto, pero eso era todo. Sin grandes peleas o explosiones. Ahora vivían vidas muy diferentes y era natural que eventualmente se separaran.

Después de seis semanas de alta rotación, el anuncio ahora se mostraba solo siete u ocho veces al día. Los extraños aún le reconocían ocasionalmente, pero la cantidad de abucheos que recibía se había reducido significativamente.

Devon se detuvo en un lugar apartado en la parte trasera del granero, justo detrás del tronco de un enorme álamo. Se aseguró de que estuviera completamente oculto y no fuera visible desde la carretera. A pesar de que estaba en medio de la nada, todavía se tomaba precauciones.

Cerró su coche y se dirigió hacia el granero.

Para alguien que había vivido en la ciudad toda su vida, el aislamiento de este lugar a veces le molestaba. Nada más que potreros planos y vacíos hasta donde alcanzaba la vista. El pueblo de dos caballos más cercano estaba a veinte minutos más adelante. Había un silencio inquietante, sólo interrumpido por el graznido ocasional de los cuervos. Simplemente no se sentía bien. Si alguien quisiera derribarlo, fácilmente podría tenderle una emboscada y enterrar su cuerpo en los campos sin que nadie se enterara.

Llamó con los nudillos a una puerta lateral. Esta se abrió una ranura estrecha. Un par de ojos hinchados le devolvieron la mirada, entornados como si estuvieran vislumbrando la luz del sol por primera vez en semanas.

"Que soy yo," dijo Devon.

"Llegas tarde," dijo Rizzo.

"Lo siento. Me quedé atascado en el tráfico."

"Oh. Vale."

La ranura se cerró y la puerta se abrió.

Rizzo había envejecido décadas desde la última vez que Devon lo había visto. Su rostro estaba hinchado y cubierto de sucia barba gris. Su cabello parecía haber sido usado para limpiar una fuga de petróleo. Llevaba una vieja bata de lino sobre un pantalón de chandál. Tenía la mano derecha enyesada y la izquierda sujetaba la parte superior de un bastón.

El granero era del tamaño de un campo de fútbol. Devon entró y Rizzo cerró de golpe la cerradura de la puerta. El lugar olía a infestación de ratas.

"Por aquí," dijo Rizzo hablando con una voz tan ronca que parecía como si acabara de recibir un puñetazo en la garganta.

Cruzaron la extensión de cemento agrietado y manchado de aceite. Rizzo se movía a la mitad de velocidad, caminaba con una notable cojera. Devon lo siguió sin decir palabra. Había un distintivo bulto debajo de la túnica; el inconfundible contorno de una pistola.

Su mente zumbaba mientras trataba de averiguar qué había sucedido en los dos meses desde la última vez que había visitado este lugar. Rizzo iba armado, tenía una rodilla rota y una mano rota, y parecía que subsistía con una dieta de opioides licuados. Su paranoia saludable había ya ascendido a los niveles de Howard Hughes. Si tuviera que especular, diría que Rizzo había tenido algún tipo de desacuerdo o pelea con un socio comercial en la que él había quedado en segundo lugar.

Siempre supo que había que andar con cuidado cada vez que venía aquí, y no solo porque el lugar estaba lleno de trampas explosivas. Se había asegurado de no hacer ni decir nada que pudiera poner nervioso a Rizzo. Era obvio que el tipo tenía algún tipo de grave trastorno de personalidad y nunca podía estar seguro de lo cuerdo que estaba en un día determinado. Hoy parecía bastante amable, pero eso podría cambiar tan rápido como el clima.

Una conmoción de algún tipo se desarrollaba al otro lado del edificio. Dos hombres sudaneses, más delgados que una barandilla, habían estado descargando pesadas cajas de madera de la parte trasera de un camión de alquiler. Una de las cajas se había volcado y un dragón de Komodo (lo bastante grande como para tragarse un chihuahua) andaba suelto. Los dos hombres se gritaban el uno al otro en su lengua materna mientras intentaban recuperarlo, usando nada más que un palo y un saco de arpillera. Rizzo continuó sin mirar siquiera, como si este tipo de cosas ocurrieran todos los días.

El contrabando de animales exóticos era la última mercancía que vendía Rizzo. No era nada selectivo sobre lo que decidía vender. Medicamentos, software pirateado, tabaco ilegal, armas importadas: si podía hacer dinero con ello, estaba feliz de manejarlo. No estaba involucrado en el tráfico de órganos humanos, pero solo porque no tenía el conocimiento o los contactos.

Llegaron hasta un cajón de madera. "Voy a mostrarte esto ya que estás aquí." Rizzo lo abrió con una palanca. "Producto de primera calidad, si quieres una pieza."

Metió la mano en el interior y sacó una muestra del contrabando. Era un rollo de cinta adhesiva.

"¿Qué es esto?" Dijo Devon.

"¿A ti qué te parece?" Rizzo abrió el paquete y desplegó una longitud de aproximadamente un metro. "Tengo tres entregas más programadas para más adelante este mes. Un tipo que conozco derribó todo un contenedor lleno de cosas. Si quieres un poco, avísame."

Devon lo miró como si estuviera esperando el final del chiste. "¿Me

estás preguntando si quiero vender cinta adhesiva transparente?"

"Hay gran mercado para esto. Masivo. Prácticamente ilimitado."

"¿Para cinta adhesiva transparente?"

"¿Tú la usas?"

"Bueno, sí..."

"¿Conoces a alguien que no la use?"

Devon consideró esto. "No, supongo que no."

"Exactamente. Bueno, ¿cuántos rollos quieres?"

"¿Sabes?, creo que hoy me voy a quedar con el Zaracaína-9. Quizá la próxima vez."

"Como quieras." Tiró el rollo de vuelta al cajón. "Pero no te duermas ni nada." En cuanto desaparezca este, no sé cuándo me entrará más."

"Lo tendré en mente."

El primer encuentro de Devon con Rizzo (solo "Rizzo," aún no sabía su nombre de pila) había tenido lugar durante un breve período en prisión hacía varios años, cuando estaba cumpliendo un período de seis meses por saqueo durante el brote zombi. Rizzo lo llamó unos meses después de su liberación, invitándolo a trabajar para él en consignación. Devon no tenía idea de lo que provocó la llamada; no eran exactamente amigos, y tampoco es que Rizzo le debiera ningún favor después de su breve tiempo juntos dentro. Pero no pasó mucho tiempo pensando en ello. Parecía estar bien conectado y Devon no había estado exactamente inundado de ofertas de empleo desde su salida, así que había aceptado probar.

Los primeros productos que le había vendido fueron esteroides y hormonas de crecimiento humano. Las descargaba a las ratas de gimnasio, culturistas y adolescentes escuálidos que querían aumentar su volumen. No tuvo problemas para cambiarlos y obtuvo una buena ganancia. Luego vinieron las píldoras de Vicodín y

Percocet, la mayoría de las cuales se vendieron a universitarios ricos y profesionales. Un mes de tratos le pagaron las vacaciones de dos semanas en Bali. Había otros productos únicos de vez en cuando (teléfonos inteligentes, zapatillas de diseñador, equipo electrónico) y Devon estaba feliz de moverlos si pensaba que había demanda. Las únicas cosas que se negaba a tocar era el tráfico de animales, que eran mucho más problemáticos de lo que valían, y las armas, que venían con una sentencia de prisión mucho mayor.

Rizzo levantó una polvorienta lona marrón detrás del cajón de cinta adhesiva. Debajo había ocho cajitas distribuidas en un palé de madera.

"¿Qué es esto?" Dijo Devon.

"Esto es todo el Zaracaína-9 que me queda," dijo Rizzo. "Cada caja cuesta ahora novecientos dólares, por cierto. No estoy seguro de si ya te lo mencioné."

"No. No lo mencionaste."

"Correcto. Bueno, ahora son novecientos."

"¿Más de quinientos cincuenta desde la última vez que estuve aquí?"

"Teniendo en cuenta lo que ha pasado desde la última vez que estuviste aquí, agradece que puedas comprarlo siquiera."

"¿Por qué, qué ha pasado?"

"¿Hablas en serio?" Rizzo se apoyó en un banco de trabajo para descansar la rodilla dolorida. "En serio, amigo, no hace daño abrir un periódico de vez en cuando. Incluso podrías aprender un par de cosas sobre lo que está sucediendo en el mundo."

Sacó un bote del bolsillo y sacó cinco pastillas. A Rizzo le gustaba probar sobre la marcha todo envió farmacéutico nuevo antes de distribuirlo en su red de distribución. Esto, junto con la aparente paliza que había recibido, probablemente había contribuido al cambio drástico en su apariencia, dándole los diez kilogramos adicionales de hinchazón de drogadicto y la agudeza mental de un paciente con demencia.

"Los peces gordos de Elixia se adhirieron al plan," continuó, arrojándose las píldoras en la boca. "Lanzaron su propia investigación encubierta. Hay un montón de personas arrestadas."

Continuó explicando lo que había sucedido y el impacto que esto iba a tener en su operación.

El Zaracaína-9 no autorizado estaba siendo sacado de contrabando de las fábricas del sudeste asiático de Elixia y enviado para ser vendido en el mercado negro. Todo esto había comenzado cuando un grupo de emprendedores currantes de fábrica había descubierto a cuánto se vendía la droga en los países occidentales ricos. Un solo frasco costaba más de lo que ganaban en una semana, por lo que idearon un elaborado plan en el que se llevarían parte de ese beneficio para sí mismos. Había comenzado con una pérdida ocasional de cierta cantidad, algunas cajas aquí y allá, que se enviaban a familiares que vivían en el extranjero. La operación pronto se expandió y en pocos meses estaban pagando a los controladores de existencias para que desaparecieran de un plumazo camiones enteros, y entregando a los guardias de seguridad bolsas de papel llenas de efectivo para que miraran hacia otro lado. Los supervisores de turno, conductores, exportadores, funcionarios de aduanas y demás se llevaban su parte. A pesar de estos gastos adicionales, lograron poner el producto en manos del consumidor final por una fracción de lo que habrían pagado si hubieran pasado por los canales oficiales.

Fármacos Elixia había sospechado durante mucho tiempo que el Zaracaína-9 vendido ilegalmente en las calles provenía de una de sus plantas de Bangladesh, pero no sabían cómo estaba saliendo. Se inició una larga investigación que involucró cámaras ocultas, oficiales encubiertos y dispositivos de rastreo infiltrados en envíos aleatorios. Finalmente se produjo un gran avance el mes pasado que resultó en el arresto de sesenta personas. Ahora se habían establecido protocolos de seguridad más estrictos para evitar violaciones similares en el futuro.

"Así que esa es la situación tal como está," dijo Rizzo. "Nuestra principal fuente de suministro, diezmada de un solo pato."

"De un solo golpe," dijo Devon.

"¿Qué?"

"Has dicho «de un solo pato»."

"Sé lo que he dicho."

"Es «de un solo golpe». Significa abalanzarse sobre algo, de la misma manera que un ave se abalanza sobre su presa desde arriba."

"Un ave puede ser un pollo o un pato."

"Sí, ya lo se."

"¿Y cuántos pollos voladores has visto?"

Devon pensó en esto por un momento. "Bueno, lo que sea. El hecho es que no voy a pagar novecientos dólares por una caja. Eso es extorsión."

"No es extorsión, reina del drama, es economía básica. Cuando tienes menos de algo, la demanda aumenta y el precio sube. Cuando hay menos demanda ocurre lo contrario. ¿De verdad tengo que explicarte esto? Deberían haberte enseñado eso en la escuela."

"Pero novecientos por una sola caja es ridículo."

"Ese es el ritmo actual," se encogió de hombros Rizzo. "Le cobro lo mismo a todo el mundo, así que no te hagas la víctima. El suministro se recuperará muy pronto. Siempre lo hace. Puede que sean unos meses."

Devon se levantó con las manos en las caderas antes de descargar sus frustraciones en una caja de cartón vacía, pateándola tan fuerte como pudo. Su pie atravesó la caja y esta se le atascó en el tobillo. Saltó sobre un pie durante unos segundos mientras se la quitaba.

"¿Sacaste eso de tu sistema?" Dijo Rizzo.

"Bueno, ¿qué se supone que voy a hacer ahora? He conducido hasta aquí para nada," dijo Devon.

"Espera, no enredes tu oropel. Tengo otra cosa que podría

interesarle. Sígueme."

"No será más cinta adhesiva, ¿verdad?"

"Sígueme," repitió Rizzo.

Le llevó a una salita más pequeña en la parte trasera del granero. Se encendió una luz. Devon se enfrentó a una pared de cajas apiladas casi el doble de su altura. Cada caja tenía escritura árabe e inglesa en el lateral.

"¿Qué es todo esto?" dijo él.

"Esto es Zaracaína-9. Bueno, no exactamente, pero es una buena aproximación. Es una imitación de Zaracaína-9. Llegó hace un par de días. Debería servirte hasta que consigamos más del bueno."

Devon abrió una de las cajas. Sacó un vial. "Esto es verde," dijo.

"Los viales son verdes, pero lo que hay dentro es lo mismo. Idéntico a lo que se vende en las farmacias. Y no me refiero a que es más o menos lo mismo, sino a que más o menos hace lo mismo. Quiero decir que es exactamente lo mismo, cien por ciento químicamente idéntico. La única diferencia es que estos se fabrican en algún laboratorio de Oriente Medio y los otros provienen de alguna fábrica en Bangladesh."

Devon inspeccionó el vial sosteniéndolo a contraluz. No podía decidir nada solo mirándolo (el vial podría estar lleno con agua del grifo y él no notaría la diferencia), pero al menos quería fingir que sabía lo que estaba haciendo.

"¿Esto vino de Oriente Medio?" dijo él.

"En algún lugar de Dubai, si estoy bien informado. Aparentemente, estos científicos descubrieron una manera de hacerlo ellos mismos. Ellos, eh, ¿cómo lo llamasn? Rebobinaron el material o algo así. Luego lo enviaron, escucha esto, lo empacaron dentro de cadáveres de tiburones congelados para pasar por la aduana. También deben de estar produciendo galones, porque el tipo al que se lo compré me lo vendió por casi la mitad de lo que pago por el otro. Puedo dejártelo por doscientos setenta y cinco la caja."

"¿Dos setenta y cinco?" Devon volvió a dejar el vial en el paquete.
"¿Estás seguro de que es tan bueno como el otro?"

"Te lo aseguro, es exactamente lo mismo. Solo que el marcado que le pusieron es obsceno. Elixxia cobra setenta dólares por un solo frasco que les cuesta cincuenta y cinco centavos producir. Y tienen el descaro de llamarnos a nosotros criminales."

Luego, Rizzo lanzó una larga perorata sobre lo corruptos y engañosos que eran los productos farmacéuticos Elixxia, y que ya se había desarrollado una cura para el patógeno BNBO-511:17, pero que se había suprimido ya que era más rentable cobrar a la gente por el tratamiento continuo.

"Espera, ¿no sería más caro si se enviara desde Oriente Medio?" Dijo Devon. "Eso está mucho más lejos que el sudeste asiático."

"Sí, pero el producto de Bangladesh tiene que ser sacado de contrabando de las fábricas. Todos los involucrados se llevan su parte por el camino y solo una cantidad limitada puede desaparecer en un momento dado. Aunque estas cosas pueden sacarlas bombeando todo lo que quieran. Además, no salen muchas cosas ilegales de Dubái, por lo que pasa por la aduana sin ser revisado."

"Supongo que eso tiene sentido," dijo Devon.

"Bueno. ¿cuántas te pongo?"

Devon echó un vistazo a la torre de cajas apiladas contra la pared. Solo tenía la intención de recoger su asignación regular hoy, lo suficiente para sobrevivir de seis a ocho semanas, pero si el precio se reducía tanto, tenía sentido aprovecharlo. No sabía si esta versión más barata iba a estar disponible la próxima vez. Las fuentes de suministro en esta línea de trabajo eran notoriamente poco fiables y podían cerrarse sin previo aviso. Si se abastecía ahora, podría duplicar sus márgenes de ganancia durante los próximos seis meses.

"Me llevaré todo lo que me quepa en el coche," dijo.

Dos semanas antes, en el aparcamiento de un almacén alquilado

situado en uno de los anónimos polígonos industriales de asfalto gris en los arrabales, dos hombres habían soportado una llovizna bajo una parpadeante luz de seguridad. Uno había sido James Pridham, director ejecutivo de Fármacos Elixia. El otro, el Dr. Li Jun Xu, químico chino de renombre mundial.

Pridham había usado una navaja para abrir la caja que el Dr. Xu le había entregado, la primera de muchas en salir de la línea de producción. Dentro había noventa y seis viales de 10 ml de color verde lima. Los que, en cuestión de días, se distribuirían de forma encubierta a cientos de traficantes de medicamentos recetados en todo el país.

Sostuvo uno de los viales frente a sus ojos y lo agitó. "¿Está seguro de que podrá entregar el pedido completo al final de la semana?"

El Dr. Xu asintió. "Usted nos da lo que necesitamos, yo le proporciono la cantidad completa. Al final de la semana."

"Excepcional." Pridham devolvió el vial a la caja y cerró las solapas. "Excepcional," repitió.

Cuando James Pridham había considerado por primera vez a los posibles candidatos para supervisar este proyecto secreto y único suyo, el nombre del Dr. Xu se le había ocurrido de inmediato. Dos días después había estado en un vuelo a Shanghai con un maletín lleno de efectivo y una oferta imposible de rechazar. La propuesta era simple: si el Dr. Xu podía fabricar este pequeño lote de medicamentos, recibiría un pago inmediato de cinco millones de dólares, y él y diecisiete miembros de su familia obtendrían la residencia permanente.

Dos puntos en el CV del Dr. Xu lo hacían ideal para esta tarea. El primero era su amplio conocimiento y experiencia en el campo de la investigación farmacéutica. Había sido un químico muy elogiado en su país natal, graduado *Cum Laude* en la Universidad de Ciencia y Tecnología de Huazhong y había dirigido uno de los equipos de investigación de Elixia involucrados en la etapa de I+D durante el desarrollo de Zaracaína-9. Era un talento poco común, tan experto en su campo como nadie que Pridham hubiera conocido.

El segundo punto era su larga historia de comportamiento poco ético y, a menudo, delictivo. A lo largo de su carrera había acumulado múltiples condenas, que iban desde agresión violenta hasta fraude y tráfico de sustancias controladas. Se sabía que tenía serios problemas con el juego y se informaba que había contraído grandes deudas con casas de apuestas vinculadas a sindicatos del crimen organizado. A pesar de llevar casado dieciocho años, había engendrado al menos tres hijos con sendas mujeres que trabajaban con él. Su caída en desgracia había sido como un espectacular accidente automovilístico a cámara lenta.

En lo que respectaba a Pridham, los puntos negativos del CV del Dr. Xu eran tan importantes como los positivos. Sus limitadas perspectivas profesionales significaba que había muchas más posibilidades de que se mostrara receptivo a una oferta como esta. También significaba que, en el improbable caso de que desarrollara una conciencia e hiciera públicas acusaciones potencialmente dañinas contra Elixxia, su historial accidentado le dejaba fácilmente retratado como un testigo poco fiable, y sus afirmaciones serían inmediatamente desestimadas.

Pridham se había percatado de que el doctor caído en desgracia tenía muchas preguntas sobre toda el asunto. No sabía por qué se le pedía que fabricara este lote de Zaracaína-9 según estas instrucciones específicas ni sabía qué planeaba hacer Pridham con el lote una vez terminado. Pero sabía que cuando se le presentaba una proposición tan extraordinaria, y tras tan pesado telón de secreto, era prudente hacer la menor cantidad de preguntas posible. Como alguien que, de otra manera no era contratable, no esperaba recibir otra oferta tan buena en un corto plazo.

"Si le dices a alguien lo que voy a decirte, lo negaré y difundiré el contrarrumor más malicioso que puedas imaginar."

Estas fueron las primeras palabras que habían salido de la boca de James Pridham al recibir a Bernard Marlowe en su oficina de la sede de Elixxia, tres días después de su partida de golf. Puede que ambos fuesen amigos, colegas y socios de negocios durante los últimos veinticinco años, (ambos habían asistido a la misma escuela privada ultra exclusiva, aunque con una década de diferencia, y Marlowe le había servido como mentor profesional desde el

principio de su carrera) pero Pridham aún no podía predecir con ningún grado de certeza cómo iba a responder el primer ministro a tal propuesta. Le había advertido que lo que estaba a punto de soltarle era drástico y que sus carreras quedarían dañadas más allá de toda reparación si los detalles de aquella reunión se hacían públicos. Los cargos penales no estaban descartados, pero los beneficios potenciales, había prometido él, eran astronómicos... para el gobierno, para Elixia y para el país en general.

Describió exactamente lo que quería hacer y repasó las razones para ello. Dijo que Elixia había advertido al público innumerables veces sobre los peligros de usar la medicación ilegal, pero muchos aún se negaban a hacer lo propio. Ya estaba harto de que los gorriones y los oportunistas se aprovecharan de su empresa. Era hora de tomar una posición. En lo que a él respectaba, si las personas estaban dispuestas a poner en peligro su salud y bienestar solo por ahorrar unos cuantos dólares, no podrían culpar más que a sí mismos por los efectos adversos que pudiera resultar de ello.

Luego le había explicado a Marlowe cómo iba a ayudar su plan al gobierno.

"El público se ha vuelto complaciente en los últimos años," dijo. "Parece que han olvidado todo lo que ha hecho tu gobierno para protegerlos de los no muertos. Te están dando por sentado. Si no puedes revertir esta tendencia, podrías verte rechazado en corto período y, ¿quién sabe qué pasará entonces? La oposición volverá a estar al mando y traerá consigo el mismo caos y disfunción que empañaron su administración anterior. El país se merece algo mejor. Necesitan estabilidad, necesitan a alguien con visión. Sobre todo, necesitan un líder preparado para hacer lo que sea necesario para protegerlos."

Pridham argumentó que un único brote zombi controlado y a pequeña escala serviría como recordatorio de que la amenaza de los no muertos todavía existía. Esta sería una advertencia contra la complacencia. También destacaría la importancia de respetar los derechos de propiedad intelectual. Era un enfoque de amor duro. Puede que una pequeña minoría se viera afectada al principio, pero a la larga sería para el mejoramiento de la sociedad. En general, se salvarían más vidas de las que se sacrificarían y los efectos siempre

podrían revertirse. Al menos en la mayoría de los casos.

"Recuerda, llevas advirtiendo al público sobre la grave probabilidad de un ataque zombi los últimos tres años," continuó. "Eso no ha sucedido. Puede que nunca suceda. Estás en peligro de convertirte en el chico que gritólabas que venía el lobo. Así que la próxima vez que abras la boca, será mejor que te asegures de que haya un lobo cerca."

Acentuó esta declaración con una palmada sobre la mesa. El desplazamiento de aire fue suficiente para hacer volar varios documentos hasta el suelo.

Pridham esperaba que Marlowe estuviera, como mínimo, algo reacio a aceptar un plan tan audaz. Estaba dispuesto a pasar una cantidad significativa de tiempo argumentando su caso, exponiendo los hechos y oportunidades de tal esfuerzo, y asegurándole que tenía la capacidad de llevarlo a cabo sin que pillaran a ninguno de los dos. Estaba a punto de sugerirle que se fuera a casa y durmiera antes de tomar una decisión tan trascendental.

Pero Marlowe había tomado una decisión, casi desde el momento en que Pridham había comenzado a hablar. Estaba tan desesperado por revertir su mala fortuna que apenas necesitaba ser convencido. Tal vez se debía a que últimamente había pasado más tiempo contemplando su legado. Se preguntó qué pensarían los historiadores de su liderazgo y cómo considerarían las futuras generaciones su breve reinado en la cima. En este momento probablemente sería recordado como el primer ministro que tenía el mundo en la palma de su mano antes de desperdiciar toda su buena fortuna en menos de tres años. Ahora, su viejo amigo le estaba dando la oportunidad de reescribir su propia narrativa.

"Para ser claros, esto no es algo que me guste hacer," dijo Marlowe cuando la reunión llegó a su fin. "Pero hay que hacerlo. Y creo que nos hemos ganado el derecho de recordarle al público lo que hemos sacrificado por ellos."

Pridham sonrió. "Déjame todo a mí."

Los dos se habían separado con un apretón de manos y Pridham se

había puesto a trabajar de inmediato para dar marcha a su plan. Había reclutado al Dr. Xu y le había instalado en un laboratorio improvisado y montado apresuradamente bajo un velo de secreto. Había hecho todo lo posible para asegurarse de que no hubiera ningún rastro que le conectara a él, a Elixia o a Marlowe con nada de esto. Todo, incluidos los cinco millones de dólares del Dr. Xu, se había pagado en efectivo. El almacén y el equipo se habían alquilado con nombres falsos, y toda la operación se había hecho pasar por una planta de fabricación de detergente para ropa. Se había reunido un pequeño equipo de trabajadores para ayudar con la producción, la mayoría de los cuales eran miembros de la extensa familia del Dr. Xu. En una semana, todo habría sido empaquetado y desaparecido como si nunca hubiera estado allí.

Pridham no necesitaba la aprobación del primer ministro para hacer nada de esto. Podría haberlo llevado a cabo por su propia voluntad. Pero Marlowe sería su póliza de seguro. Si alguna vez se lanzaba alguna sospecha en su dirección, o se formulaban acusaciones maliciosas contra él, el hombre más poderoso del país le respaldaría. Cualquier investigación posterior, en el improbable caso de que esta llegara, estaría dirigida por un cuerpo comprensivo seleccionado a dedo por el propio primer ministro, y Pridham quedaría completamente exonerado.

"Estoy seguro de que no necesito recordarte esto, pero todo lo que sucede aquí debe permanecer confidencial," le dijo Pridham al Dr. Xu. Pronunció sus palabras con cuidado para asegurarse de que no hubiera malentendidos. "No importa lo que pase, no importa con quién hables, no le digas una palabra de esto a nadie. Nunca. Ni a tu sacerdote, ni a tu psiquiatra, ni bajo amenaza de tortura. ¿Me sigues?"

El Dr. Xu asintió. "Le sigo, sí."

"Espero que así sea. Porque solo necesito hacer una llamada para arreglar la residencia permanente para ti y tu familia. Solo se necesitará una llamada telefónica para que se envíen a todos en la siguiente..."

La calle se iluminó y él quedó en silencio. El sonido de un vehículo de motor que se acercaba rugió en sus oídos. Un par de faros de luz

alta habían aparecido de la nada y se acercaban. Un coche de policía.

Pridham arrojó la caja de muestras en la parte trasera de su coche y cerró el maletero de golpe. Lamentó sus acciones casi de inmediato. Parecía que tenía algo que ocultar.

Se quedó allí, con los pies anclados al suelo, rezando para que el coche patrulla pasara sin incidentes.

El maletero se abrió de golpe. El corazón de Pridham se desprendió de su pecho y se abrió camino hasta la garganta. Volvió a maldecir al cegato anciano jubilado que le había chocado por detrás hacía varios meses, así como al incompetente mecánico que parecía no poder arreglar nada tan básico como una cerradura rota.

El coche desaceleró al acercarse al almacén.

La ardiente ansiedad de Pridham fue reemplazada por una ola de eterna gratitud cuando vio que era un automóvil de una empresa de seguridad privada que patrullaba el área, y no un automóvil de la policía. Tampoco es que eso supusiera alguna diferencia. Dos hombres de pie en un estacionamiento vacío a las tres de la mañana de un martes podrían haber parecido sospechosos, pero no estaban haciendo nada obviamente ilegal. Aun así, fue suficiente para recordarle que probablemente no era buena idea quedarse en la escena del crimen más de lo necesario.

El coche se detuvo a un lado de la carretera. Ejecutó un rápido giro en U y regresó por donde había venido.

Pridham ordenó al Dr. Xu que continuara con su trabajo, luego cerró el maletero de golpe y se marchó.

Capítulo 19

Al día siguiente de que él la llamara desde la fiesta, Amy accedió a reunirse con Elliott en un café cercano. Era uno que solían frecuentar juntos, el que todavía tenía sus tortitas de chocolate favoritas, crema de cacahuete y plátano en el menú. Sería la primera vez que ambos se veían en tres años, y Elliott estaba más nervioso que nunca. Solo había logrado dormir unas pocas horas la noche anterior. Encontrarse con una exnovia después de tanto tiempo separados era bastante intimidante. El hecho de que ella hubiera pasado gran parte del período intermedio como zombi solo intensificaba su ansiedad, por no hablar de las tumultuosas y muy públicas circunstancias que habían rodeado su ruptura. Descubrirla en el patio trasero de Trent esa fatídica mañana había sido, con diferencia, el peor momento de su vida. Fue un doble golpe tan devastador como perder a Amy dos veces en el mismo día.

Él llegó al café quince minutos antes y descubrió que ella ya lo estaba esperando. Lo primero que notó fue su cambio de apariencia, o la ausencia de cambio. Había esperado que ella estuviese drásticamente diferente, de hecho se había preparado para esa posibilidad, pero todo cambio que ella pudiera haber sufrido era solo sutil. Su rostro estaba un poco más delgado y su piel tal vez un tono más pálido, pero aparte de eso, ella era más o menos como él la recordaba. Parecía mayor, pero eso era de esperar dado el tiempo que había pasado. Probablemente a ella también él le parecía mayor.

Hubo una sensación inicial de incomodidad cuando se acercó y la charla trivial fue tensa para empezar, pero los nervios disminuyeron después de unos diez minutos. Pronto, estaban hablando y riendo como si los últimos tres años nunca hubieran sucedido. Se sorprendieron de lo fácil que era volver a caer en una cómoda relación. Había tanta historia compartida entre ellos y se sentían a gusto juntos, pues ambos se conocían muy bien.

Mientras hablaban, Elliot se fue formando una imagen de cómo había sido la vida de Amy en los últimos tiempos. Si bien su

transición de exhumana a revivida había sido exitosa, el ajuste más grande se había producido al tratar de regresar al mundo real. Amy confesaba que ahora le preocupaba que los extraños se quedaran mirándola cada vez que salía en público y que la gente se mantuviera a distancia tras saber de su condición. Se las había arreglado para ocultar la mayoría de los señales visibles, pero se mantenía profundamente cohibida. Los destellos de su antigua personalidad aún brillaban en la chica vibrante y extrovertida que Elliott recordaba, pero estaban enterrados bajo varias capas protectoras y profundas. Ella había luchado con problemas de autoestima y había soportado episodios de depresión. El cambio de alguien que antaño había sido el centro de atención en cualquier situación a alguien que se sentía invisible e ignorada no había sido fácil.

Se quedaron en el café durante tres horas. Hicieron planes para volver a encontrarse el fin de semana siguiente. Esa cita les llevó a otra, y en poco tiempo pasaban la mayor parte de sus días juntos.

Amy estaba asombrada por el cambio en el estilo de vida de Elliott, por no mencionar el cambio en Elliott en general. Había oído que ahora era rico, pero era imposible captar la escala de todo ello hasta que lo vio con sus propios ojos. La enorme casa, la flota de vehículos de lujo, la indiferencia con la forma en que tiraba el dinero. Nada de eso parecía real. Esas primeras semanas juntos fueron vertiginosas, como si ella estuviera viviendo en un sueño.

Pero como ocurre con todos los sueños, la realidad tenía que entrometerse tarde o temprano. Las cosas no iban del todo bien para ella, aunque no hubiese nada que ella pudiese indicar, algo iba mal. Ella le dijo a Elliott que necesitaban ir despacio y pasar un tiempo separados.

Él no lo vio venir. Comenzó cuando Amy le dijo que no estaba segura de si se sentía cómoda con la forma en que progresaban las cosas. Ella no estaba preparada y era demasiado, demasiado pronto. Necesitaba tomarse un tiempo para sí misma y sugirió que esperaran un poco para ver si querían continuar así. Elliott trató de ser comprensivo y le dijo que apoyaba totalmente su decisión, pero que no tenía idea de lo que había hecho para que ella se alejara tan repentinamente.

No hubo contacto entre ellos durante dos semanas. Él hizo un intento de reconectar hacia el final de la segunda semana, enviando un par de mensajes de texto para ver cómo estaba. Estos recibieron solo respuestas breves al principio, y luego ninguna respuesta en absoluto. Intentó llamar durante la tercera semana, pero siempre saltaba el buzón de voz. A Elliott no le gustaba adónde estaba yendo aquello. Necesitaba encontrar una manera de darle la vuelta.

Por fin hablaron de nuevo durante la cuarta semana, cuando ella le llamó una mañana temprano. Tan pronto como respondió, supo que ella no estaba feliz.

"Bueno, ¿hay alguna razón por la que mi seguro ha sido cancelado repentinamente?" dijo ella pasando por alto toda sutileza y yendo directo al grano.

"¿Por qué, qué ha pasado?" Dijo Elliott. Se frotó los ojos. Llevaba despierto solo unos minutos y su cerebro todavía estaba profundamente dormido.

"¿Me estás diciendo que no lo sabes? Hoy fui a recoger mis medicamentos y me dijeron que la cobertura había caducado."

"No sé cómo ha podido haber sucedido," dijo asumiendo inmediatamente una posición defensiva. "Debe de haber algún error."

"Entonces ¿no hiciste tú esto para que me viera obligada a llamarte y pedirte ayuda?"

El tragó. "Mira, estoy seguro de que no es nada. Probablemente sea solo un descuido."

La línea quedó en silencio durante mucho tiempo antes de que Amy hablara de nuevo. "¿Es esto lo que tengo que esperar de ahora en adelante, Elliott? ¿Tendré que hacer exactamente lo que tú me digas o arriesgarme a que me corten el grifo?"

"¡Por supuesto que no!" Trató de expresar la cantidad adecuada de preocupación e indignación. "¿Por qué has pensado algo así?"

"¿Qué otra cosa se supone que debo pensar? Solo te pedí una cosa.

Necesitaba algo de tiempo para mí. Solo unas semanas para resolver algunos de mis propios problemas, pero no pudiste aceptar eso. No pudiste soportar que alguien no hiciera exactamente lo que tú querías que hiciera, así que trataste de manipularme para que volviera a verte."

Elliott estaba a punto de continuar con sus negaciones antes de decidir que ya había tenido suficiente. Preferiría aferrarse a lo que le quedaba de su dignidad. "¿Sabes qué? No me voy a molestar en discutir," dijo. "He hecho más que suficiente para ayudarte sin pedir nada a cambio. Más de lo que mucha gente esperaría que hiciera, considerando lo que sucedió entre nosotros en el pasado."

"Ah, bueno," dijo Amy con una risa levemente sarcástica. "Por fin te las has arreglado para salir y decir lo que realmente te molesta de esto, aunque no pudieras pronunciar el nombre de Trent en voz alta."

El pecho de Elliott se tensó. Ese nombre provocó una reacción violenta en su interior. "¿Qué tiene que ver Trent con esto?" dijo teniendo cuidado de medir sus palabras.

"Creo que sabes qué, y ya que lo has mencionado, podríamos sacarlo a la luz. Sí, te engañé, con Trent, dos veces. Ya está. Si estás buscando una razón, y sé que lo estás aunque estés demasiado asustado para preguntar, es simple. Iba a romper contigo y le estaba usando a él como excusa."

Esta noticia le golpeó como un ladrillo en la cara. En su mente, había imaginado que Amy y Trent habían estado merodeando a sus espaldas durante años antes de que él se enterara. ¿Y ella planeaba romper con él por aquel entonces? Esto le dio un dolor de cabeza. Todo lo que había pensado que sabía de aquel tiempo probablemente era equivocado. Era demasiado temprano para tener que lidiar con ello.

"Era imposible estar contigo por aquel entonces," continuó ella. "Siempre has tenido una racha de celos, pero había llegado a un punto en el que te consumían. Descubrí que habías revisado mi teléfono y que estabas revisando mis cosas. No sé qué esperabas encontrar, pero definitivamente no confiabas en mí. Seguiste

tratando de hacerme sentir culpable y queriendo saber dónde estaba todo el tiempo. Así que supongo que pensé en darte una razón para estar celoso. No estoy orgullosa de lo que pasó, pero en ese momento esa era la única forma que supe para lidiar con ello."

Él sintió crecer una constante sensación de angustia. Nada de esto estaba saliendo de la manera que él pensaba. "Mira, todo eso pasó hace años," dijo. "Ambos hemos crecido mucho desde entonces."

"¿Hemos? No estoy segura de que tú lo hayas hecho. En todo caso, el dinero ha exacerbado tus peores cualidades. Antes acudías a mi casa o a mi trabajo sin previo aviso, solo para ver qué estaba haciendo o con quién estaba. Ahora pagas a la gente para que me siga."

"Vamos Amy, eso es ridículo," se escuchó decir. Solo podía esperar que sonara genuino, pero lo dudaba. Le costaba encontrar el equilibrio adecuado entre protestar por su inocencia y no protestar demasiado. "Yo nunca haría algo así."

"No espero que lo admitas, pero no fue difícil de entender. El tipo que contrataste no fue exactamente sutil. Y no era necesario contratar a un investigador privado para averiguar lo que querías saber. Podrías habérmelo preguntado y la respuesta es no. No he visto a Trent y no quiero verle. La última vez que le vi fue también la última vez que le viste, hace tres años."

Estaba librando una batalla perdida aquí. Necesitaba retirarse y reagruparse. "Mira, ¿podemos encontrarnos en algún lugar y hablar de esto? Llevará diez minutos solucionar el problema del seguro."

Siguió otro prolongado silencio. Amy sonaba más frágil cuando volvió a hablar. "¿Crees que puedes responderme una pregunta honestamente?"

"Por supuesto. ¿Qué es?"

"Parecías muy decidido a que volviéramos a estar juntos," dijo. "Pero nunca explicaste por qué. ¿Por qué estabas tan empeñado en hacer que esto sucediera?"

Necesitaba un momento para pensarlo. Su cerebro no quería funcionar correctamente esta mañana. Era una pregunta simple, pero se quedó en blanco.

"Yo... no lo sé," comenzó. "¿Porque te echaba de menos? Quería verte de nuevo."

Nada de lo que acaba de decir salió con algún grado de convicción, y él lo sabía.

"¿Es así?"

"¿Qué otra cosa creías que era?"

"Honestamente, ya no puedo estar segura de lo que pasa dentro de tu cabeza. Pero no soy estúpida. Dudo que tuvieras la intención de quedarte con una revivida durante mucho tiempo. No cuando podías tener a quien quisieras, más o menos." Necesitó un momento para recuperarse. "Y no puedo evitar preguntarme si todo esto fue una especie de plan de venganza. Que tu objetivo final con esto era hacerme daño por cómo había terminado todo entre nosotros. Puede que no supieras lo que estabas haciendo. Quizá fue algo subconsciente. Pero tal vez sentías que tenías que hacerlo para restaurar tu orgullo y arreglar las cosas en tu mente."

Elliott insistió en que Amy estaba a kilómetros de distancia de esa evaluación. Balbuceó repetidas negaciones y le aseguró que nunca haría algo tan cruel, pero esto no hizo nada para hacerla cambiar de opinión. Ella estaba firme en su creencia de que no deberían seguir viéndose, al menos por el momento. Una limpia interrupción sería más saludable para ambos. Reconstruir sus vidas era un proceso continuo, y era uno que necesitaría mucho más tiempo. Ahora recibía un ingreso del trabajo a tiempo parcial que había logrado conseguir y vivía en una casa propia, una propiedad de inversión que poseían sus padres. Ella no necesitaba su dinero, especialmente si venía con ciertas condiciones.

"Esa es decisión tuya," dijo finalmente Elliott. "Si eso es lo que quieres, no me interpondré en tu camino."

De hecho, estaba deseando eso. Él no lo dijo, pero si ella iba a hacer

esto por su cuenta, podría comenzar a apreciar todo lo que él había hecho por ella hasta ahora. Descubriría cómo era de verdad la vida sin alguien que la rescatara siempre que se encontrara en problemas. Le daría todo el tiempo que ella necesitara, pero dudaba que pasara demasiado tiempo antes de tener noticias de ella. Le daba un mes, como mucho.

Capítulo 20

Erin había tomado una decisión que, si bien era necesaria, seguía siendo bastante imprudente. Ella había enviado a Brandon y Brock a trabajar juntos.

Fue una decisión imprudente porque los dos hombres habían estado en el cuello del otro durante meses, involucrados en una interminable campaña de murmuraciones y superación que amenazaba con extenderse a la violencia física en cualquier momento, precipitada por el hecho de que Brandon era el ex-prometido de Erin y Brock era su prometido actual.

Era necesario porque había recibido una llamada informando de siete exhumanos en una ubicación residencial. Más de cinco significaba que existía un requisito legal de tener al menos tres agentes de GCNM presentes. Un aumento inexplicable en la actividad en los últimos días había dejado a Z-Pro con poco personal y, en esta ocasión, Brandon y Brock eran los únicos agentes disponibles para ocuparse del trabajo. Miles fue el tercer trabajador afortunado seleccionado para acompañarles a la dirección.

El cometido entero estaba plagado de peligros, pero Erin creía que ambos podían comportarse como adultos y dejar de lado sus diferencias durante un par horas sin que se matara a nadie. Miles no compartía su confianza y se volvió aún más escéptico cuando la fricción comenzó casi en cuanto el camión salió del estacionamiento del Z-Pro.

"Vamos a parar y almorzar primero," dijo Brock a los pocos minutos del viaje. "Hay un Aqua Bar más adelante. Aparca ahí."

"No tendremos tiempo para eso," dijo Brandon. Plantó el pie y se dispararon cruzando un conjunto de semáforos una fracción de segundo antes de que se pusieran en rojo.

"Brandon, no estoy de humor para esto. Estoy hambriento. Son las tres en punto y no he comido en todo el día."

"Ninguno de nosotros ha tenido pausa para el almuerzo todavía y no nos oyes quejarnos."

Miles estaba atrapado en medio, tanto en sentido figurado como literal. El día ya había sido bastante agotador sin tener que soportar todo esto. Probó un blando intento de hacer de pacificador. "¿Por qué no pasamos por el *drive-thru*?" le dijo a Brandon. "Tardará dos minutos."

"Tal vez. Ya veremos." Brandon habló como si realmente estuviera considerando esto, pero treinta segundos después, el camión pasó volando por el Aqua Bar sin detenerse.

"Muy bien, esto se ha convertido en un problema de SST," dijo Brock. "Soy hipoglucémico. Si no como y mi azúcar en sangre cae por debajo de cierto nivel, mi pulso aumenta, tengo migrañas y me empiezan a temblar las manos. No podré hacer el trabajo correctamente."

"No creo que eso sea por una enfermedad médica," dijo Brandon con la voz cargada de burla. "Eso es solo ponerse de malas pulgas por estar canino. Ya comerás cuando hayamos terminado."

Brock frunció el ceño y giró la cara para mirar por la ventana. Siguió un minuto de conducción silenciosa. Miles esperaba que ese fuera el final, pero sabía que era una ilusión. Brock no estaba dispuesto a dejar que Brandon tuviera la última palabra.

"Es culpa mía, en serio," le dijo a Miles. "Debería haberme traído el almuerzo hoy. Normalmente lo hago yo mismo. O me lo prepara Erin si yo no tengo tiempo."

Miles sintió que todo su cuerpo se tensaba. Esto era lo último que quería: Brock dirigiendo la conversación hacia territorio precario mientras los tres estaban atrapados en un espacio confinado.

"Ajá" dijo Miles tan silenciosamente como pudo.

"Ha estado muy ocupada últimamente. Yo he estado haciendo el vago, así que no tengo excusa. Pero Jack la ha hecho venir a la oficina durante los últimos días porque hemos estado muy

ocupados. Y, por supuesto, el resto de nuestro tiempo libre lo hemos dedicado a los preparativos para la boda."

El estado de ánimo dentro del camión cambió de inmediato. Miles pronunció una oración en silencio para que terminara aquella tortura. Dios le ignoró como castigo por sus años de creencias irreligiosas.

"Ajá," dijo.

"En serio, ¿quién iba a imaginar el tiempo y esfuerzo que se invierte en la planificación de una boda? Pensé que lo único que hacías era reservar un local, contratar a los servicios de catering y alquilar un esmoquin. Pero hay tantas cositas de las que ocuparse. Yo estaría feliz con algo sencillo, pero Erin quiere una gran celebración, así que ya sabes lo que dicen. «Esposa feliz, vida feliz» y todo eso."

Siguió así durante algún tiempo, repasando los entresijos de la preparación de la boda y los posibles destinos de luna de miel. Miles experimentó visiones de un volantazo y un camión dirigido hacia el tráfico en dirección contraria. Podía sentir su cuerpo siendo empujado hacia atrás en su asiento mientras aceleraban. Ya habían estado viajando muy por encima del límite de velocidad, y ahora Brandon conducía como si acabaran de robar un banco.

Brock sonrió satisfecho de haber ganado esta ronda. Miles revisó que su cinturón de seguridad estuviera bien sujeto.

Llegaron a su destino antes de lo esperado. La casa era una pila de ladrillos desmoronados y tablas descoloridas por la intemperie que se habría programado para su demolición en cualquier otro suburbio.

La puerta de entrada estaba cerrada. No hubo respuesta cuando llamaron al timbre. Miles apretó el morro contra una ventana delantera.

"¿Ves algo?" Dijo Brock.

"Hay cuatro, no, cinco gatos," dijo. "Aunque, no hay humanos. Ni ex ni de otra clase."

Se trasladaron a la parte trasera de la casa. La puerta trasera también estaba cerrada, pero la ventana contigua estaba abierta unos centímetros.

"Intenta llegar a la cerradura," dijo Brock.

Miles miró por el hueco. Vio oscuridad y no mucho más. Sabía que meter el brazo en lugares desconocidos cuando podía haber hasta siete zombis sueltos nunca era una buena idea.

"¿Por qué tengo que hacerlo yo?" dijo él.

"Porque te cabe el brazo, por eso."

Comprobó el hueco de nuevo. Escuchó en busca de movimiento. No podía oír nada. Deslizó el brazo dentro. Hubo varios intentos fallidos antes de que por fin lograra abrir la cerradura. Abrió la puerta y salieron corriendo seis gatos de aspecto sarnoso.

Brock fue el primero en entrar. Miles lo siguió de cerca.

Como tantas otras residencias en esta área, la casa apenas podría considerarse apta para la habitación humana. Las tablas del suelo habían sido devoradas por termitas y las paredes estaban cubiertas con niveles peligrosos de moho. El lugar olía a herida infectada. Miles sintió la necesidad de darse una ducha en cuanto puso un pie dentro. No sabía cómo una persona podía vivir así, y mucho menos siete.

Los primeros cuatro *obis* estaban ubicados en un dormitorio trasero. Brock cerró la puerta para mantenerlos allí de momento. Se descubrieron dos más en la lavandería. Eso hacía seis en total: cuatro hombres y dos mujeres, cuyas edades iban desde los veinte hasta finales de los cuarenta.

"Todavía nos falta uno," dijo Brandon. Empezad vosotros dos. Yo echaré un vistazo al resto de la casa."

Se alejó en dirección al salón y Miles y Brock regresaron al dormitorio principal para comenzar el proceso de captura y amarre de los no muertos, uno a la vez. Era un alivio tener por fin a esos dos separados.

Brock se paró frente a la puerta del dormitorio con el palo trampa en las manos. Miles se hizo a un lado.

"¿Listo?" Dijo Brock.

Él respondió con un rápido asentimiento y Brock irrumpió por la puerta. El zombi más cercano estaba a unos metros de él. Brock lo enganchó y lo arrastró hasta el pasillo. El zombi ofrecía una resistencia simbólica, pero Brock no tenía problemas para dominarlo. Miles cerró la puerta antes de que pudieran seguirle los demás.

Brock mantuvo inmóvil al zombi mientras Miles colocaba la rejilla sobre la cara. "Es un poco extraño que se convirtieran todos al mismo tiempo," dijo Miles mientras la mordaza encajaba en su lugar.

"¿De verdad es tan extraño?" Dijo Brock. "Quizá uno de ellos fue mordido y terminó infectando a los demás."

"No creo que les hayan mordido. Al menos, yo no vi sangre ni heridas abiertas en ninguno de ellos."

"¡Salón despejado!" gritó Brandon desde el otro lado de la casa.

"Probablemente sean revividos entonces," dijo Brock. "Muchos de ellos viven en esta área. Esto es lo que sucede cuando no pueden conseguir la medicación."

Dos de los gatos regresaron por una ventana abierta. Rozaron las piernas de Miles tratando de sacarle algo de comida. Los apartó con un ligero golpecito con el pie.

"¿Crees que todos se convirtieron al mismo tiempo? Eso sería mucha coincidencia," dijo.

"Si se les acabó la medicación, es posible que todos se convirtieran en un corto período de tiempo," dijo Brock.

"¡Cuarto de baño despejado!" gritó Brandon desde otra parte de la casa.

"Pero la transición de regreso es un proceso que puede llevar días, a veces incluso semanas." Miles apretó las bridas de cable en las muñecas del zombi. "No parece que estas personas hayan pasado la última semana en cama. Parece que estaban viviendo sus vidas normalmente antes de convertirse."

"Ey, Miles, nuestro trabajo solo es capturarlos." Brock estaba cansado de las constantes preguntas. "Puedes jugar al detective si quieres, pero no te van a pagar más por ello."

Giró el palo trampa y condujo al zombi ahora atado hacia la puerta principal. Miles se adelantó para despejar el camino, apartando los muebles del camino y ahuyentando a los gatos que aún andaban por ahí.

El zombi fue cargado en el elevador hidráulico del camión justo cuando Brandon gritó una vez más. "¡Garaje despejado!"

Brock gruñó. "Creo que podemos prescindir de los continuos comentarios," dijo moviendo al zombi a una de las bahías y activando las correas automáticas.

"Solo es por seguridad. Le gusta ser minucioso," dijo Miles.

"No, lo hace porque le gusta fingir que es parte de un equipo SWAT. Se ve todos esos estúpidos procedimientos policiales de la televisión. Siempre ha querido ser policía, pero Erin me dijo que siempre suspendía el examen de ingreso."

Miles consideró los pros y los contras de decir algo, en lugar de permanecer en silencio, mientras bajaba de la parte trasera del camión. No quería involucrarse, pero tampoco quería seguir aguantando sus discusiones. Decidió que se había mordido la lengua el tiempo suficiente.

"¿Puedo hacer una sugerencia?" dijo él.

"Dispara," dijo Brock.

"Sé que esto no es asunto mío, pero ¿no crees que es hora de que tú y Brandon dejéis ya toda esta disputa?"

"Ey, a mí me encantaría hacerlo. He seguido adelante con mi vida. Es él quien se niega a dejarlo correr. Ya has visto cómo es y la forma en que siempre me está pinchando y apretándome los botones, haciendo todo lo posible para contrariarme."

"Solo está de broma cuando hace eso. No lo dice en seri." Miles sabía que esto estaba lejos de la verdad, pero tenía que intentar algo.

"¿De verdad crees eso?"

"Claro. No hay ninguna malicia en ello."

Brock bajó del camión. Cerró la puerta trasera. "¿Y qué hay de lo de antes, cuando ni siquiera quiso parar dos minutos para que yo pudiera comer algo? Por cierto, todavía me muero de hambre."

"Bueno, vale, supongo que eso podría haberse manejado mejor," dijo Miles.

"Hoy es mi día de carga de carbohidratos. Él sabe que es mi día de carga de carbohidratos. Tengo una sesión de entrenamiento intensa planeada para mañana. Si no tomo hoy una carga de carbohidratos, perderé todo mi horario para el resto de la semana. Y supongo que tú también has visto la foto."

"¿Qué foto?"

"La que Erin le envió hace un par de meses."

Miles vaciló antes de responder. Solo una fracción de segundo, pero lo suficiente para delatarse. "No, no, no creo que él..."

"Ja. Buen intento. Sé que la has visto," dijo Brock.

"Bueno, sí, la he visto. Pero no fue a propósito. Me la plantó en la cara sin..."

"Lo sé, lo sé, se la ha estado enseñando a todo el mundo. La peor parte es que cree que significa algo. Como si todavía tuviera una oportunidad."

"Honestamente, no vi nada. En realidad no. En cuanto me di cuenta de lo que me estaba mostrando, aparté la mirada. Le dije que era inapropiado..."

"Y ella se la envió por error, por si te lo estabas preguntando. Erin usa una función de comando de voz en su teléfono, así que cuando dijo: «Alexa, envíala a Brock», el teléfono pensó que ella había dicho Brandon. ¿Sabes?, porque nuestros nombres son similares. Es una tontería. Ambos nos reímos de eso después."

"Muy bien, admitiré que él te provoca mucho más de lo que tú le provocas a él. Pero ¿no puedes ser tú el hombre maduro en esto? Quiero decir, tú eres el que ha ganado, ¿no? Tú estás con Erin y él no."

Brock reflexionó sobre esto por un momento con las manos en las caderas. "Tal vez tengas razón," dijo.

Regresaron a la casa y volvieron al dormitorio principal. Brock salió al pasillo. Lo primero que vio fue a Brandon junto a la puerta del dormitorio comiendo de una caja grande de galletas con chispas de chocolate.

"Cocina despejada," dijo con la boca llena.

La mirada de muerte que Brock le dirigió podría haber reducido a un hombre más débil a un tembloroso desastre, pero Brandon respondió sin más con una sonrisa de suficiencia.

Miles estaba preparado para correr en la dirección opuesta. Si esos dos comenzaban a lanzar puñetazos, no iba a ser él quien intentara separarlos.

"Oh, esto estaba en la cocina," dijo Brandon con teatral inocencia. Lo siento, Brock. Olvidé que tenías hambre. Supongo que lo cortés habría sido ofrecértelas a ti primero."

Se metió las dos últimas galletas en la boca y tiró la caja vacía al suelo. Brock se alejó pisoteando en dirección a la cocina. Una puerta se cerró de golpe tanta fuerte que casi se salió de las bisagras.

Miles dejó escapar un suspiro inaudible. Sabía que esta batalla estaba lejos de terminar. También sabía que involucrarse era una pérdida de tiempo. No volvería a cometer ese error.

"Bueno, ¿no hay señales del residente desaparecido?" dijo él. Estaba ansioso por pasar página con lo que acababa de suceder y terminar el trabajo.

Brandon se secó la boca y se sacudió las migas de la ropa. "Probablemente haya salido a alguna parte. Daremos una vuelta a la manzana en cuanto hayamos terminado aquí."

Agarró el palo trampa y se repitió el proceso. El siguiente zombi fue sacado de la habitación. Las bridas se colocaron en las muñecas, la rejilla frontal encajó en su lugar y el zombi se cargó en el camión. Luego regresaron al dormitorio para hacerlo todo de nuevo.

El tercer zombi no fue tan fácil como los dos primeros. Arrastrarlo al pasillo fue bastante simple, pero esta vez tuvieron problemas con las rejillas de la cara. Estas venían en dos tamaños; pequeño y grande. Solo quedaban pequeñas en la mochila del equipo. Todas las grandes se habían agotado a lo largo del día.

"Pues usa una pequeña. Tal vez puedas cerrarlo con fuerza," dijo Brandon.

Miles intentó esto, pero pronto se hizo obvio que no importaba lo que hiciera, nunca encajaría. La cabeza de este tipo tenía el tamaño y forma de una sandía.

"¿Tenemos algo de cinta?" dijo él. "Tal vez eso pueda mantenerla sujeta."

"No te preocupes por eso. Tendremos que tener cuidado extra al manejar este," dijo Brandon.

Normalmente, Miles se opondría a una violación tan atroz de la seguridad, pero a estas alturas del día ya no le importaba. Cuanto antes hicieran esto, antes podrían irse y más cerca estaría de volver a casa.

Apartó la rejilla, en el momento exacto en que el zombi soltó una

tos seca. Una niebla gris de flema y bilis le roció todo el rostro.

El tiempo se ralentizó. Miles quedó paralizado. Cada fibra de su ser le ordenaba que se asustara, pero solo podía quedarse allí y sentir que su consciencia le abandonaba el cuerpo.

"Oh, colega," dijo Brandon. "No."

Entonces llegó el olor. Si alguien se tomara el tiempo de catalogar los olores más repulsivos de la historia, desde marisco podrido hasta el líquido que se acumula en el fondo de los contenedores de basura, no se acercaría a lo que Miles podía oler ahora. Era casi sobrenaturalmente vil. Una avalancha de miedo descendió y fue presa de un pánico que lo consumía todo.

"Oh, Dios. ¡Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios!" gritó. "¿Qué hago?"

Había una camiseta vieja en el estante del rincón. Brandon se la entregó. "Cálmate, estarás bien," dijo.

"Pero... ¿y si lo contraigo? ¿Y si se me ha metido en la boca?"

"¿Se te ha metido algo en la boca?"

"¡No lo sé! No creo."

"Créeme, si se te hubiera metido en la boca lo sabrías."

Miles se limpió la cara una y otra vez con la camiseta, deteniéndose cada pocos segundos entre arcadas. "¡Necesito una inyección! ¡Rápido, dame una inyección! ¡Trae el botiquín de primeros auxilios!"

Brandon negó con la cabeza. "Aún no. Es poco probable que haya sido infectado, pero si tiene los primeros síntomas, comenzarán a aparecer en diez o quince minutos. Si sientes algo, puedes usar la inyección."

Esta actitud indiferente le molestaba casi tanto como el rancio vómito de zombi que se filtraba por sus poros. "¿No puedo inyectarme una de todos modos, solo para estar seguro?"

"El Zaracaína-9 es caro, Miles. Jack no estará muy contento si empezamos a desperdiciar las inyecciones solo porque pensamos que podríamos haber contraído algo."

"¡Que lo deduzca de mi sueldo si el problema es el coste!" Estaba a unos segundos de ponerse histérico.

"Relájate, estarás bien. Créeme. Es muy, muy difícil infectarse sin ser mordido. Prácticamente nunca sucede."

Miles tiró la camiseta y salió furioso en busca del baño.

Se echó agua en la cara y se la secó con una toalla de mano, un proceso que repitió otras cuatro veces. Se enjuagó la boca con agua del grifo y luego con el enjuague bucal que encontró en el armario bajo el lavabo.

Junto al enjuague bucal había un pequeño recipiente con toallitas húmedas. Usó cinco de esas en la cara, frotando hasta que estuvo satisfecho de que había sido limpiada hasta la última molécula de mugre zombi.

Sintió un ligero picor en la garganta. Bebió un trago de agua directamente del grifo. Fue como intentar tragar arena. Notó que estaba sudando como loco. ¿Era esto la primera etapa de la infección? Tenía problemas para concentrarse. La habitación se inclinó. Él se estabilizó agarrándose al lavabo con ambas manos.

Cálmate, se dijo a sí mismo. Hoy había sido un día caluroso. Insoportablemente caluroso, de hecho. Había estado trabajando sin parar y sin descanso, y estaba cansado, hambriento y deshidratado. Por no hablar de ser un terrible hipocondríaco. El mareo pasó después de un minuto.

Se limpió la cara por última vez y recogió las toallas húmedas usadas. Había un pequeño recipiente de basura al lado de la puerta. Su pie presionó la palanca y la tapa se abrió.

Se congeló. Algo en el fondo le había llamado la atención. Metió la mano para recogerlo.

Encontró a Brandon en uno de los dormitorios vacíos. Brandon

había descubierto un recipiente de plástico lleno de una variedad de medicamentos, que había tirado y esparcido por la cama. Estaba revisándolo todo, tratando de leer las etiquetas y guardándose las que le gustaban.

Robar artículos de las casas de los no muertos era una práctica más o menos aceptada en Z-Pro. Los trabajadores birlaban cualquier cosa que les llamara la atención sin la menor vacilación ni vergüenza. Miles quedó consternado la primera vez que vio al personal sirviéndose con las pertenencias personales de extraños. Eso había sido hasta que encontrar en un trabajo en el que estaba un cargador de teléfono idéntico al que él había perdido un día antes. Estos días él era menos crítico con esa práctica.

"¿Te sientes mejor ahora?" dijo Brandon. No alzó la vista ni parecía demasiado interesado en la respuesta.

"Mira esto." Miles sacó su descubrimiento en la basura. Era un frasquito color verde lima, uno de los muchos que había encontrado.

"¿Qué es eso?" dijo Brandon.

"No estoy seguro, pero también había de estos en la última casa que visitamos hoy. ¿Qué crees que podría ser?"

El trabajo anterior a éste había sido en una casita adosada a solo unos minutos en coche de donde estaban ahora. En la casa vivían dos mujeres, una de unos sesenta y otra de treinta, probablemente madre e hija. Había una pequeña colección de viales verdes en el hueco del baño, idéntica a la que tenía en la mano. Dos estaban vacíos, el resto sin usar. Recordó haber visto algo similar en otra casa en la que estuvo ayer.

Brandon lo miró durante unos segundos antes de volver su atención al surtido médico de la suerte. "He reclamado la mayoría de lo bueno de aquí," dijo. "Puedes quedarte lo que quede. Hay algo de Paxil y Sonata, además de... "

El sonido de platos de cerámica y cubiertos al caer al suelo le impidió completar esa frase. Luego vino un grito sin palabras

pidiendo ayuda. El terror en la voz de Brock era inconfundible.

Pasaron uno o dos segundos en los que Miles y Brandon se miraron el uno al otro, casi como si necesitaran confirmar que realmente habían oído eso. Miles fue el primero en salir corriendo de la habitación. Brandon lo siguió de cerca. Ninguno de los dos pensó mucho en el peligro que podían correr.

Lo primero que vieron al llegar a la cocina fue el sándwich recién hecho en la encimera. Brock había hecho un saqueo del frigorífico y había metido casi todos los alimentos que había podido encontrar entre dos rebanadas de pan. Pero no había llegado a pegarle un *muerdo*, pues ahora estaba de espaldas sobre el linóleo a cuadros, haciendo todo lo que estaba en su considerable poder para mantener a raya a un exhumano hambriento.

Los dientes amarillos del zombi estaban apretados sobre el antebrazo de Brock, quien gritaba como si estuviera a punto de dar a luz. El zombi echó la cabeza atrás y la piel y los ligamentos del brazo de Brock se estiraron como un chicle pegado a la suela de un zapato.

Capítulo 21

Devon se metió dos aspirinas más en la boca y las regó con media lata de Red Bull. Eso hacía ocho tabletas y cuatro Red Bulls ese día hasta ahora, aunque el efecto que estaban teniendo era insignificante. Nada de lo que hacía pudo aliviar esta resaca obstinada. Daría cualquier cosa por poder retroceder el reloj cuando tenía veintidós años, volver a cuando tenía la constitución y la resistencia para salir por la noche y despertarse al día siguiente listo para más. Pero esos días habían quedado atrás, ahora necesitaba un mínimo de cuarenta y ocho horas de recuperación, incluso después de una noche relativamente tranquila.

Enterró la cabeza en los cojines del sofá y se desplazó por los canales de televisión. Esperaba encontrar algo para distraerse de este malestar autoinducido. Hasta ahora no había nada adecuado. Los canales deportivos eran demasiado frenéticos y le daban dolor de cabeza. Los dibujos animados eran demasiado brillantes y le dolían los ojos. Los canales de música tenían demasiado ruido y movimiento y le producían náuseas. Las noticias simplemente le confundían y le deprimían. Apagó el televisor, pero de alguna manera el silencio era aún peor. Lo último que necesitaba era estar solo con sus pensamientos. Lo volvió a encender.

Aterrizó eventualmente en un documental sobre la naturaleza. Algo sobre insectos gigantes en la selva amazónica. Eso serviría por ahora.

Los anuncios aparecieron unos minutos después. El primero fue un anuncio de servicio público patrocinado por Fármacos Elixia. Presentaba a un narrador con voz grave advirtiendo al público sobre los peligros de consumir medicamentos ilegales. Música oscura y de mal augurio sonaba como banda sonora. El anuncio advertía que cualquier medicamento recetado obtenido a través de canales no autorizados probablemente era peligroso para tu salud y que al comprarlo estabas privando a los trabajadores farmacéuticos de sus ingresos y apoyando a los sindicatos del crimen internacional. Anuncios similares a este se publicaban de manera

regular desde hacía aproximadamente un año, aunque se retiraron del aire después de solo unas pocas semanas. Se dijo que prácticamente no tenían ningún impacto en el comercio del mercado negro de Zaracaína-9. En todo caso, lo aumentaban. A muchos pacientes que habían estado comprando sus medicamentos a través de los canales aprobados, nunca se les había ocurrido comprarlos ilegalmente. Una vez que se dieron cuenta de que era posible obtener su medicación por otros medios, y por mucho menos de lo que habían estado pagando, lo buscaron activamente.

El mal humor de Devon había remitido cuando terminaron los anuncios. Si volvían a transmitir esos anuncios, solo sería bueno para su negocio. Se alegraba de haberse abastecido en casa de Rizzo. Lo iba a necesitar.

Su apetito también mostraba signos de vida. Se levantó del sofá y lanzó las sobras de comida china de anoche en el microondas.

Su teléfono vibró con una llamada entrante mientras la comida se calentaba. Lo ignoró. Sus clientes sabían que tenían que enviar mensajes de texto en lugar de llamar. Probablemente solo era otro vendedor por teléfono.

Regresó al televisor unos minutos después con la comida calentada. Las cámaras del documental siguieron a una araña del tamaño de un guante de béisbol mientras se preparaba para abalanzarse sobre un colibrí desprevenido.

Su teléfono volvió a sonar. Esta vez miró la pantalla. Rápidamente se obligó a tragar la comida cuando vio quién estaba llamando.

"¿Hola?" dijo él.

"¿Devon?" dijo la voz temblorosa al otro extremo.

"¿Brianna? ¿Va todo bien?"

"Es Garry. Él está... no creo que esté bien."

Garry, ahora sabía, era el chico que vivía actualmente con la madre de Brianna. El que había sufrido un desagradable mordisco zombi hacía un tiempo, pero que gracias a la ayuda de Devon y un

suministro económico de su medicamento del mercado negro, había regresado a un estado humano semi-normal.

"¿Qué le pasa?" dijo esperando sonar genuinamente preocupado.

"No sé qué le pasa. Se puso su inyección hoy temprano. Creo que está teniendo una mala reacción. Le dimos otra hace una hora pero eso solo lo puso peor. Estoy muy asustada. No sé que hacer. ¿Debo llamar a una ambulancia?"

"Que no cunda el pánico," dijo tomando un bolígrafo. "Llego en un momento. Todo estará bien, lo prometo."

Garabateó su dirección en la parte de atrás de una vieja bolsa de McDonalds y fue a buscar sus pastillas de cafeína concentración industrial del armario del baño. Rizzo le había dado una pequeña cantidad de pastillas para que las vendiera hace un tiempo, pero no había logrado mucho entusiasmo por parte de los estudiantes universitarios y culturistas a los que intentó venderlas. No le gustaba tomarlas, ya que solían causar estragos en su sistema gastrointestinal, pero hoy haría una excepción. Se tragó dos con un sorbo de agua del grifo y se sumergió bajo la ducha.

Devon había hecho un progreso lento pero constante con Brianna Goodman durante los últimos meses. Se estaba tomando su tiempo con ella, con cuidado de no mostrarse demasiado lanzado. Este enfoque suave y no amenazante también parecía estar funcionando. Las primeras veces que había venido a por recargas de Zaracaína-9 se quedaba solo un rato. Él le daba las medicinas, ella le pagaba y se iba. Pero en las últimas semanas había comenzado a quedarse más tiempo. Veían la televisión juntos y él pedía pizza. Le daba un obsequio ocasional si ella no tenía dinero. Parecía que ella le había cogido aprecio o, al menos, apreciaba su estilo de vida. Sin duda, ayudaba a esto que Devon hiciera descarado alarde de su riqueza en cada oportunidad que tenía. Nunca desaprovechaba la oportunidad de demostrar lo bien que le iba, mostrando cualquier dispositivo de alta tecnología o pieza de joyería que había adquirido recientemente, y a menudo se olvidaba convenientemente de quitar la etiqueta de precio de antemano. Le había dejado el reloj TAG Heuer que le había sacado a Carlos, así como un iPhone que otro de sus clientes había cambiado por medicamentos.

Una vez, cuando sabía que ella se iba a pasar, dejó varias cajas de zapatos llenas de billetes sueltos en el suelo para que pareciera que ella lo había interrumpido en medio de la cuenta de su dinero. Cuando vio su reacción al poner los ojos en esa cantidad de efectivo, se dio cuenta de que tenía al menos mitad de posibilidades.

Devon sabía que él no era gran cosa. Suficientes exnovias habían comparado sus rasgos con los de una comadreja para que asumiera que tenía que haber al menos algo de verdad en ello, y no importaba cuántas horas pasara en el gimnasio, nunca podría agregar una onza de músculo a su enfermiza constitución de prisionero de gulag. Pero también sabía que estas cosas importaban menos si podías compensarlas de otras maneras. Alison era así cuando la conoció, sirviéndose de cualquier tipo con una abultada billetera y un buen carro. A juzgar por lo que había observado con Brianna, la manzana había caído muy cerca del árbol.

Le había ido bien con las mujeres en los últimos dos años, ayudado en gran parte por su creciente riqueza y su creciente estatus social provocado por su profesión. Había disfrutado de mucho más éxito que cuando trabajaba como agente de GCNM, eso es seguro. Pero Brianna era una historia completamente diferente. Ella estaba tan fuera de su alcance que, si se hubieran encontrado en circunstancias normales, probablemente ella habría cruzado corriendo el tráfico para alejarse de él. Agregar su nombre a su creciente lista de conquistas sería un momento decisivo. Sería una medida de lo lejos que había llegado.

Una o dos veces había cuestionado la moralidad de perseguir a alguien que había conocido por primera vez cuando ella era un feto, pero eso le molestaba menos de lo que pensaba. Estaba más emocionado por la posibilidad de representar la última venganza en el patio de la escuela: profanar a la hija adolescente de la chica más perra y engreída que había conocido. Ojalá pudiera viajar en el tiempo para contarle a su yo más joven lo que la vida le deparaba a Alison y a él mismo, eso habría hecho que sus años de escuela secundaria fueran mucho más fáciles de soportar. Y aunque no tenía ningún interés en tener hijos propios, convertir a Alison Goodman en abuela a la madura edad de treinta y cinco años era una

perspectiva simplemente demasiado deliciosa para dejarla pasar.

Se secó con la toalla, se bañó en colonia Paco Rabanne y se puso ropa limpia. Cerró la casa y abrió la puerta enrollable del garaje. Un Pontiac G8 reluciente color negro azabache estaba allí esperándolo. Esta había sido su compra más reciente y de lejos la más indulgente. Lo había comprado de un robo en una subasta de la policía hacía unas semanas. Había sido incautado por la oficina de impuestos después de que el propietario anterior fuese condenado por uso indebido de información privilegiada.

Se puso detrás del volante y pulsó el botón de encendido. El motor rugió a la vida. Su resaca casi se había evaporado. Esas pastillas de cafeína funcionaban rápido.

Brianna y su madre vivían a varias calles de distancia, en Fountaineer Parade. Devon se detuvo junto al parque, justo enfrente de su casa. Una Harley-Davidson plateada estaba en el camino de entrada. Supuso que pertenecía a Garry.

La puerta principal ya estaba abierta. Se anunció a sí mismo con un ligero toque. No hubo respuesta.

"¿Hola?" gritó. "¿Brianna? ¿Alguien en casa?"

Nada. Él pasó dentro.

El lugar parecía como si una jauría de perros salvajes hubiera estado rebuscando en él. Una mesa de café se había volcado, derramando platos sucios y recipientes de comida rápida por el suelo. Una de las ventanas tenía una grieta en medio. Se habían esparcido fotografías enmarcadas y derribado un estante de DVD. Una revista de mala calidad, la que anunciaba el compromiso de la hija del primer ministro con el hijo de un millonario en la portada, estaba sentada tranquila en un sillón.

Había tres viales verdes en la repisa. Eran los que él le había vendido a Brianna a principios de semana. Dos estaban vacíos.

"¿Brianna? ¿Alison?" Todavía sin respuesta. "Uh... ¿Garry?"

Oyó un golpe blando. Como si algo hubiera golpeado el suelo o

alguien se hubiera caído. Venía de la parte trasera de la casa.

"¿Hola?" Intentó él de nuevo.

Dio unos pasos vacilantes por el pasillo. La puerta en el otro extremo tenía un letrero de NO ENTRAR y estaba cubierta de pegatinas. Este debía de ser el dormitorio de Brianna. Apretó la oreja en la puerta. No pudo oír nada. La abrió empujando con el pie.

A primera vista, lll el cuarto parecía vacío. Luego oyó movimiento en alguna parte. Una especie de crujido. Dio un paso dentro. Luego otro paso.

El susurro y el sonido de moverse de nuevo, seguido de otro ruido. Una especie de succión o gorgoteo.

Un par de pies asomaron detrás de la cama. Alguien estaba en el suelo. Él dio otro paso. Vio la parte superior de la cabeza de Brianna.

"¿Brianna? ¿Estás bi...?"

La cabeza se alzó de golpe. Sangre fresca cubría la mitad inferior del rostro. Le chorreaba por la barbilla y empapaba la camisa. Un cacho de carne cruda colgaba de la boca. Sus ojos azules eran ahora de un turbio blanco, como si padecieran cataratas.

Él vislumbró el cuerpo inerte que yacía debajo de ella. Era Alison Goodman. Estaba muerta en el suelo con la mitad de la cara arrancada a mordiscos

Devon sintió el rollito de primavera de anoche abriéndose camino por su esófago.

Brianna Zombi se puso en pie. Las extremidades de Devon se convirtieron en bloques de hielo. Había fantaseado con este mismo escenario muchas veces antes: entrar en la habitación de Brianna, ella llevando el uniforme escolar, desear su cuerpo, incapaz de reprimir sus deseos primitivos por más tiempo. Pero lo que había imaginado era marcadamente diferente a lo que estaba sucediendo en ese momento.

El movimiento volvió a sus piernas y Devon salió corriendo del cuarto y cerrando la puerta tras él. Sintió la fuerza del cuerpo no muerto de Brianna cuando este se estrelló contra la puerta al otro lado. Luego vino el sonido discordante de uñas arañando la madera, como clavos en una pizarra, mientras el zombi trataba de llegar hasta Devon.

Devon se apartó de la puerta. La adrenalina recorría sus venas como una dosis ardiente. La escena que acababa de presenciar, junto a su ingesta excesiva de cafeína, hacía que su corazón estuviera a una fuerte sacudida de distancia de capitular. Su mente rebotaba por todos lados.

Si no estuviera tan desconcertado, podría haber sentido que tenía compañía ante él. En cambio, solo vio al barbudo zombi una fracción de segundo antes de que este se abalanzara hacia él.

No hubo tiempo para evadir a su atacante. Lo único que pudo hacer fue levantar las manos en una postura defensiva, del modo en que la gente pone instintivamente las manos frente a la cara cuando les disparan. Era un acto refleja, aunque completamente ineficaz.

La mandíbula de Garry Zombi se cerró como un cepo para osos. Hubo un crujido, un nauseabundo sonido, como cuando alguien muerde una zanahoria cruda. Una sensación de ardor al rojo vivo le subió por el brazo izquierdo y Devon gritó. Se liberó la mano con una patada en el pecho del zombi y se alejó corriendo por el pasillo.

El excruciante dolor le nublaba la vista. Había muchas posibilidades de que se desmayara.

Llegó a la cocina sujetándose la muñeca con la mano derecha en un esfuerzo por frenar la propagación de la infección. Sangre manaba de la herida, chorreando por la mano y el brazo. El mundo se movió ante sus ojos. Él perdió el equilibrio y golpeó el suelo de morros.

Unos segundos más tarde, cuando su cabeza se hubo asentado y él pudo ver bien, descubrió que su mano izquierda tenía varios dedos menos que cuando se había despertado esa mañana. Los dientes de Garry le habían atravesado la carne y los huesos como si estuviera hecho de mantequilla.

No había tiempo para el debido luto por esta pérdida digital. El motero no muerto todavía seguía su rastro. Solo ahora Devon supo que estaba en una habitación con una sola entrada y salida. Se metió bajo la mesa de la cocina y emergió por el otro lado. Seguro por ahora, pero atrapado. La puerta estaba tan cerca que casi podía estirar la mano y tocarla, pero no había forma de pasar por encima de Garry.

El zombi trepó por encima de la mesa en un esfuerzo por llegar hasta él. Los cubiertos salieron volando, seguidos de un cuenco de fruta. Devon usó su mano buena para buscar algo, cualquier cosa que pudiera usar para luchar contra él. Esta aterrizó sobre un objeto sólido. Era redondo y pesado. Un casco de moto. Eso bastaría. Lo agarró por la visera y lo balanceó tan fuerte como pudo. Le estrelló el casco en la cara de Garry Zombi, quien apenas se estremeció. Le golpeó de nuevo más fuerte. Y otra vez. El cuarto golpe le tambaleó momentáneamente. Ésta era su oportunidad. saltó la mesa y se dirigió a la puerta. Salió corriendo de la cocina y siguió corriendo.

Tropezó mientras bajaba los escalones del porche. Se levantó y siguió corriendo. Se movió más rápido de lo que jamás creyó posible y no arriesgó una mirada atrás.

Capítulo 22

La máquina expendedora escupió el refresco de naranja. Miles lo recogió del contenedor y lo sostuvo en la nuca. La fatiga se apoderaba de él y la tensión en sus ojos estaba empeorando. El frío de la lata proporcionaba un alivio temporal.

La sala de descanso de Z-Pro estaba vacía. En un día típico, había al menos cinco o seis miembros del personal aquí reduciendo las horas mientras esperaban a que llegara un trabajo, pero cuanto más se prolongaba el día, más obvio era que hoy sería cualquier cosa menos típico.

El único consuelo era que casi había terminado. Diez minutos más y Miles estaría fuera de aquí, siempre y cuando no le enviaran a más trabajos. Tenía que permanecer oculto hasta las seis en punto.

Se derrumbó en una silla, agradecido de poder descansar la espalda y las piernas. Se secó el sudor de la cara con la manga de la camisa antes de apartar de golpe la cabeza. Un hedor que le revolvió el estómago estaba incrustado en la tela de la camisa. Sólo entonces recordó al zombi rociándole con su rancia bilis en el último trabajo. Increíblemente, con todo lo que había sucedido después, se había olvidado por completo. No estaba experimentando ningún efecto negativo obvio, por lo que asumió que eso significaba que estaba a salvo.

Puede que la gestión y control de no muertos fuese un trabajo peligroso. Siempre lo había sabido, aunque ninguno de los agentes pensaba en ello con demasiada frecuencia mientras realizaban sus tareas diarias. Pero los riesgos alcanzaban su objetivo cuando sucedía algo impactante, como lo que le había sucedido a Brock hoy. Era un salaz recordatorio de que en este trabajo nunca se podía bajar la guardia.

Cuando Miles había entrado en la cocina y visto al zombi con un gran cacho del brazo de Brock entre los dientes, su instinto fue correr en la dirección opuesta. Nunca había pensado en sí mismo como particularmente valiente. La valentía, en su opinión, no era

natural. La cobardía era el estado humano normal y la mejor opción de supervivencia. La única razón por la que alguien hacía algo heroico era puramente por motivos de interés propio; en este caso, evitar la vergüenza de la huída. De alguna manera, su cerebro había anulado el deseo natural de su cuerpo de huir y le había obligado a moverse.

Había cargado y obligado al zombi a apartarse de Brock con una fuerte patada a mitad del torso. Este había rodado antes de volver a ponerse en pie de inmediato. Esa vez había pasado de Brock y había ido directo hacia él. Miles había usado el palo trampa para sujetarlo y empujarlo lejos de Brock y fuera de la cocina. Había otra habitación, una pequeña oficina, más abajo. Había empujado al zombi allí dentro y cerrado la puerta de golpe.

Había vuelto a la cocina y presionado un paño sobre la herida de Brock mientras Brandon corría por el botiquín de primeros auxilios del camión. Miles había hecho lo que había podido para detener la hemorragia (tratando desesperadamente de recordar lo que había aprendido en el cursillo de primeros auxilios de hacía cinco años) mientras le aseguraba a Brock que todo iba a salir bien. No había sabido si esto era cierto, pero lo había repetido una y otra vez con la esperanza de que así fuese por pura fuerza de voluntad.

Brandon se había apresurado con el botiquín de primeros auxilios. Miles había ido a por el Zaracaína-9, solo para descubrir que no había ninguno allí. Aquello estaba empeorando. Había puesto el paquete boca abajo para vaciarlo. Los viales tenían que estar allí, se había dicho mientras revisaba el contenido. Pero habían desaparecido.

Habían metido a Brock en el camión y ambos había salido deprisa hacia el hospital, pero en esa etapa todos habían sabido que sus posibilidades eran escasas. Había pasado demasiado tiempo. Brock había perdido demasiada sangre, su cuerpo había entrado en estado de shock y había pasado el punto en el que podía salvarse. Había llegado inconsciente al hospital, lo cual significaba que, salvo un milagro, sería un no muerto la próxima vez que abriera los ojos.

Miles apenas había tomado un sorbo de su refresco cuando la puerta se abrió como si hubiera sido golpeada con un ariete. Jack

Houston apareció luciendo más sudoroso y con la cara más roja que de costumbre.

"En marcha. Se han reportado otros seis avistamientos," les dijo.

Miles miró el reloj. Eran las 5:57 p.m. "Mi turno está a punto de terminar," dijo.

"Voy a necesitar que te quedes a hacer horas extra," dijo Houston en un tono que implicaba que esto era una orden y no una sugerencia. "Están llegando llamadas cada cinco minutos."

Devon agarró un polo rosa del tendedero más cercano y se lo envolvió en la mano mutilada. Lo ató con un nudo y apretó ambos extremos. Eso detendría la hemorragia, esperaba él, o al menos la retrasaría. Ahora tenía ante sí un desafío mucho mayor. Necesitaba llegar al coche y administrarse una inyección de Zaracaína-9.

El Pontiac estaba al cruzar la acera; solo a una corta distancia, pero dado su estado actual, bien podría estar estacionado en el suburbio de al lado. La pérdida de sangre y el dolor insoportable hacían que su mundo se tornara confuso. Se mareaba más a cada paso. Ya era un esfuerzo hercúleo solo permanecer consciente. Concentró toda su energía en poner un pie delante del otro y se obligó a no desmayarse.

Solo había dado tres pasos cuando se detuvo en seco. Otro zombi merodeaba por la calle, a unas puertas de distancia de donde él estaba ahora. Era un anciano con pantalones de pijama y una mugrienta camiseta blanca. Su esposa trataba en vano de llevarlo de regreso a la casa. Ella abría y cerraba un paraguas en su cara, haciendo todo lo posible para que entrara antes de que alguien lo notara, pero no estaba teniendo suerte.

Devon esperó hasta que la pareja de ancianos hubo pasado antes de cruzar la calle cojeando. Hizo todo lo posible por pasar desapercibido. Buscó a tientas las llaves. La puerta se abrió y él se sentó detrás del volante. Los seguros de las puertas se cerraron automáticamente.

Estaba a salvo, al menos por ahora. Se tomó un momento para

respirar. Todo su cuerpo vibraba como un diapasón.

Necesitó un par de minutos antes de poder hacer acopio de valor para quitarse la camisa ensangrentada de la mano. El daño estaba allí en todo su sangriento detalle. Parecía que le había atropellado una cortadora de césped. La herida ya se había vuelto séptica. Tenía los bordes ennegrecidos y olía a cadáver de tres días. Era como si lo hubieran atacado semanas atrás. No podía soportar mirarla durante más de un par de segundos sin sentir que necesitaba vomitar. Había visto a gente mordida antes, pero nunca tan de cerca.

Lo más angustioso de todo era el hecho de que solo le quedaban el dedo índice y el meñique. Los otros tres dedos le faltaban: medio, anular y pulgar, presumiblemente masticados y abriéndose camino por lo que quedaría del sistema digestivo de Garry Zombie. Habían desaparecido para siempre y él quedaría deformado de por vida. El hecho de ser un fanático de la música heavy metal de toda la vida y de que ahora tenía una mano izquierda que mostraba permanentemente el signo de los cuernos del diablo, no hizo que su pérdida fuese más fácil de soportar.

Abrió la guantera con la mano sana y rebuscó en el interior hasta encontrar lo que estaba buscando: un vial de Zaracaína-9 y una jeringa. Abrió el envoltorio de plástico con los dientes, perforó la aguja en la parte superior del vial y retiró el émbolo.

Hubo un segundo de vacilación. Nunca se había inyectado antes. Odiaba las agujas. Nunca se vacunaba contra la gripe y una vez se negó a recibir una inyección contra la rabia después de que le mordiera un perro callejero. Ni siquiera estaba seguro de dónde se suponía que debía pinchar. ¿En el brazo? ¿La pierna? ¿Cerca de la herida? ¿Tenía que ir en vena? Pensó que eso no importaba demasiado mientras el contenido terminara en su torrente sanguíneo.

Se subió la manga, cerró los ojos con fuerza y se clavó la jeringa en la parte más carnosa del bíceps.

Dado el estado de su mano, asumió que su tolerancia al dolor habría aumentado significativamente y que apenas sentiría entrar la aguja. Esto resultó ser una suposición incorrecta. Era muchas veces

peor de lo que esperaba. No sabía si había tocado un nervio o si estaba muy sensible en ese momento, pero sentía como si se hubiera pinchado con un clavo oxidado en el brazo. La aguja se hundía mucho más de lo que pensaba.

Apretó los dientes y apretó el émbolo hasta vaciar la última gota de líquido. Sacó la jeringa y la lanzó a un lado. Por traumático que fuera, al menos podía consolarse al saber que lo peor había pasado.

Pasaron los minutos y el pánico disminuyó gradualmente. Sabía que, a pesar de su lesión, se pondría bien. La medicación surtiría efecto. Descansaría aquí por un breve tiempo e iría a un hospital tan pronto como se sintiera lo bastante bien como para conducir. Estaba a salvo de la infección, pero su mano aún requería tratamiento urgente.

Se reclinó en su asiento e intentó relajarse. Esto no fue fácil con todo lo que sucedía a su alrededor. A estas alturas, otros dos o tres cadáveres se habían aventurado a salir arrastrándose a las calles. O tal vez estaban allí todo el tiempo y él solo se había dado cuenta ahora. Una era una mujer bien vestida y todo profesional de unos cuarenta años. Caminaba borracha por la mitad de la carretera y se abalanzaba sobre los automovilistas que pasaban. Garry Zombi también se había unido a la conmoción, renqueando por delante de su casa. Un ciclista se vio obligado a realizar una rápida acción evasiva para evitar convertirse en su próxima víctima.

¿Qué demonios estaba pasando aquí? No había ocurrido nada parecido en años. Los avistamientos públicos de zombis eran una rareza hoy en día. Debía de haber pasado más de un año desde la última vez que se encontró con uno. Incluso en su punto máximo, poco después del brote de hacía seis años, solo era posible ver un par al mes.

Justo entonces le vino otro *flashback*. Duró sólo el tiempo que le tomó parpadear, pero fue lo bastante real como para hacerle gemir de miedo. Villa Tumbas. Tres años atrás. El trabajo que había ido tan bien, hasta que todo había salido tan mal.

Le habían atraído a este trabajo único con la promesa de ganar dinero rápido y fácil. Diez de los grandes por dos semanas de

trabajo fue lo que le dijeron. Se suponía que era el dinero más fácil que había ganado en su vida y durante un tiempo lo fue. Hasta el día de hoy no tenía idea de cómo se las había arreglado para caer tan rápido. Al minuto todo había ido bien, al siguiente había estado al volante de un autobús, maniobrando a través de un océano de carne muerta y contemplando su inminente mortalidad. Había logrado escapar con vida, pero no había sabido si alguno de los otros agentes lo había conseguido. No había imaginado cómo podrían haberlo hecho.

El dolor en su mano disminuyó y un entumecimiento se apoderó de él. Este se le había extendido por el brazo y se deslizaba por el resto de su cuerpo. Tenía que admitir que no era una sensación desagradable. De hecho, a pesar de todo lo que sucedía a su alrededor, ahora estaba más relajado de lo que había estado en cierto tiempo. Una suave neblina narcótica lo envolvió y sintió el tirón del sueño.

Reclinó el respaldo del asiento hasta que estuvo cerca de la horizontal. Estaría bastante seguro aquí por el momento. A pesar de la cantidad de zombis en las inmediaciones, ninguno mostraba interés en él, y aunque lo hicieran, solo requeriría unos segundos poner en marcha el automóvil y hacer una escapada rápida.

Justo delante de él, el anciano con pantalón de pijama dominó a su esposa. La agarró por la cabeza y le mordió la cara. Devon vio todo esto, pero no le causó ninguna alarma real, aún cuando escuchó los gritos de terror de la anciana, quien se tambaleaba con la sangre brotando de donde antaño había estado su nariz.

Cerró los ojos y el mundo que lo rodeaba se desvaneció. Desapareció en un vacío oscuro.

Capítulo 23

Bernard Marlowe tomó asiento detrás de su escritorio. Otras tres docenas se apiñaron en su oficina. Un maquillador se abalanzó para rociado y retoque de última hora antes de que las cámaras comenzaran a grabar. Un segundo ayudante pasó un rodillo antipelusa por la chaqueta del traje. Un tercero llenó su vaso de agua y lo colocó justo fuera de cámara.

"Estaremos en el aire en dos minutos," anunció un productor a la sala.

Sebastian Devereaux tropezó con un cable suelto al irrumpir por la puerta. Tenía el teléfono en las manos y los ojos fijos en la pantalla. "Brotos confirmados en otros seis lugares, primer ministro," dijo Sebastian, y las palabras salieron de él al doble de la velocidad normal. "Eso eleva el total a treinta y ocho. Están diciendo ahora que ese número podría llegar a ochenta al final del día."

Marlowe asintió mientras asimilaba la noticia, pero no mostró ningún signo evidente de emoción. No se podía decir lo mismo de Sebastian. Todo rastro de color había desaparecido de su rostro. Sus ojos tenían la distante mirada de un hombre que acaba de salir arrastrándose del accidente de coche.

"¿Te encuentras bien?" Dijo Marlowe.

Sebastian consideró la pregunta durante un instante. "¿Qué cree que está pasando aquí?" dijo él. Un tono angustiado había entrado en su voz. "¿Cree que es muy serio? ¿Podría ser tan malo como la última vez? Ya sabe, como hace seis años."

Marlowe tomó un sorbo de agua. "No sabemos todavía si está muy extendido, pero ten la seguridad de que estamos tomando todas las precauciones necesarias. Estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance para mantener la seguridad del país. No se dejará nada al azar." Su discurso era tranquilo y mesurado. A pesar de la enorme presión a la que debía de estar sometido, se las arreglaba para dar la impresión de ser la persona más compuesta de la sala.

“La gente espera que tengamos un liderazgo sólido y resiliencia frente a estos desafíos. Depende de nosotros mostrarles a todos que no dejaremos que esto nos derrote.”

Sebastian asimiló todo esto. Las palabras del primer ministro y su notable estoicismo estaban teniendo un efecto notable en él. Era posible que hubiera subestimado las capacidades de Bernard Marlowe.

Un hombre con unos auriculares colgados al cuello entró por un lado. "Treinta segundos, primer ministro," dijo.

El cámara ajustó el foco. El operador de sonido movió el micrófono a su posición. Todos los asistentes y acompañantes se retiraron.

Solo Sebastian permaneció donde estaba. “Señor, usted sabe que le tengo un gran respeto. Todos lo tenemos.” Hizo una pausa, buscando la mejor manera de verbalizar los pensamientos que galopaban por su cabeza. “Pero ver lo tranquilo y controlado que está usted en un momento como este, con el país atrapado en una crisis tan devastadora. Es... bueno, creo que tenemos suerte de tenerte como nuestro líder en este momento.”

Marlowe asintió. “Gracias, Sebastian. Te agradezco que digas eso.”

Comenzó la cuenta atrás. "En diez... nueve..."

El hombre de los auriculares hacía la cuenta atrás con los dedos. Marlowe tomó otro sorbo de agua y enderezó su postura.

Sebastian salió del encuadre para reunirse con el séquito en la parte trasera de la oficina, antes de apresurarse a regresar. "Ah y, ¿señor?"

"¿Si?"

"Recuerde no sonreír."

"¿Perdón?"

“Va a proporcionar noticias serias a la nación. Por los monitores parecía que tenía una sonrisa en el rostro.”

"Cinco... cuatro..."

"Oh. Ya veo. Gracias, Sebastian."

Marlowe adoptó una expresión sombría, más apropiada para una situación de tremenda gravedad. Se aclaró la garganta.

La cuenta atrás llegó a uno y la luz sobre la cámara parpadeó en rojo. Iban a salir en directo.

Las palabras del guión subieron por el *Teleprompter* y el rostro del primer ministro llenó todas las pantallas de televisión del país.

Como era costumbre hacer estos días, una reunión tranquila en la casa de Elliott se había convertido en una fiesta libertina de varios días. Para el propietario era un misterio cómo seguía pasando esto, porque las fiestas nunca se planeaban con antelación. Esta había comenzado hace unos días como una reunión improvisada de un grupito de amigos. Algunos otros que estaban en el área se habían pasado por allí más tarde esa misma noche. Pronto se había corrido la voz y el lugar había acogido una afluencia constante de amigos, socios, conocidos casuales y completos extraños en los días siguientes. Durante las últimas tres mañanas, Elliott se había despertado para descubrir un grupo diferente de personas corriendo con sus carritos de golf por el césped y montando su moto de agua en la piscina.

En un momento hubo hasta setenta personas. Los números ahora se habían reducido a menos de veinte, la mayoría de los cuales estaban en la sala de ocio del sótano jugando al billar, escuchando música, jugando en las máquinas arcade y probando su última entrega de bourbon Goya Líquido. Un Gran Premio de Fórmula Uno se reproducía en la televisión, aunque nadie parecía prestarle mucha atención.

Cuanto más duraba una fiesta, mayores eran las posibilidades de que Preston la Peste hiciera una aparición inevitable. Esto había sucedido en algún momento de las últimas cuatro a seis horas. Nadie podía precisar la hora exacta ni averiguar cómo había entrado, o cómo se había enterado siquiera en primer lugar. La mayoría ya sabía que no debía divulgar este tipo de información a

Preston, pero eso nunca había parecido disuadirle. Poseía una habilidad casi psíquica para aparecer de la nada en momentos aleatorios y dar la murga a la gente en busca de dinero.

Su objetivo actual era Fabián Turner, quien estaba en mitad de un intento de recuperar su puntuación más alta al *Street Fighter II* después de que Blériot lo hubiera destruido el día anterior. Fabián hizo todo lo posible para ignorar a Preston y concentrarse en el juego, con la esperanza de que si parecía mostrar poco o ningún interés, eventualmente captaría la indirecta y le dejaría en paz, pero Preston seguía hablando.

"Pensaré en ello, pero ahora mismo la boda está consumiendo la mayor parte de nuestro dinero extra," dijo Fabián cuando tuvo la oportunidad de hablar.

"Turner, una vez que esto despegue, ¿tendrás suficiente dinero para casarte en el Taj Mahal!" dijo Preston. Agarraba a Fabián del brazo mientras decía esto. Fue suficiente distracción para hacer que su avatar de Blanka quedara en KO. La partida terminó muy por debajo de la puntuación más alta de Blériot.

"Sí, ya te daré una respuesta," dijo Fabián.

Tenía buenas razones para desconfiar, dado el resultado de algunas de las empresas comerciales anteriores de Preston. Sus ambiciosos planes para los complejos de apartamentos de lujo habían quedado en suspenso indefinidamente después de que las pruebas revelaran un alto nivel de toxinas en el suelo. Preston insistía en que esto era solo un contratiempo menor y decía que la construcción aún estaba programada para comenzar en los próximos meses, pero otros afirmaban que la toxicidad hacía que la tierra que había comprado prácticamente no tuviera valor.

Una preocupación más seria era el destino de Xyyx, la aplicación de inversión de capital estaba actualmente bajo investigación tras unas acusaciones de prácticas comerciales ilegales y poco éticas. Los fundadores de Xyyx declararon que todos los fondos prometidos por sus usuarios se distribuirían a una amplia gama de empresas emergentes, pero desde entonces se informó que hasta el ochenta por ciento de todas las contribuciones se canalizaban directamente

a las arcas de la empresa. A pesar de que el negocio perdía cientos de miles cada semana, los directores se recompensaban a sí mismos con sueldos enormes y cuentas de gastos extravagantes. Varios observadores prominentes de la industria describieron a la incipiente empresa como nada más que un desvergonzado esquema Ponzi [8].

Xyyx emitió un comunicado en el que aseguraba a sus partes interesadas que todo esto era un malentendido y que cualquier problema se resolvería a su debido tiempo. Elliott no había quedado convencido tan fácilmente. Supuso que esto sería lo último que vería de su inversión de 800.000 dólares.

Fabián abandonó la idea de conquistar la puntuación más alta del juego por ahora. Se dirigió a la barra donde Elliott le preparó otra bebida. Preston le siguió de cerca. Reconociendo que hoy no obtendría nada de Fabián, repitió toda la propuesta a Elliott. Era para algún tipo de empresa de citas en línea de realidad virtual que estaba a punto de lanzarse. Él insistió en que para fin de año habría revolucionado la forma de contacto entre solteros.

Elliott escuchó toda la perorata sin interrupción, asintiendo y fingiendo que le estaba dando la debida consideración. "Suena intrigante," dijo cuando terminó por fin. "Envíale los detalles a mi asesor financiero. Le echará un vistazo y te dirá lo que piensa."

Otra copa apareció frente a Preston, la cual fue aceptada con gratitud. Elliott había estado llenándolo de alcohol constantemente desde que se había enterado de su llegada. Esta era una estrategia deliberada; si Preston se emborrachaba lo suficiente, no pasaría mucho tiempo antes de que se olvidara por completo de sus estrafalarios planes. Esto no era muy complicado de lograr, ya que rara vez rechazaba algo gratis.

El clac-clac-clac de los tacones en los escalones del sótano precedió a la entrada de Stephanie Marlowe a la sala de ocio. Vio a su prometido en el bar con un *Giro d'Italia* en la mano. "Que sea el último," le dijo a Fabián. "Tenemos que estar en Asylum en una hora."

"Claro, claro," respondió Fabián, quien ya sonaba como un marido

domesticado.

"¿Qué ocurre en Asylum?" Dijo Elliott.

"Puede que hagamos nuestra fiesta de compromiso allí." Había una falta de emoción en la voz de Fabián. Asylum era un club popular, pero tenía fama de atraer a una clientela muy común y nada exclusiva. Era el tipo de lugar al que acudían los guerreros de fin de semana en busca de bebidas baratas, música *dance-pop* comercial sin parar y la oportunidad de echar un vistazo a una celebridad local. No era el tipo de lugar que una princesa de la sociedad y primera hija elegiría para albergar un evento tan importante.

"El *Lava Lounge* era nuestra primera opción, pero está reservado," agregó Stephanie refiriéndose a un establecimiento con un grado mucho mayor de prestigio y glamour. "También lo estaban nuestra segunda, tercera y cuarta opciones. Lo hemos dejado para demasiado tarde y Asylum es prácticamente el único local que queda. Como no podemos reservarlo, no sé qué vamos a hacer."

"¿Celebrarlo en un Aqua Bar?" Dijo Fabián. Fue un intento de hacer un chiste, pero la expresión del rostro de Stephanie sugirió que no le parecía gracioso. Aún así, siguió adelante. "Hacen fiestas de cumpleaños para niños. Estoy seguro de que no tendrán problemas para organizar una fiesta de compromiso."

"Bueno, mirad, si os encontráis atascados, siempre podéis celebrarlo aquí," dijo Elliott.

Tan pronto como se escuchó a sí mismo decir esto, se preguntó de dónde había venido. Había abierto la boca y las palabras habían salido solas. No había pensado en lo que estaba ofreciendo. Solo había llenado un vacío en la conversación.

Fabián y Stephanie se miraron antes de volvieron a mirar a Elliott. "¿Lo dices en serio?" Dijo Stephanie.

"Claro, ¿por qué no?" se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa. Ya lo había dicho, así que era una estupidez retractarse ahora. Además, se trataba de una casa grande en una propiedad enorme, por lo que bien podría darle uso.

"¡Dios mío, eso sería perfecto!" chilló ella.

Se inclinó sobre la barra para abrazar a Elliott, antes de subir corriendo las escaleras para decidir qué quería hacer con el lugar. Un reluciente Fabián fue arrastrado detrás de ella.

Elliott todavía no estaba muy seguro de cómo se las había arreglado para hacerse amigo de Fabián Turner y Stephanie Marlowe, especialmente de Fabián, dada la historia de ambos. No había sido deliberado ni nada; simplemente había sucedido con el tiempo. Era como estar de vuelta en la escuela, donde te emparejaban en clase con el matón que solía empujarte y que, después de un par de semanas, terminabais olvidando que solíais odiaros mutuamente en el pasado.

Su primer encuentro en la fiesta Xyyx había sido insoportable e incómodo, pero tres días después se habían encontrado de nuevo en una inauguración de la casa para un conocido mutuo. Habían intercambiaron algunas palabras amables antes de volver a tomar caminos separados. La semana siguiente, ambos habían asistido al lanzamiento de una nueva línea de ropa y habían terminado hablando normal por primera vez. Para su sorpresa mutua, se habían llevado muy bien. Parecía haber un acuerdo tácito dejar sus diferencias en el pasado ahora que se movían en los mismos círculos sociales, en lugar de evitarse continuamente el uno al otro. Fabián era ahora completamente diferente a cómo Elliott le recordaba y probablemente Fabián diría lo mismo de él.

Todo esto había coincidido con la decisión consciente que Elliott había tomado de abrazar su nueva vida y dejar de intentar ser alguien que no era. Había oído a algunas personas de su vida pasada decir que el dinero le había cambiado, y él no estaba necesariamente en desacuerdo con esos sentimientos. Era imposible no cambiar, después de todo por lo que había pasado. Pero lo que esas personas no reconocían era que ellos también habían cambiado. Los amigos que él había conocido durante años ahora le trataban de manera diferente y habían comenzado a actuar de manera extraña a su alrededor ahora que era rico.

Este Elliott era quien era, había decidido él, y no tenía sentido fingir lo contrario. Si eso significaba deshacerse de algunos viejos amigos

en el camino, que así fuera. Puede que las personas como Amy y Miles quisieran que él se sintiera culpable por la forma en que vivía su vida ahora, pero él no iba a aguantar eso. Ese era su problema, no el suyo.

"Todavía no puedo entender el hecho de que Fabián esté a punto de convertirse en el yerno de Bernard Marlowe," dijo Elliott una vez que se fue la pareja. Él limpiaba un vaso con una toalla como hacían los camareros en las películas, a pesar de que tenía un lavavajillas para hacerlo. Se sentía cómodo a este lado de la barra y había estado considerando seriamente la posibilidad de abrir un local propio. "En serio, ¿quién lo hubiera visto venir?"

"No lo sé, parecen hechos el uno para el otro," dijo Preston encaramándose a un taburete.

"Claro, ahora sí, pero no tú sabes cómo él era hace años. era uno de los críticos más abiertos de Bernard Marlowe. Solía organizar protestas contra él. Quiero decir, conocer al padre de tu novia puede ser un asunto tenso en el mejor de los casos. No puedo imaginarme cómo sería si hubieras quemado efigies de tu futuro suegro en la calle."

Una sonrisa de complicidad apareció en el rostro de Preston. "Fabián hizo mucho más que quemar efigies," dijo.

"Oh, ¿te refieres al ataque con bomba fétida en la conferencia del partido?" Dijo Elliott. "Sí, me enteré de eso."

"Ajá. Mucho peor que eso."

"¿Por qué, qué hizo?"

Preston miró alrededor de la habitación para asegurarse de que nadie estaba escuchando. Bajó la voz. "Después del ataque con bomba fétida, todo el grupo fue arrestado y detenido por la policía. ¿Lo recuerdas?"

Elliott asintió, aunque ese había sido un período confuso para él. Todo eso había sucedido en el tiempo en que había estado hospitalizado y había permanecido en coma durante meses. No fue

hasta mucho más tarde que supo del arresto y las consecuencias posteriores.

"El caso es que resultó que uno de ellos era un policía encubierto." Las constantes recargas de bourbon estaban surtiendo efecto y los labios de Preston se aflojaban minuto a minuto. "Había reunido toda la información sobre todos los miembros del grupo, incluidas las grabaciones de Fabián hablando sobre algunas de las acrobacias que estaba planeando. Una de estas acrobacias consistía en inyectar sangre infectada a personas prominentes para convertirlas en zombis. Stephanie y Madison Marlowe encabezaban su lista."

"¿Hablas en serio?" Dijo Elliott. Sintió que le recorría un escalofrío.

"Oh, sí. Él lo negó, por supuesto. Dijo que sus palabras habían sido sacadas de contexto o algo por el estilo. Sus abogados lograron evitar que esto se hiciera público. Pero definitivamente lo dijo. Si lo había dicho en serio o no, bueno, esa es otra historia."

Elliott dio un paso atrás. Buscó a tientas la silla detrás de él. Sus piernas se habían debilitado de repente.

No recordó mucho de los minutos siguientes. Tuvo una abrumadora sensación de vértigo, la desorientadora sensación de que las paredes se cernían a su alrededor como en un efecto túnel. Se quedó sin aliento. En algún momento, la carrera de fórmula 1 en la tele se interrumpió y fue reemplazada por la cara gigante de Bernard Marlowe. Elliott oyó el comentario de Preston de que el primer ministro era como *Beetlejuice*: "¡Hemos dicho su nombre demasiadas veces y ha aparecido!"

Para cuando por fin se asentó la mente, Preston se estaba sirviendo otra copa y Bernard Marlowe había desaparecido. Dos presentadores de noticias de rostro severo habían ocupado su lugar para discutir la crisis actual que azotaba a la nación.

"Parece que estás atrapado con nosotros en el futuro previsible, Connors," dijo Preston.

"¿Qué?" Dijo Elliott. Todavía no sabía con certeza qué estaba ocurriendo aquí.

"Ya sabes." Preston señaló la televisión con la cabeza. "Por el toque de queda."

Capítulo 24

El Tigre Blanco se detuvo frente a una escuela secundaria. Cuatro *obis* fueron avistados dr inmediato. Uno deambulaba por los terrenos de la escuela, entre los portabicicletas y un aula portátil. Dos más estaban en el patio delantero de una dirección residencial al otro lado de la calle. El cuarto renqueaba por una intersección cercana, lo cual obligaba a los automovilistas que pasaban a realizar una rápida acción evasiva para evitar una colisión.

Otros seis iban amarrados en la parte trasera del camión después de que Brandon y Miles hicieran varias paradas no programadas en el camino.

Los dos agentes de GCNM salieron del camión. Hubo un momento de incredulidad cuando inspeccionaron el área y observaron todo lo que sucedía a su alrededor. Ninguno de los dos tenía idea de lo que estaba pasando aquí. No había explicación para nada de esto.

"¿De dónde han salido todos?" Dijo Miles.

"No importa, tenemos que darnos prisa," dijo Brandon. "No conviene perder de vista a ninguno de ellos."

Estaba haciendo todo lo posible para mantener un exterior duro, no era difícil ver que estaba nervioso. Todo esto era nuevo para él. Nunca había visto nada así en todo su tiempo en Z-Pro. Agarró el palo trampa y se dirigió hacia las puertas de entrada de la escuela, hacia el zombi más cercano a ellos.

Miles lo siguió unos pasos antes de que su conciencia le detuviera repentinamente. "Brandon, espera un minuto."

"¿Qué pasa?"

"Tenemos que hablar de algo antes de seguir adelante." Siguió una ligera vacilación cuando se armó de valor para decir lo que tenía en mente. "Quiero saber lo que ha pasado hoy."

"¿A qué te refieres?"

"A lo de la última casa. Con Brock."

Brandon cruzó los brazos ante el pecho, algo que solía hacer para acentuar los ondulantes músculos de sus brazos. Soltó un largo suspiro en una demostración forzada de molestia. "No sé lo que pasó allí. Fue un accidente, como sucede a veces. Este es un trabajo peligroso y, de vez en cuando, las cosas salen mal. Pero no te preocupes por Brock. Z-Pro ofrece una excelente cobertura médica para todo su personal. Se pondrá bien."

"Pero no tiene ningún sentido," dijo Miles. "Sé lo cuidadoso que somos cuando hacemos el barrido de una casa. Normalmente, no pasas por alto algo tan obvio."

Brandon levantó las manos. "No sé qué quieres que te diga. Quizá Brock no lo vio. O tal vez solo fue descuidado. Ya sabemos que probablemente abusaba de esteroides, eso te afecta el juicio. Si hubiera estado un poco más consciente de su entorno, todo este episodio podría haberse evitado."

Brandon continuó andando hacia el zombi y Miles pensó que dejaría el tema así. A pesar de la mala sangre entre los dos compañeros de trabajo, no creía que Brandon hubiera hecho algo tan cruel como poner deliberadamente a Brock en peligro. Pero tampoco podía descartar por completo esa posibilidad. No después de todo lo que había presenciado durante los últimos meses.

"Quiero oírte decirlo," dijo Miles. "¿De verdad no sabías tú nada del zombi que acechaba en la cocina antes de decirle a Brock que era seguro entrar allí?"

Brandon se detuvo de nuevo. Este era un tema que claramente no quería discutir. "Mira, entiendo que puedas estar asustado por lo que pasó hoy, pero ¿podemos hablar de eso más tarde? Tenemos que dejar de perder el tiempo y ponernos manos a la obra."

"Si no te importa, prefiero sacarlo todo a la luz ahora. Me gustaría saber que no me va a suceder lo mismo si alguna vez acabo en el lado equivocado."

"Bien, vale. Si te hace sentir mejor, te juro que no tenía conocimiento previo del zombi que atacó a Brock. Ya lo he dicho. ¿Feliz ahora?"

"¿Estarías dispuesto a jurarlo sobre una Biblia?"

"Guao. Te estás pasando mucho de la raya con esa pregunta, Miles." advirtió Brandon.

"Así que eso es un no, ¿cierto?"

"No es un no, solo te digo que es muy inapropiado llevar la fe de un hombre a una discusión como esta. Y para tu información, en realidad es ilegal pedirle a alguien que jure sobre una Biblia."

"Oh, venga ya, Brandon."

"Lo digo en serio. Solo un juez tiene el poder de hacer eso. Consúltalo si no me crees."

"¿Y qué hay del Zaracaína-9 en el botiquín de primeros auxilios?"

"¿Qué pasa con eso?"

"Que estaba allí esta mañana. Lo sé porque lo comprobé yo mismo. Había tres viales. Cuando fuiste a buscarlo, de repente habían desaparecido. ¿Qué otra cosa se supone que debo pensar?"

"Esos frascos valen unos setenta dólares cada uno. No sé qué les pasó, pero si me preguntas, diría que alguien los robó para ganar algo de dinero."

"¿Me estás diciendo que los robaron horas antes de la primera vez que hemos necesitado usarlos? Un poco conveniente, ¿no crees?"

"Miles, puedes hacerme la misma pregunta una y otra vez, pero no obtendrás una respuesta diferente. Yo no saqué los viales. No sé quién sacó los viales. No sabía nada del zombi en la cocina. Lo que le pasó a Brock fue una tragedia, pero fue un accidente. Ninguno de nosotros podría haber hecho nada para evitarlo. Y si miento, si me desvíó de la verdad, aunque sea un poco, que Dios me fulmine de un golpe."

Las palabras acababan de salir de su boca cuando un no muerto cayó del cielo y aterrizó encima de él.

Siguió un breve período de tiempo, no más de unos segundos, en el que Miles cuestionó su propia cordura. Sabía lo que creía haber visto, creía que un zombi se había materializado de la nada y había aplastado a Brandon, pero era imposible que eso hubiera sucedido de verdad. Simplemente no era posible. Las leyes de la naturaleza y la física no permitían lluvias de zombis. Tenía que ser un sueño o una especie de alucinación extraña.

Había una escalera apoyada en el lateral del edificio, justo detrás de donde Brandon estaba ahora. Había una caja de herramientas abierta en la azotea de arriba. Sólo cuando Miles se dio cuenta de ambas cosas, se le ocurrió una explicación más obvia.

¡Miles! ¡Ayuda!" gritó Brandon.

El zombi era un hombre de unos setenta años y baja estatura, menos de metro setenta de altura, en su mayoría calvo y vestido con un mono azul. Tenía toda la pinta de un conserje de escuela.

Brandon se revolvía en el suelo mientras luchaba por liberarse del agarre mortal del zombi. Su codo se estrellaba repetidamente contra la cara con un nivel de fuerza que dejaría inconsciente a una persona viva, pero que solo parecía volver al zombi más agresivo.

Miles se acercó lo más rápido que pudo. Agarró al zombi por el mono y le arrastró hacia atrás. Esto requirió cada gramo de su fuerza. Brandon logró liberarse.

El zombi se abalanzó otra vez y Miles ya no pudo sujetarle. El hombre cayó hacia adelante y envolvió con las manos el tobillo de Brandon y la boca hizo presa en la parte inferior de la pantorrilla. Brandon lanzó un grito de dolor.

Miles recogió el palo trampa del suelo. Llevó las puntas al cuello del zombi y tiró de él hacia atrás. Brandon pateó y pateó hasta que por fin se soltó. Se puso en pie y se alejó cojeando. Miles empujó la cabeza del zombi hacia la hierba y lo mantuvo boca abajo en el suelo hasta que Brandon estuvo a una distancia segura.

Soltó al zombi y corrió sin aliento hacia la seguridad del camión.

Se metió en el asiento delantero y cerró la puerta tras él. Brandon ya estaba allí, agarrándose la pierna con ambas manos, justo debajo de la rodilla. Miles fue a por el botiquín de primeros auxilios.

"Aprieta fuerte para frenar la propagación de la infección," le dijo dejando el contenido del kit en el asiento. "Prepararé una inyección."

Arrancó el envoltorio de una jeringa y buscó un frasquito de Zaracaína-9. Allí no había ninguno.

Miró a Brandon con el rostro pálido. "Oh, no. Olvidamos reabastecernos antes de salir."

Sabía que tenía que actuar rápido. Dudar conduciría a pensar demasiado, y eso inevitablemente conduciría al pánico. Se puso el cinturón de seguridad y puso en marcha el motor del camión. "Tenemos que llegar a un hospital."

"No, espera... espera." Brandon metió la mano en el bolsillo. Sacó tres viales y los dejó caer en el salpicadero central.

Se apagó el motor. "¿De dónde han salido esos?"

"Prepara la inyección," dijo Brandon.

Miles tomó uno de los viales. "¿Esto es del botiquín de primeros auxilios?"

"No. Son repuestos."

"¿Repuestos?"

"Mis propios repuestos personales. Los llevo encima en caso de emergencia."

"Y cuando Brock fue mordido hace un par de horas... ¿eso no lo consideraste una emergencia?"

"¡Date prisa y prepara la inyección!" gritó Brandon.

"De acuerdo, vale." Miles quitó la tapa de la jeringa con los dientes. Clavó la aguja en la parte superior del vial y retiró el émbolo hasta que el cilindro estuvo lleno. Nunca antes había hecho esto. Confiaba en que lo estuviera haciendo bien.

El zombi conserje, el que había caído sobre Brandon hacía unos minutos, apareció detrás de él con la cara aplastada contra la ventanilla. No corrían ningún peligro, el camión estaba equipado con cristal reforzado y estaba diseñado específicamente para resistir ataques de no muertos, pero eso no hacía que fuese menos intimidante tenerlo mirando lascivamente tan cerca.

Miles le ofreció la jeringa a Brandon, quien negó con la cabeza. "No puedo apartar las manos," dijo. Subió la pernera del pantalón. "Tendrás que hacerlo tú. Por ahí. Justo encima de donde me ha mordido."

Giró el cuerpo y sacó la pierna. Miles presionó la parte superior del émbolo. Una gotita de líquido transparente se filtró por la punta de la aguja. En realidad no quería hacer esto, pero no tenía muchas opciones.

Miró la pierna de Brandon tratando de determinar el mejor lugar para inyectarlo. "¿Dónde la pongo?" dijo él.

"Justo encima del mordisco," dijo Brandon.

"No veo el mordisco."

"¡Está justo ahí! Justo encima del tobillo."

Miles se inclinó más cerca. Todavía nada. "Brandon, creo que no te ha mordido."

"¡Pues claro que me ha mordido!"

"Si así ha sido, no te ha roto la piel."

Se volvió hacia el anciano detrás de él, todavía tocando el cristal en un esfuerzo por entrar. Volvió a mirar la pierna de Brandon y luego al anciano. El rostro del zombi estaba a solo unos centímetros del suyo. Vio una boca sin una dentadura postiza.

"Te lo aseguro, no hay mordisco," dijo. "Estás limpio."

"Entonces, ¿de dónde salió toda esa sangre?" dijo Brandon una vez que se armó de valor para mirar el área afectada.

"No hubo mucha sangre y creo que salió de él. Ya tenía algo alrededor de la boca." Había una servilleta de comida rápida en el salpicadero. La usó para limpiar la sangre, mostrando la piel limpia intacta debajo. "¿Ves? Sin mordisco."

El alivio fue inmediato y abrumador. Brandon se dejó caer en su asiento y exhaló un catártico suspiro.

Miles miró la inyección. "Así que supongo que no vas a necesitar esto..."

Antes de que pudiera terminar, le habían arrebatado la jeringa de la mano. Brandon se la clavó en el brazo y empujó el émbolo. "No tiene sentido desperdiciarla," dijo.

Cerró los ojos y exhaló cuando el Zaracaína-9 entró en su torrente sanguíneo. El pánico cedió y el caos de los últimos minutos fue reemplazado por un silencio difícil. Brandon contuvo el aliento, mientras que el ritmo cardíaco de Miles pasaba de peligrosamente alto a algo más cercano a lo normal. Ninguno quería reconocer lo que acababa de suceder y las implicaciones de lo que eso significaba.

El desdentado anciano seguía arañando la ventanilla, decidido a abrirse camino a través del cristal de alguna manera.

"¿Así que, supongo que vas a hablar con Jack sobre esto?" dijo Brandon cuando por fin terminó el silencio.

Miles no respondió. Estaba sin palabras. No podía saber si la pregunta de Brandon era una admisión de culpabilidad o una advertencia para que se callara. Fue solo cuando notó el versículo de la Biblia tatuado a lo largo del antebrazo de Brandon, «Pues caminamos por la fe, no por la vista», que recibió una respuesta apropiada.

"No creo que sea Jack de quien debas preocuparte," dijo Miles.

Estas palabras fueron asimiladas lentamente, provocando un ligero temblor en el labio inferior de Brandon. Miles pensó por un segundo que estaba a punto de romper a llorar. Eso era algo que definitivamente no quería presenciar. Su mano se movió hacia el contacto.

"Venga, deberíamos salir de aquí," dijo Miles.

Volvió a arrancar el motor y puso una marcha, justo cuando una espesa lluvia de sangre negra golpeó la ventanilla del conductor.

Miles casi saltó del asiento en estado de shock. Aquello había surgido de la nada. La cabeza calva del anciano ahora estaba dividida en mitades casi simétricas.

El zombi se desplomó en el suelo y Miles vio a un joven de unos veinte años de pie detrás. Llevaba una gorra de béisbol al revés y un hacha, ahora goteante de sangre.

"Oh, ¿no os habéis enterado?" dijo el joven al notar a Miles y la mirada estupefacta en su rostro. "El primer ministro acaba de hacer el anuncio. Las leyes de protección a los no muertos han sido suspendidas con efecto inmediato. Ahora podemos hacer lo que queramos."

Le dio a la hoja del hacha una rápida limpieza por la hierba y cruzó la carretera hacia su siguiente grupo de objetivos.

Más adelante, un grupo de cuatro se había amontonado en una residencia cercana. Cada uno llevaba una pata de cabra o una llave inglesa o alguna otra forma de armamento improvisado. El zombi en la intersección estaba en su punto de mira.

"Tenemos que salir de aquí," dijo Miles, bajando el freno de mano.

"Buena idea," dijo Brandon.

El camión aceleró. Miles redujo la velocidad al acercarse al cruce antes de dar un volantazo a la izquierda.

Los últimos minutos habían dejado a Brandon en una neblina de perplejidad. Pasó algún tiempo antes de que se diera cuenta de que

no viajaban en la dirección que él pensaba.

"¿Qué estás haciendo?" dijo él. "¿No deberíamos regresar a Z-Pro?"

"Primero tengo que ver a unas personas," dijo Miles.

Capítulo 25

La última hora de la tarde pasó a la noche. Una gruesa manta gris oscureció el cielo haciéndolo aparecer mucho más tarde de lo que realmente era.

Un silencio antinatural había caído sobre Fountaineer Parade, una calle residencial en uno de los suburbios de clase baja del noroeste de la ciudad. No había niños en bicicleta persiguiéndose unos a otros por las calles. No había jóvenes madres empujando cochecitos ni parejas paseando a sus perros. Ninguno de los sonidos típicos que uno esperaría escuchar una hora antes de la puesta del sol. El toque de queda recientemente anunciado había mantenido a la mayoría de las personas cuerdas atrincheradas dentro de sus casas durante la noche. Era como las secuelas o el preludio de un ataque nuclear.

Cinco exhumanos merodeaban cerca de un parque infantil. Otros tres se congregaban alrededor de una parada de autobús.

Un abollado Landcruiser azul marino apareció a la vista. El vehículo redujo la velocidad cuando el conductor vio a las rebeldes criaturas.

Sentado al volante había un pastelero de treinta y ocho años llamado Leon. Había conducido cuarenta y cinco minutos para llegar allí, convocado por las notificaciones que recibía a través de sus cuentas de redes sociales. En el asiento trasero estaban sus dos cohortes Dann y Jake, hermanos gemelos que compartían la inclinación de Leon por la violencia y la retrógrada visión del mundo. Los tres eran autodenominados ciudadanos modelo y patriotas respetuosos con la ley que estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario para proteger de cualquier insidiosa amenaza a su país, su libertad y los valores que apreciaban. Formaban parte de la base central de Bernard Marlowe, miembros de un grupo demográfico, pequeño pero leal, que le había ofrecido apoyo inquebrantable durante los altibajos de su tumultuoso primer ministerio.

Ningún toque de queda impediría que estos hombres aprovecharan al máximo esta oportunidad. Llevaban años esperando que

prevaleciera la cordura y que se restableciera su derecho a defenderse. Esas ridículas leyes políticamente correctas que clasificaban a las bestias de muerte como una especie protegida por fin habían sido suspendidas, aunque temporalmente. Todo eso podría revertirse mañana, por lo que no podían permitirse perder el tiempo.

El Landcruiser se detuvo en mitad de la carretera. La ventanilla del conductor bajó. La cabeza de Leon se asomó. "¡Oye! ¡Zombi!" él gritó.

Un no muerto rezagado, chaleco de cuero y pañuelo rojo, miró al otro lado. Era un espécimen sólido, casi tan ancho como alto, con una larga barba de motero y un torso rechoncho. Dio algunos pasos torpes en su dirección.

"¡Por aquí!" El puño de Leon se estrelló en el claxon. "¡Ven a buscarnos!"

El ritmo del zombi se aceleró ligeramente. Algunas de las otras criaturas se dieron cuenta y le siguieron por detrás.

La ventanilla volvió a subir y el motor aceleró. Los neumáticos traseros chirriaron y humearon. Leon esperó a que el motero zombi se acercara.

"Vamos... eso es, bien hecho, amigo..."

El zombi cruzó arrastrando los pies y salió a la carretera. El freno de mano fue bajado y se pisó a fondo el pedal del acelerador.

El Landcruiser estaba casi al doble del límite de velocidad cuando el parachoques de barra de toro y el zombi se encontraron. Sus huesos se licuaron instantáneamente y su cuerpo en descomposición se deformó como si estuviera hecho de plastilina. Las extremidades quedaron torcidas y contorsionadas en direcciones opuestas. Un mechón de pelo y una mancha de sangre golpearon el parabrisas. El zombi permaneció pegado delante durante una corta distancia antes resbalar bajo las ruedas.

El vehículo se detuvo con un chirrido. Los demás zombis

continuaban como indefensos *lemmings* [9], irresistiblemente atraídos por el ruido y el movimiento.

Los hombres esperaron a que se acercaran. Leon encendió el limpiaparabrisas para despejar el sucio residuo del cristal. Miró por el espejo retrovisor. Detrás de ellos, un brazo desprendido se posaba en medio de la carretera.

Después de aproximadamente un minuto, los primeros casi habían alcanzado el Landcruiser. Leon se volvió hacia el asiento trasero. "Son todo vuestros," dijo. "Encendedlos a todos."

El techo solar se abrió y Dann salió. En sus manos tenía un rifle de cerrojo M77. El objetivo más cercano estaba a veinte metros de distancia. Se tomó su tiempo para alinear a la criatura en la mira antes de apretar el gatillo. Estalló un disparo.

Fue un golpe directo. La bala impactó justo entre los ojos. Al zombi (que anteriormente había sido una madre de mediana edad con tres hijos que trabajaba como guardia de cruce a tiempo parcial y se ofrecía como voluntaria en una tienda de caridad administrada por una iglesia local) le quitaron el tercio superior del cráneo. Su cabeza se desintegró en un violento trozo de rosa y rojo y su cuerpo cayó inerte al suelo.

Esta era un arma poderosa, del tipo que disparaba balas del tamaño de un dedo y era capaz de derribar un rinoceronte. Una cabeza en rápida descomposición no tenía ninguna posibilidad.

Dann giró la manija del cerrojo hacia abajo y se insertó otra bala. Se echó el rifle al hombro y apuntó al siguiente cadáver errante más cercano, a unos treinta metros del Landcruiser. Era una anciana con un cárdigan verde que sostenía un paraguas. Le faltaba la punta de la nariz.

Se estabilizó y disparó. El disparo pasó volando unos centímetros a la izquierda de su cabeza. Su segundo y tercer intento también fueron desviados. El cuarto se conectó justo debajo de la oreja. Un agujero del tamaño de un puño se abrió a un lado de la cabeza. Una gota de materia cerebral putrefacta se esparció por el asfalto.

Las habilidades de Dann como fusilero dejaban mucho que desear, pero un suministro abundante de municiones y una variedad de objetivos de movimiento lento hizo que no pasara mucho tiempo antes de que hubiera perforado agujeros en los ocho. Estaba viviendo alegremente sus fantasías de francotirador, nutridas por toda una vida de películas de guerra clásicas e incontables horas de videojuegos de temática de combate. Alistarse en el ejército había sido uno de sus sueños de infancia. El servicio militar, creía, era una forma excelente para que un hombre retribuyera a su país, así como una oportunidad para desarrollar la disciplina y las habilidades para la vida necesarias para convertirse en un ciudadano respetado y honrado. Los únicos obstáculos que le impedían hacer esto eran su asma crónica, la aversión al ejercicio físico y un miedo patológico a ser disparado por los combatientes enemigos.

El último zombi recibió un balazo en la garganta. La cabeza fue lanzada hacia atrás, aferrándose al cuerpo por poco más que piel y tendón, y el zombi se desplomó como un fardo.

"Creo que con eso ya está," dijo Dann.

Los tres desembarcaron del todoterreno para evaluar su obra. Una sensación de gran logro se apoderó de ellos mientras inspeccionaban los cuerpos sin vida que rodeaban el vehículo. En el espacio de unos minutos habían hecho que el país fuese un poco más seguro. Ninguno parecía preocupado por la imprudencia de haber abierto fuego en un barrio suburbano.

"Espera, tenemos otro aquí," dijo Jake.

Un elegante Pontiac G8 negro estaba estacionado al final de la calle. Jake miró por la ventanilla trasera. Dentro había un zombi de aspecto feral que golpeaba el vidrio tratando de salir.

Dann se apresuró a cruzar la acera con el rifle. "Un pez en un barril," sonrió.

"¡Guoo Guoo!" Jake se plantó frente a él con ambas manos en alto. "¿Qué crees que estás haciendo?"

"¿Qué, quieres disparar tú?"

"No, lo que quiero es el coche. Y no quiero tener que sacar cachos de zombi destrozado de la tapicería."

"Hmph. Parece justo."

Dann apoyó el arma en el lateral del vehículo mientras su hermano corría de regreso al Landcruiser. La cara del zombi atrapado estaba ahora aplastada contra el cristal. Era un espécimen particularmente feo, incluso para los estándares de los zombis. Delgado como una barandilla, cara de rata y con tres dedos menos en la mano izquierda. Horrible a la vista.

"¡Lo tengo!"

Jake regresó con la llave de tuercas. Asumió su posición junto a la puerta.

"¿Listo?" Dijo Dann.

"Estoy listo," dijo Jake con una gran sonrisa.

Dann abrió la puerta. El zombi salió arrastrándose y la llave inglesa cayó sobre su coronilla. El primer golpe lo tiró al suelo. El cuarto le abrió la parte de atrás del cráneo. Dejó de temblar después del duodécimo.

"Uf." Jake se pasó un brazo por la frente. "Es mucho más fácil meterles una bala."

Empujó el cadáver fuera del camino con unas contundentes patadas y se subió al vehículo. El asiento estaba completamente reclinado. Lo volvió a poner en posición vertical.

En el asiento del pasajero delantero había una jeringa, un frasco verde vacío y un polo ensangrentado. Bajó la ventanilla y lo tiró todo a la calle.

Se tomó un momento para mirar el interior. El tapizado de cuero, los asientos mullidos, el sistema de audio de última generación, la miríada de extras. Este era un carro chulo. Mucho mejor que cualquier coche que hubiera tenido.

Había varias razones por las que estaban haciendo esto esta noche. Principalmente era porque se sentían obligados a liberar las calles de aquellas alimañas no muertas que se apoderaban del mundo. Otra razón era porque era divertido. No iban a negar el placer que sentían al hacer lo que hacían. Y aunque no estaban interesados en las recompensas materiales, si les llegaba un bonus inesperado durante el curso de su misión, lo consideraban una compensación justa por un trabajo bien hecho.

El motor ronroneó cuando Jake lo puso en marcha. Salió a la carretera. Leon y Dann lo siguieron en el Landcruiser. Iban de camino de encontrar el próximo vecindario para liberarse de la amenaza no muerta.

Las ruedas del lado izquierdo del camión casi flotaron en el aire cuando Miles dio la vuelta a la esquina demasiado rápido para un vehículo de ese tamaño. Se desvió momentáneamente hacia el lado equivocado de la carretera antes de recuperar el control y corregirse. Parecía que el estilo kamikaze de conducción de Brandon era contagioso.

Pisó a fondo el acelerador. Un zombi pasó volando por su ventana, uno de la docena que habían pasado en los últimos diez minutos.

El camión se detuvo con un chirrido frente a una casita de ladrillos rojos. Miles echó el freno de mano y abrió la puerta.

"Ahora vuelvo," dijo saliendo a la carretera.

"¿Dónde estamos?" Brandon miró a su alrededor. Estaba semiaturdido, su mente todavía nublada. "¿Qué estás haciendo?"

"Tengo que comprobar a algunas personas. Espera aquí, no tardaré."

"Miles, tenemos que irnos. Esto parece un..."

El sonido de un portazo interrumpió el resto de las palabras de Brandon.

Miles esprintó al cruzar la carretera y llegó a la puerta del número diecisiete. No hubo respuesta cuando llamó. Lo intentó de nuevo, con más fuerza. Esta vez oyó el ruido de pasos seguidos de una voz.

"¿Quién es?"

"Soy Miles," dijo.

"¿Quién?"

"Miles."

"¿Quién?"

"Es, uh, soy Clive."

"¿Clive?" La Sra. Jensen deslizó la cadena del gancho y la puerta se abrió. "¡Clive! No esperaba verte esta noche."

Él entró y cerró la puerta tras él. "Lamento aparecer así sin previo aviso. Es que pasaba conduciendo y quería asegurarme de que todo estaba bien por aquí."

"Todo está bien, Clive. ¿Por qué? ¿Pasa algo malo?"

Miles respiró hondo. "Esto parece otro brote zombi. Uno muy extendido, creo. En esta etapa no puedo saber lo serio que es, pero podría ser tan grande como el primero. Lo mejor que puede hacer ahora es cerrar las puertas con llave y mantenerse fuera de peligro hasta que sea seguro salir. Puede que tenga que quedarse dentro unos días."

"Oh, querido," dijo la Sra. Jensen.

Parecía preocupada, pero Miles sabía que la mayor parte de lo que había dicho no se había registrado en la mente de anciana. Sabía que tendría que intentar un enfoque diferente para comunicarse con ella.

"También hay una salvaje fiesta callejera al aire libre esta noche," dijo. Cerró una ventana y corrió las cortinas.

"¿Una fiesta en la calle?"

"Ajá. Una fiesta alemana, me han dicho."

La Sra. Jensen parecía horrorizada. "¿Alemanes? ¿Viniendo a nuestro vecindario?"

"Me temo que sí. Una especie de celebración del *Oktoberfest*. Yavse puede imaginar lo ruidosas que se vuelven esas cosas y el tipo de personas que atraen. A veces duran días."

"¿Oktoberfest?"

"De locos, ¿verdad?"

"Pero ni siquiera es octubre."

"Ya, pero los alemanes son así. ¿Cree que necesitan una razón para emborracharse y empezar a hacer fechorías?"

Hizo un rápido barrido de la casa para asegurarse de que todas las demás puertas y ventanas estuvieran aseguradas. Apagó las luces y solo dejó encendida una lámpara en el salón. Regresó para encontrar a la Sra. Jensen un poco perturbada por todo lo que estaba pasando.

"Ahora, no abra la puerta a menos que sea alguien que conozca y en quien confíe," dijo. "Mantenga todas las luces apagadas. Puede dejar la televisión encendida si quiere, pero asegúrese de que esté muy baja."

"Oh, no creo que vaya a ver mucha televisión esta noche de todos modos," dijo. "Por alguna razón, están mostrando el mismo programa en todos los canales, una y otra vez. Y no es nada que me interese."

La televisión estaba en la esquina de la habitación con el sonido apagado. Se reproducía la cobertura del brote, las imágenes que parpadeaban en la pantalla ilustraban el alcance del peligro. Las tomas aéreas de los centros urbanos mostraban lo que parecían ser cientos, posiblemente incluso miles de zombis deambulando por las calles en manadas. Las autopistas del país se llenaron de vehículos mientras se producía un éxodo masivo, con residentes aterrorizados que huían de los lugares problemáticos conocidos en busca de un lugar más seguro. Había imágenes de teléfono móvil tomadas desde

el interior de un automóvil en otra parte del país. El conductor estaba encogido en la parte de atrás, sus manos temblaban mientras sostenía el teléfono en la ventanilla. Los zombis deambulaban por la masa de vehículos abandonados, mientras que otros conductores y pasajeros corrían para salvar sus vidas.

La banda de la marquesina inferior de la pantalla informaba de los últimos desarrollos: brotes confirmados en 71 puntos. Se había declarado el estado de emergencia y establecido el toque de queda. Todas las protecciones contra los no muertos se levantaban hasta nuevo aviso.

Si Miles había tenido alguna duda sobre la gravedad de este último brote, ya no la tenía. Esto estaba sucediendo en todas partes y solo iba a empeorar.

Apagó la televisión. Se giró hacia la Sra. Jensen. "¿Cree que estará bien aquí?"

"Oh, sí, sí, estaré bien," dijo. "Tengo que ponerme al día con mi tejido y una carta que escribir al consejo sobre las ramas de los árboles que cuelgan sobre la cerca dentro de mi propiedad. Les diré lo que pienso sobre lo de permitir celebraciones alemanas en áreas residenciales ya que estoy en ello."

Miles hizo una última revisión de la casa para asegurarse de que no se había olvidado nada. Se marchó cuando estuvo satisfecho de que el lugar estaba seguro y protegido.

El sol estaba a unos minutos de ponerse cuando salió. Lo primero que vio fueron los dos zombis que se movían lentamente unas casas más abajo. No representaban una amenaza inmediata, pero su mera presencia era un recordatorio de que debían extremar las precauciones. Había tratado con no muertos el tiempo suficiente para saber que se parecían mucho a las cucarachas (si había una o dos que podías ver, normalmente es que había muchas más que no podías).

Se apresuró hacia la siguiente casa de la calle. Su antigua casa.

En cuanto había visto a aquel civil enterrando el hacha dentro de la

cabeza del zombi conserje hacía unos veinte minutos y se había enterado del levantamiento de las protecciones contra los no muertos, implicaciones más amplias se hicieron claras. No pasaría mucho tiempo antes de que hubiera otros en las calles para darse el gusto de matar zombis. Y aunque solo los no muertos eran vulnerables en ese momento, había muchos que no hacían distinción entre zombis y revividos. Necesitaba asegurarse de que los Talleyes estaban a salvo.

Las señales iniciales fueron preocupantes. Cristales rotos esparcidos delante de la casa. Parecían botellas rotas. El césped y el jardín delanteros estaban destrozados. Las luces estaban apagadas y no había movimiento en el interior. Miró por las ventanas entre los huecos de los barrotes de metal. No pudo ver nada. Llamó, pero no hubo respuesta. La puerta de seguridad estaba doblada y abollada, como si alguien hubiera intentado abrirla a patadas.

"¿Alguien en casa?" gritó. "¿Warren? ¿Claire?"

Eso fue recibido con silencio. Pensó en dejarlo y regresar al camión. Quizá se habían ido a un lugar más seguro. O tal vez había llegado demasiado tarde.

Se movió hacia la parte trasera de la casa, hacia su antiguo dormitorio. No había barrotes cubriendo esas ventanas, solo en las que daban a la calle. Quitó la mosquitera, presionó las palmas contra el vidrio y lo movió de un lado a otro. La ventana subió poco a poco hasta que pudo deslizar la punta de los dedos por debajo y levantarla. Esto era algo que solía hacer cuando era más joven, entrar a hurtadillas en su habitación en mitad de la noche sin que sus padres se enteraran.

Empujó la ventana hacia arriba todo lo que pudo. Asomó la cabeza dentro y se incorporó. Estaba a mitad de camino cuando se encontró incapaz de moverse más. La hebilla de su cinturón estaba enganchada en el alféizar de la ventana. Intentó empujar, pero estaba atascado. Solo entonces se le ocurrió que habían pasado al menos diez años desde la última vez que había intentado esto. Por aquel entonces era un poco más delgado, además de mucho más ágil. También se dio cuenta de que, si bien era aceptable que los adolescentes trepan por las ventanas de los dormitorios, no lo era

tanto para los hombres adultos.

Inclinó el cuerpo hacia adelante tanto como pudo, poniendo todo su peso sobre él. La gravedad se encargó del resto y él cayó al suelo sin elegancia.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe en cuanto golpeó el suelo. Miles alzó la vista a tiempo de ver una figura oscura cargando contra él con un bate de béisbol. Tenía menos de un segundo para reaccionar.

"¡Fuera!" le gritó. "¡Dejadnos en paz!"

Vio que el bate se acercaba a su cabeza. Miles giró en el último momento y recibió un golpe en la espalda. Le dolió, aunque no tanto como esperaba. El atacante fue a por un segundo golpe.

"¡Soy yo, soy yo!" gritó. "¡Soy Miles!"

La figura se detuvo. Retrocedió un paso y estiró el brazo hacia el interruptor de la luz.

Se encendió la luz. Claire estaba de pie junto a él. El bate de béisbol era en realidad el trozo del tubo de metal de una aspiradora.

¡Miles! ¿Qué estás haciendo aquí?" le dijo.

"Lo siento, no era mi intención asustarte," dijo recuperando el aliento. "Solo quería asegurarme de que todos estabais bien aquí."

Se sintió como un idiota tan pronto como lo dijo. No todo estaba bien. Eso era obvio. Solo había que mirar a Claire para saber qué tipo de día había tenido.

Capítulo 26

Pasó algún tiempo antes de que Claire estuviera lo bastante tranquila como para ordenar sus pensamientos y hablar con algún tipo de claridad. Sólo entonces estuvo en condiciones de contarle a Miles el peor día de su vida.

A última hora de la mañana fue cuando todo empezó a salir mal. Fue cuando su hermana Elise comenzó a mostrar signos de mala salud. Elise era una de las dos revividas que vivían en la casa, el otro revivido era el marido de Claire, Warren. Inicialmente, los síntomas fueron una sensación general de fatiga parecida a la gripe; nada de lo que preocuparse demasiado, pero esto pronto fue seguido por un rápido declive. La temperatura de Elise se disparó y sufrió dolores de cabeza incapacitantes. Nadie quería creer lo que le estaba sucediendo, pero los síntomas habían llegado tan rápido y Elise se había deteriorado tan rápido que sabían que solo podía ser una cosa. Se había puesto su inyección diaria de Zaracaína-9, pero le dieron otra. No tenían idea de que esta era la causa de su malestar.

Warren experimentó síntomas idénticos aproximadamente una hora después de Elise. A él también se le administró una segunda inyección, la cual no ayudó en nada. Claire trató de mantener la calma lo mejor que pudo y no entrar en pánico, pero no sabía qué hacer a continuación.

La situación se intensificó a media tarde cuando se filtró la noticia de que el gobierno había suspendido temporalmente todas las protecciones contra los exhumanos. Para algunos en la comunidad, esto era una llamada a las armas, una excusa para vagar por las calles en manadas y desatar su ira y resentimiento reprimidos contra cualquier no muerto. Todos los zombis que encontraron fueron abatidos de una manera brutal y clínica. Cuando los zombis fueron atendidos y no pudieron encontrar ninguno, se decidió que muchos revividos serían un sustituto aceptable. Había abundante oferta en estas partes de la ciudad y, gracias al registro en Internet, eran fáciles de localizar.

No pasó mucho tiempo para que una de estas manadas pusiera su mirada en la casa de los Talleys. Un grupo de alrededor de una docena de agitadores comenzó lanzando botellas, piedras y otros misiles a la casa. Como esto no había logrado provocar la reacción deseada, se volvieron más agresivos. Algunos intentaron echar abajo a patadas la puerta principal. Otros destrozaron el patio delantero y abollaron su automóvil. Se vació un cubo de basura por el camino de entrada antes de ser arrojado contra una ventana.

Claire y su otra hermana Trisha se apresuraron a asegurar todos los puntos de entrada, cerciorándose de que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas. Recogieron a los aterrorizados niños y se atrincheraron en la habitación de atrás.

Los ataques se detuvieron después de un período de tiempo indeterminado cuando la multitud se aburrió y pasó a otras casas. Todos contuvieron la respiración y rezaron para que lo peor hubiera pasado.

Siguió un breve respiro. Se aventuraron a salir a primera hora de la tarde y descubrieron que, a pesar de los daños menores a la propiedad, parecían estar a salvo. El grupo de fuera no estaba a la vista. Pero la paz no duró. Un grito impactante y agudo, uno que solo podría provenir de un niño pequeño, reverberó por toda la casa.

El temor inicial de Claire era que alguien hubiera entrado. Agarró lo primero que pudo encontrar para armarse, un cuchillo de cocina, y se apresuró a ir a la habitación del otro extremo de la casa. Aquí, descubrió algo mucho más aterrador que un intruso. Descubrió que su hermana se había convertido por completo. Una pequeña cantidad de sangre estaba esparcida por el suelo y las paredes, la puerta trasera estaba abierta y Emily, la hija de seis años de Elise, había desaparecido.

Tan pronto como salieron del cuarto, Emily se había alejado del resto de la familia y dirigido directamente a la habitación de su madre. Ahora esta había desaparecido y probablemente estaba sufriendo una grave mordedura de zombi. Todos se habían apresurado a buscarla, pero no se la vio por ningún lado. Todo esto había sucedido hacía más de una hora. Ella podría estar en

cualquier parte a estas alturas.

Claire estaba hecha un desastre cuando terminó de contarle todo esto a Miles, y era prácticamente incoherente. Después de recomponerse lo mejor que pudo durante ese tiempo, todo la había alcanzado a la vez. Relatar los eventos de las últimas doce horas fue como si estuviera reviviendo la experiencia de nuevo.

"No tengo idea de lo que se supone que debo hacer ahora," dijo entre sollozos. "Debería estar ahí afuera buscándola, pero no puedo salir de casa. Hay otros cinco niños que cuidar, así como una hermana no muerta y un esposo al que probablemente no le quede mucho tiempo."

"Por supuesto que no puedes dejarlos," dijo Miles. "Tienes que quedarte aquí y vigilar la casa. Yo iré a buscar a Emily."

Claire alzó la vista. "¿Estás seguro?"

"Por supuesto. He vivido por aquí casi veinte años. Conozco esta zona tan bien como cualquiera."

"Oh, eso sería... si pudieras..." Intentó hablar, pero la emoción se apoderó de ella.

"Todo irá bien," le aseguró Miles. "La traeré de vuelta. Te lo prometo, la encontraré."

Los últimos rastros de luz del día habían comenzado a disiparse cuando Miles salió de la casa, pero el calor del día permanecía. La pesada capa de nubes aseguraba que la temperatura se mantendría alta esta noche, al menos hasta que cayeran las primeras gotas de la lluvia pronosticada.

Abrió la puerta del camión y lanzó las llaves en el asiento delantero. "Todo tuyo," dijo.

Brandon salió de su trance. "¿Qué está pasando?" dijo él. Sus ojos adquirieron una cualidad angustiada. Los eventos previos todavía pesaban mucho en su mente.

"Puedes regresar si quieres, pero yo tengo que quedarme aquí," dijo

Miles.

"Jack nos ha enviado un mensaje." Brandon se apresuró a sacar su teléfono. "Dice que quiere que todos regresen de inmediato."

Miles alargó la mano detrás del asiento delantero para coger el palo trampa. "Vete sin mi."

"Eso no es buena idea. No es seguro salir. Y menos por aquí."

Este repentino resurgimiento de no muertos obviamente había afectado a Brandon. Miles se había encontrado con situaciones similares a esta antes, pero para él esta era una experiencia nueva e inquietante.

"Sé que no es seguro, pero estaré bien," dijo Miles adoptando una apariencia de estoicismo. "He sobrevivido a cosas peores."

Dio un breve resumen de lo que había sufrido la familia Talley el día anterior. Se refirió a todo lo que habían soportado, todo el dolor, el trauma y el terror, y que uno de las niñas había desaparecido. Estaba asustada y sola, y muy probablemente incubando la mordedura de un zombi. Tenían que encontrarla antes de que sucediera lo impensable.

"Dile a Jack que lo siento, pero que no puedo dejarles," dijo.

Cerró la puerta y se dirigió hacia el camino de entrada. Unos segundos más tarde escuchó la puerta abrirse y los pasos de Brandon apresurándose para alcanzarlo.

"Mira, Brandon, no intentes detenerme..."

"Déjame ayudarte," dijo Brandon.

Esto le pilló por sorpresa, pues era lo último que esperaba que dijera. "¿Estás seguro de que quieres hacer eso? No sientas que tienes la obligación de venir solo porque yo lo hago."

Brandon le quitó importancia. "No es eso. Desde ese último trabajo..." Se detuvo un momento mientras buscaba las palabras adecuadas. "No puedo dejar de pensar en eso. Ese zombi debería

haberme mordido. Fue un milagro que no fuese así. De hecho, en realidad no hay otra explicación. Fue un milagro. Dios me estaba cuidando. Me estaba protegiendo y me estaba enviando un mensaje. Quiere que expíe la culpa. Tengo la oportunidad de arreglar las cosas."

"¿Te refieres a lo que le pasó a Brock?"

"Sí, por lo que le pasó a Brock. Necesito corregir eso. Además, tengo una inyección de Zaracaína-9 dentro. Eso significa que estaré bien durante al menos las próximas seis horas."

Miles sabía que había una explicación mucho más simple para lo que había sucedido hoy, pero pensó que sería descortés interrumpir a alguien en medio de una epifanía. Una experiencia espiritual tan intensa había tenido un efecto transformador en Brandon. Era como una persona completamente diferente a la de hacía una hora.

"Estás haciendo lo correcto," le dijo Miles.

Regresaron a la casa y se ideó una breve estrategia sobre cómo se llevaría a cabo la búsqueda. Brandon llevaría a Trisha en el camión y conduciría por las calles circundantes para buscar a Emily. Miles recorrería a pie los acres de bloques vacíos y zonas verdes en la parte trasera de la propiedad. Él creía que había muchas más posibilidades de encontrarla allí que en cualquier lugar cerca de las carreteras, ya que era más probable que huyera del ruido y de otras personas que hacia él mismo. Claire se quedaría en la casa para cuidar de su esposo, su hermana y los niños.

Miles se deslizó por el hueco de la cerca y atravesó el patio trasero de la propiedad del vecino. La franja de luz amarilla que se asomaba detrás de una cortina era la única señal de que había alguien en casa. Escaló la siguiente cerca y aterrizó en otro patio trasero.

Nadie estaba en casa en esta dirección. Lo pudo ver por la cochera vacía, que por lo general tenía una camioneta Mitsubishi marrón claro estacionada debajo, y por los platos y cuencos de comida esparcidos por la mesa al aire libre en el patio. Los propietarios parecían haber estado cenando cuando decidieron que tenían que

huir.

Ver el banquete dispuesto así fue un recordatorio de que habían pasado al menos diez horas desde la última vez que había comido algo. No había tiempo que perder, pero no pudo evitarlo. Fue directamente al plato de pasta. Todavía estaba un poco caliente. Se metió un par de bocados grandes en la boca y tragó tan rápido como pudo. Pasó a la ensalada de patatas y se guardó dos panecillos en el bolsillo.

Había tres vasos sobre la mesa. Cogió el más cercano a él y bebió un gran trago. Lo escupió de inmediato. Lo que había pensado que era agua era en realidad vino blanco. Se secó la boca y miró para ver si había otra cosa. Cada copa estaba llena con el mismo vino. La botella medio vacía estaba en el centro de la mesa.

Un sentimiento peculiar lo abrumó. Incluso cuando bebía, no le gustaba mucho el sabor del vino. Pero la pequeña cantidad que acaba de tragar le había gustado. Le había gustado la sensación que le había proporcionado. Hacía bastante frío y sabía bien.

La voz de la razón en el fondo de su mente le dijo que sería tremendamente irresponsable beber más, considerando lo que estaba enfrentando en ese momento. Pero esa voz fue abuchada por un coro de voces más fuertes que afirmaban que el vino era exactamente lo que necesitaba. Este era un mundo sin lógica, insistían las voces, un mundo que ya no tenía sentido, lo cual implicaba que el único curso de acción razonable era echar un trago. Que Miles supiera, esta podría ser su última noche con vida. Si alguna vez hubo un momento para ceder a la tentación, era este.

El primer vaso desapareció en cuestión de segundos. Vacío el segundo inmediatamente después de ese, y luego el tercero. Esperaba estar lleno de remordimiento, pero no fue así. Estaba lleno de alegría. Había fuego en sus venas. Quería más. Se terminó la botella.

Contuvo una profunda respiración. El alcohol subió a los receptores en su cerebro y le dio un mayor estado de consciencia. Toda inquietud que pudiera haber tenido quedó borrada. Ahora estaba preparado para enfrentar lo que pudiera depararle la noche.

Capítulo 27

La oscuridad había llegado apresurada y una atmósfera inquietante impregnaba ahora el vecindario. Había un estado de ánimo extraño, en algún lugar entre el tumulto de un desastre natural y el júbilo de un carnaval callejero. El aire vibraba con una electricidad palpable y con la anticipación de que esta noche se estaba desarrollando un momento de la historia. La expectativa de que podía suceder cualquier cosa en cualquier momento.

Voces le llegaban a Miles desde todas direcciones. Algunas en la distancia, otras más cerca. Oyó un chillido, o un grito, a unas pocas manzanas más allá. No podía saber si se trataba de terror o euforia.

A pesar de los peligros inherentes, los seres humanos se sentían naturalmente atraídos por la emoción. Reducían la velocidad para mirar boquiabiertos los accidentes automovilísticos, con la esperanza de echar un vistazo a las sangrientas secuelas. Una persona suicida parada en una repisa atraía a una multitud y, mientras todos rezaban por un final seguro y feliz, en el fondo de sus mentes sabían que había una posibilidad muy real de que estuvieran a punto de ver a alguien caer en picado hacia su muerte. Cada vez que se emitían alertas de tsunami, los más sensibles que huían hacia terrenos más altos eran superados en número por los que acudían en masa a la costa con la esperanza de presenciar la espectacular carnicería.

Un senderito recorría la parte trasera de la hilera de casas. Habían pasado años desde la última vez que Miles había estado por aquí. Este era un lugar bastante anodino y corriente de los suburbios de la clase trabajadora, pero todavía había muchos lugares para que los niños descubrieran y exploraran si tenían una cantidad excesiva de aburrimiento y una supervisión insuficiente.

Miles paró al final del camino y trató de visualizar el camino por donde habría podido correr una aterrorizada niña de seis años. A su derecha había un descampado que conducía a un campo de fútbol. Se había erigido una valla contra ciclones desde la última vez que

estuvo aquí, bloqueando el acceso al campo. Luego no era por ese camino. El sendero de tierra que conducía al campo de golf estaba a su izquierda. Se colocó el palo trampa bajo el brazo y se dirigió en esa dirección.

Un disparo retumbó en el aire. Hizo eco durante unos segundos después. Luego vino un ladrido frenético. No sabía desde qué dirección venía. Estaba lo bastante lejos como para que no temiera inmediatamente por su propia seguridad, pero había sido lo bastante cerca como para hacerle saltar.

Se abrió paso a través del arbustos, pisoteando malas hierbas y césped cubierto de maleza, y emergió en algún lugar cerca del hoyo cuatro. Notó un resplandor cálido en la distancia. Se movió hacia este. Luego oyó voces. Un grupo de personas.

Una pequeña fogata ardía junto a un búnker de arena. Otra ardía cerca, casi completamente extinguida. Aproximadamente ocho o nueve personas merodeaban por el campo, la mayoría de ellas rodeando el mayor de los dos incendios. Todos parecían bastante jóvenes, en la adolescencia o en los veinte años.

Sopló una ligera brisa y Miles inhaló el fuerte olor químico emitido por el fuego. El humo le picaba en los ojos y el hedor a carne quemada le revolvió el estómago. Se cubrió la boca y nariz con la mano.

El fuego se movió. Se levantó y se movió un par de metros por el suelo. Era algo vivo y en movimiento. O al menos, lo que fuese que había debajo del fuego vivía y se movía.

El grupo saltó hacia atrás, excepto el que tenía el palo de golf. Esperó a que la bola de fuego se acercara a la distancia de ataque, luego levantó el palo en el aire y lo bajó con fuerza. El fuego se desplomó. Permaneció en la hierba durante unos segundos antes de volver a levantarse. Hubo un segundo impacto y un tercero. Cada uno provocaba carcajadas.

Otro zombi renqueaba cerca de la zona de salida. Uno del grupo lo roció con líquido de una botella de plástico. Su amigo encendió un rollo de papel higiénico. El rollo en llamas fue arrojado al zombi,

encendiendo el acelerador y convirtiéndolo al zombi en una bola de fuego gigante. El cuerpo en llamas se movió por el campo, haciendo que el grupo aullara salvajemente de deleite. Se burlaron de él sin piedad con patadas y golpes de palo de golf, hasta que el no muerto capituló por fin en un montón de restos ardientes.

Miles observaba desde la distancia, impotente. Quería poner fin a eso, pero no podía hacer nada. Estas personas estaban más allá de la razón y, aparte del daño menor que los incendios habían causado en la calle, no estaban infringiendo ninguna ley. Pero no entendía qué podía inspirar tales impulsos sádicos ni cómo alguien podía obtener placer viendo cualquier cosa, incluso zombies, arder hasta morir. Esto era solo una manifestación de la crueldad humana y la locura de la multitud.

No tuvo más remedio que seguir adelante con su búsqueda. Pasó por una pequeña arboleda. Nadie del grupo pareció notarle.

Miró detrás de cada arbusto y árbol a medida que avanzaba, y miró dentro de cada grieta por la que un niño pequeño podría meterse. Hizo el menor ruido posible. Sus oídos estaban preparados para el menor movimiento. Agarraba el palo trampa con ambas manos, listo para cualquier cosa que pudiera saltar hacia él.

Otro disparo le sobresaltó. Este pareció más cerca que el anterior. Aceleró el paso.

Emergió en algún lugar de Coopers Lane, una carretera sin asfaltar. El cementerio local estaba enfrente. En circunstancias normales, estar en un lugar como ese en una noche como esa podría haber sido desconcertante, pero su primer trago de alcohol en años, junto con la adrenalina natural de su cuerpo, le había dado valentía. Tenía que seguir adelante antes de que la sensación desapareciera.

Llegó al canal de control de inundaciones. Este era un lugar que conocía bien. Muchos veranos de su juventud se habían desperdiciado por aquí. El canal estaba formado por superficies lisas perfectas para andar en patinete y competir en bicis BMX cuando era niño. También había pasado muchos viernes y sábados por la noche aquí cuando creció un poco, los numerosos túneles y pequeños bolsillos eran lugares ideales para llevar a cabo el

comportamiento antisocial típico de los adolescentes, ocultos a la vista de los adultos y otras figuras de autoridad.

Bajó a la base de hormigón. Estaba completamente seca. Casi no había llovido en los últimos meses.

Se abrió camino, sosteniendo el palo trampa frente a él como un bastón para evitar tropezar con algo. Ahora estaba atravesando casi la oscuridad, sin casas cercanas ni tráfico que proporcionara luz.

Caminó unos pasos más. Se detuvo al creer oír algo y escuchó en busca de movimiento. Nada, el aire estaba quieto. Probablemente había sido su imaginación. Siguió adelante. Repitió este proceso varias veces más; avanzando sigilosamente por el canal, deteniéndose y escuchando, luego avanzando de nuevo.

Después de unos veinte minutos vio el puente más adelante. Esto marcó el final de esa sección del canal. Todavía no hay señales de Emily. Se detuvo y se quedó allí por un momento, antes de darse la vuelta y regresar por donde había venido.

No tenía idea de lo que estaba haciendo aquí. Esta era una misión completamente inútil, una aguja en un pajar. Solo estaba aquí porque les había dicho a Claire y Trisha que iba a encontrar a Emily. Peor aún, se lo había prometido. No sabía qué lo había poseído para hacer eso, aparte de que era lo único que había podido pensar decir en ese momento. Ahora se daba cuenta de que era la cosa más tonta que podía haber hecho. Había querido consolarlas, pero les había vendido falsas esperanzas. Había hecho una promesa que no podía cumplir.

Así que ahora aquí estaba, tanteando a ciegas en la oscuridad en una noche en la que los muertos vivientes acechaban en las sombras y estaban listos para atacar en cualquier momento. Se movió a paso de tortuga mientras regresaba. Temía la idea de volver a la casa sin noticias.

Solo había dado unos pocos pasos cuando un gruñido le detuvo en seco. Eso definitivamente no había sido el viento. Era la inconfundible llamada de los no muertos.

Giró en redondo ochenta grados, luego de nuevo, asfixiando el palo trampa con un puño blanco. No podía ver a nadie ni a nada. Pero algo había allí, en algún lugar cercano. Sacó su teléfono y cambió al modo de linterna. Examinó el área en busca de signos de movimiento. Nada.

El ruido se hizo más fuerte. La acústica del canal llevaba el sonido como si la fuente estuviera justo detrás de él. Avanzó, en contra de su buen juicio, en la dirección de donde pensaba que venía.

Había un túnel directamente bajo el puente. Estaba a poca distancia. El sonido venía de algún lugar dentro de allí, los gruñidos y gemidos rebotaban en las paredes. Se estaba acercando a él, moviéndose hacia la luz.

Se preparó. No sabía con quién o qué estaba a punto de encontrarse. Solo sabía que la abertura del túnel tenía poco más de un metro de alto. Demasiado pequeño para que cualquier adulto pudiera trepar al interior.

La niña no muerta emergió unos segundos más tarde y Miles sintió que su corazón le daba un vuelco. No podía verla con claridad, pero no podía ser otra persona. Todo este tiempo había estado rezando por un milagro, esperando que todo saliera bien. Tal vez pudiera llegar hasta ella antes de que se convirtiera. Tal vez podría darle una inyección de Zaracaína-9 a tiempo. Ahora veía lo ingenuos que eran estos pensamientos. Esto nunca iba a terminar de otra manera.

Dio un suave paso hacia adelante.

Los ladridos más fuertes que jamás había escuchado casi lo matan del susto.

Un canino monstruoso estaba en el precipicio del canal, gruñendo y ladrando a la chica zombi. Corría de un lado a otro a lo largo de la orilla, buscando un camino por la empinada pendiente, antes de detenerse y ladrar un poco más cuando no podía encontrar el camino.

El dueño del perro llegó unos segundos después. John Barrett. Cojeaba por el lado del canal, hacia donde el rabioso Rottweiler le

indicaba. Tenía una escopeta en las manos.

Levantó el arma en cuanto vio a la niña zombi.

"¡Ey!" gritó Miles. Corrió hacia Emily. "¡No dispare!"

El anciano alzó la vista durante un breve instante antes de reanudar su puntería.

"¡No dispare!" repitió Miles.

Barrett se estabilizó mientras se concentraba en su objetivo.

Miles tiró del palo hacia atrás mientras llegaba hasta Emily. Ella le miró y dejó escapar un gruñido gutural. Miles balanceó el palo con toda la fuerza que pudo reunir.

El palo trampa golpeó a Emily en el pecho y ella salió volando. Miles sintió que el aire explotaba. Fue arrojado al suelo. El mundo se volvió negro.

Capítulo 28

Esa noche hubo dos tipos de contagios que asolaron la nación. El primero fue el patógeno BNBO-511:17. Este se transmitió a través de partículas virales vivas que ingresaban al torrente sanguíneo, ya fuese mediante una mordedura de un ser infectado o una dosis de medicamento inseguro, y transformaba a sus víctimas en monstruos primitivos y sedientos de sangre. El segundo contagio fue la regla del tumulto y la locura grupal. Este se propagó mediante la televisión, Internet, los mensajes de texto y el boca a boca a la antigua, y contaminó las mentes de personas, por lo demás cuerdas y racionales, convirtiéndolas en impetuosos justicieros.

El toque de queda estaba en vigor, pero esto era más una sugerencia que una directiva, y debido a que la policía tenía asuntos más urgentes que tratar, no se estaba aplicando estrictamente. La mayoría de la población se había confinado sensiblemente a sus hogares para pasar la noche, pero un número significativo se sintió obligado a merodear por las calles y deleitarse con el caos. Estaban vigorizados por ello. Este era como un momento en la historia y lo más emocionante que había sucedido en años.

En una comunidad rural, una banda de lugareños reunió a todos los exhumanos que pudieron encontrar y procedieron a atar cuerdas alrededor de sus cuellos y colgarlos de las farolas de la calle a lo largo de la carretera principal. Sus cuerpos se balanceaban adelante y atrás como macabros adornos navideños: piernas pataleando y brazos arañando en el aire. Esto sirvió como un mensaje claro a otros revividos para que se mantuvieran alejados.

En un centro urbano al lado opuesto del país, una camioneta Ford Ranger verde militar se abalanzó sobre una plaga de más de cincuenta zombis a gran velocidad. Los primeros siete u ocho fueron derribados como bolos. Otros dos volaron sobre el capó. Otros cinco cayeron bajo el vehículo, uno de los cuales quedó atrapado en la rueda delantera. El conductor pronto perdió el control. El vehículo subió al bordillo y el chasis delantero se enganchó en un bolardo. Intentó dar marcha atrás, pero las ruedas

giraron en el aire. El conductor fue tragado por el rebaño y despezado como cabello de ángel.

En un pueblecito costero, un joven de diecisiete años patrullaba la zona con su hermano de catorce años. Llevaba consigo la pistola de bengalas que había robado del yate de sus padres. Después de vagar por las calles durante horas en busca de acción, los hermanos se encontraron por fin con un ser no muerto. Era un vecino, un mecánico local al que conocían de toda la vida. El adolescente no perdió el tiempo y disparó al zombi a corta distancia. La bengala estaba incrustada en su cavidad torácica antes de que la explosión de nitrato de estroncio lo envolviera en un humo rojo cegador. El zombi se debatió aturdido mientras se cocinaba de dentro afuera.

Por todo el país se entraba en casas pertenecientes a revividos conocidos. Los ocupantes fueron sacados a rastras, muchos fueron golpeados y sus casas destrozadas. La policía hizo todo lo posible para proteger a las víctimas, pero se vieron superados en número.

Escenas similares de histeria masiva se habían desarrollado hacía seis años durante el primer brote, pero en muchos sentidos eso era comprensible. Por aquel entonces nadie tenía idea de lo que estaba pasando. Que ellos habían sabido, el mundo estaba llegando a su fin, y en esas circunstancias perder la cabeza era una respuesta perfectamente natural. Los líderes mundiales habían implorado al público que mantuviera la calma, insistiendo en que todo estaría bajo control lo antes posible, pero habían tenido que pasar varias semanas antes de que alguien les creyera.

Esta vez era diferente. La mayoría era consciente de que existían sólidos planes de contingencia para situaciones como esta, y sabían que la vida probablemente volvería a la normalidad en un par de semanas. Pero eso no hizo nada para dominar el caos. En todo caso, lo exacerbó. La gente quería aprovecharlo al máximo mientras pudiera.

El libre albedrío tiende a evaporarse durante la locura grupal. Los seres humanos se deshacen de sus inhibiciones, y una psicosis contagiosa se apodera de ellos con una total falta de control. Las personas normales se encuentran haciendo el tipo de cosas que de otro modo nunca harían. El nuevo día eventualmente llegaría a

arrojar luz sobre el libertinaje y la destrucción masiva (como la fea luz de las cinco de la mañana a la hora de cerrar en un club nocturno) y todos se verían obligados a enfrentar lo que habían hecho. Pero nadie pensaba en eso todavía. Se les había dado un pase libre para comportarse de la forma que quisieran y cumplir sus deseos largo tiempo reprimidos.

Solo fue necesario un ligero empujón para que los humanos regresaran a un estado primario. Esta era su configuración predeterminada, el modo al que volvían con mínima coerción.

Miles abrió los ojos. Inspiró un poco de aire a sus pulmones.

Yacía sobre la espalda mirando las estrellas. Un pequeño bolsillo de cielo despejado se había abierto sobre él durante unos breves segundos antes de ser tragado por las nubes. Los sonidos de la noche eran lejanos. Todo parecía silenciado, como si estuviera sumergido en agua. No sabía cuánto tiempo había estado así.

Trató de sentarse, pero fue imposible. Su cuerpo protestaba a cada movimiento. Lo intentó de nuevo. Su cabeza se levantó un par de centímetros del suelo, pero no más.

Vio una sombra cojeando en la distancia, un monstruoso canino galopando a su lado. John Barrett estaba huyendo de la escena del crimen tan rápido como le permitía su reemplazo de cadera. Esto no fue una sorpresa. Barrett solo tenía la intención de dispararle a un ser no muerto, lo que esta noche estaba legalmente autorizado a hacer. En cambio, había disparado contra un civil desarmado. Eso era algo que la ley aún desaprobaba, independientemente de las circunstancias.

Su mano se movió a su costado, al espacio entre su cadera y su caja torácica. Lo sentía como si estuviera en llamas. Trató de sacar el atizador ardiente que acababa de apuñalarle, pero lo único que agarró fue un puñado de líquido tibio. Apretó el área afectada. Un rayo de dolor le atravesó el cuerpo, pero la hemorragia continuaba. Eso no era bueno.

Tenía que buscar ayuda y rápido. La sangre brotaba de él a un ritmo aterrador. Se tumbó de lado. Esta fue una prueba

insoportable. Hizo un esfuerzo concertado para sentarse erguido, pero supo de inmediato que eso no iba a suceder. Su fuerza estaba completamente agotada. Partes de su cuerpo que habían funcionado hacía un minuto ya no hacían lo que les pedía. No podía hacer más que yacer allí y sangrar.

Su mente se esforzaba en formular algún tipo de estrategia. Tenía que pensar y actuar rápido si quería tener alguna posibilidad de llegar al amanecer. Estaba atrapado allí, completamente solo. Nadie sabía dónde estaba. No había transeúntes a los que pedir ayuda. Era poco probable que lo descubrieran antes de que volviera la luz del día.

Aún tenía el teléfono encima. Lo sacó del bolsillo. Ahora tenía que averiguar a quién llamar. Una ambulancia estaba fuera de cuestión. Los servicios de emergencia estarían al límite esta noche y pasarían horas antes de que alguien viniera a buscarlo. Tenía que pensar. Otra persona. ¿Brandon, quizá? Él estaba en alguna parte del área, pero no estaba familiarizado con el vecindario y este no era un lugar fácil de describir o de indicar con instrucciones. Menos aún de noche, cuando las calles estaban llenas de zombis y linchamientos. Y menos aún en su estado actual. Podría encontrarle eventualmente, pero el tiempo era algo de lo que carecía.

Tenía que ser alguien que supiera de este lugar. Alguien que hubiese estado aquí antes y que pudiese llegar rápido. Repasó mentalmente la lista de posibles candidatos. No era una lista larga. De hecho, solo conocía a una persona que pudiera llegar hasta allí esta noche.

Escribió un mensaje de texto apresurado y pulsó enviar.

Pero aún así pasaría algún tiempo antes de que llegara la ayuda. Trató de mantener una perspectiva positiva, pero no estaba seguro de sobrevivir tanto tiempo.

Se acostó de lado mientras la energía abandonaba su cuerpo y aumentaba el terror. Su respiración se volvió dificultosa. Estos podrían muy bien ser sus momentos finales. Había una posibilidad mayor que la media de que muriera aquí, solo, en un desagüe de aguas pluviales, disparado por su exvecino cascarrabias que

despreciaba a los zombis. Solo uno de los muchos miles que perderán la vida esta noche.

Un sabor a cobre salado le llenaba la garganta.

Por alguna razón, su mente retrocedió unos meses hasta el momento en que había decidido postularse para el puesto en Z-Pro. Había sido plenamente consciente de los peligros que conllevaba el trabajo. Había escapado de la muerte por poco una vez antes y no había ninguna razón por la que algo similar no pudiera volver a suceder. Si era honesto consigo mismo, en realidad no le importaba mucho. Tal vez fuese imprudencia o un deseo inconsciente de morir, pero de alguna manera sabía que tarde o temprano podría terminar así. Pero no había pensado que sería un ser humano vivo quien le llevaría hasta aquí.

Hubo movimiento detrás de él. Escuchó pasos arrastrándose por el cemento. Podría ser alguien cercano. Giró la cabeza para mirar tan lejos como fuera posible.

Era Emily. Ella había vuelto vagando por el interior del túnel, su cerebro zombi era ajeno al caos que la había rodeado hacía unos minutos.

De la nada, llegó la inspiración.

No sabía de dónde le vino la idea. No sabía si era una buena idea siquiera. En su estado actual, no estaba en condiciones de ver la situación con mucha objetividad. Pero en ese momento, con su consciencia desvaneciéndose y la vida drenándose rápidamente, parecía la última opción que le quedaba.

"Ey..." Trató de gritar, pero las palabras se negaron a salir con volumen. "Em... Emily..."

Su voz era apenas un silbido.

"Por aquí..."

Recordó el teléfono todavía en su mano. Levantó el brazo lo más alto que pudo, a unos treinta centímetros del suelo. Encendió y apagó la pantalla. Y otra vez. Encendido, apagado, encendido,

apagado.

Esto llamó su atención. Ella volvió la cabeza y caminó hacia él con un paso torcido.

Pocos segundos después ella estaba de pie junto a él. La luz del teléfono le iluminaba el rostro. Por primera vez, Miles pudo ver a la criatura en la que se había transformado. Su piel estaba cubierta de suciedad y mugre, cabello castaño rojizo pegado a la mejilla. Su rostro estaba contorsionado por el salvajismo, pero seguía siendo inconfundiblemente infantil.

"Eso es," dijo. "Solo un poco más."

Levantó el brazo y se lo ofreció. Emily no necesitó coerción para aferrarse a él. Miles sintió un agudo pinchazo cuando ella penetró en la piel, luego una intensa oleada de dolor cuando los dientes se hundieron más profundamente. Ella echó la cabeza hacia atrás, llevándose consigo un trozo de carne del tamaño de un aguacate.

Miles ya no sufría solo donde le habían disparado. Ahora le dolía por todas partes. El dolor era indescriptible, como nada que hubiera experimentado. Todo su cuerpo se estremeció por el trauma. El minuto más largo de su vida transcurrió sin alivio, hasta que un entumecimiento creció en su brazo.

No tenía idea de si esto iba a funcionar. Podría ser la cosa más inteligente que había hecho en su vida o podría ser la más estúpida. En realidad ya no importaba. Ya lo había hecho. No había vuelta atrás.

Capítulo 29

Bernard Marlowe estaba de pie en su lujoso apartamento del centro de la planta veintiocho con un pijama de seda y una bata con sus iniciales en filigrana. Faltaban solo unos minutos para la medianoche y hoy estaba a solas por primera vez. Como solía hacer en esta época, destapó el corcho de una botella de Cabernet Montoya y llenó un vaso grande. Pero esta noche era diferente a la mayoría de las otras noches. No bebía para hacer frente a los rigores del trabajo o para adormecer el dolor de su humillación más reciente. Estaba celebrando su mayor logro desde que se había convertido en primer ministro. No se había sentido tan eufórico en años.

Se acercó a la ventana desde donde podía mirar la ciudad abajo. Las calles normalmente bulliciosas estaban ahora vacías, el único tráfico era algún que otro coche de policía o ambulancia que pasaba aullando. Los pocos peatones que salían esta noche eran los que renqueaban sin pulso. Ni siquiera los distritos más ricos del país fueron inmunes al resurgimiento no muerto.

Cualquier duda o recelo inicial que pudiera haber tenido acerca de todo este esfuerzo fue abrumado por pura alegría. Un tremendo peso parecido al de Atlas se había liberado de sus hombros. Había soportado mucho durante los últimos tres años, altibajos increíbles al minuto, altibajos aplastantes al siguiente, pero esto hacía que todo valiera la pena. Era una sensación cercana a la divina. Ya era el hombre más poderoso del país y ahora era el más respetado. Muchos se habían deleitado en burlarse de él: los de los medios de comunicación, sus rivales de la oposición, incluso algunos dentro de su propio partido. Le habían subestimado, descartándolo como un impostor que estaba por encima de su cabeza. Pero nadie se reía ahora. Cualquiera que se atreviera a dudar de él a partir de ese momento lo hacía por su cuenta y riesgo.

Era poco probable que Elliott pusiera un pie cerca de una zona de guerra real, pero lo que había presenciado esta noche en las calles, desde la precaria seguridad de su camioneta Chevrolet Tahoe,

probablemente no estaba muy lejos de la realidad. Las sirenas aullaban mientras navegaba por las callejuelas suburbanas, a poca distancia de donde él había crecido. Luces rojas y azules destellaban en su visión periférica. Charcos de sangre se acumulaban en las alcantarillas. Cada pocos minutos, un helicóptero sobrevolaba por encima y sus focos recorrían el terreno de abajo.

La presencia de helicópteros no le preocupó demasiado. Lo que estaba buscando eran los aviones de combate. Había oído rumores de que, en caso de un catastrófico levantamiento zombi, el gobierno estaba autorizado a bombardear áreas altamente infectadas como último recurso. Dudaba que hubiera mucho de cierto en eso, pero al mismo tiempo no estaba preparado para descartarlo por completo.

Pasó junto a una ambulancia estacionada al costado de la carretera. Vio a un paramédico no muerto dándose un festín con un paciente que momentos antes había estado tratando de salvar. Dos bloques más arriba, un taxista aterrorizado golpeaba a su cliente zombi con su propia pierna protésica. El saqueo había comenzado casi en cuanto se había puesto el sol. Se había abandonado el estado de derecho y reinaba la anarquía.

Elliot sabía que no debería estar en la carretera en este momento, dado que probablemente estaba muy por encima del límite de alcohol legal, pero tenía que arriesgarse. Supuso que parar conductores al azar para hacerles soplar sería bastante bajo en la lista de prioridades de la policía esta noche.

Salió de la carretera sellada y estacionó en un lugar apartado detrás del campo de golf. Esperó hasta que estuvo satisfecho de que no había moros en la costa antes de salir.

Contuvo la respiración y escuchó algún movimiento. La infección no le preocupaba, que él supiera, seguía siendo la única persona en el mundo completamente inmune, pero aún así quería evitar a todo no muerto. Su estado de inmunidad solo le protegería si sufría una abrasión menor infligida por zombies. No sería de mucha ayuda si se encontraba acorralado por un enjambre que intentaba arrancarle las extremidades.

Él estaba solo. Exhaló silenciosamente.

Siguió el camino de tierra que corría paralelo al campo de golf. Frente a él, al otro lado de una hilera de arbustos de espino, cuatro o cinco montones humeantes yacían a lo largo de la calle. A juzgar por el olor repulsivo, se trataba de los restos de exhumanos incinerados recientemente. Bajó la cabeza y aceleró el paso.

El mensaje de texto de Miles había sido el primer contacto que tenía con él en meses. Fue breve en sus detalles y no fue inmediatamente obvio lo que estaba sucediendo: *necesito ayuda. disparado y sangrando en el lugar donde te rompiste la muñeca. Por favor, deprisa.* Al principio, las palabras no tenían mucho sentido. El impacto de lo que estaba viendo en la televisión, las imágenes y los relatos de testigos presenciales del brote que tenía lugar por todo el país, combinado con la falta de sueño y la indulgencia general de los últimos días, le exigían un continuado esfuerzo para mantener su mente atenta. Tuvo que volver a leer el mensaje varias veces antes de que surgiera el verdadero significado. Miles había recibido un disparo y le estaba pidiendo que fuera a buscarlo. Elliott se había saltado su propia fiesta sin decirle nada a nadie, aunque dudaba que se hubiera notado su ausencia.

Llegó al antiguo desagüe de aguas pluviales. No podía recordar la última vez que estuvo por aquí. Debían haber pasado diez años o más. Gran parte de su juventud la había pasado aquí, pasando el rato con amigos después de la escuela y los fines de semana, usándolo como un parque de patinaje improvisado e inscribiendo sus obscenidades más creativas en pintura de espray a lo largo de las paredes. Fue el lugar donde, a los catorce años, se bajó de la bicicleta mientras intentaba un truco y se fracturó el escafoides y el trapecio de la muñeca.

El canal se extendía varios kilómetros en ambas direcciones. El mensaje no daba ninguna indicación de dónde podría estar exactamente. Podría estar en cualquier lugar por aquí.

Sabía que no podía perder el tiempo, así que bajó y se dirigió a lo largo de la base de hormigón. Tenía que darse prisa. Era posible que a Miles no le quedara mucho tiempo. Esperaba estar yendo en la dirección correcta, pero no tenía forma de saberlo.

Ahora todo estaba en silencio. La conmoción que había cruzado

antes se había desvanecido en la distancia.

Fue después de solo unos minutos de caminar que vio la figura que tenía delante. Era alguien sentado erguido, apoyado en la pared del canal. Desde esa distancia, parecía relativamente ileso. Solo cuando se acercó vio que esta persona era un no muerto. Sus ropas estaban empapadas de sangre. El sonido que salía de su boca era un rugido primitivo. Era Miles.

No estaba solo. Un segundo zombi más pequeño estaba con él. Era un crío, una niña. Estaban atados juntos por la muñeca. Tenía un anillo rojo oscuro extendido por su barbilla y mejillas. Miles tenía un agujero profundo en el antebrazo. Un palo trampa, como el que usaba cuando trabajaba para Rito Muerto, yacía en el suelo a unos metros de distancia.

La mayor parte de la sangre de Miles estaba alrededor de su costado y su espalda. Ahí debía de haber sido donde le habían disparado. Cómo o por quién, probablemente nunca lo sabría. Trató de organizar la secuencia probable de eventos en su cabeza. ¿Miles había sido mordido y luego disparado después de convertirse? No, eso no tenía sentido. El mensaje de texto se había enviado después del disparo. Además, dudaba que alguien disparara a un zombi y se fuera sin terminar el trabajo. Debía de haber sido al revés. Primero le habían disparado, él había enviado el mensaje de texto y luego la chica le había mordido. O... ¿había dejado él que la chica le mordiera? ¿Había sufrido una lesión que amenazaba su vida y, en un último acto de desesperación, se había dejado morder para ganar algo de tiempo? Esta era una maniobra estratégica brillante o una locura. Y el hecho de que haberle atado las muñecas con bridas. ¿Que significaba eso? ¿Miles le estaba diciendo que también cuidara de ella? En cualquier caso, tampoco tenía muchas opciones. Difícilmente podría liberarla y dejarla por aquí para que se las arreglara sola.

Cogió el palo trampa y se acercó a los dos exhumanos. Habían pasado algunos años desde la última vez que hizo esto, pero el proceso volvió a él muy pronto.

Guió a los dos zombis, primero fuera del canal y luego de regreso a la carretera junto al campo de golf. Agarró a Miles Zombi con el

palo. La niña le seguía un paso atrás. Ella hacía intentos ocasionales de darle un mordisco, pero no era demasiado difícil de rechazar. Sin embargo, tuvo cuidado de no dejar que ella se acercara demasiado. Puede que le faltaran los dientes frontales, pero aun así había logrado quitarle a Miles un decente cacho del brazo.

Los condujo por la carretera hasta donde había aparcado el coche. Solo que el Tahoe no estaba en el lugar donde lo había dejado.

Una fría ola de pánico golpeó. Había sido robado. No, eso era imposible. El SUV estaba equipado con una gama de dispositivos antirrobo de alta tecnología, aunque él no sabía qué eran ni cómo funcionaban. Como mínimo, habría oído sonar la alarma. Quizá estaba más arriba. Caminó otros cinco minutos, pero aún no había señales del coche. Su estómago se volvió del revés. Si alguien lo veía aquí afuera, empujando a dos zombis, los tres iban a estar en un mundo de problemas.

La respuesta le llegó justo cuando estaba a punto de sentirse abrumado por la desesperación. Debía de estar en el camino equivocado. Esa podría ser la única explicación lógica.

Empujó a los dos zombis fuera de la vista hacia unos espesos arbustos y corrió de regreso al desagüe de aguas pluviales para volver sobre sus pasos. Este era una sensación surrealista, casi de pesadilla. Estaba en una parte de su vecindario que una vez había conocido tan bien que podía orientarse con los ojos vendados. Ahora se estaba perdiendo y olvidando dónde estaba.

Encontró el camino correcto unos minutos después, y su vehículo poco después de eso.

Aceleró y metió a los dos zombis en la parte trasera del coche. Les puso los cinturones de seguridad para asegurarlos a ambos en su lugar.

Saltó detrás del volante, sin idea de qué hacer a continuación. Su propia casa estaba llena de gente, así que esa no era una opción. Llevarlos a un centro de procesamiento o entregárselos a un agente de GCNM era lo que estaba legalmente obligado a hacer, pero eso también estaba fuera de discusión. Todavía tenía su otra casa, la

que había planeado vender. Eso serviría, al menos hasta que averiguara su próximo movimiento.

Sintió que se le humedecían las palmas mientras agarraba el volante durante el viaje de regreso. Se mantuvo muy por debajo del límite de velocidad. Su pie flotaba justo encima del pedal del freno. Sabía que tenía que estar preparado para cualquier cosa esta noche.

La radio le informó de que el número de brotes confirmados superaba ya los cien. Hubo recordatorios sobre el toque de queda en todo el país y que a los ciudadanos se les permitía defenderse de la amenaza no muerta utilizando las medidas que consideraran apropiadas. Hubo múltiples advertencias de que cualquier mercado negro de Zarácaína-9 podría ser perjudicial para su salud.

Estaba a unos diez minutos de la dirección cuando, de la nada, un pensamiento inquietante entró en su mente. Su pie pisó el freno y el SUV patinó hasta detenerse.

Amy. En toda esta locura, se había olvidado por completo de ella.

Buscó a tientas el teléfono y marcó su número. Lo escuchó sonar, esperando y rezando para que ella contestara. Cinco tonos se convirtieron en seis, luego en siete. Luego en ocho. Luego en buzón de voz.

Eso no significaba necesariamente que algo fuera mal, se aseguró. Amy había estado ignorando sus llamadas durante semanas. Quizá no quería hablar con él. O con todo lo que estaba sucediendo en este momento, podía haber estado demasiado preocupada para responder. Pero al mismo tiempo, podría ser algo mucho peor.

James Pridham evaluó su apariencia frente al espejo de cuerpo entero de la habitación del hotel. Estaba en una suite en algún lugar del centro de Yokohama, en un viaje de negocios. Se aseguró de estar listo para la cámara, alisó las solapas de su chaqueta a medida de *Gieves & Hawkes* y se arregló un mechón rebelde de pelo que le asomaba por detrás de la cabeza.

Dentro de veinte minutos estaría de pie ante los medios de comunicación del mundo, donde volvería a advertir de los peligros

de consumir Zaracaína-9 que no se hubiera obtenido por los canales autorizados. Palabras en este sentido habían sido comunicadas por Elixxia innumerables veces durante los últimos dos años. Ahora, la gente por fin podría comenzar a tomarse esas advertencias en serio.

Repasó el discurso de nuevo, articulando las palabras mientras se reajustaba el cuello de la camisa. Lo había estado ensayando todas las noches durante los últimos dos meses, por lo que ya podía recitarlo más o menos al revés, pero quería repasarlo una última vez para mantenerlo fresco en su mente.

La televisión detrás de él continuaba su cobertura continua del brote en casa, entrando ahora en su décima hora. Todavía no podía creer lo que había logrado. Esto era mucho más grande de lo que jamás había imaginado. Supuso que aquello se mantendría en una escala bastante limitada, con quizá unos cuantos millares de afectados en total. Evidentemente, mucha más gente estaba usando la medicación ilegal de lo que inicialmente sospechaba.

Pridham había apuntado alto y había valido la pena. Los beneficios potenciales para Elixxia y para su carrera eran ilimitados. Esto no solo eliminaría el azote del Zaracaína-9 no autorizado, sino que también significaría ejercer un poder sin precedentes dentro de la administración de Marlowe. Sus acciones los habían puesto por sí solos en una posición ganadora para las próximas elecciones. Si el gobierno fuera recompensado con un segundo mandato, ya no habría que arrastrarse hacia Bernard Marlowe para pedir favores. Tendría una línea directa con la oficina del primer ministro y le impondría la política como mejor le pareciera.

Sabía que un día miraría atrás y reconocería esto como su mayor logro. Lo único que lamentaba era que nunca podría atribuirse públicamente el crédito.

Capítulo 30

La aguja del indicador de combustible flotaba justo debajo de la marca de un cuarto del tanque. Eso debería ser suficiente para volver a casa de Amy. Al menos eso esperaba. Este no era el momento ideal para tener que parar y repostar.

El todoterreno se movía lentamente con las luces apagadas, sin cambiar nunca de la segunda marcha. Elliott permanecía en alerta máxima, sus ojos miraban en todas direcciones. La ventana estaba bajada dos dedos, lo bastante baja para oír lo que estaba sucediendo fuera, pero no tanto como para que cualquiera pudiera ver a los dos pasajeros no muertos que viajaban en la parte trasera.

Conducía de una manera que atraía la menor atención posible y estaba preparado para pisar a fondo ante la primera señal de problemas. El Tahoe era de construcción sólida, básicamente era un vehículo militar con algunas características agregadas para el consumidor, pero esto no lo hacía sentir menos vulnerable. En su opinión, las características modernas de seguridad en los vehículos a menudo eran contraproducentes, ya que tendían a aumentar la complacencia y a dar a los conductores una falsa sensación de seguridad. Toda la potencia del mundo no le serviría de mucho si, sin darse cuenta, se adentraba en medio de un nido de zombis. Podría ser capaz de atravesar seis de siete, pero con más que eso se encontraría en un mundo de problemas.

Había movimiento en el camino por delante. Se acercó y pudo ver una pequeña multitud, unas siete u ocho personas, pateando y pisoteando un cuerpo sin vida. Hombres y mujeres de todas las edades se habían reunido para participar. La agresión que exhibían era aterradora. Nadie le prestó atención al Tahoe cuando pasó por detrás de ellos. Hubo un crujido espeluznante cuando el tacón de una bota de trabajo con punta de acero diezmó el cráneo del zombi.

Elliott subió la ventana del todo.

Había esperado que este lado de la ciudad, el lado bueno, el lado limpio y respetable, hubiera evitado de alguna manera la violencia

y el derramamiento de sangre que habían contaminado las otras partes, pero esto parecía ser una ilusión. A las personas que vivían aquí les gustaba considerarse parte de una comunidad progresista y diversa, y creían que eran abiertas y acogedoras de todo tipo, pero incluso el ciudadano más tolerante podía verse arrastrado por la locura tan rápido como cualquiera. La tolerancia era fácil cuando se vivía en una zona segura y cómoda. En el momento en que la realidad espantosa y fea impregnaba su mundo, estaban en las calles blandiendo horquillas y antorchas junto a la gente común de las clases bajas. El miedo y la ira eran emociones que trascendían la división de clases.

Un autobús volcado y un pequeño incendio en un contenedor de basura le impedían entrar en la calle de Amy. Tendría que recorrer la distancia restante a pie. Condujo un poco más hasta llegar a una tranquila calle lateral. Encontró lo que parecía ser una casa desocupada y se detuvo en el camino de entrada. Esto serviría por ahora. Estaba apartado y lo bastante oscuro, y estaba en gran parte oculto para los vehículos que pasaban y el tráfico peatonal.

La vecindad inmediata estaba despejada. Los dos zombis de la parte de atrás estarían a salvo durante unos minutos. No había farolas cercanas y el tinte oscuro de las ventanas hacía casi imposible ver el interior. Solo para estar seguro, arrojó una toalla de playa sobre la cabeza de Miles y una chaqueta sobre la niña.

La sofocante humedad golpeó en el momento en que salió del confort del aire acondicionado del Tahoe. La fatiga comenzaba a azotar mientras el alcohol abandonaba su sistema y se anunciaba la primera etapa de una pre-resaca.

Habían pasado más de dos meses desde la última vez que contactara con Amy. Había intentado llamarla unas cuantas veces, pero ella nunca había contestado a sus llamadas ni respondido a sus mensajes. Quería disculparse y decirle que todavía estaba dispuesto a cubrir los gastos de su tratamiento, pero ella parecía decidida a hacerlo por su cuenta. Finalmente había decidido que lo mejor que podía hacer era darle algo de espacio. Sabía que había cometido un error, otra vez, y quería hacerlo todo bien de ahora en adelante. Pero tendría que esperar a que ella se acercara a él, y no al revés. Supuso que era solo cuestión de tiempo; él ya no estaba pagando

sus facturas y dudaba que ella estuviera en una posición financiera para aguantar mucho más. Sus padres estaban razonablemente acomodados y ella recibía un pequeño ingreso del trabajo administrativo a tiempo parcial que había logrado realizar, pero tarde o temprano tendría que tragarse su orgullo y aceptar su ayuda. Los costes asociados con el mantenimiento de un suministro constante de Zaracaína-9 estaban mucho más allá de lo que la persona promedio podía pagar.

Hubo varias ocasiones en las que se preguntó por qué estaba haciendo esto y por qué estaba tan decidido a reavivar su relación. Hasta ella había ido directamente y le había preguntado, y él no había podido encontrar una respuesta satisfactoria. Fue solo después de un período de profunda reflexión y mucho examen de conciencia que había podido ver la verdad. Todo esto era una especie de intento torpe de hacer retroceder el reloj y regresar a una época más feliz de su vida. Quería que las cosas volvieran a ser como eran, volver a un tiempo antes de todo el dinero y la locura. Por aquel entonces, a pesar de estar constantemente arruinado, había sido feliz. Conseguir todo lo que quería, a expensas de millones de personas, solo le había hecho miserable. Tampoco se trataba de mirar al pasado con gafas de color rosa. Sabía que él y Amy tenían sus altibajos, pero aún así, era lo más feliz que había estado en su vida. Sólo ahora apreciaba plenamente lo que habían tenido.

En realidad, nunca se le había pasado por la cabeza que Amy pudiera obtener su Zaracaína-9 a través de canales no aprobados. Solo la gente pobre hacía eso, no alguien de una familia respetable de clase media alta. Pero cuanto más pensaba en ello, más empezaba a preguntarse. Dudaba que ella tirara dos de los grandes al mes si no tuviera que hacerlo. Menos aún cuando las cosas del mercado negro eran tan buenas como el producto autorizado oficialmente, o al menos eso es lo que todos pensaban.

La noche estaba tranquila ahora. Hubo un ominoso estruendo de trueno y cayeron las primeras gotas de lluvia intensa.

No tenía idea de lo que iba a hacer una vez que llegara allí. Iba ideando todo esto sobre la marcha. Esperaba no tener que hacer nada. Había muchas posibilidades de que Amy estuviera bien y no

necesitara su ayuda. Era inteligente y siempre estaba preparada para lo peor. Estaba seguro de que ella habría hecho planes en caso de que sucediera algo así. Él solo estaba haciendo esto principalmente para tranquilizar su propia mente.

Dobló la esquina. Su casa estaba ahora a su alcance, varias casas a lo largo. Se apresuró a cruzar la calle. Desde aquí podía ver que la puerta de su casa estaba abierta de par en par y las luces aún estaban encendidas. Corrió el resto del camino.

La cerradura de la puerta principal estaba rota. Elliott entró. Fue de habitación en habitación, pero no encontró nada más que una casa vacía. Aparte de la puerta rota, no había señales de disturbios.

Había varios viales verdes descansando en la parte superior del refrigerador.

Afuera, el cielo se abrió y comenzó el aguacero.

Capítulo 31

Los PUMA tardaron poco más de una semana en llegar a todos los puntos de acceso de no muertos identificados en todo el país y contener la amenaza. Los centros de procesamiento se llenaron y los campos deportivos se utilizaron como zonas de contención temporal para manejar el desbordamiento. En algunas de las áreas más afectadas, el departamento de bomberos desplegó sus mangueras para lavar la sangre de las calles.

En total, veintidós lugares experimentaron brotes masivos, significativamente menos que los más de cien indicados en los informes de los medios. Muchos de los informes incorrectos resultaron ser falsas alarmas o engaños perpetrados por trolls de Internet. Una vez más, varias organizaciones de noticias se vieron obligadas a pedir disculpas por el pánico innecesario creado al exagerar la gravedad de la amenaza. Prometieron revisar sus procesos de recopilación de noticias y verificación de hechos, y en el futuro dependerían menos de cuentas no verificadas en las redes sociales.

Varios días después de que los PUMA terminaran en su ubicación final, el gobierno accedió relucante a restablecer las leyes que protegen a los no muertos de ataques violentos no provocados.

Aún no se habían determinado las cifras exactas, pero se creía que al menos siete mil vidas se perdieron durante este período de cuarenta y ocho horas. Algunos murieron por las heridas sufridas cuando fueron atacados por seres no muertos, pero la mayoría de los fallecidos eran revividos que habían vuelto a convertirse en exhumanos y posteriormente atacados por miembros del público.

Más tarde se confirmó que un lote contaminado de Zaracaína-9 falsificado había sido el responsable del brote. Se creía que había sido fabricado en Dubai y introducido de contrabando en el país por un importador de productos del mar, escondido dentro de cadáveres de tiburones congelados. Actualmente se estaba llevando a cabo una investigación para determinar cómo una cantidad tan grande había

podido pasar por la aduana sin ser detectada y qué medidas podrían implementarse para evitar que ocurriera una infracción similar en el futuro. También hubo muchas conjeturas sobre si el medicamento se había contaminado con el patógeno BNBO-511:17 por error o si esto podía clasificarse como un acto deliberado de bioterrorismo.

La policía realizó redadas entre los sospechosos de distribuir las sustancias tóxicas al público. Se detuvo a 74 personas y se expropiaron más de treinta millones de dólares en efectivo y bienes. También se incautaron y destruyeron decenas de miles de viales.

El gobierno aprovechó el clima nacional imperante y el fuerte sentimiento anti-zombi para apresurar una serie de proyectos de ley de emergencia en el parlamento. La primera fue una ley que prohibía a los revividos vivir en un radio de quinientos metros de una zona escolar. Otra fue la prohibición total de la entrada al país de personas revividas. Actualmente se estaba debatiendo una ley que proponía que todos los transportistas debían usar monitores de tobillo. Era probable que se aprobara en los próximos días.

A pesar de haber criticado previamente las políticas de línea dura del gobierno contra los muertos vivientes, describiéndolas como regresivas, oportunistas y flagrante alarmismo, la oposición no objetó ninguna de estas propuestas. Después de un evento tan catastrófico, ningún político quiso arriesgarse a anteponer la moral, los principios y la decencia a la seguridad percibida del público.

Bernard Marlowe también anunció planes para establecer un grupo de trabajo dedicado exclusivamente a acabar con el comercio del mercado negro de Zaracaína-9. Prometió una presencia policial más visible en las calles, que se enfocaría específicamente en cualquier persona sospechosa de traficar medicamentos no autorizados. Las sentencias máximas de prisión se elevarían a cinco años y el presupuesto de aduanas se incrementó en 700 millones para el siguiente año financiero. Estas medidas fueron bien recibidas por el director ejecutivo de Fármacos Elixxia, James Pridham, quien las declaró esenciales para la seguridad y prosperidad continuas de la nación.

Las tensiones entre los revividos y el público estaban ahora en su punto más alto. La Liga de Defensa de Exhumanos informó más de

novecientos casos de revividos que fueron atacados en las dos semanas posteriores al brote. Muchos se quejaron de intimidación, acoso verbal y agresiones, y algunos se vieron obligados a abandonar sus hogares y buscar refugio en otro lugar. En un incidente perturbador, una multitud enojada de residentes persiguió a un revivido hasta su casa, que luego intentaron prender fuego. La LDE suplicó al primer ministro que denunciara estos ataques y atenuara su inflamatoria retórica anti-zombi. Él aún tenía que responder a esta solicitud.

Como agente de gestión y control de no muertos que había sufrido un ataque infeccioso durante el curso de su empleo, la solicitud de Brock se aceleró y se le asignó un tratamiento prioritario. Se sometió a una regeneración exitosa varios días después de ser admitido en una de las mejores instalaciones médicas del país, con todos los gastos cubiertos por el plan de asistencia al empleado de Z-Pro. A pesar de experimentar algunos problemas de salud menores en sus primeras semanas como humano revivido, los médicos esperaban que se recuperara por completo.

La situación con Miles fue mucho más complicada debido a las lesiones que amenazaban su vida sufridas antes de infectarse. Fue puesto en coma inducido y se le administraron dosis controladas de Zaracaína-9 para eliminar lentamente la infección de su cuerpo. Los médicos sabían que, si bien la mordedura del zombi pudo haber evitado su muerte inmediata e irreversible, o al menos pospuesto por el momento, devolverlo a un estado humano demasiado rápido aún podría tener consecuencias fatales. Hasta el momento se había sometido a dos trasplantes de órganos y múltiples transfusiones de sangre, y era probable que requiriera más cirugía. Sus posibilidades de supervivencia seguían siendo una propuesta del día a día.

Después de su despertar espiritual, Brandon presentó su renuncia en Z-Pro para dedicar su vida a su iglesia y su fe. Debía comenzar su obra misional en Camerún en las próximas semanas.

Elliott garabateó su firma en la parte inferior del octavo y último documento legal del día. No sabía qué estaba autorizando con ello. Nunca lo sabía. Simplemente hacía lo que le decían y firmaba en los lugares indicados por sus abogados. A veces le intentaban explicar para qué era todo aquello, pero él rara vez retenía esta información

durante más tiempo del que necesitaba para escribir su nombre. Esto se debía en parte a la falta de interés, pero sobre todo a la costumbre de su equipo legal de ser innecesariamente vernáculo en sus sesiones informativas, anteponiendo los términos complejos y el lenguaje técnico sobre el inglés simple. Sospechaba que se trataba de una estrategia deliberada para parecer indispensables.

Esta era una tarea que debía realizar cada pocos meses. Viajaba a la sede de Elixxia para poner su nombre en una nueva pila de contratos y enviaba otra muestra de sangre para que sus equipos de investigación la estudiaran y monitorearan. A cambio, continuaba recibiendo sus pagos regulares de dividendos y regalías, y esto le permitía vivir el estilo de vida indulgente al que se había acostumbrado.

"El último." Soltó el bolígrafo y empujó el contrato sobre la mesa para la evaluación de su equipo legal. "Bueno, ¿hemos terminado aquí?"

El abogado número cinco (Elliott no se esforzaba mucho por recordar nombres) hojeó las páginas para comprobar que todo aparecía en orden. "Creo que eso es todo lo que necesitamos de ti hoy, Elliott." Miró alrededor de la habitación, a los otros ocho presentes. "¿A menos que alguien tenga algo que le gustaría discutir?"

La Representante Número Tres de Elixxia se aclaró la garganta. "Nuestra junta anual de accionistas debe comenzar en una hora," dijo. "Eres bienvenido a asistir."

"No, no creo que vaya a hacer eso," dijo Elliott. Normalmente habría inventado una excusa, o al menos habría encontrado una forma más educada de declinar, pero eso requería un nivel de energía mental más allá de él hoy. Su único objetivo era salir de allí lo antes posible.

"Oh," dijo ella sorprendida por su franqueza. "Es que pensé que, dado que usted es uno de nuestros mayores accionistas, podría interesarle..."

"Sí, hemos terminado aquí." Se levantó de su asiento e hizo un

movimiento hacia la puerta. "Nos vemos todos al comienzo del próximo trimestre financiero."

Salió de la sala de juntas y se dirigió directamente a los ascensores. No podía soportar estar allí un momento más. Casi sentía que la sala lo estaba sofocando.

El ascensor tardaba una eternidad en llegar a la planta baja. Sacó el teléfono para pasar el tiempo mientras descendía lentamente.

Siempre que iba a buscar el teléfono había un período de unos segundos, justo antes de ver sus mensajes, en los que se permitía esperar que tal vez hubiera llegado alguna noticia sobre Amy. En esta etapa, no importaba si eran buenas o malas noticias; solo quería saber. Pero nunca lo había, y cada vez la decepción le aplastaba un poco más. Sabía que después de tres semanas las probabilidades de descubrir lo que le había sucedido eran básicamente nulas, pero todavía no podía enfrentar la realidad y aceptar que ella se había ido. No hasta que se enterara con seguridad.

Después de encontrar su casa vacía, había pasado el resto de la noche conduciendo por las calles en su busca. Había seguido haciendo lo mismo al día siguiente, y al día después, junto con los innumerables otros que buscaban incansablemente a amigos y familiares aún desaparecidos después de esa noche. La familia de Amy había sido registrada en el centro de procesamiento y él les había ayudado a colocar carteles en su vecindario, pero todos sabían que esto era un millón en una oportunidad.

Siempre que era lo bastante tonto como para esperar un milagro y que ella pudiera haber escapado ilesa de la violencia de alguna manera, solo tenía que volver su mente a las escenas que había presenciado esa noche para saber cuál había sido su destino. Esas imágenes y sonidos se quedarían con él de por vida. El júbilo desenfrenado con el que habían sido atacados los no muertos le decía que, con toda probabilidad, Amy había sufrido una muerte sin sentido e innecesaria.

En los días siguientes, los trabajadores sanitarios recogieron los restos no identificados de muchos miles de ex humanos y los

llevaron para su incineración inmediata. No se intentó identificar a ninguno de ellos. Era muy probable que fuera allí donde había terminado Amy. Pero nunca lo sabría con certeza y nunca clausuraría esa parte de su vida.

Estaba en un mundo propio cuando el ascensor llegó a la planta baja. Incluso cuando sonó el ping y las puertas se abrieron, él seguía inconsciente. Fue solo cuando un grupo de ejecutivos de Elixia se amontonó delante que se dio cuenta de que esta era su parada. Se abrió paso a empujones y se bajó.

"¿Elliott?" oyó decir a James Pridham. Formaba parte del grupo que acababa de abordar.

"Oh. Hola." Elliott sonrió por acto reflejo, un poco avergonzado de verse atrapado en medio de un sueño.

"Ustedes sigan adelante. Estaré con ustedes en cinco minutos," dijo Pridham a sus colegas. Dio un paso atrás y las puertas se cerraron detrás de él. "Tenemos la junta de accionistas hoy. Será mejor que salgas de aquí antes de que alguien intente arrastrarte. A menos que hayas tenido problemas para dormir, en cuyo caso no puedo dejar de recomendarla."

"Gracias por la advertencia," dijo Elliott.

"Y bueno, ¿cómo estás?" dijo Pridham, su comportamiento se volvió serio. "Sé que han sido un par de semanas difíciles para ti."

"Me las estoy arreglando. Es una cosa del día a día. Para ser honesto, mucho de eso todavía se está asimilando."

No tenía ningún deseo real de compartir sus verdaderos sentimientos con nadie, ese dolor crónico y el vasto vacío que le acechaba desde el momento en que se despertaba. Le resultaba mucho más fácil hablar en clichés. Cuando lo hacía, la mayoría de la gente le aceptaba y pasaba a otras cosas.

"Entiendo," dijo Pridham. "Estas cosas toman tiempo para procesarse. Pero quiero que sepas que todos estamos pensando en ti. Si necesitas algo de nosotros, estamos aquí para ayudarte."

Elliott asintió. Eso también sonaba a otro tópico sin sentido que se le decía a alguien en duelo, sin ninguna expectativa real de que la oferta fuese aceptada. Lo habría dejado pasar, pero se le ocurrió una idea repentina.

"Ahora que lo mencionas, hay una cosa en la que podrías ayudarme," dijo.

"Por supuesto, solo nómbralo."

"Hay una familia que conozco. Quedaron terriblemente afectados por lo sucedido. Su hija, solo tiene seis años y estaba infectada. Su madre y su tío también necesitan tratamiento. En realidad les vendría bien un poco de ayuda."

Había descubierto al final la identidad de la chica zombi que había encontrado con Miles. Su nombre era Emily Talley y su familia vivía en la antigua casa de Miles. Se sintieron enormemente aliviados y agradecidos de que Emily regresara con ellos, pero comprensiblemente angustiados por su estado. Elliott había prometido que ayudaría en todo lo que pudiera, pero el aumento sin precedentes de la demanda significaba que podrían pasar meses, o tal vez incluso un año, antes de que fueran aptos para el tratamiento de regeneración. Hasta entonces, los tres permanecerían en cuarentena en el centro de procesamiento.

Pridham sacó el teléfono antes de que Elliott terminara de contarle la difícil situación de la familia. Llamó a su asistente Sheradyn, y en menos de un minuto ella estaba a su lado.

"Elliott sabe de algunas personas afectadas por los trágicos sucesos recientes," le dijo. "Él te informará de los detalles. Asegúrate de que estén bien cuidados. Tratamiento prioritario, cobertura de por vida. Lo que sea que necesiten, simplemente procura que sea haga realidad."

"Voy a ir directo a ello, Sr. Pridham," dijo Sheradyn. Ella ya estaba tomando notas.

"Avísame si encuentras algún problema y lo resolveré personalmente," agregó.

Elliott no pudo evitar sentirse conmovido por esta muestra de generosidad. Solo era un pequeño gesto, al menos en lo que a Pridham se refería, y el coste para él y la compañía sería una gota en el océano. Pero significaría el mundo para los Talleys. Este acto era su mejor esperanza de volver a llevar algo parecido a una vida normal.

"Tengo que irme ahora, pero recuerda, si hay algo más que necesites, ya sabes dónde encontrarme," dijo Pridham. "Aunque solo necesites a alguien con quien hablar. Estamos aquí para tí. Eres parte de la familia Elixxia."

"Gracias. Te lo agradezco," dijo Elliott. Era otro cliché, pero esta vez lo decía en serio.

Las puertas del ascensor se volvieron a abrir y Pridham entró. "Bueno, supongo que te veré el próximo sábado, ¿no?" dijo él.

"¿Sábado?"

"En la fiesta de compromiso. Asumo que estarás allí."

"Ah. Si. Sábado."

Elliott entró en el aparcamiento ejecutivo. Solo tardó unos segundos en localizar su vehículo, pues destacaba como una mosca en un pastel de bodas. Hoy había dado una vuelta con su nuevo McLaren 12C Spider y lo había estacionado aquí con los Bentleys y Benzes de los ejecutivos de Elixxia. Esos coches eran todos elegantes tonos de negro, azul marino, carbón o plata. El suyo era naranja salamandra.

Había comprado esta llamativa obscenidad buscadora de atención hacía tres días. Los eventos de las últimas semanas todavía eran crudos, y era una lucha continua solo para sobrevivir cada día. Gastar parte de su dinero no ganado con esfuerzo en un deportivo nuevo era un intento de animarse y distraerse de otros asuntos. Y funcionó, al menos inicialmente. Su ánimo se elevó durante unas horas mientras utilizaba las calles de la ciudad como pista de carreras y atraía miradas de admiración de extraños. Pero la realidad le alcanzó al terminar el día y volvió la nube oscura de la depresión. Otro cuarto de millón bien gastado.

Ver al McLaren en este contexto, en el centro de una matriz de vehículos elegantes y con estilo, destacaba el profundo abismo entre alguien como Elliott, que había sido rico durante solo un par de años, y los altos mandos de Elixxia, la mayoría de los cuales habían estado rodeado de riqueza toda su vida. Para un observador externo, gastar el dinero de la manera correcta puede parecer bastante simple, pero era una habilidad que se tardaba años en adquirir. Seguía siendo una novedad para él y todavía no había descubierto los matices.

Pulsó el llavero. Su coche pitó y las puertas se desbloquearon.

Como siempre hacía cuando venía a Elixxia, había aparcado en una plaza reservada para altos directivos. Cualquiera otro intentando esto conseguía que remolcaran su automóvil antes de que el motor tuviera la oportunidad de enfriarse. Cualquiera que lo hiciera más de una vez se encontraría buscando un nuevo trabajo. Elliott era el único que podía salirse con la suya con semejante truco. Era el tercer accionista más grande de la empresa, por lo que no había mucho que nadie pudiera hacer más que recordarle cortésmente las amplias plazas para visitantes disponibles para él. Le habían explicado, en más de una ocasión, que una plaza de estacionamiento ejecutivo era una de las ventajas del trabajo para los que estaban en los niveles superiores de la gerencia, y que estacionar en su plaza era como una parte de su salario. Elliott siempre se disculpaba e insistía en que había sido un error y prometía ser más considerado en el futuro. Tres meses después volvería a hacerlo todo de nuevo. Sabía que era un comportamiento juvenil, pero enfurecer a un ejecutivo importante ocupando su precioso parche de cemento reservado seguía siendo uno de los pequeños placeres de la vida.

Cuatro plazas más abajo de donde había estacionado había un Jaguar E-Type Roadster 1968 rojo cereza de la Serie 1.5. Este era el orgullo y la alegría de James Pridham; aquel del que tanto había oído hablar y la posesión material más querida de Pridham. Se acercó a mirar más de cerca.

Pridham le había mostrado fotos antes, pero esta era la primera vez que lo veía con sus propios ojos. Sin duda era un automóvil impresionante; algo bello que había sido restaurado con amor como

si acabara de salir de la línea de producción. Casi suspiró, tan cautivado estaba por ello. Este era el tipo de coche en el que debería invertir su dinero, no una fantasía adolescente demasiado cara. El dicho de que el dinero no puede comprar la clase nunca había parecido más apropiado. Pasó el dedo índice por el lateral y lo apartó, como si un vehículo tan precioso no debiera ser contaminado por el contacto humano.

Fue solo cuando estaba a punto de regresar a su propio automóvil que notó que el maletero estaba ligeramente abierto.

Capítulo 32

Un cíclope con Ray-Bans y un traje de Hugo Boss se interpusieron en el camino del McLaren de Elliott con la palma levantada, ordenándole que se detuviera. "Me temo que no puedo dejarlo ir más lejos, señor," dijo a través de la ventana delantera. "Este es un evento privado."

"Ya lo sé. Yo vivo aquí," dijo Elliott.

"Sin embargo, tendré que pedirle que dé la vuelta a su vehículo y haga arreglos de estacionamiento alternativos." La mano derecha del guardia de seguridad se cernía sobre su arma enfundada, una postura que Elliott creía que era innecesaria y ridículamente provocativa.

"Yo vivo aquí," repitió. Alargó las palabras por si este filisteo tenía problemas con el inglés básico. "Esta es mi casa."

"Ese puede ser el caso, pero estamos bajo estrictas instrucciones de la Sra. Marlowe de no permitir que ningún vehículo pase por estas puertas sin la debida autorización"

"Puedo mostrarte la dirección que figura en mi permiso de conducir si quieres. ¿Será eso suficiente para convencerte de que me dejes entrar en mi propia casa?"

"Me temo que no, señor. No se le dará permiso para ingresar a menos que pueda presentar una invitación oficial. Ahora le voy a pedir por última vez que de la vuelta a su vehículo y lo estacione en otra parte."

Pasaron cinco minutos de discusiones infructuosas, seguidos de diez minutos más de llamadas telefónicas y conversaciones y negociaciones por walkie-talkie, antes de que por fin se le concediera el visto bueno y se le permitiera a Elliott entrar en su propio garaje.

Se quedó en el coche quince minutos después de aparcar. No estaba

del todo listo para enfrentarse al circo que le esperaba allí.

Con todo lo que había sucedido durante las últimas semanas, se le había olvidado por completo que la noche del brote, momentos antes de que supieran que el fin del mundo podría ser inminente por segunda vez, le había ofrecido su casa a Fabián y a Stephanie como lugar para su fiesta de compromiso. Este fue un hecho que solo recordó al llegar a casa hacía una semana y encontrar a Stephanie y a su pelotón de planificadores de fiestas controlando su césped, debatiendo dónde colocar mejor la barra de cócteles y midiendo el espacio para la carpa. Había intentado dejarle algunas pistas a Stephanie de que, después de los traumáticos acontecimientos de las últimas semanas, tal vez no estuviera de humor para organizar una velada tan extravagante. Estas sugerencias eran demasiado sutiles para que esta Noviazilla-en-acción las captara. Hizo todo lo que pudo para evitarlo, salvo retractarse de la oferta, pero finalmente llegó a aceptar que la fiesta siguiera adelante, le gustara o no. Lo mejor que podía hacer ahora era sonreír y soportarlo. Manténgase fuera del camino y esperar a que todo terminara.

Esto parecía una especie de retribución kármica. En un momento en que lo único que quería era que le dejaran en paz para revolcarse en su propia autocompasión, un ejército de extraños estaba invadiendo su casa a todas horas del día y de la noche.

Para sorpresa de nadie, el tema no oficial del partido parecía ser la indulgencia y el exceso. No se habían reparado en gastos en un esfuerzo por hacer que el evento fuera lo más exagerado y ostentoso posible. La cabina de fotos ya estaba instalada, al igual que el escenario del karaoke y la fuente de champán. Los paneles LED para la pista de baile iluminada se estaban colocando en su lugar, y el escenario y la iluminación dentro de la marquesina se estaban ensamblando para que Blériot interpretara el escenario del DJ. Las tartas personalizadas habían llegado, mientras se agregaban los toques finales a la pieza central de la fiesta: esculturas de hielo de tamaño natural de los futuros novios. La noche culminaría con el bombeo a la atmósfera de media tonelada de fuegos artificiales para iluminar el cielo nocturno en una exhibición impresionante de pirotecnia atronadora. Este iba a ser el acto final de extrema

irresponsabilidad fiscal de Fabián y Stephanie antes de establecerse para convertirse en adultos semi-responsables.

La seguridad agresiva y exagerada era cortesía de una empresa privada que se había unido a la refriega hacía tres días. Tenían el trabajo de evaluar la propiedad de arriba a abajo en un esfuerzo exhaustivo para identificar y eliminar cualquier amenaza potencial, sin importar cuán pequeña o insignificante fuera. Esto era necesario debido a la lista de invitados de alto perfil, que incluía al padre de la novia, el primer ministro, y varias figuras gubernamentales de alto nivel, así como una colección de modelos, miembros de la alta sociedad y otras personalidades importantes del mundo del entretenimiento y la alta sociedad. También estaba el hecho de que Stephanie había negociado un trato de seis cifras con una revista sensacionalista para la cobertura exclusiva del evento. Su exigencia de que no se permitiera entrar a nadie sin una invitación oficial era más para evitar que los paparazzi se colaran y tomaran fotos no autorizadas que por la seguridad de los invitados.

Seis horas después, el evento social del año estaba en pleno apogeo. Un desfile de limusinas pasó por las puertas de entrada para llevar a los VIP a la fiesta. Una docena de guardias armados patrullaban el perímetro de la propiedad, escaneando a los invitados con varitas detectoras de metales y sosteniendo cada invitación bajo una luz negra para verificar su autenticidad. Aquellos que entraban disfrutaban de una selección de la mejor comida gourmet preparada por un famoso chef famoso y de una amplia variedad de cócteles, cervezas artesanales y champagnes. Un quinteto de jazz proporcionaba el ambiente musical en el área principal, mientras que el renombrado DJ francés Blériot entretenía a los más jóvenes en la carpa con una mezcla ecléctica de himnos modernos y clásicos de la vieja escuela.

Elliott pasó la mayor parte de su tiempo en los márgenes exteriores de la fiesta. Eligió vigilar los procedimientos desde lejos en lugar de mezclarse con los demás asistentes a la fiesta. Era una sensación extraña tener tanta gente dentro y alrededor de su casa. En todo el tiempo que había vivido aquí, nunca había estado cerca de llenarlo. Ahora el lugar estaba repleto de actividad, y muy lleno de vida y movimiento.

No estuvo presente para ver llegar al primer ministro, pero lo vio por primera vez poco después de las ocho de la noche. Estaba junto a la fuente con un cóctel en la mano, rodeado por una falange de personas de aspecto importante. Todos estaban haciendo fila para felicitarle por el compromiso de su hija, así como para alabar su hábil manejo de la reciente crisis de los no muertos.

James Pridham estaba en su posición habitual, de pie justo a la derecha de Marlowe, nunca más lejos de la distancia de un brazo. Elliott vio esto como su señal de entrada. Respiró hondo y se acercó.

"Primer ministro." Extendió la mano y mantuvo un fuerte contacto visual. "Mi nombre es Elliott. Me gustaría decir que es un honor tenerte aquí esta noche. Bienvenido a Beechwood Heights."

Marlowe sonrió mientras estrechaba la mano de Elliott. Era una sonrisa genuina, no la falsa que adoptaba para las cámaras. "Es un placer estar aquí, Elliott. He oído mucho de ti."

"¿Ah, sí?" Dijo Elliott arqueando ligeramente las cejas.

"No te preocupes, solo cosas buenas." Marlowe le dio a Pridham un suave empujón con el codo. "Por ejemplo, creo que has ayudado a ganar mucho dinero a este tipo. No es suficiente para pagar lecciones de golf profesionales, claro, pero no le ha ido tan mal."

Todos los aduladores de los alrededores se rieron como si esta fuese el chiste más divertido que jamás habían escuchado.

"Creo que a mí también me fue bien con el arreglo," dijo Elliott.

"Yo diría que te has ido muy bien, si esta espectacular propiedad tuya sirve de ejemplo," dijo Marlowe.

Elliott sonrió y se encogió de hombros. "No tengo ninguna queja."

Un camarero pasó balanceando una bandeja de copas de champán en su mano. Marlowe vació su vaso y lo reemplazó por uno lleno. Algunos de los otros invitados también aceptaron un vaso. Marlowe tomó un segundo antes de que el camarero se fuera.

"Qué demonios. Estoy pagando por todo esto, así que bien puedo cobrarme el valor de mi dinero," dijo con una risita astuta.

Siguieron más risas. Todos disfrutaron de las copas y pronto aparecieron platos de canapés. El aire de la noche había comenzado a enfriarse, pero a nadie parecía importarle.

Otra oleada de asistentes a la fiesta llegó para felicitar al primer ministro por su sorprendente regreso a las urnas. Aceptó los cumplidos, aunque insistió en que no estaba aquí para hablar de política esta noche. "Solo estoy aquí para divertirme," anunció a la multitud. Ciertamente parecía estar haciendo precisamente eso; sus dos bebidas se terminaron en cuestión de minutos.

Elliott se acercó sigilosamente a Marlowe poco tiempo después. "Para que lo sepa, si estás buscando algo con un toque un poco más divertido, tengo mi propio bar instalado en el sótano," dijo con voz de complicidad. "Hay una selección de bebidas espirituosas y licores, si se cansa de beber estas gaseosas francesas."

Marlowe sonrió mientras mantenía la mano sobre el hombro de Elliott. "¿Sabes?, creo que ya me estás empezando a caer bien."

Elliott abrió la puerta que conducía al sótano y bajó las escaleras. Bernard Marlowe y James Pridham le siguieron unos pasos atrás.

El primer ministro y el director ejecutivo de Elixxia acercaron un taburete a la barra. Echaron un vistazo a su alrededor para ver qué había hecho Elliott con el lugar, notando las mesas de billar, las máquinas arcade y la televisión obscenamente grande. No fue difícil ver que la riqueza aún era nueva para Elliott. Parecía más el dormitorio de fantasía de un chico universitario que cualquier cosa que un multimillonario que se precie pudiera tener en su casa.

Elliott colocó tres servilletas en la barra y un vaso de cristal encima. Dejó caer un trozo de hielo en cada vaso y los llenó hasta la mitad de un decantador.

"Tengan, prueben esto," dijo empujando un vaso hacia ambos hombres.

"¿Qué tenemos aquí?" dijo Pridham, sus ojos se iluminaron.

"Es un nuevo bourbon que está a punto de salir al mercado. No te diré la marca todavía. Quiero ver si puedes adivinarla."

"Desafío aceptado," dijo Marlowe. Los tres vasos tintinearón y tomó un pequeño sorbo, seguido de uno más grande. Pridham hizo lo mismo.

Elliott los miró a ambos y esperó una reacción. "¿Y bien?"

"Supongo que es algo así como Old Crow," dijo Marlowe.

"Iba a decir Elijah Craig," aventuró Pridham.

"Ajá," dijo Elliott sacudiendo la cabeza.

Marlowe sostuvo el vaso debajo de su nariz. Aspiró el aroma y bebió un poco más. "Quiero decir que es Four Roses, pero no creo que sea correcto."

"Bien puedo decirlo, ya que nunca lo adivinaré," dijo Elliott. "El nombre de esta marca es Goya Líquido."

"¿Goya Líquido? No puedo decir que esté familiarizado con él," dijo Marlowe.

"Todavía no, pero lo estará. De hecho, es empresa mía. La compré hace unos seis meses. Es una pequeña marca boutique, pero estamos buscando expandirnos."

"¿Compraste tu propia destilería?" dijo Pridham, aparentemente impresionado. "Nunca me contaste eso."

"Sí, llegó la oportunidad, así que pensé, ¿por qué no? Parecía algo divertido en lo que invertir. Mucho más divertido que mantener todo mi dinero en el banco al menos."

"Parece que podríamos tener el próximo Jim Beam aquí," dijo Marlowe con una sonrisa. "O tal vez el próximo Al Capone, preparando alcohol ilegal y organizando fiestas ilícitas aquí en su propio bar clandestino privado."

"No, para que eso suceda tendrían que volver a poner la prohibición," dijo Pridham. "No hay muchas posibilidades de que eso suceda contigo en el cargo, ¿verdad?"

Marlowe se rió a carcajadas. "Touché," dijo, agarrando la jarra y volviendo a llenar su vaso. Llenó hasta arriba los otros dos mientras estaba en ello.

Elliott no pudo evitar sorprenderse por la forma en que el primer ministro podía darle al licor. En el poco tiempo que había estado aquí, debía de haberse tomado al menos ocho o nueve copas sin apenas signos de embriaguez.

Se hizo una llamada a la cocina y los proveedores de catering enviaron un plato de pasteles de cangrejo y vol-au-vents. Se sirvieron más bebidas. Marlowe aceptó la oferta de Elliott de un puro cubano Montecristo, aunque Pridham se negó.

"Bueno, primer ministro, sé que esta noche no tiene horario y probablemente no quiera pasar la noche hablando de trabajo," dijo Elliott. "Pero hay una pregunta que quería hacerle. Se trata del brote del mes pasado. Espero que no le moleste."

"Por supuesto que no. No faltaría más, adelante," dijo Marlowe.

"Es algo que ha estado rondando en mi mente últimamente, y solo quería su perspectiva sobre el asunto. Mire, el brote fue devastador para mucha gente. Destruyó miles de vidas, destrozó familias, destruyó casas, saqueó negocios. Solo la factura por daños será de miles de millones, por no hablar del coste personal. Pero no fueron malas noticias para todos, ¿verdad? Tome a Elixia, por ejemplo. Definitivamente se han beneficiado de lo sucedido."

Pridham y Marlowe intercambiaron inquietas miradas. Ninguno de los dos estaba seguro de adónde iba Elliott con esto.

"No estoy seguro de que 'beneficiado' sea el término apropiado aquí," dijo Pridham.

"¿En serio? Porque el precio de las acciones de la empresa se ha disparado. El problema del mercado negro se ha erradicado y su

base de clientes potenciales ha aumentado en casi un veinte por ciento. Yo diría que le ha ido bastante bien. De hecho, todo esto no podría haber ido mejor si lo hubieras planeado tú mismo."

Hubo un silencio sepulcral. Ahora tenía toda su atención.

"Eso me hizo pensar," continuó. "¿Y si planearon todo esto vosotros mismos?"

Los dos hombres miraron a Elliott con cuchillos por ojos. Aquello claramente no lo encontraban divertido. El comentario había sido tan casual y completamente sin preámbulos ni advertencias que ninguno de los dos estaba seguro de haber escuchado correctamente.

"Parece que quieres hacernos una pregunta, pero no puedes decidirse," dijo Pridham. Mantuvo la calma, pero la amabilidad había abandonado su voz. Era más como un maestro severo amonestando a un estudiante con problemas.

"Bien, entonces. ¿Conspirateis para liberar al público un lote de Zaracaína-9 tóxico?"

Pridham mantuvo su severa mirada unos segundos más antes de hablar. "¿De verdad quieres que dignifiquemos eso con una respuesta?" dijo él.

"Me gustaría mucho que lo dignificaras con una respuesta," dijo Elliott.

"Entonces, de acuerdo. La respuesta es no." Pridham dejó su vaso en la barra. "No pasó nada de eso. Nada ni remotamente parecido a eso. Dudo que alguien pudiera hacer algo tan atroz. Y mira, entiendo que este ha sido un momento emocionante para ti. Sé que has pasado por muchas cosas en las últimas semanas y es natural buscar a alguien a quien culpar por lo que pasó. Pero esa es una acusación muy seria, y una que no debe tirarse a la ligera. Para ser honesto, es bastante insultante que siquiera pienses tal cosa, y mucho menos que lo preguntes."

"Eso es lo que pensé que ibas a decir. Y estoy de acuerdo con mucho

de lo que has dicho. Tampoco yo creí que nadie pudiera caer jamás hasta esas profundidades. Pero había una cosa que no pude dejar pasar. Tal vez tú puedas explicármelo."

Elliott metió la mano en el bolsillo. Esta salió agarrando un frasquito de color verde lima. Lo sostuvo entre el pulgar y el índice para que Pridham y Marlowe lo vieran.

"¿Que es eso?" dijo Pridham. Su rostro no delataba nada.

"¿Me estás diciendo que no sabes lo que es?" Dijo Elliott.

"Parece uno de esos viales que contenían el medicamento contaminado. Supongo que lo que pregunto es ¿por qué me lo muestras?"

"Te lo estoy mostrando porque encontré esto en el maletero de tu coche. De hecho, encontré una caja completa de esto. Así que solo estoy tratando de averiguar por qué el director ejecutivo de Fármacos Elixia tendría algo así en su poder."

Pridham exhaló un largo suspiro. "Elliott, me llevo muestras de productos a casa todo el tiempo," dijo en un tono cansado. "A veces vienen en viales verdes, a veces viales azules, a veces transparentes. El hecho de que el recipiente sea del mismo color no significa que haya la misma sustancia dentro. Y, dejando a un lado el hecho de que estabas husmeando en el interior de mi coche, te puedo asegurar que todo lo que tengo allí es perfectamente seguro para el consumo humano."

"Me alegra mucho oírte decir eso. Y espero que sea seguro para el consumo humano. También tú deberías esperar que sea seguro."

"¿Y por qué debería esperar eso?"

Elliott dio unos golpecitos con el dedo en la parte superior de la jarra. "Porque este lote tenía algo extra dentro."

Esperó una reacción, pero no llegó. Ni siquiera un tic. Hacía un minuto estaba seguro de que los había pillado in fraganti, pero ahora estaba considerando la posibilidad de que hubiera cometido un gran error de juicio. Puede que fuesen completamente inocentes.

O eso o eran tan consumados mentirosos y estafadores que tenían las mejores caras de póquer conocidas por el hombre.

"¿Estás insinuando que pusiste el contenido de estos viales en el bourbon que acabamos de beber?" dijo Pridham.

"Sí," dijo Elliott. "Eso es exactamente lo que estoy insinuando."

Pridham giró su vaso sobre la barra. La fracción de una sonrisa apareció en su rostro. Levantó el vaso y se tragó el resto de la bebida. "No me lo creo," dijo.

"¿Crees que estoy jugando un farol?"

"Solo creo que si creyeras que esos viales son tóxicos, no los habrías puesto en una bebida y nos la habrías servido. En parte porque no pareces el tipo de persona que haga algo así, pero sobre todo porque tú bebiste de la misma botella que nosotros. Todo lo que entró en nuestros cuerpos entró en el tuyo."

"Ah, ahí me has pillado. Por supuesto, yo no arriesgaría mi propia salud al ingerir sustancias contaminadas a sabiendas, solo para demostrar una afirmación. ¿verdad?"

Pasó un momento en el que nadie habló. Marlowe tenía una cara de asesino, pero Pridham apenas parecía afectado por nada de ello. Tenía una confianza natural que nunca vacilaba.

Elliott se contuvo y siguió adelante.

"A menos, por supuesto, que la sustancia en cuestión no me afecte a mí." Usó el paño del fregadero para limpiar un pequeño derrame en la barra. "Dime, si yo fuera la única persona en la tierra inmune al patógeno, entonces tal vez podría haber hecho tal cosa. Pero si todo lo que me has dicho es cierto y esos viales son inofensivos, me encantará ofrecerte disculpas tanto sinceras como sentidas. Supongo que lo sabremos pronto."

Se apartó de la barra y se dirigió a las escaleras. No necesitaba quedarse para ver qué pasaba a continuación. Ya lo supo cuando vio la fachada de Pridham agrietarse. Los signos eran sutiles, nada más que una tensión de mandíbula y un ligero ensanchamiento de

los ojos, pero estaban ahí. No le quedó ninguna duda sobre lo que habían hecho.

Capítulo 33

Elliott sabía que estaba mal figonear dentro del coche de otra persona, pero cuando vio el maletero del Roadster de Pridham sobresaliendo ligeramente, no pudo evitarlo. Era una persona curiosa por naturaleza, y un vistazo rápido al interior no haría daño a nadie. No esperaba encontrar nada trascendental allí, pero al mismo tiempo no descartó por completo la posibilidad. Pridham era un tipo tan recto y limpio que era probable que eso fuese una fachada como para ocultar algún desviado interior. Tal vez descubriera un látigo y un par de esposas. O quizá una pala y un rollo de cinta adhesiva.

Lo abrió con un codazo y no vio nada por el estilo. Solo una llanta de repuesto, un gato y un equipo de emergencia en carretera. Todo estaba ordenado y fue un poco un anticlímax

Presionó el maletero para cerrarlo. Se cerró con un clic y volvió a abrirse un segundo después. Esta vez se abrió del todo. Le invadió un leve pánico, preocupado de que pudiera activar la alarma. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie más estuviera mirando. Estaba solo.

Estaba a punto de cerrarlo de nuevo cuando vio algo más allí; algo que no había notado la primera vez. Una cajita de cartón, ubicada en el rincón más alejado. Metió la mano en el interior y la abrió. Dentro había cuatro docenas de viales de color verde lima. Inmediatamente supo lo que eran.

Las siguientes setenta y dos horas las pasó tratando de evocar una explicación lógica de lo que había encontrado. Tenía que haber una razón perfectamente inocente por la que James Pridham estaba en posesión de lo que parecía ser una cantidad de medicamento tóxico. Sabía que Pridham era ambicioso; eso no era un secreto, nadie se convierte en director ejecutivo de la compañía farmacéutica más grande del mundo con nada más que una sólida ética de trabajo y una actitud positiva. Solo los más despiadados y pertinaces de la manada llegarán tan lejos, el tipo de persona dispuesta a hacer

absolutamente cualquier cosa para salir adelante. Pero ¿se extendía eso a desencadenar una cepa mortal de medicamentos en un público desprevenido? Elliott no quería admitirlo. Pasó días realizando gimnasia mental a nivel olímpico para desacreditar sus sospechas, pero la evidencia apuntaba a una sola conclusión posible.

Antes del descubrimiento, se le había pasado por la cabeza que el repentino resurgimiento zombi había sido increíblemente fortuito para Elixia. No solo creaba decenas de miles de nuevos clientes de Zaracaína-9 de la noche a la mañana, sino que también dieztaba el comercio del mercado negro que les estaba costando cientos de millones al año. Esta buena fortuna se reflejaba en el precio de la acción, que se había disparado a niveles astronómicos en las últimas semanas. Se preguntó si de alguna manera ellos habían jugado un papel en todo esto, antes de descartar la idea como ridícula.

Ahora sus sospechas estaban casi confirmadas y tenía pruebas sólidas. Solo tenía que averiguar qué iba a hacer con ellas.

Su primer instinto fue confrontar a Pridham con lo que había encontrado, pero sabía que esto no lograría nada. Pridham era un CEO de clase mundial, un debatidor experimentado y un manipulador maestro con décadas de experiencia discutiendo y negociando en salas de juntas de todo el mundo. Era mucho más inteligente, elocuente y persuasivo de lo que Elliott podría esperar ser. No tendría problemas para salir de esto, ya fuese alegando su inocencia, justificando sus acciones o amenazando a Elliott para que se someta. El problema desaparecería y la próxima vez aprendería a ser más cauteloso.

Pasó otra noche mirando al techo. Tenía que hacer algo. No sabía qué, pero sabía que tenía que actuar. Esto era demasiado grande para dejarlo pasar. Y aunque no tenía ni idea de qué hacer o por dónde empezar, conocía a alguien que podría apuntarle en la dirección correcta.

Llegó la mañana y llamó a la única persona con la que no esperaba volver a hablar.

Más tarde ese mismo día, llegó al café donde habían acordado

encontrarse. Al principio no la reconoció. Ella no se parecía en nada a cómo la recordaba. Con su atuendo profesional conservador, podría haber sido cualquier otra empleada de oficina en su hora de almuerzo.

Se aclaró la garganta y se acercó a la cabina donde ella lo esperaba.

"¿Clea?" dijo él.

Ella miró hacia arriba mientras tomaba un sorbo de su *chai latte*. "Toma asiento," dijo ella señalando con la cabeza el espacio de enfrente.

Elliott entró en la cabina. Los asientos eran rígidos. La mesa tenía un espacio limitado para las piernas. Una camarera que pasaba se detuvo junto a la mesa y él pidió un sándwich de pollo y aguacate. No tenía ni un poco de hambre, a pesar de que apenas había comido durante los últimos días.

"Mi descanso termina en diez minutos. ¿De qué querías hablarme?"

De inmediato pudo sentir un claro cansancio en Clea. Probablemente se trataba de las secuelas del miniescándalo en el que se había visto envuelta un par de meses atrás. A juzgar por su lenguaje corporal y la forma en que hablaba, todavía estaba lidiando con las consecuencias. Todo había comenzado cuando se filtró a la prensa un memorando del gobierno detallando un plan para atrapar a un político rival; una sórdida trama que involucraba prostitutas de clase alta, habitaciones de hotel y cámaras ocultas. Clea, que en ese momento trabajaba como asistente ejecutiva del ministro principal, había asumido toda la responsabilidad del plan. Ella se disculpó por sus acciones y declaró inequívocamente que la idea había sido suya y solo suya, y que nadie más en el ministerio tenía conocimiento previo de sus actividades. Presentó su renuncia y ahora trabaja a tiempo parcial en el bufete de abogados de su padre.

Elliott dejó escapar un suspiro silencioso. "¿Por dónde quieres que empiece?"

Cubrió todo el terreno que pudo en el espacio de unos minutos,

comenzando con sus tratos iniciales con James Pridham y Fármacos Elixia hacía tres años, y terminando con el descubrimiento de los viales sospechosos en el automóvil de Pridham. Expuso su teoría sobre lo que creía que había sucedido: que Pridham era de alguna manera responsable del reciente brote de no muertos, que posiblemente él era incluso el arquitecto y el que había fabricado el lote contaminado de Zaracaína-9 que se había distribuido a los desprevenidos revividos.

"Sé que esto probablemente suena descabellado, escucharlo todo por primera vez," dijo. "Pero si le conocieras como yo, lo entenderías. Evitar que las personas usen esas cosas no autorizadas se había convertido en una obsesión. Creo que él sería capaz de recurrir a algo tan extremo para impulsar las ganancias de la empresa."

Las uñas de Clea daban golpecitos al borde de la taza mientras asimilaba todo esto. Si las revelaciones la sorprendieron, no se notó.

"Él no habría actuado solo," dijo ella.

"¿Quién? ¿Pridham?"

"Si. Sin duda creo que es un sociópata, pero no es estúpido. Nunca intentaría algo tan arriesgado sin algún tipo de plan de respaldo, en caso de que alguna vez fuera acusado de algo. Habría tenido a alguien poderoso listo para salir en su defensa."

"¿Tienes alguna idea de quién podría ser?"

"No lo sé, Elliott. ¿A quién conoce James Pridham en una posición de poder que estuviera dispuesto a hacerle un favor en un abrir y cerrar de ojos?" Vació un sobre de edulcorante artificial en su bebida y lo removió. "Te daré una pista: quienquiera que sea, supongo que están bastante arriba en el gobierno."

Elliott reflexionó sobre esto con una mirada ligeramente bovina en el rostro, hasta que finalmente entendió la verdad. "¿Crees que también participó el primer ministro?"

"Dímelo tú. ¿De verdad crees que habría hecho algo de esto sin

decírselo a Marlowe primero?"

"Bueno, no estoy seguro de..."

"Vamos, creo que sabes lo amigos que son esos dos. Cuando trabajaba para la oficina de Marlowe, siempre jugaban al golf juntos y organizaban cenas y reuniones secretas. Eso les habría dado una amplia oportunidad para incubar su plan."

"Pero ese es un gran paso que dar para el líder de una nación. Quiero decir, no dudo que Bernard Marlowe haga favores a sus amigos en el mundo empresarial de vez en cuando, pero lanzar un ataque contra su propio pueblo solo para ayudar a un colega... No sé si yo me tragaría algo así. "

El teléfono de Clea sonó. Ella miró la pantalla antes de apagarlo y guardarlo en el bolsillo. "No lo habría aceptado solo para ayudar a Elixxia."

"¿Por quién más lo haría?"

"Para ayudarse a sí mismo. ¿Has visto las noticias últimamente? La popularidad de Bernard Marlowe es la más alta en años. Hace unas semanas estaba muerto y enterrado. Ahora va camino de la reelección. Si alguien se ha beneficiado del brote más que Elixxia, es él. Tenía medios, tenía un motivo y tenía una oportunidad. Observa los hechos y saca tus propias conclusiones. Este fue un ataque de bandera falsa."

Elliott hizo una pausa por un momento. Se quedó mirando el salero y el pimentero frente a él. Llegaba tanta información a la vez que tuvo que esperar para permitir que su mente se pusiera al día.

"¿Y qué hacemos ahora?" dijo él.

"¿Qué quieres decir?"

"Quiero decir, ¿cuál es nuestro próximo movimiento? ¿Cómo hacemos saber a todo el mundo todo esto?"

Clea negó con la cabeza. "Lo siento. No puedo ayudarte. En realidad no hay nada que yo pueda hacer."

"Sé que hemos tenido nuestras diferencias en el pasado, pero esto es algo demasiado monumental para..."

"No estoy diciendo que no quiera ayudarte. Estoy diciendo que no puedo. Nadie puede ayudarte."

"Pero tenemos pruebas de que se han cometido delitos graves. Envenenar a tu propia gente, eso es algo que hacen los dictadores. Podríamos estar en uno de los escándalos más grandes de la historia."

"Excepto que no tienes pruebas reales. No en un sentido legal, al menos. Todo es circunstancial. Tienes una fuerte sospecha y nada más. Incluso si sus acusaciones llegaran a alguna parte, en el improbable caso de una indagación o una investigación sobre el asunto, Marlowe se aseguraría de que un organismo comprensivo lo investigara. Básicamente, él mismo escribiría los hallazgos. Cualquier testigo o conspirador ya habría sido pagado. Créame, todos los cabos sueltos que hay aquí han sido atados."

"Pero seguramente tú tienes el conocimiento o los contactos para hacer que suceda algo." Elliott estaba cada vez más desesperado. "¿Puedes al menos recomendarme a un periodista o alguien que pueda ayudarme a investigar esto más a fondo?"

"Tienes que escuchar lo que estoy diciendo aquí, Elliott. Te digo que no importa lo que hagas, no importa lo duro que luches, no importa cuán condenable sea tu evidencia, nunca podrás vencer al sistema. Simplemente no se puede hacer. Las probabilidades están en contra de las personas normales como tú y como yo. Incluso con todo el dinero que tienes ahora, eso no te sirve de nada. Si intentas exponerlos, si te ven como una amenaza, pronto descubrirás lo intrascendente que eres en realidad. ¿Contra el gobierno federal y la compañía farmacéutica más grande del mundo? Esa es una misión suicida. Te golpearán con todo lo que tienen. Serás demandado hasta el olvido. Mancharán tu reputación y explotarán hasta el último vacío legal para enterrarte. Y si crees que van a seguir las reglas, estás muy equivocado."

La puerta se abrió. Un grupo de hombres mayores con traje entró en el café. Se trasladaron a una cabina adyacente. La voz de Clea se

convirtió en un susurro.

"Aprendí todo esto por las malas," continuó. "¿Recuerdas lo que nos hicieron? La redada, los interrogatorios, las acusaciones de terrorismo inventadas, todo lo demás que nos lanzaron. La Tribu de los Ceros ni siquiera era tan significativa, en realidad. Éramos solo una pequeña irritación, pero eso no les impidió arrastrarnos por el barro para ponernos de nuevo en nuestro lugar. Te pasará algo mucho peor si realmente los amenazas."

"¿Y qué se supone que debo hacer ahora? ¿Olvidarlo y fingir que nada de esto ha sucedido?"

"Eso es lo que yo haría. Continúa con tu vida y disfruta de tus millones. Créeme, así es el mundo y no hay nada que puedas hacer para cambiarlo."

Elliott estaba más desanimado ahora que cuando llegó. En lo que a Clea se refería, no importaba que tuviera pruebas casi incontrovertibles de que dos de los hombres más poderosos del país habían conspirado para orquestar un ataque mortal contra su propio pueblo con fines económicos y políticos. Se suponía que él debía aceptar esto como la forma del mundo. A la clase dominante, a aquellos con todo el dinero y la influencia, se les permitía hacer lo que quisieran y salirse con la suya. La parte más deprimente era que probablemente ella tenía razón. No había nada que él ni nadie pudiera hacer para cambiar eso. Los que tenían poder y riqueza eran inmunes al castigo y nunca enfrentarían las consecuencias de sus acciones. No importaba cuánto lucharas, los Bernard Marlowes y los James Pridham del mundo siempre triunfarían al final.

Dejó el café y regresó a su mansión, e hizo exactamente lo que Clea le aconsejó. Trató de olvidar lo que sabía y seguir adelante con su vida, pero era más fácil decirlo que hacerlo. Cuanto más trataba de sacarlo de su mente, más seguía pensando en ello. Se sentía traicionado por Pridham, quien durante tanto tiempo había fingido ser su amigo, pero en retrospectiva, en realidad solo había estado protegiendo su inversión. Esto era algo demasiado inmenso para dejarlo estar. Los miles de inocentes afectados por el brote merecían justicia real. Amy, Miles y Emily merecían justicia real. Los responsables tenían que pagar por lo que habían hecho.

Capítulo 34

La puerta del sótano se abrió un poco. Elliott se asomó para asegurarse de que el área estuviera libre de testigos. Salió y cerró la puerta con cuidado detrás de él.

La primera parte había salido según lo planeado, más o menos. Ahora tenía tiempo que matar antes de la segunda parte.

Pasó por la sala principal antes de tomar un atajo a través de la cocina, esquivando a los camareros y los servicios de catering de uniformes almidonados mientras balanceaban bandejas de comida en sus manos y sacaban bolsas de basura afuera. Emergió en algún lugar cerca del comedor.

Vio a Fabián solo al otro lado, de pie ante la obra de arte que colgaba de la pared. Su camisa estaba arrugada y desabrochada, e iba arremangado. Una botella de cerveza vacía colgaba de su mano izquierda. A juzgar por la forma en que su cuerpo se balanceaba adelante y atrás, había vaciado bastantes más antes de esa.

Elliott se acercó a su lado. "¿qué piensas?"

Fabián miró a Elliott y luego volvió a mirar las pinturas. "¿Todos esto son verdaderos Genérikos?"

"Espero que sean verdaderos, considerando lo que pagué por ellos," dijo Elliott.

"Guao." Fabián estaba impresionado y más que un poco envidioso. "Es una gran colección."

"Sí, me dejé llevar en una subasta hace unos meses. Déjame darte un consejo: si alguna vez te encuentras en una de esas cosas, aléjate de la barra libre. Al menos hasta que termine la subasta. Puedes pensar que está obteniendo mucho con todas estas bebidas gratis, pero eso solo reduce tus inhibiciones y te hace susceptible a compras impulsivas ridículamente caras. Yo lo descubrí por las malas."

Fabián se movió a lo largo de la pared, mirando cada cuadro. "Puedo pensar en cosas peores en las que gastar el dinero."

Se detuvo frente a una pieza. Era una obra de arte al estilo de los *Looney Tunes* que mostraba a Elmer Fudd y Yosemite Sam después de un tiroteo masivo.

"Es un artista fenomenal," dijo. "Tan subversivo y provocador. Basta ver la forma en que exagera ligeramente las proporciones y el uso innovador de la luz y la profundidad. En cierto modo implica una realidad aumentada."

Continuó ofreciendo su crítica del trabajo de Geneerriko, dejando caer las referencias a "metáforas visuales," "belleza sublime" y "deconstruyendo sus temas" en un esfuerzo por parecer culto y erudito.

"No tenía idea de que eras tan fan," dijo Elliott.

"Oh, soy fan total. Me encantaría tener una de sus obras. Es decir, si alguna vez tuviera trescientos de los grandes por ahí. Y si Steph me dejara."

"¿A ella no le interesa el arte?"

"No diría que no está interesada. Más bien ella no ve el sentido de tirar tanto dinero en algo que simplemente se queda ahí y no hace nada. Especialmente cuando tenemos una boda que pagar." Hizo una pausa por un momento, antes de agregar una tranquila idea tardía. "Aunque ella no parece tener problemas para gastar decenas de miles de dólares en joyas de vez en cuando."

Un estruendo llegó desde la dirección de la cocina cuando una pila de platos cayó al suelo. La charla alrededor de la fiesta se interrumpió durante unos segundos, antes de reanudarse de nuevo como si nada hubiera pasado.

"¿Y si te dijera que puedes tener una de estas por nada?" Dijo Elliott.

"Sí, claro. No estoy seguro de cómo va a pasar eso," dijo Fabián.

Elliott señaló con la cabeza las ocho obras de arte enmarcadas en la pared. "Elige una que te guste. Es tu regalo de compromiso."

Fabián soltó una risa aguda. "Estás bromeando, ¿no?"

"De ningún modo. No he tenido tiempo de compraros un regalo a los dos. Puedes quedarte una de estas a cambio."

"Yo asumí que dejarnos usar tu casa esta noche era nuestro regalo."

"No, no seas ridículo. Estoy más que feliz de celebrarlo aquí. Y de todos modos, quiero liberar algo de espacio en la pared. Me estarías haciendo un favor."

Elliott estaba bromeando, por supuesto, no había escasez de paredes vacías dentro de las muchas habitaciones de su mansión en expansión, pero la broma pasó por encima de la cabeza de Fabián.

"¿Hablas en serio sobre esto? ¿De verdad vas a dejar que nos quedemos una de estas?" dijo él.

"La que te guste. Depende de ti," dijo Elliott.

Fabián se paró ante los ocho lienzos. Esto era mucho para asimilar de repente. "Espera, debería llamar a Steph. Podemos decidir juntos."

Hizo un movimiento hacia la puerta. Elliott le agarró por el codo y tiró de él hacia atrás. "Olvídate de Steph por un segundo. Dijiste que a ella no le gusta mucho el arte. Haz algo por ti mismo por una vez."

Fabián se detuvo. "¿Sabes qué?, tienes razón."

Dio un paso atrás y contempló las ocho obras de arte a la vez. Dio un paso adelante de nuevo, moviéndose de un extremo al otro, tomándose su tiempo para evaluar cada obra en el camino.

Llegó hasta la última.

"Bueno, esta me encanta," dijo. "Para ser honesto, en realidad no sé qué significa todo eso. Es un poco extravagante e inquietante. La

forma en que ha tomado una imagen de algún tipo al azar, y el obtuso *non sequitur* que ha añadido al final. La composición, la yuxtaposición de palabras y visuales. De veras desafía al espectador. Es como si nos estuviera mostrando esta imagen totalmente banal, esta persona ordinaria y sin complicaciones, pero insinuando una oscuridad que persiste justo debajo de la superficie."

La impresión que describió mostraba la foto policial de Mark David Chapman. Las palabras "La Felicidad Es Un Arma Cálida" estaban impresas debajo. Elliott había desembolsado 430.000 dólares en la subasta. Fabián parecía no tener idea del significado de las palabras ni de a lo que aludían.

"Una excelente elección," dijo Elliott. "Lo envolveré y te lo enviaré a casa la semana que viene."

"Guao, de veras no sé qué decir," dijo Fabián abrumado y delirantemente feliz. "Gracias. Muchas gracias. Eso es muy generoso."

"Oye, es lo menos que puedo hacer después de todo lo que has hecho por mí. Es posible que no seas consciente, pero la única razón por la que tengo todo este dinero es por ti."

Fabián se rió y asintió con la cabeza. Se tomó un momento para que las palabras se registraran y la confusión se instalara. "Yo, uh, no te sigo del todo," dijo.

"Es una curiosa historia, en realidad," dijo Elliott. "Todo comenzó la noche que trataste de matarme."

Esta declaración fue recibida con un silencio sepulcral. Pasaron unos segundos incómodos antes de que Fabián intentara desinflar la tensión con una carcajada forzada. "Que intenté matarte, ¿lo intenté?"

"Así es. No estoy seguro de que recuerdes bien esto, pero sucedió hace unos tres años. Una noche yo salía del trabajo cuando dos tipos salieron de la nada y me atacaron. Uno de ellos me sujetó y el otro me pinchó con una jeringa llena de sangre de zombi. Sus rostros estaban cubiertos por lo que no pude identificarlos

correctamente. Pero uno eras tú, ¿no? Fue idea tuya, y tú fuiste el que me la inyectó."

Los ojos de Fabián se movieron de un lado a otro mientras trataba de encontrar una salida a esto. Estaba atrapado. "Yo... no sé si estás bromeando o no," dijo. Tomó un sorbo de su botella de cerveza, aunque estaba vacía, solo para darle algo que hacer.

"No es una broma, Fabián. Creo que tú ya lo sabes."

No podía saber con certeza cuánto tiempo había sabido esto sobre Fabián. Siempre lo había considerado un sospechoso principal, pero era uno de muchos. El ataque había tenido lugar unas semanas después de su tan publicitado asalto a Trent, en un momento en que recibía amenazas de muerte diarias, por lo que no había escasez de personas que quisieran causarle daño. Pero con el tiempo, una serie de pequeños datos se juntaron en su mente y le habían llevado a esta revelación.

Destacaban dos momentos en particular. El primero ocurrió hacía unos meses. Había sido la noche de la fiesta de lanzamiento de Xyyx, cuando Preston los presentó. Elliott había visto cómo el color desaparecía del rostro de Fabián en cuestión de segundos. En ese momento asumió que Fabián estaba muy angustiado porque lo habían pillado desprevenido, y nunca había esperado encontrarse con Elliott en esas circunstancias. Ambos tenían una historia y le preocupaba que Elliott pudiera humillarlo al mencionar su vida anterior y su comportamiento pasado frente a esta nueva multitud. Solo ahora se dio cuenta de lo que realmente estaba pasando dentro de su cabeza: Fabián no había tenido ni idea de que Elliott todavía estaba vivo. Había supuesto que la sangre zombi había causado su desaparición años atrás.

El segundo momento, y el que realmente hizo sonar las alarmas, le había llegado hacía unas semanas. Había sido el día del brote, cuando se enteró del plan de Fabián de inyectar sangre infectada a varias figuras prominentes para promover la causa de la Tribu de los Ceros. Profundizó un poco más en los hechos del caso y descubrió que todo lo que Preston le había dicho era cierto. El abogado de Fabián había afirmado que ninguna de estas amenazas debería tomarse en serio. Eran solo las divagaciones de un joven

inmaduro que hablaba para impresionar a sus amigos. Sus palabras habían sido sacadas de contexto, habían afirmado ellos, y las grabaciones se habían realizado ilegalmente. Pero Elliott sabía que había más que eso. Fabián, en aquel momento, había sido muy duro con sus creencias. Él era el único miembro del grupo que trascendía los límites, yendo a lugares donde ningún otro se atrevería a ir.

Cuanto más había pensado en ello, menos dudas había en su mente de que Fabián era el que había estado detrás de su intento de asesinato. Sus recuerdos de esa noche eran tan claros como el día en que había sucedido. El tipo que le pinchó con la aguja tenía la misma altura y constitución que Fabián, y hablaba con el mismo acento de colegio privado convertido en falso matón callejero. Incluso mirándolo ahora, podía ver que era culpable. Su rostro tenía el color de las quemaduras solares severas. Sus orejas parecían estar a punto de producir vapor.

"Bueno, ironía de las ironías, en realidad terminaste salvándome la vida," dijo Elliott. "Tres días después fui mordido por un zombi y, por algún milagro, terminé sobreviviendo. Al principio nadie podía decirme por qué, pero lo descubrieron. La pequeña cantidad de sangre contaminada con la que me inyectaron jugó un papel en la lucha contra la infección. Me volví inmune, lo que luego llevó al desarrollo de Zaracaína-9. Así que no solo me salvaste la vida sin darte cuenta, sino que también me hiciste extremadamente rico."

El pánico estaba escrito en el rostro de Fabián con letras del tamaño de una valla publicitaria. No tenía idea de cómo había podido dar la conversación un giro tan inesperado para terminar así. Al momento le regalaban caras obras de arte y al siguiente le acusaban de intento de asesinato. Miró por la habitación para ver si alguien lo había escuchado. Había otros cerca, pero nadie prestaba atención.

"¿Por qué no abandonamos la farsa durante un momento y nos decimos la verdad?" Elliott continuó. "No voy a tomar represalias. No iré a la policía. Si fuese a hacer algo de eso, ya lo habría hecho. Solo quiero que lo admitas."

Hubo varios intentos fallidos antes de que Fabián pudiera hablar.

"Tienes que entender algo," dijo en un tono apenas audible. "Lo que

sea que haya sucedido, lo que sea que hice o no hice, todo sucedió hace otra vida. En aquel entonces yo era una persona completamente diferente."

"Fue hace sólo tres años," dijo Elliott. "Créeme, no has cambiado tanto."

"Pero mentalmente estaba en un lugar extraño. La Tribu de los Ceros... ese fue un ambiente poco saludable para mí. Era más como una secta. Las cosas habían comenzado a intensificarse, todo se salió de control y ninguno de nosotros sabía dónde trazar la línea. Créeme, estoy avergonzado por mucho de lo que hice. Cada vez que pienso en ese período de mi vida, me estremezco."

"Oye, estoy seguro de que tenías tus razones para hacer lo que hiciste. Durante mucho tiempo tuve problemas para entenderlo. Es que no podía entender cómo alguien era capaz de infectar deliberadamente a otra persona." Elliott le dio una palmada amistosa en el hombro y se dirigió hacia la puerta. "Pero ahora, entiendo más o menos de dónde venías."

Bernard Marlowe miró fijamente los paneles de madera de caoba roja en el techo por encima de él. Su cuerpo se mecía suavemente de un lado a otro. Estaba tendido en una hamaca y hacía todo lo posible para mantener la calma. Sintió que se le revolvía el estómago. El sabor de los pasteles de cangrejo regurgitados se le había quedado en la garganta.

Los sonidos de la fiesta se filtraron hasta el sótano; solo la línea de bajo y el ritmo de la música, y la débil charla de la multitud. Todos sonaban como si estuvieran pasando un tiempo maravilloso, ajenos al acto de traición que acababa de ocurrir.

Marlowe había templado su respiración, pero su pulso aún se le disparaba como si se hubiera tragado una docena de expresos dobles con edulcorante de metanfetamina. La infección se estaba apoderando de su cuerpo. Célula por célula, microbio a microbio, podía sentir nanobichos arrastrándose por su sangre. Le pesaba la cabeza y le dolían los ojos. Las luces ahora parecían demasiado brillantes. Su yo habitual se alejaba más con cada respiración que tomaba.

"¿Cómo pudiste dejar una caja de pruebas en la parte trasera de tu coche, James?" dijo, su voz ahora un susurro bajo. "Después de hacer todo lo posible para cubrir tus huellas, ¿terminas haciendo algo tan descuidado? ¿Estabas intentando que te atraparan?"

James Pridham estaba a unos metros de distancia, hundiéndose lentamente en una bolsa de frijoles gigante.

"Los puse allí hace meses y me olvidé por completo de ellos," dijo. Su mente regresó a esa noche en el estacionamiento fuera del almacén con el Dr. Xu, donde empujó la caja de viales en su maletero después de asustarse por lo que había creído que era un coche de policía. Solo había conducido el Roadster un puñado de veces desde entonces. "No sé qué más decirte. Mi mal, supongo."

"¿Tu mal qué? ¿Tu mal juicio? ¿Mala memoria?"

"Es lo que dicen los niños estos días: 'Mi mal'. Es una especie de falsa disculpa. Admites tus malas acciones sin asumir la responsabilidad." Pridham se presionó el cuello con los dedos para medir el pulso. "Tal vez uno de tus ministros pueda usarlo la próxima vez que le pillen haciendo algo que no debería."

Marlowe le habría arrojado algo a Pridham si hubiera sido capaz de hacerlo. "No tengo idea de cómo se puede bromear en un momento como este," dijo.

"Bernie, necesitas relajarte. Tómatelo con calma. Respira hondo, libera tu mente y todo eso. Tu frecuencia cardíaca aumenta cuando entras en pánico y eso acelera la propagación del patógeno. Entiendo que esto sea estresante, pero todo saldrá bien. Lo prometo."

"Tendrás que perdonarme si no comparto tu confianza."

Pridham miró al primer ministro. "Escucha, yo nos metí en esto, así que yo nos sacaré de esto. ¿Vale? Sheradyn estará aquí en media hora. Todos tendremos nuestra inyección y estaremos bien. Mañana por la mañana será como si nada de esto hubiera sucedido."

Lo primero que hizo Pridham después de que Elliott se marchase

fue contactar con su asistente personal. Le había ordenado que trajera urgentemente un suministro de Zaracaína-9 a esta dirección. Ella estaba enviando actualizaciones periódicas sobre su progreso, según las instrucciones de su jefe.

"¿Y si no llega a tiempo?" Dijo Marlowe. "¿Has considerado esa posibilidad? ¿Y si ella llega aquí y encuentra dos zombis?"

"Eso no va a suceder," dijo Pridham.

"Pero ¿y si sí sucede?"

"No lo hará."

"Pero ¡¿y si lo hace?!"

"Si eso sucede, Sheradyn sabrá lo que hacer. Hará algunas llamadas y mi gente vendrá a ocuparse de ello. Seremos escoltados fuera de las instalaciones después de que todos los demás se hayan ido. Nadie tiene por qué saber nada de esto."

"Está bien, ¿y luego qué?"

"Luego nos llevan a la regeneración y en un par de semanas estaremos como nuevos."

"Y luego ambos seremos portadores durante el resto de nuestras vidas, sufriendo la indignidad de las inyecciones diarias y que nuestros nombres se agreguen al registro público."

"Relájate, nada de eso va a pasar," dijo Pridham.

"¡Deja de decirme que me relaje, maldita sea!" A Marlowe le dolieron las costillas cuando elevó la voz.

"Bueno, pues deja de no relajarte."

"No creo que aprecies completamente lo que esto me va a hacer, James. Si algo de esto se hace público, no tendré más remedio que renunciar. He basado toda mi marca en mi dura política contra los muertos vivientes. ¡Si pierdo esa ventaja, estoy acabado!"

Pridham exhaló un suspiro de cansancio. "Mira, no puedo decir mucho en este momento. Ni siquiera a ti. Pero digamos que Elixia ha desarrollado una serie de productos que, por razones en las que no entraré ahora, aún no se han puesto a disposición del público. Productos significativamente más avanzados que Zaracaína-9."

"¿Cuánto más avanzado estamos hablando aquí?"

"Estoy hablando de una solución permanente. Una cura para todos los efectos. Cuatro o cinco sesiones de tratamiento y eso es todo. Sin más inyecciones, sin riesgo de recaída, sin posibilidad de transmitirlo. Una vez que pasa por el tratamiento, ni siquiera aparecerá en un análisis de sangre."

Marlowe intentó sentarse derecho. "Espera, ¿cuánto tiempo ha...?"

Sus palabras se atascaron. Podía sentir que se le cerraba la tráquea. Respirar ahora requería un esfuerzo constante. Hizo todo lo posible para no entrar en pánico; eso solo lo empeoraría. Intentó visualizar algo pacífico. Cascadas. Selvas tropicales. Una ronda de golf en un día soleado. Concierto para piano núm. 1 de Tchaikovsky. Bebiendo coñac en su chalet francés.

El aire llenó sus pulmones poco tiempo después y él reanudó la inhalación y la exhalación a un ritmo normal.

Hubo un prolongado silencio cuando ninguno habló. Los ojos de Marlowe siguieron las aspas giratorias del ventilador de techo directamente encima de él. Este tenía un efecto inusualmente calmante.

"No tengo ni idea de lo que pensaban mis hijas al asociarse con alguien así," murmuró para sí mismo. "De verdad, ¿cómo espera salirse con la suya? Aunque nos convirtamos, él sabe que se puede revertir. ¿Cree que nos vamos a reír juntos y que no habrá consecuencias?"

"Preocúpate de eso más tarde," dijo Pridham. Una especie de letargo había entrado en su voz por primera vez. "Tenemos que mantenernos firmes y superar esto."

“Una cosa de la que estoy seguro es que irá a la cárcel. Infectar deliberadamente a alguien conlleva una sentencia de veinte años. Me ocuparé de que obtenga el máximo. No, doblaré el máximo y luego me aseguraré de que lo consiga.”

“No creo que eso sea una buena idea,” advirtió Pridham.

“¿Qué quieres decir con que no es una buena idea?”

“Necesitamos mantener en secreto todo lo que ha sucedido aquí esta noche. Por obvias razones.”

“¿Y vas a dejar que se salga con la suya?” La voz de Marlowe estaba subiendo de nuevo. A pesar de todos sus esfuerzos, no podía evitar que la ira saliera a la superficie.

“No he dicho que se saldría con la suya. Solo he dicho que no necesitamos poner esto en el dominio público.”

“¿Y qué sugieres que hagamos?”

“No te preocupes, yo me encargaré. Haré de mi misión personal verle destruido. Espero que no se haya acostumbrado a ser rico, porque esos días se acabaron. Sus acciones de Elixia, sus pagos de regalías, desaparecieron. Para cuando termine con él, seré dueño de esta casa y él vivirá en la caja de cartón en la que vino su televisor.”

“¿Crees que puedes hacer todo eso?”

“Por favor, Bernie. Recuerda con quién estás hablando aquí. Elliott Connors no es un candidato de Mensa. Firmará todo lo que le pongas delante sin siquiera leerlo. Será como quitarle un caramelo a un bebé.”

Se quedaron en silencio una vez más, hasta que el teléfono de Pridham sonó unos minutos después. Sonrió al mirar la pantalla.

“Sheradyn tiene la medicación,” dijo. “Ella estará aquí en quince minutos.”

Capítulo 35

Elliott pasó la siguiente hora deambulando por los terrenos de su propiedad, socializando y divirtiéndose con los invitados. Se presentó a todos los que aún no había conocido formalmente y les dio la bienvenida a su casa. Escuchó historias y se rió de los chistes, y aceptó amablemente los cumplidos sobre lo magnífica que era su casa. Rellenó los vasos antes de que pudieran vaciarse y ofreció puros cubanos a quien quisiera. Hizo todo lo posible para asegurarse de que la fiesta transcurriera sin problemas y que todos se lo estuvieran pasando en grande.

Aquellos con los que se encontró habrían pensado que estaba desempeñando el papel del anfitrión perfecto. A nadie se le hubiera ocurrido que pudiera haber tenido un motivo oculto y que se estaba haciendo visible para crear trescientas coartadas sólidas.

A las 10:05 p.m. entró en la casa para abrir algunas puertas. Apartó una mesa y algunas sillas para crear un camino despejado desde el sótano hasta la puerta trasera.

Se aventuró a salir y salió a la playa, donde sin darse cuenta tropezó con un ministro de gobierno de alto nivel en una posición comprometedoramente con una conocida presentadora de televisión matutina, una mujer que tenía la mitad de su edad y definitivamente no era su esposa. Retrocedió antes de que se notara su presencia.

Regresó a la fiesta, pasando por el escenario del karaoke en el camino. Sebastian Devereaux había tomado el control del micrófono y estaba dando su mejor interpretación de una balada de Leonard Cohen. Elliott nunca había visto ninguna de las obras de arte de actuación de Sebastian cuando se había llamado Ameba, pero si había sido tan surrealistas como lo que estaba presenciando ahora, habrían sido un todo un espectáculo para la vista.

El padre de Sebastian, Lawrence Devereaux, se mantuvo alejado del resto de la multitud, como lo había hecho durante la mayor parte de la noche. Tenía el teléfono pegado a la cara, incapaz de dejar el

trabajo ni por unas pocas horas.

Cerca de las puertas de entrada, Elliott vio a un paparazzo encubierto con la camiseta y la gorra de béisbol de una pizzería local, discutiendo con dos guardias de seguridad.

"Solo intento hacer mi trabajo aquí," escuchó decir al hombre. "Tenemos un pedido de veinte pizzas para esta dirección. Están en mi coche. Cuanto más hablemos, más se enfrían."

El mayor de los dos guardias cruzó los brazos ante el pecho. "¿Te parece esto el tipo de fiesta que sirve comida rápida barata?" dijo él.

"¿Cómo voy a saberlo? Solo estoy aquí para entregarlas. Entraré y saldré en dos minutos."

"¿Crees que somos estúpidos?" dijo el otro guardia.

"Vamos, amigos, solo intento hacer mi trabajo," dijo el falso pizzero.

El primer guardia avanzó un paso, moviéndose hacia el espacio personal del tipo. "Y nosotros estamos haciendo el nuestro. Nadie pasa por nosotros sin una invitación. ¿Entiendes?"

A las diez y media, Elliott decidió que había llegado el momento de poner en marcha la última parte de su plan.

Se dirigió a la marquesina. Casi un centenar de cuerpos se retorcían al ritmo de la remezcla de alta energía de un top de las listas de éxitos actual. Elliott se abrió paso entre la multitud.

Una mano le agarró por la muñeca. Alzó la vista y vio a Madison Marlowe sonriéndole. Se aferraba a él de la misma forma que un hombre ahogándose agarra un dispositivo de flotación.

"¡Ven a bailar!" le gritó ella.

Intentó negarse, pero "no" no era una palabra a la que Madison estuviera acostumbrada. El compromiso de su hermana la había llenado de un deseo de establecerse y dejar descansar su imagen de chica fiestera. Como resultado, ahora tenía a Elliott firmemente en la mira. Él había pasado las últimas semanas desviando suavemente

tales no muy sutiles avances.

"¡Venga!" dijo ella.

Reluctante, él se dejó arrastrar hasta la mitad de la pista de baile. Se quedó allí durante un par de minutos y trató de hacer que pareciera que lo estaba pasando bien, antes de escabullirse entre la multitud tan pronto como ella le dio la espalda.

Se dirigió al podio y subió a la plataforma elevada donde estaba instalada la cabina de DJ.

"¿Aceptas peticiones?" dijo dándole un golpecito a Blériot en el hombro.

"¿Eh?" Blériot se acopó la oreja con la palma de la mano, luchando por oír por encima de la música.

"He dicho que si puedes poner una petición?"

El DJ arrugó la nariz. "Luego. Tal vez. No prometo nada."

Elliott sacó la billetera. Extrajo un fajo de billetes de un centímetro de grosor. "¿Y ahora? ¿Puedes ponerme una canción?"

Los ojos del francés se duplicaron. "¿Hablas en serio? ¿Me vas a dar todo eso por poner una sola canción?"

"Sip. Solo una canción."

Blériot sonrió. "Eso se puede arreglar. ¿Qué es lo que quieres escuchar?"

Elliott se inclinó hacia adelante y gritó nombre de la canción al oído del DJ. La sonrisa se desvaneció y fue reemplazada por una mirada de dolor.

"Oh, no no no. Por favor, no. Cualquier cosa menos eso."

"Oye, dijiste que sí."

"¡Pero esa canción es una parodia auditiva! ¡Una profanación de la

decencia! Tengo una reputación que mantener."

"¿Quieres el dinero o no?" Elliott agitó el dinero en efectivo frente a su cara.

"¿Ni siquiera estás bromeando sobre esto?" Blériot lo miró como si hubiera perdido el sentido común. "¿De verdad quieres usar tu única petición en esa terrible canción?"

Elliott asintió. "Correcto."

"¿Entiendes que esto va a vaciar la pista de baile?"

"Probablemente, pero aún así me gustaría escucharla."

Blériot dejó escapar un suspiro. "Es tu dinero, amigo mío."

"Es tu dinero ahora."

Dejó los billetes en la mano de Blériot, luego bajó de la cabina y se trasladó a la esquina de la marquesina. Se quedó en la penumbra y se preparó para lo que estaba a punto de suceder.

La canción terminó un par de minutos más tarde, y los primeros compases de la solicitud se activaron. Blériot no se molestó en intentar ninguna mezcla de ritmos o una transición suave entre las dos pistas. Simplemente hizo desaparecer una y aparecer la otra.

Pasaron varios segundos antes de que los juerguistas pudieran identificar la canción. La acogida que recibió podría describirse como mixta; algunos en la multitud levantaron sus bebidas en agradecimiento por la transmisión de este éxito pasado, pero la mayoría respondió con gemidos y ojos en blanco. Como Blériot había predicho, pronto comenzó un éxodo en la pista de baile. Fueron algunas de las mujeres al principio. Sus compañeros las siguieron poco después. Algunos de los invitados mayores aprovecharon esta oportunidad para tomar un respiro y rellenar sus refrigerios.

Sesenta segundos después de la canción, cuando las voces chillonas se activaron, la marquesina estaba al menos un 70% menos concurrida. Un pequeño número de asistentes a la fiesta ebrios

habían ocupado su lugar y estaban disfrutando de esta explosión de nostalgia reciente, pero más o menos tenían toda la pista para ellos.

La canción era "Reflujo Ácido" de Chemikal Ali. Era un sencillo multiplatino de hacía cuatro años y uno de los mayores éxitos del género de música electrónica de baile brevemente popular conocido como SlamCore, pero su reputación había disminuido con la edad. El SlamCore se había vuelto profundamente pasado de moda y rara vez sonaba esos días, para alivio de muchos. Se ilegalizó temporalmente debido a los informes de que sus frecuencias atraían a los no muertos. Una consecuencia involuntaria de prohibir la música fue que se volvió aún más atractiva para los jóvenes, quienes organizaban "raves" ultra secretas como forma de rebelión y *peineta* para las generaciones mayores. Posteriormente, la prohibición se revirtió. El género rápidamente pasó de moda, y el SlamCore murió de muerte natural poco después.

Algunos borrachos más llegaron cojeando a la pista de baile. Algunos comenzaron un pequeño círculo. Otros intentaron ejecutar el tipo de movimientos de *break dance* que no habían intentado en años, con resultados predeciblemente desastrosos y perjudiciales.

A mitad de la canción, justo cuando el *slam* llegó y el aire vibró, un coro de gritos ensordecedores interrumpió la fiesta. A pesar del volumen de la música, fue audible para todos los asistentes.

Dos zombis bien vestidos renqueaban por el césped y se dirigían directamente a la marquesina. Sus contornos estaban iluminados por parpadeante luz estroboscópica, sus grotescos rostros estaban contorsionados en un hambre bestial, atraídos por su reacción involuntaria a los primitivos sonidos que se bombeaban por los altavoces.

Siguió una loca lucha en busca de seguridad. Las mesas y sillas se volcaron, y otros invitados fueron pisoteados por el pánico frenético.

Elliott se apresuró a regresar a la cabina del DJ. "¡Oye! ¡Blériot!" le gritó.

El DJ estaba contando el dinero y permanecía ajeno a la conmoción

que se estaba produciendo justo delante de sus narices. Alzó la vista y vio personas tropezando entre sí mientras intentaban escapar.

"¿Lo ves?" dijo Blériot señalando la conmoción que tenía ante él.
"¿Qué te dije? ¡Esta canción es atroz!"

"¡Apaga la música!"

"¿Qué?"

"¡La música! ¡Apágala! ¡Mira!"

Señaló la entrada. Blériot se quedó paralizado al ver a los dos no muertos cargando hacia él como babuinos hasta arriba de crack.

"¡Blériot!" gritó Elliott. "¡La música!"

El DJ salió de su trance. Se abalanzó sobre la consola y bajó los controles deslizantes de volumen.

El ruido paró y los zombis se detuvieron de inmediato. Las bestias salvajes de hacía unos segundos no estaban a la vista. Ahora eran como dos defectuosos humanoides restaurados a su configuración de fábrica, reiniciados lentamente y encendidos por primera vez.

Los invitados que no habían podido salir estaban acobardados debajo de los equipos de iluminación y detrás de los altavoces, o en cualquier otro lugar donde pudieran refugiarse. Lo que veían era algo salido de una película de terror de la década de 1950. Estos dos seres monstruosos estaban de pie en mitad de una silenciosa y vacía pista de baile, un manto de hielo seco y el remolino de la bola de espejos producía una atmósfera estrambótica e inquietante.

Elliott hizo su jugada. Dio cinco pasos hacia adelante para ponerse cara a cara con los dos intrusos no muertos. Metió la mano en la chaqueta. Esta salió empuñando una pistolita.

Sin nada en forma de emoción o vacilación, apuntó con el arma al zombi a su derecha y apretó el gatillo. Sonó un disparo. Los invitados gritaron y se lanzaron a cubierto.

Elliott movió el brazo treinta grados hacia la izquierda y volvió a

apretar. Otro disparo. Ambos zombis cayeron al suelo abatidos a quemarropa por el Seis Tiros Ruger que anteriormente había sido propiedad de Lee Harvey Oswald.

Afuera, el cielo explotó en un espectáculo caleidoscópico de luz y color cuando comenzó la exhibición de fuegos artificiales.

La tensión dentro y alrededor de la marquesina se acercaba a la histeria. Nadie tenía idea de qué demonios acababan de presenciar. Debido a la poca luz, la velocidad con la que todo se había desarrollado y el hecho de que muchos ya estaban muy intoxicados, la identidad de los intrusos no fue inmediatamente obvia. Nadie sabía que los cuerpos de dos de los hombres más poderosos de la nación yacían inmóviles sobre la iluminada pista de baile con un espeso sirope negro chorreando de sus cráneos destrozados.

Elliott guardó el arma en la chaqueta. Se ajustó la corbata y giró para encontrar un mar de rostros mirándole. Sintió que este era un momento apropiado para decir algunas palabras.

"Supongo que la fiesta ha terminado, amigos," dijo.

Capítulo 36

Los guardias de servicio en la noche de la fiesta no respondieron de inmediato al sonido de los disparos, ya que asumieron que eran parte de la exhibición de fuegos artificiales que acababa de comenzar. Pasaron varios minutos antes de que los invitados, presa del pánico, salieran corriendo para informarles del incidente que había tenido lugar en el interior. Entraron en la propiedad con las armas desenfundadas y descubrieron una escena de pandemonio: cientos de asistentes a la fiesta conmocionados, varios invitados que necesitaban atención médica urgente y los restos de dos seres no muertos en el centro de la pista de baile. Elliott no estaba por ningún lado.

La policía llegó ocho minutos más tarde: dos coches patrulla inicialmente, seguidos de una docena más una vez que se hizo evidente la gravedad de la situación. Un barrido de la propiedad ubicó a Elliott en un dormitorio en el segundo piso de la casa de huéspedes. Se rindió sin incidentes y fue llevado para interrogarlo.

Una aglomeración mediática se reunió fuera de la comisaría, habiendo sido advertida de que se estaba gestando una historia monumental. El término "asesinato político" hizo su primera aparición en las redes sociales poco tiempo después de la medianoche.

Los reporteros en la escena se apresuraron a juntar declaraciones contradictorias y relatos de testigos presenciales no confirmados, separando los hechos conocidos de los rumores absurdos que circulan en Internet, en un esfuerzo por descifrar algún tipo de narrativa clara. Descubrieron que obtener una respuesta directa de la policía era casi imposible. La policía tuvo un problema similar al hablar con los testigos. Lo que había sucedido en aquellos frenéticos minutos fue tan inesperado, tan improbable y tan fuera de lugar que muchos invitados aún se preguntaban si lo que habían visto había sucedido realmente.

A las seis de la mañana siguiente se confirmó la noticia y una

nación atónita supe de la muerte de Bernard Marlowe y de James Pridham. A las nueve, Lawrence Devereaux había sido elegido sin oposición como nuevo líder del partido. Prestó juramento como primer ministro ese mismo día.

Después de veinticuatro horas bajo custodia, Elliott fue puesto en libertad sin cargos. Esta decisión fue recibida con aullidos de indignación. Las familias de los dos hombres fallecidos, miembros del gobierno federal, la junta de Fármacos Elixxia y muchos otros partidarios de alto perfil exigieron que la policía tomara medidas, pero después de revisar las pruebas disponibles y entrevistar a testigos clave, se determinó que no se había cometido ningún delito. Este era un caso abierto y cerrado de un propietario que había ejercido su derecho de protegerse de la amenaza no muerta. La ley CADAVER declaraba sin ambigüedades que ningún ciudadano enfrentaría cargos criminales por defenderse de un exhumano que invadiera su propia propiedad. Esto estaba respaldado por múltiples precedentes legales, mientras que el propio Bernard Marlowe había hecho constar innumerables veces que reiteraba esta garantía.

En la semana siguiente a la fiesta, el precio de las acciones de Fármacos Elixxia se desplomó un 40%.

Se realizaron autopsias en los cuerpos de Bernard Marlowe y James Pridham en un esfuerzo por determinar cómo habían contraído la infección. Los resultados no fueron concluyentes; su piel no mostraba evidencia de mordeduras, marcas de pinchazos u otras abrasiones, y sus registros médicos más recientes indicaban que ninguno de los dos había sido portador antes de esa noche. Se consideró la posibilidad de que pudieran haber ingerido una sustancia contaminada con el patógeno BNBO-511:17, de manera maliciosa o no, pero no había evidencia suficiente para apoyar tal teoría.

Sheradyn White, asistente personal de James Pridham, afirmó más tarde que su jefe la había llamado en las horas previas a su muerte y le había indicado que entregara un suministro urgente de Zaracaína-9 a la fiesta. Ella había recogido el medicamento de una farmacia cercana y llegado a la dirección de Beechwood Heights poco tiempo después. Sin embargo, no pudo ingresar en la propiedad debido a que la seguridad estaba bajo estrictas

instrucciones de no admitir a nadie sin una invitación válida.

La última encuesta de opinión se publicó el día después de que Lawrence Devereaux fuera instalado como primer ministro. El índice de aprobación del gobierno se había disparado hasta cincuenta y cuatro, su mejor resultado en más de dieciocho meses. La encuesta se llevó a cabo varios días antes del tiroteo, y el aumento se atribuyó en gran medida al reciente resurgimiento de los no muertos. El ochenta y nueve por ciento de los encuestados dijo que confiaba en que el gobierno los protegería de nuevos brotes, en comparación con solo el cincuenta y uno por ciento de la oposición.

Varias semanas después, un paquetito llegó a la sede del Laboratorio Internacional de Biodefensa. Estaba dirigido al Dr. Martin Bishop, director de operaciones del centro. Dentro había un recipiente cilíndrico y una nota anónima escrita a mano. El recipiente contenía un pequeño volumen de sangre.

La nota rezaba: "Esta muestra de sangre es inmune al patógeno BNBO-511:17. Puede ayudarle en su búsqueda de una cura."

El mismo día, se entregó una obra de arte del destacado artista callejero Genérico en la casa de Fabián Turner y Stephanie Marlowe. Esta también tenía una nota adjunta: "Os deseo todo lo mejor en una larga y feliz vida juntos. Disfrutad del regalo. Pensad en mí cada vez que lo miréis. Con amor, Elliott."

Elliott Connors se ocultó después de su liberación de la custodia. Los intentos de contactar con él por parte de familiares, amigos y miembros de la prensa no tuvieron éxito. Se desconoce su paradero actual.

La pintura apenas se había secado en el retrato recién encargado a Lawrence Devereaux cuando los dos trabajadores lo montaron en la pared de la oficina del primer ministro. El nuevo líder del país supervisaba desde el otro lado de la sala con una sensación indescriptible de inmenso orgullo hinchándose en su pecho. Llevaba en el puesto casi una semana, pero no fue hasta este momento que todo pareció real. El drama por fin había amainado, las pertenencias de su predecesor habían sido retiradas sin ceremonias

y las suyas habían sido traídas. La realidad de la situación estaba calando. Él lo había logrado. Este era el cargo más alto del país y su nombre estaba en la puerta.

El ascenso de Devereaux al puesto más alto había llegado mucho más rápido de lo que él había esperado. Siempre había soñado con terminar aquí, pero ni en un millón de años pensó que sucedería como había sucedido.

Los trabajadores se marcharon y él se instaló detrás de su escritorio. Tenía trabajo que hacer, pero se concedió este momento de tranquila reflexión para asimilarlo todo. Ahora era el hombre más poderoso del país. Uno de los más poderosos del mundo. Este era un trabajo que había codiciado desde ser consciente de su existencia. Había logrado la ambición de su vida, algo que muy pocos hombres hacían.

Seis días en su mandato y las cosas ya estaban mejorando. Había aparecido en *Nuestra Nación* la noche anterior, donde había hablado con la presentadora Olivia Perry durante una hora ininterrumpida. El programa atrajo a más del ochenta por ciento de la audiencia y Devereaux recibió elogios unánimes por su aplomo y compostura en un momento de crisis.

El gobierno ahora tenía una sólida ventaja en las encuestas después de estar a la zaga durante más de un año. Su índice de aprobación se había disparado hasta el sesenta y seis, casi el doble de lo que había sido hacía un mes. El país todavía se estaba recuperando de los traumas gemelos del resurgimiento generalizado de los no muertos y la prematura desaparición de Bernard Marlowe. Las tragedias sacuden a una nación hasta la médula, pero también pueden galvanizar a la gente y acercarla. Todos dejaron de lado sus diferencias y se unieron para llorar como uno solo.

Esta vez, juró, no desperdiciarían su ventaja. Él se aseguraría de eso. Montarían esta ola de buena voluntad hasta las elecciones dentro de unos meses, donde el sentimiento abrumadoramente positivo debería hacerlos regresar fácilmente al poder. Todo lo que tenía que hacer hasta entonces era no decir ni hacer nada estúpido y tenían la victoria casi garantizada. Eso no debería ser demasiado difícil; sus instintos políticos eran exponencialmente más agudos

que los de su predecesor. Si mantenía la calma y no perdía la concentración, nada le impediría liderar el país en los años venideros.

Recibió una llamada telefónica. Su biógrafo oficial estaba en la línea. Quería programar otra entrevista para algún momento de esta semana. Le dijo que pasara por su oficina después por la tarde.

Se reclinó en su silla y su mente regresó al momento exacto en que había concebido su plan maestro para convertirse en primer ministro. Había sido hacía cinco cortos años, cuando viajaba a casa en el jet privado de Bernard Marlowe después de haberle ayudado a facilitar un lucrativo negocio con una compañía china de medios. Para cuando aterrizaron, había logrado engañar al empresario millonario haciéndole creer que tenía lo necesario para convertirse en el próximo líder de la nación. Era una perspectiva ridícula, podía pensar en pocas personas menos calificadas para gobernar el país que Bernard Marlowe, pero con suficientes halagos y ouzo libre de impuestos, no fue difícil de convencer. Marlowe ya albergaba serios engaños sobre el alcance de su talento e influencia, y a menudo había insinuado una posible incursión en la política en el pasado. Devereaux confiaba en que el alto perfil de Marlowe y su propio talento político podrían combinarse para formar una imparable máquina ganadora de elecciones.

A partir de ese momento se había convertido en el titiritero de Bernard Marlowe. Le había enseñado exactamente qué decir y cómo comportarse. Había sido idea suya explotar la situación zombi para obtener beneficios políticos, en un momento en que todos los demás temían tocarla. Y las frases que atravesaron y tocaron la fibra sensible del público: «¡Yo creo en la democracia! ¡Los no muertos no gobiernan el país, la gente gobierna el país! ¡Juntos saldremos victoriosos en la guerra al horror!» todo ello había brotado de la punta de su pluma. La estrella de Marlowe pronto estuvo en ascenso mientras Devereaux trabajaba incansablemente entre bastidores, tomando las decisiones y moviendo todos sus hilos.

La primera parte de su plan había funcionado mejor de lo que nadie esperaba. Marlowe era un comunicador de masas natural, acariciando sus egos y avivando sus miedos al mismo tiempo, tal como lo hacía cuando editaba el periódico sensacionalista más

grande del país. Llegaron a la cabeza en las encuestas desde el principio, y desde ese momento nunca miraron atrás. La elección se había ganado de forma aplastante.

Con esto había concluido la primera parte de su plan: el ascenso de cuento de hadas de Bernard Marlowe. Ahora solo tenía que sentarse y esperar la inevitable caída.

No dudó ni por un segundo de que esta iba en camino. Marlowe podía haber tenido el toque populista para ayudar al partido a ganar poder, pero carecía del talento, la disciplina y el interés necesarios para tener éxito en el papel para el que había sido elegido. Deveroux se había quedado al margen mientras Marlowe pasaba de un fiasco a otro, demostrando tanta competencia en el trabajo como un chimpancé intentando una cirugía cerebral. Mientras tanto, como Ministro de Asuntos de los No Muertos, Devereaux había continuado reforzando sus propias credenciales mientras realizaba diligentemente los deberes relevantes para su cartera. Mantuvo al país al día sobre cómo estaban ganando, lento pero seguro, la guerra al horror, una crisis ficticia que había querido que existiera y vendido al público que rebuznaba, mientras esperaba pacientemente el momento oportuno.

Todo estaba encajando. Esperaró a que Marlowe tocara fondo, cuando su popularidad se había hundido hasta los treinta, un mínimo histórico para un primer ministro en el primer mandato, antes de completar su maquiavélico golpe maestro desafiando el liderazgo, que ganaría fácilmente. La toma de posesión sería rápida y limpia.

Eso fue hasta que se lanzó una llave inglesa del tamaño de una jabalina en la forma del segundo brote zombi.

Bernard Marlowe no tenía idea de lo cerca que había estado de ser derribado, o de la suerte que tenía de que el brote hubiera ocurrido justo cuando sucedió. Era la única variable que Devereaux no había tenido en cuenta; un evento tan improbable que el pensamiento nunca había cruzado su mente. El momento fue tan fortuito que podría haber sospechado que Marlowe estaba orquestando todo el asunto él mismo si tuviera la inteligencia y el ingenio para lograrlo.

Devereaux estaba a menos de una semana de realizar su plan de golpe de liderazgo. Ahora tendría que esperar meses, o incluso años. No había forma de que pudiera montar un desafío durante un tiempo tan tumultuoso. Sus partidarios dentro del gobierno nunca le aceptarían, y el público nunca lo perdonaría. No tendría más remedio que congelar sus ambiciones de liderazgo por el momento.

Pero entonces sucedió la noche del sábado pasado, y esta cadena de eventos llegaría a su extraordinaria conclusión. Fue la noche en que Bernard Marlowe descubriría que, si bien pudo haber esquivado una bala metafórica, las reales eran mucho más difíciles de evitar.

Comenzó poco después de las diez y media. Devereaux se había escabullido de la fiesta para atender una llamada telefónica cuando escuchó una especie de conmoción. Primero hubo voces elevadas. Luego vinieron los gritos. Hubo una estampida cuando decenas de invitados aterrorizados evacuaron el área. La música paró de repente.

Asomó la cabeza por la marquesina a tiempo para ver a dos seres muertos vivientes inmóviles entre una nube de hielo seco en la pista de baile ahora desierta. Una vez que superó el impacto inicial de ver a dos zombis de cerca (a pesar de haber sido el Ministro de Asuntos de los No Muertos durante casi tres años, nunca había estado muy cerca de uno) se dio cuenta de que no eran dos chuchos callejeros que habían entrado vagando desde la calle. Aquellas dos gárgolas en movimiento iban vestidas con Armani a medida. Uno era James Pridham. El otro era Bernard Marlowe.

Con todos los demás luchando por ponerse a salvo, una figura solitaria se había dirigido tranquilamente hacia los dos intrusos. No le reconoció en ese momento, pero luego sabría que era Elliott Connors, el dueño de la propiedad donde se estaba llevando a cabo la fiesta de compromiso. Vio como su mano desaparecía en su chaqueta mientras se acercaba a distancia de escupitajo de los exhumanos.

En un instante, pudo visualizar la secuencia completa de eventos antes de que sucediera. No sabía cómo, pero vio que todo se desarrollaba en su mente. Sabía lo que Elliott tendría en la mano cuando la sacara de la chaqueta. Sabía lo que planeaba hacer con

ello. También sabía que quizá él era el único que podía evitar que esto sucediera. Todo esto estaba teniendo lugar a menos de diez metros de donde estaba. Elliott no se daba cuenta de su presencia. Solo tomaría unos segundos acercarse sigilosamente por detrás y derribarlo al suelo. Practicaba deportes cuando era más joven y todavía estaba razonablemente en forma. Puede que Elliott hubiese tenido la juventud de su lado, pero Devereaux tenía una altura y una ventaja de peso decentes, así como el elemento sorpresa.

Pero el momento pasó pronto. Los pies de Lawrence Devereaux permanecieron firmes en su lugar, como si hubiera entrado en cemento de secado rápido. Se quedó parado y observó cómo Elliott despachaba con los dos zombis, uno tras otro.

No entendía completamente por qué eligió actuar, o no actuar, de la forma en que lo hizo. Podía haber sido que el impacto de la situación lo había arrojado a un estado de parálisis temporal, o pudo haber sido los cuatro o cinco *White Russian* que se había pulido en el transcurso de la noche los que habían afectado sus instintos y capacidad de toma de decisiones.

O tal vez este era su destino. Fue la mano de Dios lo que lo sostuvo mientras era elevado al cargo más alto del país. No se le ocurría una explicación racional. Lo único que sabía con certeza era que aún no había experimentado un momento de arrepentimiento o remordimiento por su inacción.

No había sido el golpe incruento que había imaginado, pero serviría.

FIN

Notas de esta versión

Fuente: Wikipedia.

Capítulo 5

[1] **Cribs**: *The Cribs* es un grupo de *Post-punk revival* formado por tres integrantes: los gemelos Gary y Ryan Jarman y su hermano menor Ross Jarman, provenientes de Wakefield, West Yorkshire, Inglaterra. Su exmiembro Johnny Marr (exmiembro de *The Smiths*) dejó la banda en enero de 2011.

Capítulo 8

[2] **Madame Tussauds**: Marie Grosholtz, conocida como Marie Tussaud o Madame Tussaud (Estrasburgo, Francia, 1 de diciembre de 1761 - Londres, 16 de abril de 1850), fue una artista francesa conocida por sus trabajos de modelar efigies de personalidades destacadas, algunas guillotinas durante la Revolución francesa, y por fundar el primer museo de figuras de cera que lleva su nombre, en la ciudad británica de Londres.

Capítulo 9

[3] **Mr. Magoo**: Quincy Magoo o Mr. Magoo es un personaje de dibujos animados creado por la cadena United Productions of America (UPA) y protagonista de una serie transmitida entre los años 1949 y 1961. El personaje era un ancianito cuyos problemas de visión ocasionaba malentendidos y situaciones divertidas.

Capítulo 11

[4] **Zapruder**: es una película casera muda filmada en 8 mm en color por Abraham Zapruder desde la caravana presidencial de John F. Kennedy a través de la Plaza Dealey en Dallas, Texas, el 22 de noviembre de 1963. La filmación es la grabación más completa que se tiene del asesinato del presidente John F. Kennedy.

[5] **Chicken Little**: estrenado por primera vez en Estados Unidos en 2005, es el primer largometraje de animación que la compañía Walt Disney Pictures ha publicado en el formato Disney Digital 3D. La película, pese a tener críticas mixtas, fue un rotundo éxito en taquilla e hizo volver en operación a los estudios, después del gran fracaso que se tuvo con la película en formato 2D tradicional *Home on the Range*, de 2004.

Capítulo 12

[7] **sieg heil**: es una frase en alemán que se podría traducir como «salve, victoria». En la Alemania del Tercer Reich se utilizaba con frecuencia en los encuentros políticos y en la vida cotidiana significaba "Viva Hitler" o "Salve Hitler".

Capítulo 22

[8] **esquema Ponzi**: es una operación fraudulenta de inversión que implica abonar a los inversores actuales los intereses obtenidos del dinero de nuevos inversores (y no de la generación de ganancias genuinas). Es un sistema piramidal en el cual la única manera de repartir beneficios requiere que los participantes recomienden y capten (refieran) a más clientes con el objetivo de que los nuevos participantes produzcan beneficios a los participantes primarios.

Capítulo 24

[9] **lemmings**: Los leminos (Lemmini) son una tribu de roedores miomorfos de la familia Cricetidae conocidos vulgarmente con el nombre de lemmings. También son los personajes del juego de ordenador homónimo y basados en la creencia popular de que los leminos se suicidan en masa en situaciones de peligro.